

JOHANNES HALLER

LAS ÉPOCAS  
DE LA  
HISTORIA ALEMANA

C

IOHANNES BODMER

DE LAS EPOCAS  
DE LA  
HISTORIA  
ALEMANA

DD89

H3

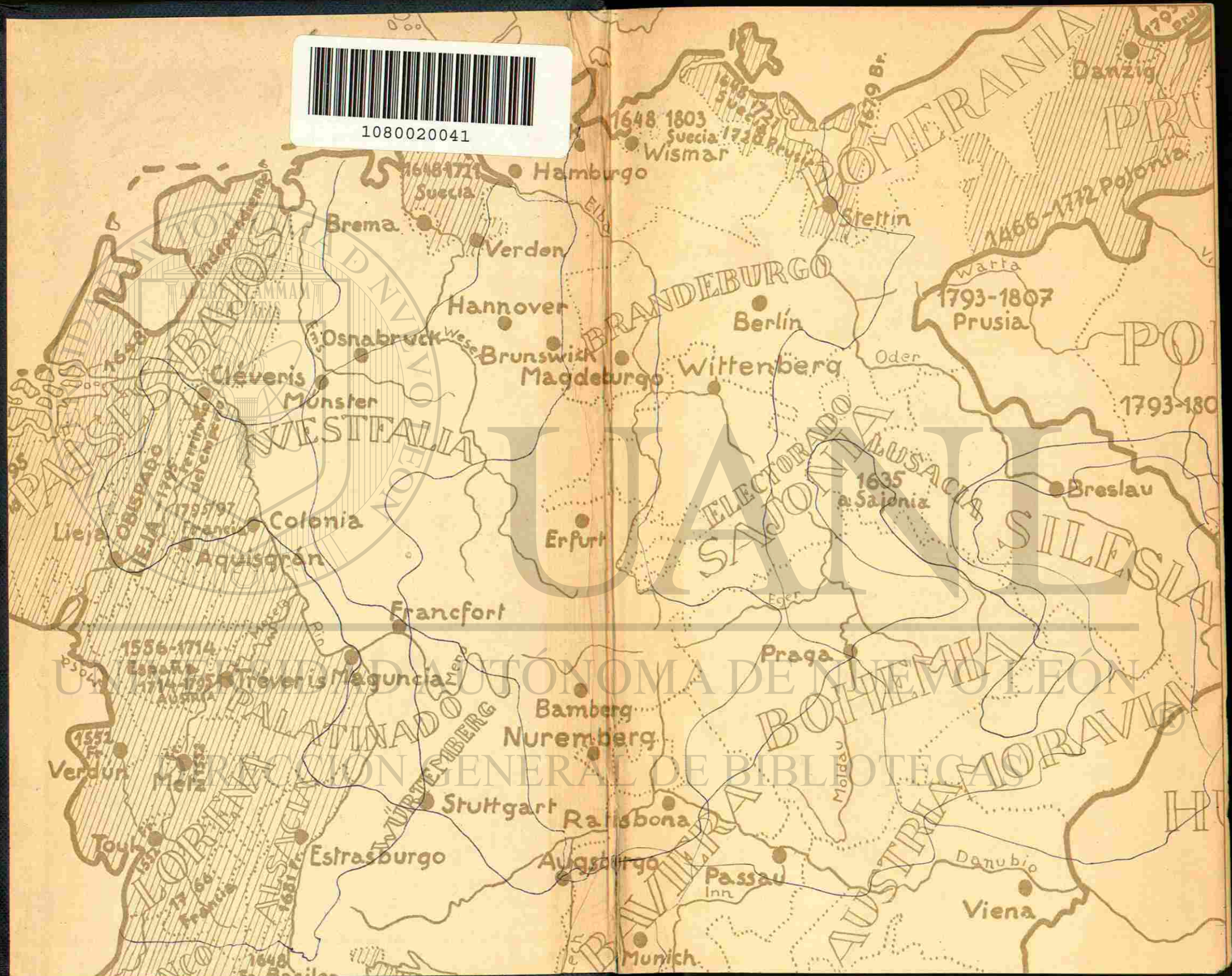
c.1

ARGENTINA





1080020041



1648-1711 Suecia  
 1648-1803 Suecia 1738 Prusia  
 1679 Br.  
 Danzig  
 1466-1712 Polonia  
 1793-1807 Prusia  
 1793-1807  
 1635 a Sajonia  
 1556-1714 España  
 1714-1795 Austria  
 1552 Fr.  
 1648

Hamburgo  
 Bremea  
 Verden  
 Hannover  
 Osnabruck  
 Brunswick  
 Magdeburgo  
 Wittenberg  
 Berlin  
 Stettin  
 Oder  
 Erfurt  
 Eger  
 Praga  
 Bamberg  
 Nuremberg  
 Stuttgart  
 Ratisbona  
 Augsburgo  
 Passau Inn  
 Munich

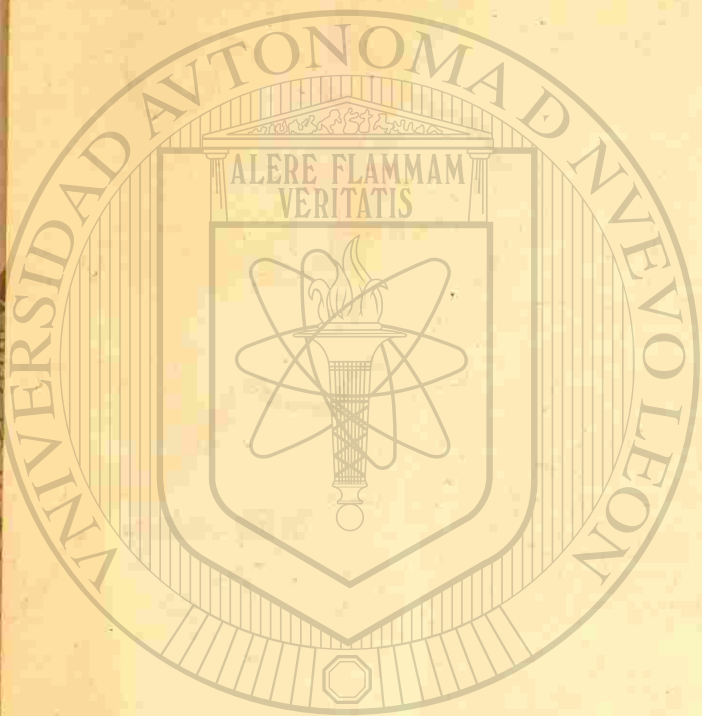
Westphalia  
 Colonia  
 Aquisgran  
 Francfort  
 Treveris  
 Maguncia  
 Nuremberg  
 Stuttgart  
 Ratisbona  
 Augsburgo  
 Passau Inn  
 Munich

Brandeburgo  
 Prusia  
 Sajonia  
 Silesia  
 Austria  
 Moravia

Danzig  
 Polonia  
 Prusia  
 Sajonia  
 Silesia  
 Austria  
 Moravia

1648  
 1711  
 1738  
 1679  
 1466  
 1712  
 1793  
 1807  
 1635  
 1556  
 1714  
 1714  
 1795  
 1552  
 1648





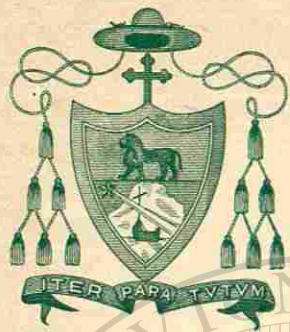
LAS EPOCAS  
DE LA  
HISTORIA ALEMANA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

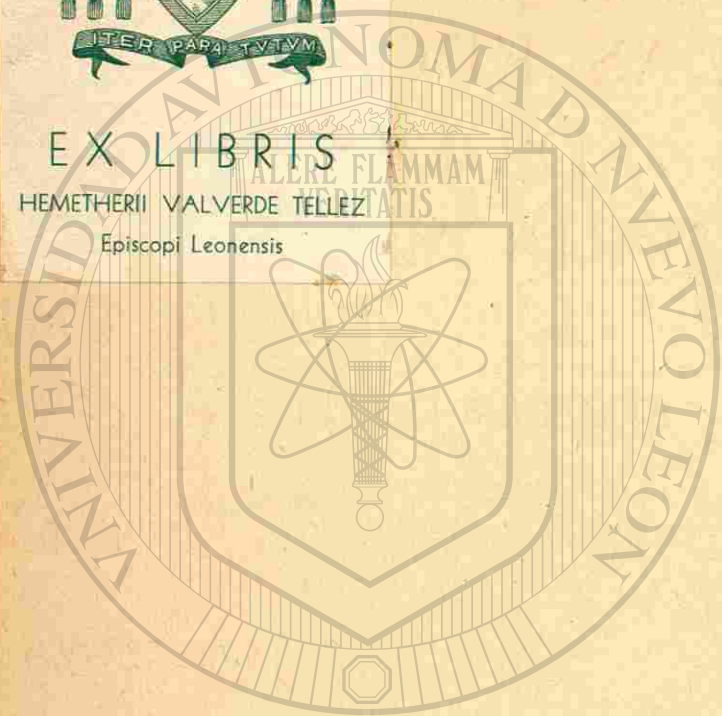




EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



# LAS ÉPOCAS DE LA HISTORIA ALEMANA

JOHANNES HALLER

# UANL

ἔσεται ἡμαρ....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESPASA - CALPE ARGENTINA, S. A.

43433



DD 89

H 3

Edición especialmente autorizada por el autor

Responsable para  
el texto castellano  
F. Fernández Castillejo

Hecho el depósito que marca la ley Nº 11.723  
Copyright by Cia. Editora Espasa-Calpe Argentina, S. A.  
Buenos Aires 1941



FONDO VETERARIO  
VALVERDE Y TELLEZ

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRINTED IN ARGENTINE

UANI

ÍNDICES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



006481



## ÍNDICE GENERAL

	Pág.
Prólogo de José Ortega y Gasset .....	XV
Prefacio de la primera edición .....	XXIX
Introducción .....	XXXI

### CAPÍTULO PRIMERO

¿Dónde comienza la historia alemana? — La génesis del estado alemán — Reich y pueblos originarios — Rey y duques — Reich e Iglesia — Los medios de poder de la Corona: ejército del Reich, patrimonio regio y patrimonio eclesiástico .....	1
---	---

### CAPÍTULO SEGUNDO

Los problemas exteriores del Reich — El doble frente — Lotaringia y el confín occidental — El confín oriental: húngaros y eslavos — Italia y la corona imperial — El reino lombardo — El Imperio Romano — Borgoña — ¿Fue un error la política imperial? — Sus móviles políticos realistas — Su utilidad .....	17
---	----

### CAPÍTULO TERCERO

La ruptura con la Iglesia — Enrique III y la reforma del Papado — Fuerzas adversarias en Italia — Separación del Papado — Gregorio VII y Enrique IV — Caída y extinción del Imperio — Decadencia del poder real en Alemania — Restablecimiento del Imperio por Federico I — El poder mundial de Enrique VI — El derrumbe del año 1198 — El derrumbe del Imperio — Causas del derrumbe — Disolución del Reich — Estados nacionales y soberanía nacional .....	41
--	----

### CAPÍTULO CUARTO

Los estados territoriales — Amenazadora declinación del Reich — Restablecimiento del reino — Alberto I — Cambio de dinastías — Los príncipes electores — El or-	
---	--



den electoral de Carlos IV — Creaciones de la época de los estados territoriales — Rasgos fundamentales de la vida estatal — El carácter político de la nación — Pequeños estados y pequeña burguesía — Carácter de la política alemana — Las ciudades — Burguesía y nobleza ..... 79

#### CAPÍTULO QUINTO

Conquista del nordeste — Dominio en el mar Báltico — La Hansa Alemana — Influencia alemana en los reinos vecinos — Pérdida de Prusia — Rebelión en Bohemia — Decadencia de la Hansa — Peligros por Francia y Borgoña — El problema del doble frente ..... 111

#### CAPÍTULO SEXTO

Estado territorial y príncipes territoriales desde el siglo XV — El emperador Federico III — El casamiento borgoñón — Maximiliano I — La herencia española — La elección del emperador Carlos V — La política dinástica de los Habsburgo — Alemania bajo el dominio extranjero ..... 133

#### CAPÍTULO SÉPTIMO

La evolución general alrededor del año 1500 — El despertar de la conciencia nacional — La crisis constitucional — La crisis religiosa — Aparición de Lutero — Carlos V — La dieta del Reich en Worms — El edicto religioso — Progreso del movimiento luterano — La debilidad del emperador — Incapacidad de los protestantes — Victoria y caída del emperador — Resultados de la lucha — ¿La reforma fué una desgracia? ..... 153

#### CAPÍTULO OCTAVO

La victoria de los príncipes — La paz religiosa — La contra-reforma — Intervención de España — La elección del emperador Fernando II — La aventura palatino-bohemia — La guerra en Alemania — La victoria del emperador — Gustavo Adolfo — Entrada de Francia en la guerra — La paz de Westfalia — La Alemania de 1648. 183

#### CAPÍTULO NOVENO

El absolutismo de los soberanos territoriales — La continua intromisión de Francia — Los planes de Luis XIV — El

cercamiento de Alemania — La guerra contra Luis XIV — Estrasburgo y Hungría — Austria, gran potencia — La desunión permanente en el Reich — Rusia, gran potencia — El peligro del reparto de Alemania ..... 209

#### CAPÍTULO DÉCIMO

La formación del estado prusiano — La conquista de Silesia — El dualismo en el Reich — El mérito de Federico el Grande — Prusia estado militar — El predominio ruso — Prusia después de Federico el Grande — El emperador José II — La convención de Reichenbach — La guerra contra Francia — La paz de Basilea — La disolución del Reich — La caída de Prusia ..... 227

#### CAPÍTULO UNDÉCIMO

El despertar de la personalidad alemana — El florecimiento del espíritu alemán — La poesía — La música — Federico el Grande — El cosmopolitismo — La desilusión — La dominación extranjera — Prusia y Alemania — La liberación — La reconstitución de Alemania — La confederación alemana ..... 257

#### CAPÍTULO DUODÉCIMO

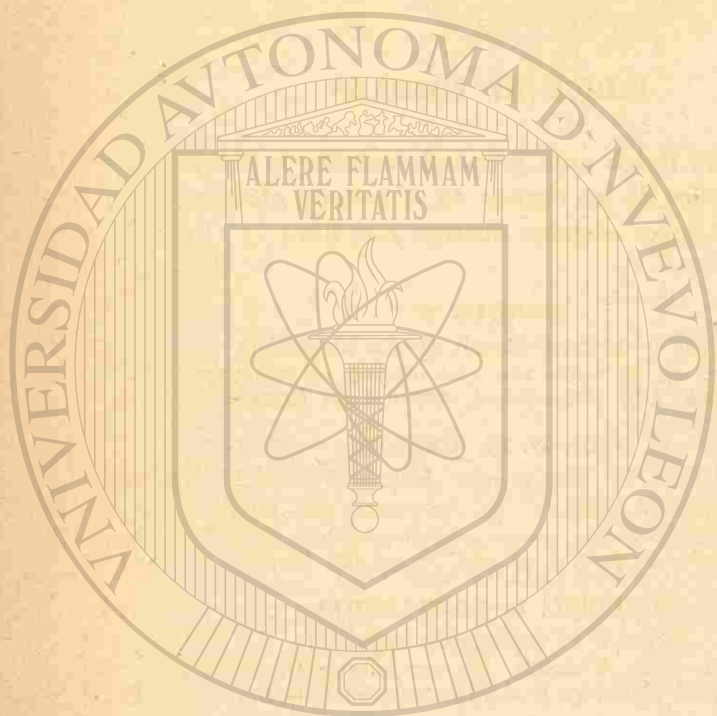
La gran desilusión — Austria y Prusia — La necesidad de la unidad económica — La misión de Prusia en pro de la unidad alemana — Robustecimiento del particularismo — La unión aduanera prusiana — Modificaciones en la vida económica — La elaboración de los Estados alemanes — La nueva Prusia — El militarismo prusiano — Partidos y constituciones — El descuido de Prusia — El movimiento por la unidad — Federico Guillermo IV — La revolución de 1848 — La constitución del Reich de 1849 — Bismarck ..... 281

#### CAPÍTULO DÉCIMOTERCERO

Situación exterior del Reich — Peligros en el interior — El período de Guillermo II — Política mundial y aislamiento — Guerra mundial — Los culpables — El derribo — La paz de Versalles — Años de impotencia, miseria y vergüenza — Victoria del pensamiento nacional — Liberación ..... 329

Final originario del capítulo 12º ..... 363





## ÍNDICE DE LÁMINAS

La idea del Reich guió preponderantemente los actos  
y empeños de las figuras de la historia alemana  
cuyos retratos ilustran este libro

Frente pág.

### ENRIQUE Iº

Fundó el primer Reich de los alemanes.  
*Con su esposa, en la miniatura que adorna un manuscrito  
del siglo XII. (Düsseldorf, Archivo del Estado) .... 10*

### OTÓN Iº EL GRANDE

Obtuvo el título de Emperador Romano para la Nación  
Alemana y aseguró las fronteras del Reich.  
*A los pies de Cristo, con su esposa y su hijo Otón II.  
Escultura de marfil. (Milán, Museo del Estado) .... 14*

### FEDERICO Iº BARBARROJA

Renovó el esplendor imperial.  
*Barbarroja como Cruzado. De un manuscrito dirigido  
al Emperador Federico II. (Biblioteca del Vaticano) .... 53*

### CARLOS IVº

Dió al Reich un estatuto instituyendo el orden electoral  
de la corona.  
*Estatua del "maestro de la Bella Fuente".  
(Berlín, Museo del Emperador Federico) .... 88*

### ENRIQUE EL LEÓN

Inició la reconquista del Este Alemán.  
*(Brunswick, catedral, estatua en su tumba) .... 114*

### MAXIMILIANO Iº

Trató de reformar la constitución del Reich y restablecer  
su anterior esplendor.  
*Óleo de Alberto Durero.  
(Viena, Museo de la Historia del Arte) .... 142*

Frente pág.

**CARLOS Vº**

Reunió en su persona las coronas de Alemania y España, formando así el imperio más grande que ha conocido el mundo.

*Copia del óleo de Tiziano.*  
(Buenos Aires, colección particular) .... 162

**LUTERO**

Inició la Reforma en Alemania y sus obras influyeron grandemente en la unificación cultural e idiomática de los alemanes.

*Óleo de Lucas Cranach. (Kolberg, iglesia Santa María)* .... 170

**WALLENSTEIN**

Procuró, sin éxito, reformar la estructura del Reich y fortalecer el poder imperial.

*Bosquejo de Antonio van Dyck. (Munich, Pinacoteca)* .... 196

**EUGENIO DE SABOYA****Mariscal del Reich**

Aseguró por sus victorias la posición de Austria como gran potencia.

*Óleo atribuido a Mateo von Merian.*  
(Buenos Aires, colección particular) .... 220

**FEDERICO EL GRANDE**

Organizó definitivamente el Estado prusiano.

*Copia del óleo de Antonio Graff.*  
(Buenos Aires, colección particular) .... 232

**STEIN**

Inspiró la liberación alemana del dominio napoleónico, despertando así de nuevo la idea del Reich.

*Óleo de Federico Bury.*  
(Kappenberg, colección Conde de Kanitz) .... 274

**BISMARCK**

Fundó el segundo Reich de los alemanes.

*Óleo de Franz von Lenbach.*  
(Buenos Aires, colección del Club Alemán) .... 326

**ADOLFO HITLER**

Fundó el tercer Reich para todos los alemanes.

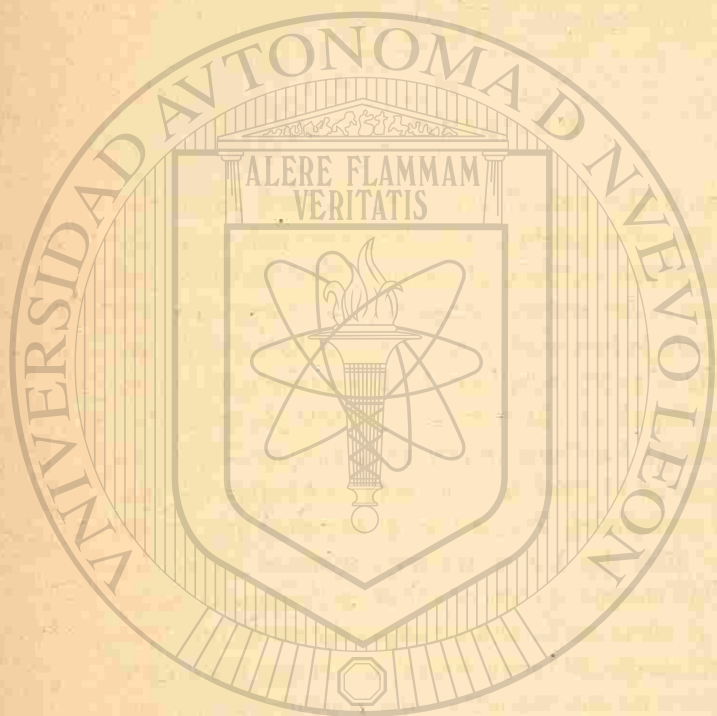
*(Fotografía firmada, dedicada a una argentina)* ..... 356

## ÍNDICE DE MAPAS

Frente pág.

El Imperio Alemán alrededor de 1050 .....	41
Alemania desde 1250 hasta la disolución del primer Reich (1806) .....	153
Alemania entre 1815 y 1937 .....	329





## PROLOGO

Johannes Haller publicó este libro en 1922. La edición de 1934 agrega unas páginas a la INTRODUCCIÓN, sustituye otras por un nuevo capítulo al fin del libro. Entre ambas modificaciones —las únicas importantes— corre la construcción de toda la historia alemana que no ha sufrido alteraciones desde el texto primitivo. La advertencia es importante. Ella subraya el valor más sustantivo de este libro porque redactado hace diecinueve años parece —salvo en un punto a que en el final de estas notas me referiré— inspirado en la actualidad. Y como en el torrente que la imprenta desde hace dos siglos descarga sobre el lector, las calidades y los rangos suelen confundirse, conviene hacer constar que el signo de la alta inteligencia no es otro que anticiparse al tiempo. El fondo vital desde el que fué escrito el presente libro es aproximadamente lo contrario del que hoy encuentra a su espalda un escritor alemán. Entonces era de derrota y desánimo, hoy de triunfo y prepotencia. Leí entonces este libro que me interesó vivamente por sí mismo y porque veía en él algo parejo —como intención y motivación— al que acababa yo de publicar un año antes: "España Invertebrada". En ambos se reacciona enérgicamente a un estado de depresión nacional y se pregunta con urgencia pragmática: ¿qué ha pasado en el pasado de esta nación para que resulte inteligible su mengua presente? ¿Qué le falta? ¿Qué le sobra? ¿Cuáles han sido los hechos decisivos —favorables y morbosos— en la biografía de este



pueblo? Haller era un historiador de oficio y era un gran historiador. Yo no lo era ni grande ni chico. Sabía muy poco de historia, incluso de la historia española. Por eso Haller hizo lo que yo no podía hacer. A la urgencia de su pregunta puede responder con un esquema completo de la historia alemana, completo relativamente al sentido de su pregunta. Mas es interesante advertir que ambos —el hombre que conoce profesionalmente la historia de su nación y el que sabe tan poco de ella—, coincidíamos en el método. Ambos en efecto, planteamos los problemas de la evolución de un pueblo, ateniéndonos exclusivamente a las grandes noticias que a todo el mundo, más o menos, son notorias.

Esto quiere decir que la respuesta no era cuestión de datos históricos, sino de un peculiar análisis a que estos son sometidos. Pertenece, pues, este libro, como el mío, a una forma de la labor histórica que cada día habrá que cultivar con más ahínco: la historia analítica. Es una operación que se hace sobre la simple historia —lo cual suele ser una historia simple. Los hechos, una vez descubiertos, comprobados y referidos, se clasifican en dos grupos de muy diferente volumen: Un grupo muy reducido de grandes hechos cruciales y otro enorme de los hechos secundarios. Los hechos cruciales pasan a una mesa de disección donde se hace su rigurosa anatomía. Se los contempla por dentro, se les dota de transparencia, se depura su convexidad y merced a todo esto nos sirven como nuevos órganos oculares, como lentes de aumento que esclarecen la pululación innumerable del resto— lo mediocre y lo cotidiano.

Sólo mediante el análisis de la historia —esto es mediante la historia elevada a la potencia analítica— es esta propiamente una teoría y podemos extraerle algún jugo. A la historia, como al limón, no le basta hallarse ahí para que rezume: hay que exprimirla. Y esta presión es una fae-

na enérgica de la mente. Por supuesto que el análisis puede hacerse con finalidades muy diferentes. Una de éstas tiene un carácter, por lo menos un primer aspecto, puramente práctico: consiste en recurrir a la historia para buscar en ella una orientación que nos permita resolver las urgencias del presente. Historia magistra vitae. Esto es lo que hace Haller: su propósito en este libro es considerar la historia “desde el punto de vista alemán, investigando la utilidad de los sucesos para Alemania” (p. 242). Llamo a esta manera de oprimir la historia para que rinda posibles aprovechamientos, la actitud de urgencia pragmática. Esto lleva en su libro como en el mío, a una deliberada simplificación del pasado. Por lo pronto, a atender preferentemente la historia política pero, además, a colocarse frente a ella no con el propósito de detenerse mucho en su explicación, en contemplar por qué las cosas fueron como fueron, sino en llevar los hechos del pasado ante un tribunal que los someta a la rigurosa pregunta: ¿de qué ha servido este hombre, esta resolución a nuestro pueblo? No haya duda: toda nación tiene que hacer alguna vez este corte de cuentas.

Actitud tal movió a Haller a practicar una segunda simplificación. De la historia tomará sólo ciertos hechos que califica de ‘decisivos’. Lo son en doble sentido: primero, porque de ellos dependió —positiva o negativamente— toda una etapa de la vida nacional alemana; segundo, porque fueron, en efecto, decisiones que un hombre o un grupo de hombres tomó. Este método da a la figura de la historia una superlativa concentración. La fluencia continua y multiseccular de la vida de un pueblo aparece así articulada en unas cuantas, muy pocas, coyunturas, momentos en que la línea recta de una persistente cotidianeidad se quiebra para iniciar otra recta diferentemente orientada, a veces en parcial retroceso. Cada una de esas rectas representa, en ocasiones,



centurias y es lo que se suele llamar una "época" — de epoché, apartado e interrupción. El hecho que la inicia hace época o es epocal. En él se interrumpe o suspende una cierta configuración de la vida de un pueblo y comienza otra nueva.

Este método que investiga la epocalidad o carácter decisivo de ciertos hechos y que emerge ya en el título de una de las obras de Ranke — las Epocas de la historia moderna — ha tenido no poca influencia merced a la obra de Haller y ha sido aplicado a la historia de otros pueblos libertándolo de su complicación con la urgencia pragmática que acaso lo aprueba demasiado en este libro (1).

El lector para quien el conocimiento, la ciencia, según la idea tradicional heredada de Grecia, es una ocupación puramente contemplativa, se solivianta un poco al ver manipulada la historia con tan resuelto pragmatismo. Pero esta suspicacia carece de fundamento. Fueron ciertas y determinadas urgencias vitales en las cuales se encontró el hombre griego hacia el siglo octavo a. d. C., quienes le llevaron a inventar esa peculiar conducta, faena y operación que llamamos conocer. La idea de un conocimiento que no es sino conocimiento — y no urgencia —, de un "conocer por conocer" que se dispara y sostiene por sí mismo, en suma, la contemplación, fué una interpretación secundaria que supone la preexistencia de la ocupación cognoscitiva. Surge tres siglos más tarde, cuando, sintió el hombre griego — Platón, Aristóteles — tal entusiasmo y delicia al encontrarse ya "conociendo" que le pareció este ejercicio lo más sublime del mundo. Ello le indujo a atribuirle un carácter sustantivo: en vez de apreciar la ciencia y la "sabiduría" (safia, filosofía) porque sirven a la vida humana, pensó

(1) Véase, por ejemplo, el notable libro de F. Altheim *Epochen der Römischen Geschichte*.

que, universalmente, la vida humana valía en la medida en que se dedicase a conocer. Es uno de los más ilustres casos en que se ha puesto la carreta delante de los bueyes. Pero no es sorprendente. Toda creación humana tiene una raíz en la forzosidad y es, por lo pronto, un menester. Mas una vez lanzada, la creación tiende a rebelarse contra su origen y hacerse independiente. De aquí, el tenaz fenómeno de la "teoría por la teoría", del "arte por el arte", de la "riqueza por la riqueza", "del amor por el amor", de la "política por la política". Pero esta rebelión es siempre, a la larga, castigada.

Nada, pues, se opone en principio para que sea científicamente fértil tratar una cuestión con urgencia pragmática. El toque está en como se haga y cual sea la dosis del urgir. Si vamos a un tema con una intención utilitaria estrecha y demasiado premiosa, si nos pegamos excesivamente a él y no dejamos a las cosas ser, nuestro esfuerzo será vano. Es falso que exista un conocimiento no originado por alguna urgencia, pero también, viceversa, no toda urgencia permite, da holgura al conocimiento. Cuando un problema vital es demasiado inmediato, agudo y terrible sobreviene el atropellamiento mental, nos azoramos y no logramos ver la realidad. Es preciso que entre el conflicto y nosotros quede alguna distancia, circulen el aire y la luz. Sólo así puede intercalarse entre la urgencia y nosotros la específica función de la teoría. Porque es preciso hacer constar que, provocada por la utilidad, la teoría misma no es utilidad. Este es el otro error, el error del pragmatismo. Para el pragmatismo la verdad es lo útil. La noción que aquí sustento es completamente opuesta; precisamente porque la verdad no es utilidad nos resulta útil y la buscamos porque es útil. El martillo es útil no porque él sea utilidad sino porque tiene



esa peculiar materia y esa peculiar forma que hacen de él un martillo.

Digamos, pues, que la actitud propia del conocimiento es una determinada ecuación entre la urgencia y el ocio, entre el utilismo y la generosidad.

En su Historia de las ideas biológicas hace notar Radl cómo, durante mucho tiempo, no hubo otros avances en fisiología que los inspirados a los médicos por la urgencia de su profesión. No hay, repito, inconveniente en que se vaya a la historia con intenciones utilitarias, ya que estas son, en definitiva, constitutivas de todo conocimiento.

Del mismo modo en este libro, precisamente porque va con tanta resolución a lo suyo, porque elude la delectatio morosa de quien pretende hacer sólo "teoría", proporciona un vigoroso dramatismo intelectual a los problemas históricos y nos los presenta depurados aún como estrictos temas científicos. El empujón de urgencia que se les da les arranca el follaje superfluo y la obra muerta.

La historia cobra de esta suerte una agilidad de cinta cinematográfica. Es un placer poder seguir con la vista la línea zig-zagueante de los destinos de un pueblo, su brote oscuro, su crecimiento, sus vacilaciones, sus retrocesos, sus súbitas consolidaciones.

El "método de las épocas" pone de manifiesto el carácter más esencial de la realidad histórica, carácter que las otras maneras de narrarla tienden a ocultar: el de ser una realidad que hay que hacer, que es obra humana, no proceso de la naturaleza, el cual mana mecánicamente con necesidad prestablecida. Comienza Haller por enunciar de la manera más expresa que el sujeto de su drama, "el pueblo alemán, no es una unidad natural sino una unidad históricamente lograda." Así debe hablar el historiador frente al naturalista. Todo lo que es de verdad histórica es algo a que

se ha llegado y no algo que estaba ahí desde luego y como regalado. Contra la etimología del vocablo, la nación no nace sino que se hace (1). Un pueblo es una integración que no se ejecuta espontáneamente, sino que supone ensayos y errores, tenacidad, sacrificios, ideas geniales y entusiasmos multitudinarios, toda una faena de largos, largos siglos, a veces brillante, a veces oscura (2). "Los molinos de la historia muelen muy lentamente" —dice Haller con expresión certera y melancólica. El pueblo alemán ha sido, entre los europeos, el más tardío en integrarse. Haller persigue por todos los rincones de esas centurias las causas de esa tardanza. Esas causas resultan ser siempre variaciones de una misma tendencia morbosa: el particularismo. De cuando en cuando, una individualidad poderosa somete esos poderes centrífugos y de disociación, pero pronto su labor heroica es de nuevo corroída por los intereses parciales y sólo una parte de ella logra salvarse. Estas porciones que en cada retroceso quedan consolidadas son la ganancia, el capital histórico nacional que se va acumulando. De cuando en cuando, pierde el pueblo su libertad. Léanse las nobles palabras de Haller en la página 187: "Para cualquier pueblo y en cualquiera época constituye una desgracia el hallarse unido, dentro de un mismo estado, con otro más grande y más fuerte. La libre evolución de su modalidad innata será dificultada en el mejor de los casos, impedida por lo común y, tal vez, extinguida por completo. Pero tal unión es especialmente funesta en tiempo de crisis, cuando queda superado lo antiguo e irrumpe a la luz lo nuevo. Nunca como en tales momentos resulta de la mayor importancia que el

(1) Véanse mis obras Towards a Philosophy of History - Norton - New York - 1941 e Historia como Sistema - Madrid - 1941.

(2) Nótese la energía con que defiende Haller la fecundidad para el futuro alemán de los años —nada bélicos— laboriosos y oscuros que siguieron a las guerras contra Napoleón, pág. 371.



pueblo pueda desenvolverse tal cual fué creado, determine su propio destino; en una palabra, que sea libre”.

Una de las dimensiones que en la obra de Haller más estimo, es la valentía, rayana, a veces, en lo paradójico, con que hace resaltar la intervención del individuo creador en la faena de formar, de fabricar un pueblo. La unidad alemana ha sido forjada por Prusia, pero Prusia ha sido constituida como poder histórico decisivo por un hombre, Federico el Grande. Su empresa —hace constar sinceramente Haller— “no resultaba de la necesidad de una evolución natural ni correspondía a la tradición”. He aquí un ejemplo de hecho que hace época: la línea de la tradición se bisela y toma otra dirección.

En las páginas de este libro vemos, por adelantado, lo que Alemania ha sabido hacer después de su derrota en 1918 y vemos pronosticado el modo como lo ha hecho. Ahora se comprende con toda claridad por qué en la hora de su primera publicación resonó tan fuertemente en las almas de los alemanes fortuitamente derrotados. Este libro les anunciaba que no habían sufrido la única derrota esencial: la íntima, la que consiste en quebradura del resorte moral, de la fe en sí mismos y en el propio porvenir. El pueblo alemán se ha rehecho y ha conseguido, por fin, su unidad.

Pero al llegar aquí tengo que permitirme insinuar una observación a la obra de Haller, de dirigirle una pregunta tratándola como si fuese una persona capaz de responder: la situación de Alemania en la fecha en que escribo ¿no rebasa ya el horizonte de este libro? Su propósito era mirar el pasado desde el punto de vista de su utilidad para el pueblo alemán. No tendría sentido aquí dirigir objeciones a este libro desde otra perspectiva que la adoptaba en él. Mi observación, sin embargo, surge dentro de esa perspectiva y consiste en preguntar al libro: al mirar la realidad

que era el pueblo alemán, protagonista de este largo drama, ¿no se ha aproximado a ella Haller con exceso, de suerte que no la ha podido ver entera? ¿No la ha aislado un poco más de lo justo y al aislarla no le ha arrancado y dejado fuera de la consideración porciones de ella misma? Me explicaré.

Reconoce Haller, como no podía menos, que un pueblo vive en la comunidad de otros pueblos y expone muy acertadamente las presiones que éstos han ejercido una y otra vez sobre aquél. Pero no creo que esto sea suficiente. La realidad histórica que es el pueblo alemán no se agota, en mi entender, con la descripción de lo que él mismo es, como tal pueblo aparte, más el estudio de las presiones que sobre su cuerpo otros ejercieron. Haller, como los demás historiadores, no percibe algo que, a mi juicio, es fundamental y que, acaso, el tiempo más próximo manifieste en toda su evidencia. Es esto. Cada una de las naciones europeas es una sociedad en el más intenso sentido de esta palabra —el de sociedad nacional—. Consisten en la estrecha convivencia de los individuos alemanes, al lado y frente a la convivencia no menos estrecha de los franceses en su Francia, de los ingleses en su Inglaterra. Pero acontece que además de esas sociedades nacionales —Alemania, Francia, Inglaterra—, existe otra sociedad en que éstas viven sumergidas o flotando: la sociedad europea. Mas entiéndase bien: no quiere decir esto que la sociedad europea consista en la convivencia de las naciones europeas. Eso no existe. Las naciones no conviven. Creerlo fué el error elemental de sociología que representó la Sociedad de las Naciones. Conviven sólo los individuos. La sociedad europea consiste también en la convivencia de los individuos que habitan el continente e islas adyacentes. Esta convivencia es distinta de la nacional pero no es menos efectiva, menos



real. Tan no lo es, que, en rigor, la convivencia europea es anterior a las nacionales, que preexistía a la formación de éstas y que éstas se han ido haciendo dentro de ella como coágulos más densos. Por tanto, no se ha hecho todo cuando se han presentado como personajes del drama histórico a Alemania, Francia, España, Inglaterra, etc. A todos éstos hay que agregar otro personaje distinto de ellos y tan operante como ellos: Europa. La diferencia entre Europa y las naciones europeas en cuanto "sociedad" estriba en que la convivencia sensu stricto europea es más tenue, menos densa y completa. En cambio fué previa y es más permanente. No ha llegado nunca a condensarse en la forma superlativa de sociedad que llamamos Estado, pero actuó siempre, sin pausa, aunque con mudable vigor, en las otras formas características de una "vida colectiva" como son vigencias intelectuales, estéticas, religiosas, morales, económicas, técnicas. Si estirpamos a cualquiera de aquellas naciones los ingredientes específicamente europeos que las integran les habremos quitado las dos terceras partes de sus vísceras (1).

No se ha visto, pues, la realidad completa de una nación europea si se la ve como algo que concluye en sí mismo. No: cada una de estas naciones levanta su peculiar perfil, como una protuberancia orográfica, sobre un nivel de convivencia básica que es la realidad europea. Se separan y aíslan los pueblos por arriba, pero terminan todos unidos e indiferenciados en un subsuelo común que va de Islandia al Cáucaso. Por desgracia —varias veces lo he hecho notar— no se ha intentado nunca una Historia de la sociedad europea en este estricto sentido. Si se hiciese con algún rigor el ensayo, yo creo que resultaría patente como la historia eu-

(1) Esta idea de la sociedad europea fué enunciada por mí ya en *La Rebelión de las Masas*, 1929, pero luego, más especialmente, en *Prólogo para Franceses y Epiólogo para Ingleses*, agregados a las nuevas ediciones de aquel libro en la Colección Austral, ESPASA-CALPE ARGENTINA.

ropea no ha consistido sólo en las luchas de unos pueblos occidentales con otros, sino que además ha habido una lucha, llena de vicisitudes, entre unas o varias o todas las naciones europeas y Europa en cuanto unidad indiferenciada y envolvente. A veces es la pluralidad de las naciones quien predomina sobre su unidad subterránea, otra es, por el contrario, la unidad europea quien somete a muy acusada homogeneidad las figuras divergentes de aquéllas. Sin tener esto en cuenta no se puede llevar a satisfactoria claridad la imagen de ciertas épocas y de ciertos grandes hechos. Por ejemplo, la primera Edad Media, que es un tiempo en que prepondera Europa. Los pueblos entonces germinantes viven adaptándose a formas que Roma había dejado sobre el área europea. ¿Es posible, sin subrayar esto, entender bien lo que fué, lo que quería ser el "Sacro Imperio romano"? ¿No queda esta enorme idea un tanto desdibujada en las páginas de Haller? Y, si esto no está suficientemente claro, ¿se pueden entender bien las ideas con que Carlos V y sus consejeros enfrentan la situación de Alemania en 1519? Un lector español no puede quedar tranquilo cuando ve a Haller calificar a Carlos V, sin más y desde luego, como un hombre español porque los españoles sabemos muy bien lo que le costó españolizarse y que conforme fué haciéndolo fué dejando a un lado la idea medieval del "Sacro Imperio" y aceptando —aunque a regañadientes— la idea de las naciones en plural y del "equilibrio europeo" que sustituyendo al Imperio, iba a predominar en los tres siglos subsecuentes.

Lo propio acontece con la Reforma. Sin que lo declare, palpa Haller que el protestantismo aunque culmina en la figura de Lutero no es cosa exclusiva ni específicamente alemana, sino un movimiento en sentido estricto europeo, una guerra civil que en la sociedad europea, como tal, es-



talla. ¿No nos sorprende un tanto, ver que Haller vacila ante hecho de este calibre que abre toda una época de la historia alemana? También la Contrarreforma es un hecho originariamente europeo y no español —como distraídamente sostienen algunos, a pesar de lo cual fué tan decisivo para la historia nacional española<sup>(1)</sup>.

No es posible mirar bien las naciones de Occidente sin tropezar con la unidad tras ellas operante ni es posible observar esta unidad europea concretamente y no sólo en mera frase, sin descubrir dentro de ella la perpetua agitación de su interno plural —las naciones—. Esta incesante dinámica entre la unidad y la pluralidad constituye, a mi parecer, la verdadera óptica bajo cuya perspectiva hay que definir los destinos de cualquiera nación occidental.

La prueba más sólida de ello se levanta ante nuestros ojos en las horas mismas que estamos viviendo. He aquí que el pueblo alemán consigue por vez primera, su completa unidad. A esta meta dirige Haller toda su obra. Pero en el mismo instante en que el pueblo alemán se encuentra con todo sí mismo, descubre que su problema no está resuelto, porque ipso facto se revela al pueblo alemán que él y su unidad eran sólo un problema parcial de su propia vida, más allá del cual se levanta, como problema no menos suyo, ineludible e inaplazable —el problema de Europa—. O dicho con otras palabras: que la realidad alemana no termina en el perfil aparentemente exento, aislado, de la colectividad alemana sino que continúa más allá de ese perfil y, bajo tierra diríamos, se funde con el problema de Francia, Italia, España, Inglaterra, etc. Todo pueblo occidental al llegar a su plena integración en la hora de su preponderancia ha hecho la misma sorprendente y gigantesca experien-

(1) Aunque expresándolo indirectamente Haller ve en la Contrarreforma un movimiento europeo de que España fué sólo instrumento.

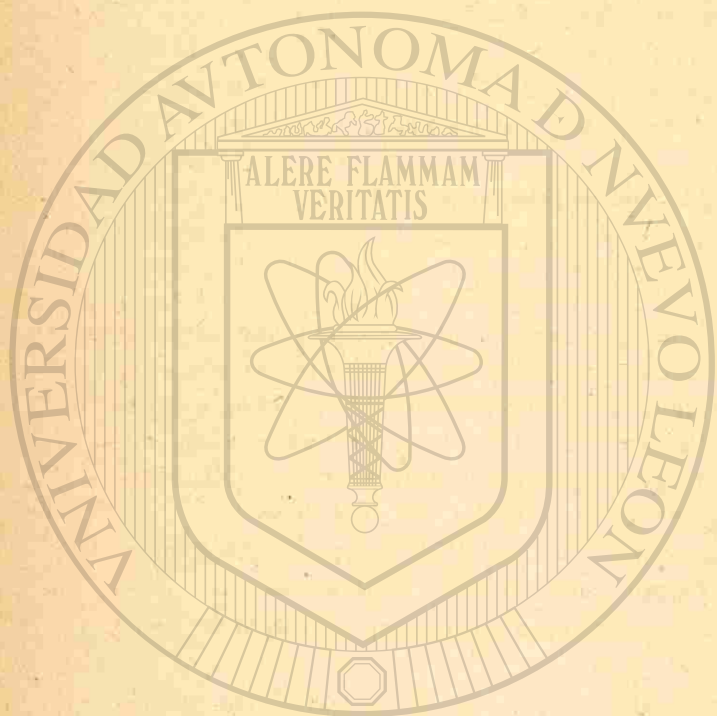
cia — que los otros pueblos europeos eran también él o, dicho viceversa, que él pertenecía a la inmensa sociedad y unidad de destino que es Europa.

Puesto a pedir, yo hubiera deseado que la obra de Haller anticipase un poco más de horizonte, el que hoy tenemos a la vista. Otra vez y más que ninguna otra vez, el genio histórico tiene ahora ante sí esta formidable tarea: hacer avanzar la unidad de Europa sin que pierdan vitalidad sus naciones interiores, su pluralidad gloriosa en que ha consistido la riqueza y el brío sin par de su historia.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET.

Junio de 1941.





## PREFACIO

de la primera edición

Con este libro, entrego a la publicidad una serie de conferencias académicas, que en un tiempo se contaron entre mis preferidas. El deseo, expresado repetida e insistentemente, de muchos de los que las habían oído, me decidió a hacerlas accesibles a un círculo mayor. Otros tendrán que juzgar si, al proceder así, hice bien.

No quise cambiar su primitiva forma de disertación. Si por ello el estilo sufrió, solicito indulgencia.

Acerca del contenido creo que me corresponde hacer una aclaración.

Se podría suponer que me he dejado llevar por la realidad actual, en mi interpretación del pasado alemán. Éste no es el caso. El diseño que se halla en este libro, he tratado de mostrarlo en todos sus trazos esenciales a mis discípulos desde hace más de quince años. Por cierto que sólo la conclusión tenía antes un tono distinto, cuando yo también compartía el criterio, lleno de confianza, de que las tinieblas habían sido barridas para siempre y de que el porvenir sería nuestro.

Los alemanes hemos tenido que cambiar de método y a más de uno podrá parecer que con ello nuestra historia ha perdido su sentido. Ojalá logre este libro, ro-



*bustecer en nuestro pueblo, con el desapasionado auto-análisis a que aspira, la inquebrantable voluntad y la fe en que de la miseria presente tendrá que surgir un futuro mejor, y que una nueva estirpe con nuevo vigor restituirá su sentido a la historia de Alemania. Así interpreto yo el lema preliminar con que acompaño el título "¡Día llegará!..."*

Tubinga, noviembre de 1922.

J. H.

## INTRODUCCIÓN

Más de uno creerá que pretendo la extraña empresa de exponer en pocos centenares de páginas toda la historia de Alemania, materia en que muy bien podría emplearse, sin temor a excederse en extensión, un espacio diez veces mayor. Si alguien me atribuye ese propósito, será porque no me ha comprendido, pues no trato de hacer la exposición detallada de la historia alemana, sino únicamente estudiar sus "épocas".

Por época se entiende, como es sabido, una fecha en que comienza algo nuevo, o se introduce un nuevo elemento decisivo en la evolución de los hechos, o un acontecimiento imprime nuevo rumbo al curso de las cosas. Caracterizamos los sucesos de tal naturaleza con las palabras: "que hacen época". Luego, en sentido traslaticio, se denomina época también, a todo el período de tiempo en el cual predominan las consecuencias de este acontecimiento.

Quien se atenga al significado de la referida palabra, sabrá qué es lo que me propongo. Se trata de los instantes críticos, de los momentos decisivos de la historia alemana. Son éstos los que queremos estudiar en sí mismos y tomarlos a la vez como puntos de observación, desde donde abarcaremos, con la mirada, la evolución de nuestro pueblo, resumiéndola por períodos o "épocas".

Una comparación hará más comprensible el propósito. El camino de la historia nunca es igual a una línea recta; más que parecerse a un canal o a los rieles de un ferro-



carril, se acerca en similitud al curso natural de un río. A semejanza de éste, también el desarrollo de la historia sólo por excepción se mueve en línea recta dentro del rumbo emprendido. Prosigue continuamente por vueltas y sinuosidades; a menudo en curvas y ángulos extraños, y no pocas veces se abandona temporal y hasta permanentemente la dirección inicial.

Con facilidad a veces pueden saltar a la vista los puntos donde ese cambio se presenta. En la historia de Francia, por ejemplo, cualquiera observa a primera vista cuánto significan el año 1789 o la aparición de Richelieu; en la de Inglaterra, los años 1066 y 1688 brillan claramente como resplandecientes piedras miliare.

No siempre las épocas históricas se señalan con tanta nitidez. Puede también producirse el cambio paulatinamente, detenerse la evolución o proseguir oculta, de igual modo que un curso de agua se estanca, se ensancha hasta formar lagos y pantanos o desaparece totalmente, para surgir de nuevo en otro lugar.

Para una interpretación de la historia que quiera concebir el conjunto coherentemente, importa sobre todo hallar el punto decisivo del cambio y comprender con claridad el instante en que comienza lo nuevo, se abandona lo antiguo y se modifica el rumbo.

Todo nuevo cambio tiene sus causas. Ni el mismo río se aleja por capricho del camino rectilíneo: siguiendo la ley de gravedad, busca el sitio más hondo. A menudo debe sortear un obstáculo o permanecer estancado ante él por un lapso de tiempo; o bien por la afluencia de otro caudal toma distinta forma y mayor fuerza, que lo habilitan para cavar su lecho en un lugar que de otra manera hubiera tenido que eludir.

No creo necesario insistir en la aclaratoria compara-

ción. Quien conozca algo de historia sabe que también la evolución de un pueblo se determina esencialmente por influencias externas. La aparición de un vecino muy poderoso puede impulsarlo fuera de su ruta, o puede obligarlo a empantanarse como ante un arrecife o un banco de arena; en cambio, puede volver libre el camino la desaparición del rival. Sin hablar por supuesto del aumento del poder, que, logrado mediante conquistas y anexiones o por la obra de un individuo genial, imprime a la voluntad y a los anhelos de un gran pueblo nuevos impulsos y nuevas metas.

Al que posea el sentido histórico, es decir, el ansia y la capacidad de compenetrarse con el pasado, no sólo debe resultarle atrayente, sino necesario e imprescindible, el poder seguir de esta manera el curso de la historia de su propio pueblo, buscar los momentos decisivos y explicarse las causas que han actuado en cada caso. De otro modo, frente a la abundancia de fenómenos que brinda lo pasado—tanto en los sucesos como en los individuos— se corre siempre el peligro de no distinguir la selva a causa de los muchos árboles.

No basta, sin embargo, *conocer* los hechos; es necesario también *comprenderlos*, vale decir, poder apreciar exactamente su sentido con relación a los demás y su importancia en el conjunto. No es ello tan sencillo como pudiera parecer. Muchos, guardan en la memoria un rico tesoro de conocimientos, que se asemeja a una gaveta desaliñada donde faltan el orden y la visibilidad comprensiva.

¡Cuántas veces ocurre que al preguntársele tomándole examen a un estudiante, muy versado y bien al corriente de la historia de Federico el Grande, sobre la fecha desde la cual existió en la historia alemana el dualismo entre Prusia y Austria, no contesta o se muestra



vacilante! Y en este caso se trata todavía de una pregunta bastante sencilla. Menos extraño resulta si otro candidato no sabe contestar en seguida en qué fecha y dónde hay que buscar el origen del particularismo alemán. La pregunta, realmente, no es del todo fácil de responder, y sin embargo se trata de un hecho de la más grande significación, de una peculiaridad de la nación alemana, por la cual, en la pugna con sus vecinos, se encuentra de antemano en grave desventaja, como un caballo obligado a llevar en la carrera un peso considerablemente mayor.

Citemos como ejemplo final, una pregunta también de mucha importancia, que nunca me atreví a dirigir a ningún candidato, ya que me fué hecha una vez por un colega y compañero de asignatura, que no encontraba una respuesta para ella: ¿de dónde proviene la escisión confesional en el pueblo alemán? Bien saben todos que se originó en 1517; mas ¿cuál fué su causa?, ¿cómo fué posible su estallido? Esta escisión no puede ser ni natural ni fatal, ya que los demás pueblos de Europa la ignoran o por lo menos no la conocen en la misma medida y en ellos no representa papel alguno, mientras que domina en la historia de Alemania hasta nuestros días. ¿De dónde proviene esto? Ni los ingleses, ni los franceses, ni los españoles, se libraron de las luchas religiosas en la época de la Reforma; sin embargo, en sus países se evitó la escisión, mientras que los alemanes no pudieron o no quisieron eludirla. ¿Por qué? Aquí se destaca nítidamente para todos el acontecimiento "que hace época", mientras que las causas de su influencia particular parecen ser menos corrientes, menos conocidas.

Pasado y presente, sólo en teoría pueden separarse. En la vida real, corresponden a una unidad, ya que el estudio de lo pasado, recibe del presente su tono y su luz.

Por ello, cuando este libro apareció por vez primera teniendo a dicho pensamiento por idea motriz, en un momento —1922—, en que nuestro porvenir no abrigaba esperanzas, entonces no se hubiera podido reprochar a nadie que no quisiera pensar en el pasado de Alemania. Ese pasado aparecía como una larga cadena de esfuerzos vanos condenados para siempre al fracaso. Al buscar nosotros consuelo para lo presente y ánimo para el porvenir, ¿los hallábamos en la consideración del pasado? Las páginas obscuras del libro de la historia alemana, que desgraciadamente son las más, no podían brindarnos alientos; más de uno se diría instintivamente: nosotros fuimos siempre lo que somos hoy, como si una maldición pesara desde el origen sobre todas las generaciones. Y para los momentos brillantes —que, gracias a Dios, no faltan—, ¿no rige hoy tal vez la cruel verdad de la sentencia de Dante: "No hay mayor dolor que recordar en la desdicha la felicidad desaparecida"?

Alguien pudo llegar a creer que la historia alemana era un tema del cual sería preferible no hablar. ¿A quién de nosotros no dominó esta disposición de ánimo?

¿Cuán diferente se presenta la actualidad! La noche que nos circundó ha cedido a una nueva aurora. Sobre Alemania se levantó un sol más radiante de lo que las esperanzas más atrevidas hubieran osado pensar y sus primeros rayos nos prometen un nuevo día lleno de luz que hace olvidar los sufrimientos. Ahora también el pasado se presenta bajo distinto aspecto: es el mismo, pero lo vemos con otros ojos. Su contemplación ya no despierta amargo dolor. Pero, no es menos imprescindible estudiarlo, interpretándolo sin prejuicio ni jactancia, hoy día, donde el éxito asombrosamente veloz ya involucra el peligro de que sobre-



estimemos los resultados, menospreciando la tarea que todavía nos aguarda.

Conocerse a sí mismo constituye para todos, tanto para los pueblos como para los individuos, el primer deber. Nuestra desgracia consistió, en el pasado más reciente, en habernos conocido muy mal a nosotros mismos. Por eso nos atrevimos a abordar problemas que tal vez no eran insolubles en sí, pero que para nosotros, tal como éramos y somos, resultaron demasiado difíciles. Debemos librarnos de este defecto, si queremos que se cumplan en el porvenir las promesas que encierra el presente, y que el pueblo alemán se muestre digno de las grandes ventajas obtenidas. El conocimiento propio, es, en circunstancias propicias, una exigencia doblemente indeclinable.

Pero ¿por cual otro medio un pueblo podría conocerse a sí mismo sino por su historia? El carácter de un hombre, sus cualidades, el rumbo de su voluntad, se ponen de manifiesto en su proceder. También las características de un pueblo, las virtudes y los defectos de su organización, los límites de sus posibilidades, se revelan por lo que ha realizado, con acierto o con error, en el curso de los siglos.

El hombre —tal vez se me objete— se completa a una determinada edad; y ya no cambia más. Un pueblo, por lo contrario, cambia constantemente, y precisamente nuestro pueblo ha variado tanto en los últimos años que sería tiempo perdido ocuparse de su pasado para conocer su carácter actual. Por eso se oye decir a menudo: "debemos abandonar los trillados carriles de la historia", y comenzar totalmente de nuevo. Esta novísima teoría cuenta ya con muchos adeptos. Quien la contradice se expone a ser considerado como un atrasado, mientras que los que se burlan de los historiadores, que basan sus profecías

en el estudio del pasado, pueden contar siempre con el fácil aplauso de la multitud.

No temo de ningún modo esta burla; la encuentro muy pueril, por no decir ilógica. Y en cuanto al aplauso de la muchedumbre no implica quizás una recomendación incondicional, especialmente hoy, y no es en ningún caso una garantía de la verdad. Sin duda el historiador —y lo es cualquiera que estudie el pasado— se parece al hombre que mira hacia atrás. Pero por eso mismo es más sabio que los demás, que siempre se empecinan en escrutar únicamente el porvenir, adonde en verdad, para la mayor parte, aun no hay nada que ver, si se exceptúan los engendros de su propia fantasía. El que mira hacia atrás ve la realidad pasada y por lo mismo puede percibir lo futuro, ya que lo contempla reflejado en el espejo de lo que fué. En él no se puede ver y leer lisa y llanamente, porque el espejo está roto y falta algún que otro pedazo. Hay que saber leer en él y eso no es tarea para cualquiera. He ahí por qué es posible el error al descifrar cosas y casos. Pero quien no se preocupa para nada del espejo del pasado, nunca podrá comprender lo presente, ni prever el porvenir.

No es verdad que los pueblos, al contrario del individuo, cambian de tiempo en tiempo su naturaleza íntima, y que los alemanes de hoy nada tengan de común con los de hace cien, doscientos o mil años. Es cierto que con el correr de los años algunos rasgos se borran en el rostro de una nación y otros nuevos se graban en él; es cierto también que las profundas variaciones de su existencia externa producen más de un cambio en su ser. Mas ¿es otra por eso la substancia original o carecen de importancia los sucesos y las experiencias? ¡Todo lo contrario!



Justamente cuando la naturaleza y el carácter de un pueblo han cambiado, ¿no es entonces un deber imperativo en todo aquel que se vincula a su pueblo, tal como sea, el tratar de reconocer estas transformaciones y relacionarlas con sus causas?

Cuando determinadas cualidades no son congénitas, sino adquiridas en el transcurso del tiempo, pueden perderse de nuevo por sí mismas o suprimirse o transformarse. Lo único que importa entonces es conocer las causas de su aparición; así se acertará al hacer lo necesario para mantenerlas o combatirlas. Se debe, pues, establecer firmemente lo que es natural y tal vez inmutable, lo que fué adquirido accesoriamente y que por lo tanto puede desecharse, y dónde residen las causas en el segundo caso.

Pero ¿qué otra cosa significa todo esto, sino estudiar la historia, y hacerlo como nos proponemos en este libro: hallando los momentos decisivos que han influído alternativamente en la vida del pueblo, y contribuído a formar su actual carácter?

Quien admita como exactas estas consideraciones no podrá negar el deber que tenemos de lograr —de la historia de nuestro propio pueblo— una clara y gráfica imagen, en la cual lo pasado y lo presente estén orgánicamente vinculados y donde lo uno nazca de lo otro por una necesidad interna. Una imagen que nos enseñe cómo llegamos a ser lo que somos. Éste es un deber incluso para el que se limita a vivir su propio tiempo como espectador consciente; pero lo es mucho más aún, para cuantos se sientan llamados a colaborar en el porvenir, y entre ellos debemos contarnos naturalmente todos, desde el más viejo hasta el más joven, y los jóvenes tal vez aun más que los ancianos.

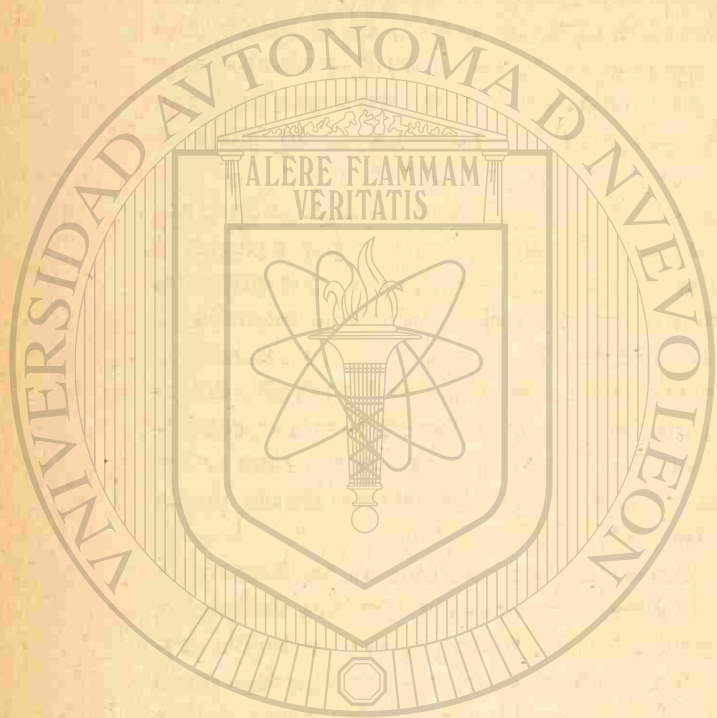
En esas reflexiones he encontrado fuerzas para vencer

el lógico temor a la materia, de que antes he hablado, y alientos para emprender una exposición que, como deseo, nos habilite para contemplar el aspecto de la nación alemana —la faz nacional de todos nosotros— en el espejo de los siglos, y para crear con eso la conciencia nacional, que nos es especialmente indispensable, si en adelante hemos de continuar teniendo una existencia.

La conciencia de nosotros mismos no debe inducirnos a desesperar con sordo fatalismo, por ser por naturaleza tales cuales nuestra historia, por desgracia, nos presenta. No; ha de ser una reacción en el sentido opuesto: nada de deprimirnos o alucinarnos, ni de engañarnos adulándonos a nosotros mismos; ver con ojos abiertos los propios defectos y llamarlos inexorablemente por su nombre; combatirlos y extirparlos como malezas, para que el grano de las buenas cualidades y aptitudes halle terreno donde pueda crecer y fructificar.

Todavía existimos y seguiremos existiendo. Pero quien dice vida, dice evolución, y evolución significa desarrollo, pujanza, crecimiento. De qué modo podemos volver a crecer cabalmente, cómo debemos ser, y —por último— cómo no debemos ser, lo hemos de comprender tanto mejor cuanto más sepamos cómo fuimos y cómo llegamos a ser lo que somos.





## CAPÍTULO PRIMERO

¿Dónde comienza la historia alemana? — La génesis del estado alemán — Reich y pueblos originarios — Rey y duques — Reich e Iglesia — Los medios de poder de la Corona: ejército del Reich, patrimonio regio y patrimonio eclesiástico.

¿Desde cuándo existe una historia alemana? La respuesta cabal es: desde que existen alemanes y un pueblo alemán. Mas ¿desde cuándo existen éstos? Parece que son los menos los que se formulan tal pregunta. En las exposiciones corrientes se encuentra precisamente, en este punto, un grave error. Dan comienzo a la historia de Alemania con las llamadas migraciones de pueblos. Hablan más o menos prolijamente de godos, vándalos, borgoñones, etc., sin interrogarse sobre su relación con la historia alemana. Hasta en la ciencia la fuerza de la costumbre puede a veces llegar a ser tan grande que no se nota en lo más mínimo la alteración de conceptos que aquí se presenta, pues identifican alemanes y germanos. ¿Con qué derecho? A los germanos pertenecen incuestionablemente también los pueblos escandinavos, y sin embargo a nadie se le ocurrió todavía incorporar su historia a la alemana. Pero a los germanos pertenecen también, quieran o no —y en los últimos tiempos no lo quieren de ningún modo, aunque de nada les sirva— los ingleses. Sinceramente hay que decir aun más: los ingleses son los más fuertes representantes del germanismo y los más



influyentes en la historia. Sin embargo, nadie ha tenido hasta hoy la idea de presentar la historia inglesa, ni siquiera la de los anglosajones, como parte integrante de la historia alemana. Y es ésta una incongruencia manifiesta: si los godos y longobardos pertenecen a ella, ¿por qué no les corresponde también a los daneses y anglosajones?

En verdad tanto los unos como los otros poco tienen que ver con ella. Germanos y alemanes no son, pues, lo mismo. Todos los alemanes son germanos, pero no todos los germanos son alemanes. En la totalidad de los pueblos germánicos los alemanes constituyen un grupo especial, y —lo que para nosotros tiene capital importancia— no forman en verdad un grupo originariamente coherente. No se hallaron unidos desde el principio, en modo alguno; sólo con el andar de los tiempos se vincularon y crecieron juntos hasta formar la unidad. En una palabra: *el pueblo alemán no es una unidad natural, sino una unidad históricamente lograda.*

Se han hecho no pocas tentativas para determinar el grado de parentesco entre los distintos pueblos germánicos, con la ilusión de poder demostrar, al referirse a algunos de ellos, que estaban más cerca unos de otros; y sobre todo se ha tratado de probar que en primer término los pueblos originarios, de cuya fusión nació el pueblo alemán, han formado un grupo homogéneo por naturaleza, una familia aparte. Esos esfuerzos pueden considerarse como fracasados. Si entre los pueblos originarios germánicos hubo grados de parentesco, cercanos o lejanos, no puede sin embargo afirmarse en modo alguno una homogeneidad natural de los pueblos alemanes posteriores, tal como ellos aparecen en la historia (dejamos aparte la prehistoria). Una sencillísima observación puede probárselo a cualquiera. Todo aquel que tuvo ocasión

de compararlos sabe que los naturales de Hannover, Hamburgo o Bremen están muy cerca de los ingleses y son extraordinariamente parecidos o casi iguales a ellos, cosa que es admitida hasta por los mismos ingleses. Dudo que se pueda descubrir igual grado de parentesco natural entre un ciudadano de Hamburgo y uno de la Alta Suabia, o entre uno de Oldenburgo y otro de la Alta Baviera, si se los observa y se los oye hablar en su dialecto característico.

Podemos, pues, establecer lo siguiente: los pueblos originarios alemanes no se han unido hasta formar el pueblo alemán porque fueron homogéneos por naturaleza, sino porque fueron llevados a la unidad por el destino, es decir, por la historia.

Se sabe cuáles fueron estos pueblos originarios, pues existen todavía, y se los puede reconocer claramente: francos, suabos, bávaros, turingios, sajones y frisones. Sus destinos y sus actos comunes constituyen la historia alemana. Por consiguiente, una historia alemana puede existir solamente desde el momento en que los seis pueblos originarios se unen en un solo conjunto.

Esto aconteció relativamente tarde y no de una sola vez. Su unión es la obra de uno de los seis pueblos originarios: la del franco. Los reyes francos sometieron a su dominio, uno tras otro, a los demás pueblos originarios. Clodoveo y sus hijos, en la primera mitad del siglo VI, avasallaron a los suabos —a los cuales entonces aún se les llamaba alemanes—, a los turingios y a los bávaros. Así quedaron las cosas. En el siglo VII llegó a iniciarse un movimiento de retroceso; los avasallados se independizaron. Sólo en el siglo VIII la nueva familia reinante de los francos logró terminar la obra interrumpida. Carlos Martel venció a los turingios y frisones; sus hijos, a los



suabos; Carlomagno, a los bávaros (en el año 788), y, por fin, después de treinta años de lucha, también a los sajones. El ciclo se cierra en el año 804.

Sin embargo, aun no se puede hablar, por esa razón, de una historia alemana en el siglo IX. Si bien los pueblos originarios alemanes se hallan unidos por un mismo nexo de estado o de Reich y comparten sus destinos, no constituyen todavía una parcialidad común; son solamente una parte del imperio mundial de los francos, que comprenden también, a más de ellos, a borgoñones, godos, longobardos y especialmente a muchísimos romanos. Una historia alemana será posible únicamente cuando los pueblos originarios alemanes, vinculados entre sí, se separen del conjunto del imperio franco y formen una unidad aparte.

Y también esto no ocurrió más que poco a poco. Los repetidos repartos que los reyes francos realizaron mutuamente desde el año 840, llevaron con el tiempo a una separación de las partes entre sí, que originó que primero una, luego otra y después una tercera se segregaran del conjunto y tomaran su propio camino. La expresión práctica de este hecho está en que, con ocasión de un cambio de gobierno, se proclaman independientes de la casa reinante por herencia de los Carolingios y eligen como soberano a un magnate indígena. Los últimos de todos, los pueblos originarios alemanes también dieron ese paso en el año 911, cuando, después de la muerte de Luis IV, el Niño, ya no juraron homenaje a un Carolingio franco-occidental —nosotros diríamos: francés—, sino que eligieron rey al duque Conrado. Con ello se cortó definitivamente el vínculo, ya relajado desde mucho antes, que había ligado a los pueblos originarios alemanes con el imperio común: Alemania llegaba a constituir un estado por sí mismo, un Reich. Conrado I es considerado por ello

el primer rey alemán y en el año 911 se puede fijar —si se exigen números exactos, aunque éstos en verdad tienen siempre importancia secundaria— la primera época de la historia alemana: *el nacimiento del estado alemán*.

Los contemporáneos de dichos sucesos no tuvieron una clara comprensión de este hecho. Por mucho tiempo se aferraron a la idea de que el Reich alemán era un Reich de los francos. Siguieron hablando oficialmente de un "*regnum Francorum*", un Reich de los francos, durante casi todo un siglo más, y cultivaron este concepto en la teoría del derecho público todavía hasta los siglos XII y XIII. No tenían tampoco nombre propio para el nuevo Reich independiente. Ciertamente es que en el curso del siglo IX se comenzó a hablar de un "*regnum theutonicum*", al referirse a la mitad oriental de todo el Reich. Pero no llegó nunca a ser un título oficial, puesto que la palabra "*theutonicum*" —definición culterana que deforma la palabra "*theotiscum*", del antiguo alemán "*thiutisk*" (*deutsch, deutsch*)— no significa otra cosa que "popular", es decir, no-romano: la parte del imperio que no hablaba latín, sino la lengua del pueblo. Tardó mucho en poder formarse el nombre de "Reich alemán", *Deutsches Reich*, comúnmente conocido, y no se logró la consagración oficial y legal de ese nombre antes del año 1870, cosa que no resulta familiar a todo el mundo. El antiguo Reich, que se formó en 911 y se disolvió en 1806, no llevó nunca ese título; muy tarde, como es sabido, tomó el de "Imperio Romano".

Al nacer, y después, durante cerca de dos siglos, el reciente Reich de los alemanes fué un estado sin denominación, hecho que invita a la reflexión. Los contemporáneos, o sean los hombres de los años que van desde 911 hasta casi 1110, no poseían una palabra para designar con un nombre común el nuevo estado de los seis pueblos ori-



ginarios. Volveremos en seguida sobre este punto; antes debemos desechar un error que podría introducirse furtivamente.

Se puede suponer muy fácilmente que fué el contraste de lenguas y costumbres populares el que causó la dispersión del imperio mundial de los francos, racialmente tan mezclado. Por un lado los alemanes, por otro los romanos y los franceses, no habrían querido vivir por más tiempo en la misma casa. Uno se inclina a explicar así los hechos, siguiendo las concepciones actuales. La comunidad del carácter alemán en los seis pueblos originarios, se habría manifestado por lo menos en forma negativa, o sea, en el rechazo de cuanto les fuera extraño a todos, y tal cosa se podría suponer como un sentimiento racial o nacional totalmente primitivo e inconsciente aún, causa operante en la primera aparición del Reich alemán.

Sin embargo, no es así. Oposiciones de raza o de "nacionalidad" —si queremos emplear esta palabra moderna— no han influido en el desmoronamiento del imperio de los francos, lo que es fácil demostrar, y surge de una serie de observaciones sobre las cuales no es necesario detenernos ahora. Basta llamar la atención sobre el hecho, de por sí decisivo, de que el trazado de los límites entre los territorios imperiales franco-orientales y franco-occidentales, alemanes y franceses, no tiene en cuenta para nada el idioma, la índole popular ni la nacionalidad de la población. El límite, que se mantuvo, fué trazado en el año 843, para dividir las zonas de gobierno de los hijos de Ludovico Pío: corría más o menos casi paralelo a los ríos Escalda y Mosa y a las Argonas, pasando a lo largo del río Saona; convirtió en alemán al pueblo de habla romana en Lorena y Borgoña y dejó a los flamencos, de habla franca, en el

imperio francés. Más significativo aún es el hecho de que en el año 911, al producirse la separación de los alemanes de los Carolingios, la población francesa de la orilla izquierda del Rin, la de la llamada Lotharingia (Lorena), no procedió de la misma manera. Se trataba en gran parte de francos —Tréveris, Colonia y Aquisgrán fueron, como es sabido, asientos principales de los francos desde mucho tiempo atrás— y estos francos de la izquierda renana, que por lo menos podían contarse como alemanes a la par de suabos y bávaros, no sintieron absolutamente ninguna aversión por su unión con los franceses bajo un mismo soberano. Permanecieron fieles a la casa real hereditaria y se asociaron al Reich alemán sólo más tarde (en 925), cuando también en Francia cayeron y fueron expulsados los Carolingios.

Vemos como, al separarse las partes del imperio franco, el contraste de las nacionalidades no pudo tener en absoluto influencia alguna, en cuanto se refiere a Alemania. Móviles personales, de carácter dinástico; enemistad entre las familias dirigentes; distintos intereses locales de la aristocracia gobernante; la costumbre cada vez más arraigada, después de tantas y duraderas "particiones", de preocuparse con preferencia de los asuntos propios y cada vez menos de los de la colectividad, o por otra parte, la adhesión a la corona y la fidelidad por antigua tradición, he ahí los móviles reales que actuaron en la separación definitiva del oriente y el occidente y que condujeron a la constitución de un Reich alemán.

Así, pues, deberíamos comprobar el hecho paradójal en sumo grado —que no puede parecer extraño en modo alguno a quien sabe ver "históricamente" y no traslada modernas presunciones al pasado— de que el Reich alemán haya sido originado esencialmente por influencias



exteriores, es decir, casi por acontecimientos fortuitos, o sea, por las conquistas y las divisiones del imperio de los francos. Lo que indujo a los pueblos originarios alemanes a la unión, no fué una necesidad interna ni un anhelo propio, sino la coacción externa de sometimiento. Igualmente no tuvieron necesidad alguna de desligarse de su unión con los itálicos. Nuevamente fueron las influencias exteriores —el derecho hereditario de la casa reinante que exigía la división; la debilidad de sus representantes— las que llevaron al relajamiento del nexo federativo y finalmente a la separación total.

Tampoco existió la necesidad de una firme cohesión. Por lo contrario, si dejamos hablar a los hechos, debemos reconocer que el Reich alemán, apenas nacido, estuvo por disolverse en sus propios componentes, o sea, en sus pueblos originarios.

Debemos representarnos estos pueblos originarios como muy distintos por lengua, costumbres y carácter. Hoy todavía existen diferencias; originariamente éstas fueron mucho mayores, con excepción tal vez de la lengua, porque los dialectos con el andar del tiempo se fueron alejando cada vez más unos de otros. Los pueblos originarios de la edad antigua tuvieron en las costumbres y en el carácter su particularidad plenamente consciente y reconocida: cada uno tenía su propio derecho, que en parte se apartaba notablemente del derecho de los demás. Donde la ocasión se ofrece, se tiene en cuenta su diferente manera de ser: en el ejército del rey los sajones combaten en grupos separados, de igual modo los francos y así los demás. No se ha tenido recelo en designarlos directamente como reinos, "*regna*".

Estos "reinos de pueblos originarios" aumentaron enormemente su autonomía y su importancia durante los

gobiernos de los últimos Carolingios. A su cabeza, favorecidos por varias circunstancias externas, se colocaron diversos hombres poderosos de la región, varones respetados y fuertes, que asumieron el título de duques, título cuyo concepto no es otra cosa que el de un verdadero poder virreinal. Frente al rey de veras se encuentran como reyes sin corona los duques de Baviera, Suabia, Sajonia —el de Sajonia sometió también a Turingia—. Aspiran a una completa autoridad de gobierno en los dominios de su pueblo, realizan su propia política exterior, y el más orgulloso de ellos, el bávaro, ostenta su título nada menos que "por gracia de Dios", lo que no encierra en sí otra cosa que la pretensión a la soberanía.

Debía evidenciarse ante todo quién sería a la larga el más fuerte, si el duque o el rey. Conrado I no logró prevalecer. Todos sus esfuerzos fracasaron, aunque contó con el apoyo de los eclesiásticos. Unidos rey y obispos, no fueron lo bastante fuertes para acabar con la independencia de los duques de los pueblos originarios.

A la muerte de Conrado (en 918) pareció que el Reich estuviera ya por disolverse. Su sucesor, Enrique I, hasta ese momento duque de Sajonia, fué exaltado únicamente por sajones y francos. Sólo poco a poco alcanzó también el reconocimiento de Suabia y de Baviera, aunque, en realidad, fué porque capituló ante sus adversarios. Enrique I dejó intacto el poder ducal en toda su extensión y renunció, por lo tanto, al ejercicio inmediato de la soberanía regia y se conformó con tener supremacía en asuntos seculares y eclesiásticos. En realidad no era rey más que en la Alemania septentrional, siendo, en cambio, para la meridional, sólo un rey, por decirlo así, honorario. Únicamente los grandes triunfos logrados contra los enemigos exteriores le dieron con el tiempo un poder más



grande, debido al aumento de prestigio, y su hijo, Otón I, que le sucedió en el año 936, heredó el reconocimiento de su soberanía en todo el Reich, como un hecho consumado del que nadie dudó.

Empero el poder de los duques de los pueblos originarios se mantenía igualmente fuerte. Otón I no pudo ni siquiera pensar en combatirlos, aun cuando se levantaron contra él en abierta rebelión. Se limitó a utilizarlos, llevándolos a vincularse muy estrechamente con la casa reinante. Con hábil política matrimonial supo conseguir para su hermano la dignidad ducal en Baviera, para su hijo en Suabia y para su yerno en Lorena. Es bien sabido que tampoco este recurso fué suficiente, pues tanto el hijo como el yerno se rebelaron también en 953-54 contra Otón, y poco faltó para que lo eliminaran por completo. Pero ni aun después de estas experiencias intentó el rey reprimir el peligroso virreinato de los pueblos originarios. No pueden justificarse los reproches que se le suelen hacer por eso. Es preferible pensar que si un rey alemán, aun después de vencido un duque rebelde, aleja solamente al culpable que ocupa el puesto, pero deja subsistir el mismo cargo, debió obedecer a una necesidad ineludible. Seguramente ha sido imposible reinar en la Alemania de entonces sin los duques de los pueblos originarios; de otra manera Otón I hubiera prescindido de ellos de buen grado.

De todo esto resulta una observación de gran trascendencia: la conciencia de una solidaridad de destinos, el concepto de estado, el espíritu del Reich, no existen o se encuentran apenas en formación. Los pueblos originarios son más antiguos que el pueblo alemán, y el ducado tienen más arraigo que el Reich y el rey. Aquéllos son lo primitivo; éstos, lo nuevo, que todavía está por



ENRIQUE I<sup>o</sup>

Fundó el primer Reich de los alemanes.

Con su esposa en la miniatura que adorna un manuscrito del siglo XII.

(Dusseldorf, Archivo del Estado)



arraigar. *La historia alemana comienza bajo el signo del particularismo.*

Éste es de naturaleza distinta al actual, pues se funda totalmente sobre la diversidad característica de los pueblos originarios, mientras que el particularismo de los tiempos más recientes tiene muy poco que ver con el espíritu popular y sí mucho en cambio con la soberanía dinástica nacional. Pero tienen de común que en ambos prevalece lo particular a expensas de lo colectivo. Nos encontramos con un rasgo del carácter del pueblo alemán, que no se debe pasar por alto, júzguesele agradable o no.

Evidentemente, en tales circunstancias el Reich no hubiera podido nacer ni hubiera podido consolidarse, si no se hubiese presentado un factor, que se erigió en adversario del particularismo de los duques de los pueblos originarios. Nos referimos a la *Iglesia*.

La Iglesia del Reich alemán más antiguo, es una Iglesia de estado, como ya lo fué en el imperio franco. Está acostumbrada a aceptar como deber el servir al rey con sus recursos, y en compensación ejerce como un derecho el de guiarlo personalmente y hasta casi dominarlo claramente. Se siente ligada al soberano y halla en ese vínculo su ventaja: la posibilidad de dominar al pueblo, mientras sirve al rey. Se opone por lo tanto, donde sea, a ser absorbida dentro de la organización pública y rehusa subordinarse al duque. Obispos y abades desean continuar siendo obispos regios, obispos del Reich, abades del Reich, sin dejarse mediatizar. Su posición, su jerarquía, su influencia, su independencia, sufrirían con ello una pérdida, pero habría que lamentar también un perjuicio material. Sus bienes, en efecto, se hallan en parte fuera de los territorios de los pueblos originarios, por cuanto las fundaciones religiosas no se detienen ante



ningún límite territorial. Por esta razón, obispos y abades son los representantes natos del concepto imperial y unitario.

Son ellos más que otros los sostenedores de un principio realmente político, porque en sus círculos se encuentra preferentemente la cultura espiritual; y de la concepción del estado a que están adheridos saben deducir consecuencias prácticas.

Así, todo —interés e ideal— los coloca al lado del rey en la lucha entre el poder real y el poder ducal, y, a la inversa, el rey debe apoyarse en ellos, si quiere sostenerse. Para con los seglares, el rey debe estar satisfecho con la adhesión a su persona; para con los altos eclesiásticos, puede contar con mucho más: con la fe en la idea del Reich. Y puede confiar tanto más en ellos, cuanto que tiene la posibilidad de elegir a las personas por sus cualidades, su capacidad, su modo de pensar, su carácter. Las dignidades mundanas y los cargos seculares son más o menos hereditarios. Pero de las sillas episcopales y de las grandes abadías, el rey dispone libremente cada vez que quedan vacantes; el que designa recibe de su mano su cargo y a menudo ni siquiera es elegido, sino nombrado simplemente por el soberano. No existe en el viejo estado alemán ningún vínculo más natural que éste entre el trono y el altar.

El vínculo se ha conservado. Fué el primer gran triunfo de Otón I, cuando logró, aun en los comienzos de su gobierno, quitar a los duques la facultad de disponer de todas las iglesias del Reich y concentrarlas en sus manos. Desde entonces la Iglesia fué el sostén principal del poder real. Los obispos son el más activo contrapeso del particularismo de los poderes ducales. Cuando los duques, en el año 953, se conjuraron contra Otón, para derribarlo, los

obispos estuvieron, casi sin excepción, de parte del rey y a ellos debió éste el haberse sostenido. El vínculo quedó entonces firmemente anudado: los obispos serán ya para siempre el partido del Reich.

La Iglesia sirvió al Reich y al rey con los grandes bienes de que disponía y que los mismos reyes aumentaron a manos llenas, y con la superior cultura espiritual de sus representantes. Obispos y abades son los consejeros permanentes del soberano, sus ministros y diplomáticos, a veces sus políticos dirigentes. Los obispos forman y mantienen la tradición de la política del Reich; obispos y eclesiásticos administran y organizan los elementos de poder de la Corona y hasta conducen a menudo los ejércitos imperiales al campo de batalla. La espina dorsal que mantiene erguido el Reich, la abrazadera que asegura su unidad, es la Iglesia. Sin ella se desmoronaría y ya al nacer se hubiera disuelto en la multiplicidad natural de sus componentes.

Se verá con evidencia lo que significó la Iglesia en el antiguo estado alemán, si indagamos los recursos del poder del rey.

El antiguo rey alemán, ateniéndose al derecho, no es en modo alguno un soberano absoluto. Es el juez supremo y el jefe militar; pero en todo lo demás, es decir, en lo que llamamos política, depende del consentimiento de los magnates, o sea, de la aristocracia. Sólo "con el consejo y la anuencia de los magnates" puede actuar en la guerra y en la paz. Hay que ver en él no tanto al soberano omnipotente sino al conductor y representante de la aristocracia dominante.

Cuando el rey trate de imponer su voluntad, el logro de su propósito dependerá de la cantidad de poder material que pueda echar sobre la balanza de las deliberaciones.

Todo el poder del estado descansa en último término



en la obediencia voluntaria de los súbditos y en la posibilidad de emplear la fuerza contra los rebeldes, vale decir, en las fuerzas armadas. En seguida comprendemos lo que significa el apoyo de la Iglesia para la obediencia espontánea. La Iglesia dominaba las almas con una influencia muchísimo más segura y exclusiva que la que tiene hoy mismo en los países más clericales. Pero no era menor su obra a favor del rey en lo que se refiere a las fuerzas armadas.

Si se desea tener una idea de las características de la potencia militar del Reich en los tiempos antiguos, hay que prescindir de todas las ideas habituales. En ningún otro aspecto se nota mayor diferencia entre la época antigua y la moderna. No se puede hablar en modo alguno, de servicio militar obligatorio. Éste consiste únicamente en una especie de guardia territorial para la defensa del país, sin que tuviera mayor importancia práctica, ni siquiera en las fronteras territoriales. De hecho, esta guardia territorial del Reich nunca fué convocada contra un enemigo exterior. Sólo llegó a ser eficaz para la protección interna contra el bandidaje y ocasionalmente en algunas guerras civiles.

En el antiguo estado alemán la guerra es desde el principio la profesión natural de una clase social privilegiada: los caballeros feudales. Como muchos otros privilegios, es una herencia del estado franco, en el que los caballeros vasallos del rey y de sus grandes, constituían el núcleo medular y el arma capital del ejército. Y el mayor mérito de los primeros reyes sajones, Enrique I y Otón I, consistió en haber creado y engrandecido este ejército profesional del reino, constituido por caballeros, según el uso franco. Con ello, en el curso de su gobierno, se elevó Enrique I a mayor prestigio y Otón I se convirtió en señor de todo el Reich y en el primer soberano de occidente. Tiene



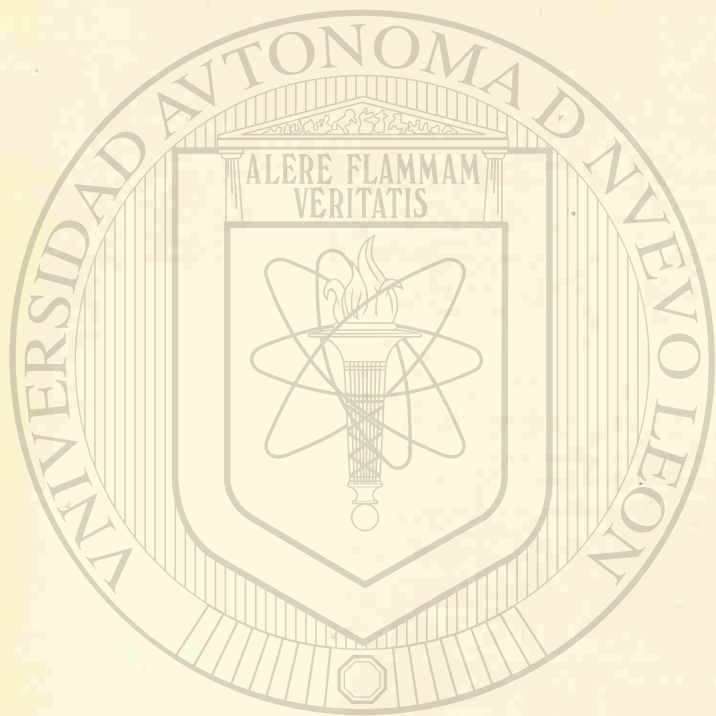
OTÓN I<sup>o</sup> EL GRANDE

Obtuvo el título de Emperador Romano para la Nación Alemana y aseguró las fronteras del Reich.

A los pies de Cristo con su esposa y su hijo Otón II.

(Escultura de marfil. Milán, Museo del Estado)





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

a su disposición, en todas las regiones de sus dominios, un numeroso tropel de caballeros armados, premiados con latifundios —feudos caballerescos como se llaman aún hoy—, ejercitados en las armas desde su juventud, de padre a hijo y luego de familia a familia, viendo en la lid y la guerra su profesión, y prontos en todo momento a correr bajo banderas, cuando el rey los convoca y se entrevé una recompensa y un botín.

La base y el fundamento para dotar a estos soldados hereditarios del Reich, los dan en primer lugar los vastísimos territorios llamados bienes de la Corona, en los que se unen el patrimonio propio de la casa real con lo heredado de anteriores familias reales y con todo aquello que fué tomado por el estado y para el estado en la guerra y en la paz, mediante conquista, confiscación o devolución; una cuantiosa masa de heredades rurales y bosques, de cuya renta vive la administración del Reich y una parte de la cual se emplea para sostener a los caballeros.

El rey no soporta por sí solo el peso de tales aprestos bélicos, una parte considerable se descarga sobre los hombros de los magnates. Éstos están obligados a mantener caballeros-vasallos, y a presentarlos según los necesite el rey. Entre los magnates son también los eclesiásticos, los príncipes-clérigos, los obispos, los abades, quienes contribuyen con el aporte principal. Pueden hacerlo porque son muy ricos, inmensamente ricos. En los momentos en que el cristianismo penetró en Alemania, en los días de Bonifacio, Carlomagno y hasta un siglo más tarde, rivalizaron nobles y plebeyos en colmar a iglesias y monasterios de donaciones de tierras con sus vasallos. Desde entonces el afán declina considerablemente, pero el tesoro aumenta siempre, precisamente por la generosa benevolencia de los reyes. Es casi imposible abarcar con la mirada la extensión



de las propiedades de que disponen, especialmente algunos monasterios mayores, como Lorsch, Fulda, Hersfeld, Reichenau, Weissenburg, Saint Gall. Lo que poseen supera en mucho a lo que necesitan, pues los monjes son pocos y, además, deben vivir santamente, es decir sobriamente y sin comodidades. El excedente pasa al rey como tutor y señor del monasterio, con destino a los servicios del Reich; el rey establece caballeros en las propiedades rurales de los obispos y abades. Los obispados y monasterios, en fin, empleando una expresión moderna, son los que soportan principalmente el presupuesto de guerra.

Una feliz casualidad nos ha conservado algunas cifras, que corroboran estas aseveraciones. Poseemos la lista de una proclama que lanzó el emperador Otón II en el año 982 a los francos, suabos y bávaros, para la guerra contra los árabes en la Italia meridional. Nos enteramos por ella de que obispos y abades suministraron más del doble de caballeros armados que todos los demás magnates seculares juntos. El más fuerte de estos últimos, el "duque de Alsacia" —Alsacia constituía a la sazón, temporalmente, un ducado aparte en el pueblo suabo—, aportó 70 hombres; los obispos de Maguncia, Colonia, Estrasburgo y Augsburgo, 100 cada uno. Los aportes más altos después del alsaciano, entre los contingentes seculares, son de 30 y 40 caballeros, mientras por lo contrario Reichenau y Fulda enviaron 60 y Lorsch y Weissenburg 50.

Sumando lo que el clero ofrece al Reich en fuerza espiritual y material, no es exagerado decir que el poder de la corona descansa sobre la Iglesia y que ésta, junto con el patrimonio del Reich, es el fuerte pilar que sostiene el poder del rey.

## CAPÍTULO SEGUNDO

**Los problemas exteriores del Reich — El doble frente — Lotaringia y el confín occidental — El confín oriental: húngaros y eslavos — Italia y la corona imperial — El reino lombardo — El Imperio Romano — Borgoña — ¿Fue un error la política imperial? — Sus móviles políticos realistas — Su utilidad.**

Cuando el soberano alemán, con el apoyo de la Iglesia, pudo alcanzar el dominio de todo el territorio, tuvo reunido en su mano un poder enorme para esos tiempos. En sus alrededores no había ningún estado que pudiera medirse con el alemán, pues en el oeste el poder real de Francia declinaba a la sazón hacia la impotencia, y en el sur, en Italia, no había sido conjurada aún la dispersión que en ella produjo el derrumbe del imperio de los francos. En el occidente, Alemania, para decirlo a la moderna, era la única gran potencia del momento.

¿A qué fin servía esa gran potencia?

No puede haber un error más grave que la idea, a menudo muy difundida por inconsciencia o semi-consciencia, de que estados, reinos y soberanos pueden elegir a su antojo sus deberes y que la política de un país tiene su origen en los caprichos de su soberano. Esto puede acontecer a veces, como un extravío pasajero y siempre en el único y muy limitado sentido de que una posibilidad existente es estimada en más de lo que vale por una preferencia personal del rey o una necesidad juzgada más imperiosa de lo que es. En general, a todo estado le son impuestos sus



de las propiedades de que disponen, especialmente algunos monasterios mayores, como Lorsch, Fulda, Hersfeld, Reichenau, Weissenburg, Saint Gall. Lo que poseen supera en mucho a lo que necesitan, pues los monjes son pocos y, además, deben vivir santamente, es decir sobriamente y sin comodidades. El excedente pasa al rey como tutor y señor del monasterio, con destino a los servicios del Reich; el rey establece caballeros en las propiedades rurales de los obispos y abades. Los obispados y monasterios, en fin, empleando una expresión moderna, son los que soportan principalmente el presupuesto de guerra.

Una feliz casualidad nos ha conservado algunas cifras, que corroboran estas aseveraciones. Poseemos la lista de una proclama que lanzó el emperador Otón II en el año 982 a los francos, suabos y bávaros, para la guerra contra los árabes en la Italia meridional. Nos enteramos por ella de que obispos y abades suministraron más del doble de caballeros armados que todos los demás magnates seculares juntos. El más fuerte de estos últimos, el "duque de Alsacia" —Alsacia constituía a la sazón, temporalmente, un ducado aparte en el pueblo suabo—, aportó 70 hombres; los obispos de Maguncia, Colonia, Estrasburgo y Augsburgo, 100 cada uno. Los aportes más altos después del alsaciano, entre los contingentes seculares, son de 30 y 40 caballeros, mientras por lo contrario Reichenau y Fulda enviaron 60 y Lorsch y Weissenburg 50.

Sumando lo que el clero ofrece al Reich en fuerza espiritual y material, no es exagerado decir que el poder de la corona descansa sobre la Iglesia y que ésta, junto con el patrimonio del Reich, es el fuerte pilar que sostiene el poder del rey.

## CAPÍTULO SEGUNDO

**Los problemas exteriores del Reich — El doble frente — Lotaringia y el confín occidental — El confín oriental: húngaros y eslavos — Italia y la corona imperial — El reino lombardo — El Imperio Romano — Borgoña — ¿Fue un error la política imperial? — Sus móviles políticos realistas — Su utilidad.**

Cuando el soberano alemán, con el apoyo de la Iglesia, pudo alcanzar el dominio de todo el territorio, tuvo reunido en su mano un poder enorme para esos tiempos. En sus alrededores no había ningún estado que pudiera medirse con el alemán, pues en el oeste el poder real de Francia declinaba a la sazón hacia la impotencia, y en el sur, en Italia, no había sido conjurada aún la dispersión que en ella produjo el derrumbe del imperio de los francos. En el occidente, Alemania, para decirlo a la moderna, era la única gran potencia del momento.

¿A qué fin servía esa gran potencia?

No puede haber un error más grave que la idea, a menudo muy difundida por inconsciencia o semi-consciencia, de que estados, reinos y soberanos pueden elegir a su antojo sus deberes y que la política de un país tiene su origen en los caprichos de su soberano. Esto puede acontecer a veces, como un extravío pasajero y siempre en el único y muy limitado sentido de que una posibilidad existente es estimada en más de lo que vale por una preferencia personal del rey o una necesidad juzgada más imperiosa de lo que es. En general, a todo estado le son impuestos sus



problemas desde el exterior y se trata —para los gobernantes— tan sólo de reconocerlos y justipreciarlos. La que plantea esos problemas es la geografía: la posición y la naturaleza del territorio. Posición y características que prescriben a cada país si debe defenderse y cómo tiene que hacerlo, si puede y debe crecer y cómo ha de conseguirlo. Por eso precisamente, la geografía es el factor constante que determina del modo más decisivo la historia política de todos los tiempos.

También la historia de Alemania está desde sus comienzos bajo la *coacción de la situación geográfica*. Ella le plantea el problema que, a través de todos los siglos, aparece desde los primeros años hasta la actualidad y es hoy visible hasta para los ojos del más ciego de los mortales: *el problema del doble frente*. La lucha sobre dos frentes es, por decirlo así, el "leit-motiv" de la historia alemana. Esto proviene del hecho de que Alemania es un país mediterráneo bien definido, situado entre grandes pueblos vecinos de naturaleza distinta y separado de ellos solamente por una débil —y a veces por ninguna— línea natural de división.

Esta circunstancia se presentó ya al nacer el antiguo estado alemán y tuvo su exteriorización inmediata en luchas simultáneas en oriente y occidente.

En el oeste el Reich alemán poseía, en el momento de constituirse (911), aparentemente un límite excelente; alcanzaba hasta el Rin y los Vosgos. Lo que se hallaba sobre la orilla izquierda, el primitivo reino y después ducado de Lotaringia —en el concepto moderno: Lorena, Palatinado, Provincia Renana, Holanda y Bélgica hasta el Escalda— permaneció fiel a la casa real carolingia y se había convertido en "francés". Si este estado de cosas hubiera continuado, Alemania hubiera ganado un límite natural con

una pérdida de otro orden, que habría que considerar equivalente a una mutilación definitiva. No se trata aquí solamente de una parte extensa de territorio, sino de regiones que eran las más pobladas, las mejor cultivadas, las más ricas y civilizadas al norte de los Alpes, y tenían, frente al resto del Reich alemán, la superioridad de su amplio progreso.

Es necesario tener siempre presente que la mayor parte de lo que abarcaba entonces el Reich alemán era un terreno culturalmente virgen. Para todos los territorios que se hallaban fuera del antiguo límite del Imperio Romano, es decir, a grandes trazos, la Alemania de la derecha del Rin, hasta el Neckar y el Danubio en el sur, la evolución civilizadora comienza recién con Carlomagno, mientras había comenzado ya con Augusto para las regiones que habían formado anteriormente parte del Imperio Romano.

La separación entre ambas alcanza a 800 años; la misma que media desde la primera cruzada hasta nosotros. Este hecho no debe menospreciarse, y además hay que tomar en cuenta que los territorios al este del Rin —Baden, Württemberg, Baviera propiamente dicha— que una vez pertenecieron a Roma, fueron abandonados primero por los romanos y después perjudicados más seriamente por la invasión de los germanos, mientras que en la orilla izquierda la civilización apenas había sido afectada por ella.

Por esta razón la renuncia a Lotaringia equivalía a un suicidio, a una autocondena a la insignificancia. Fué un signo de debilidad que, a pesar de ello, Conrado I se prestara a esta renuncia, pues no se sintió capaz de imponerse como rey en esa región.

Pero Enrique I aprovechó la oportunidad para volver esto a su estado anterior. Cuando en el año 923 los Caro-



lingios fueron destronados temporalmente hasta en la parte occidental de su reino, por lo que los loreneses se proclamaron independientes de Francia, Enrique intervino rápida y prudentemente y se aseguró su reconocimiento como rey. Así Lotaringia fué ganada para el Reich alemán; sus límites avanzados hasta el Escalda, el Mosa y las Argonas, quedando unida a Alemania la parte más preciosa, el que fué el corazón del imperio de los francos; y convertida en capital ideal del Reich alemán, Aquisgrán, la residencia de Carlomagno, ya que una capital "de facto" no podía existir en las condiciones de entonces, preponderantemente rurales.

La nueva posesión tuvo que ser defendida, pues Francia no quiso renunciar a ella de buen grado. En el siglo X se hicieron tres tentativas, y en el siglo XI por lo menos una más, para apoderarse otra vez de Lotaringia, es decir, para conquistar la frontera del Rin. Todas las tentativas fracasaron por falta de poder del vecino occidental, que los reyes de Alemania se esforzaron cuidadosamente en mantener. No se ha destacado bastante la habilidad con que Otón I supo poner en juego en Francia por un lado al rey, y por el otro al pretendiente y jefe de la aristocracia, ambos cuñados suyos, para que ninguno de los dos partidos dominase, y el rey de Alemania pudiese imponerse a ambos. Así procedieron luego los sucesores de Otón, y Francia siguió siendo un vecino que no ofrecía peligro alguno.

En el este la tarea no fué tan sencilla. Allí los reyes tuvieron que enfrentarse muy pronto con un adversario militarmente temible: los húngaros. Desde los años que cierran el siglo IX, éstos residían en la región que todavía lleva su nombre y en la Baja Austria. Desde allí invadían los territorios occidentales, robaban, saqueaban, destruían y secuestraban a los habitantes. En la lucha contra

ellos fracasó Conrado I. Enrique I pudo por lo menos proteger a la Alemania septentrional. El gran triunfo, con el que empezó a ser famoso, fué su victoria sobre los hasta entonces invencibles húngaros en el año 933.

Mas esto no pasaba de ser una simple defensa, y, sobre todo, una defensa fatigosa y siempre insegura. Sólo la aniquiladora batalla librada contra los húngaros, que habían invadido de nuevo el territorio alemán, por Otón I en el año 955 cerca de Augsburgo, puso fin a este azote público. Así se pudo tomar la ofensiva y echar a los odiados invasores fuera de los territorios en otro tiempo bávaros, de la Baja Austria. A las armas victoriosas siguió la corriente de los colonos alemanes desde Baviera. Hasta el Leitha, y más allá todavía, se extendió la colonización germana de la parte meridional de la Marca del Este; y así nació el Austria alemana.

Con mayor facilidad se acabó en el este con los demás vecinos, los eslavos, o, como se les llamaba entonces, los vendas de la otra banda del Elba, del Saale y de la Selva Bohemiana. No estaban unidos políticamente ni eran peligrosos por sus efectivos militares: eran apenas un manojo de pueblos de escasa fuerza en la guerra y en la paz. Enrique I logró someter a los que se hallaban más al norte, sobre el Elba y el Havel. Lo ganado se perdió nuevamente en el año 983, cuando los vendas se levantaron en masa contra los alemanes; sólo pudo ser conservada la región entre el Saale y el Elba. Se mantuvo también la incorporación de Bohemia, cuyo duque (más tarde rey) hacía acto de sumisión al rey de Alemania desde el año 929 y con el correr del tiempo entró en la serie de los príncipes del Reich alemán como el más distinguido entre los seculares. Quien conozca la importancia de la situación geográfica de Bohemia —Bismarck la llamó la "ciudadela de Euro-



pa"—, no desestimaré el alcance de ese triunfo. Bohemia constituye en efecto la fortaleza principal en el confín oriental del Reich.

La fortaleza llegó a ser de gran valor cuando, desde el año 1000 y durante una generación, se formó temporalmente, bajo el gobierno de Boleslao el Valiente, un reino polaco unido, reino que comenzó a crecer a expensas del alemán. Enrique II y Conrado II hicieron por mucho tiempo grandes aunque vanos esfuerzos, para oponerse a este peligro, hasta que por fin en el año 1031, después de la muerte de Boleslao, gracias a la desunión de sus herederos y con el apoyo del gran duque de Kiev, se pudo despedazar el reino de la Gran Polonia y poner término a la dignidad real polaca por casi 250 años.

De esta manera quedaron resueltos en el oeste y en el este los problemas naturales, y asegurados los límites de Alemania por la impotencia de sus vecinos. El pueblo alemán, si quería crecer y extenderse por la conquista, podía elegir, al parecer, entre seguir el rumbo hacia occidente, o el de oriente, o ambos a la vez.

No tomó ninguno de los dos. En el sudeste la colonización y la conquista se detuvieron muy pronto en el límite de la zona genuinamente magiar. Nunca se pensó en la conquista de Polonia. Aquí como allí Alemania se conformó con un reconocimiento bastante platónico de su soberanía. El avance iniciado por Enrique I en Brandenburgo y Mecklenburgo hasta el Báltico, después de la emancipación de los vendas en el año 983, no se repite. Basta tener los vecinos a raya, para que respeten los límites y paguen sus tributos. No se pretende más. Y menos aún se habla de intentos de anexión en el oeste.

En cambio, desde la mitad del siglo X, las miradas se dirigen continuamente hacia el sur: Italia es el objeto de

la política exterior, del desarrollo del poder y de la expansión alemanas.

Nos hallamos en presencia de una nueva época: el nacimiento del Imperio Alemán. Abarca toda la historia alemana más antigua, dominándola durante tres siglos, y gravitando con creciente influencia su recuerdo, hasta mucho tiempo después de que ese Imperio Alemán medioeval había desaparecido. Tendremos que apreciar directamente este hecho, contemplándolo con plasticidad, para reconocer sus causas, si pretendemos comprender, en su fondo, la antigua historia alemana y a nuestros propios antepasados.

En el año 951 se hizo la primera tentativa para someter a la Italia Superior. Llamado, por la oposición del reino longobardo contra su rey Berengario II, Otón I atravesó los Alpes, derrotó al enemigo y lo obligó a reconocer la soberanía alemana. Al mismo tiempo se aseguró el libre acceso al país: Berengario tuvo que ceder los pasos alpinos y toda la región al este del Adigio, que fueron incorporados a Baviera.

La sublevación de los duques alemanes en los años 953-54 y la guerra contra los húngaros en 955, tuvieron por consecuencia la pérdida de esas conquistas. Berengario recobró su independencia y reconquistó el territorio cedido. Al mismo tiempo se esforzó en extender su reino hacia el sur a costa de los estados pontificios y tal vez en someter también a Roma. El Papa, amenazado, llamó en su ayuda a Otón y éste inició en el año 961 la segunda campaña de Italia, que en breve llevó a la total dominación del reino longobardo. Berengario murió cautivo en Alemania, y Otón se proclamó rey del reino longobardo. Al mismo tiempo, en enero del año 962, se hizo coronar emperador en Roma; es



decir, asumió también la soberanía en la Ciudad Eterna y en el territorio papal.

Los años que siguen están saturados de luchas y negociaciones con el emperador de Constantinopla, para asegurar lo conquistado. El resultado será que Constantinopla se avenga a reconocer el nuevo imperio en Roma y acepte también el hecho consumado de que los principados longobardos en la Italia inferior, Benevento, Capua, Salerno, pasen a depender de la soberanía alemana, mientras que en cambio Otón renunciará a la anexión de las ciudades costeras, que conservaban su carácter griego.

En esta forma quedan fijados, por un largo período, los contornos del Imperio. Una sola vez quizás se realizó en lo sucesivo, por Otón II, una tentativa para extender la influencia alemana sobre toda la Italia meridional. Fué en la lucha contra los árabes, que avanzaban desde Sicilia. El intento, si fué seriamente preparado, lo que no consta en modo alguno, condujo en el año 982 a una derrota del ejército alemán y terminó al año siguiente con la muerte prematura del joven emperador.

No fué difícil afirmar la soberanía alemana en el reino longobardo. Sólo una vez, después de la muerte de Otón III (1002), se hizo la tentativa de volver a independizarse de Alemania. En efecto, por lo menos una parte de la región reconoció entonces durante unos 12 años como rey a un príncipe autóctono, Arduino de Ivrea. Pero solamente una parte, pues la otra se mantuvo fiel al soberano alemán y, cuando Arduino murió, el emperador Enrique II fué reconocido por todos. A su fallecimiento (1024), un intento de emancipación murió en germen, por cuanto no se halló a nadie que quisiera aceptar la corona vacante de los longobardos. Magnates de Francia, a quienes fué ofrecida, declinaron agradeciéndolo ese honor sin perspectivas.

Desde ese momento la unión de Lombardía con Alemania permanece firme; nadie pensó en deshacerla.

Tanto en Lombardía como en la misma Alemania, el sostén de la soberanía alemana es siempre la Iglesia. También allí son los obispos los partidarios natos del rey, porque únicamente él puede asegurar su vinculación inmediata con el Reich y por lo mismo su situación política frente a las dinastías seculares, que en Italia, como los duques en Alemania, aspiran a la sumisión de la Iglesia. Fueron los obispos los que tomaron partido por Enrique II contra Arduino y ayudaron a Enrique a vencer. Desde entonces y cada vez más —lo que resultó al final como un axioma político del emperador alemán— ocurrió que los obispados, donde era posible, debían ser desempeñados por eclesiásticos alemanes. Hacia mediados del siglo XI, en la mitad oriental de la Italia superior, la mayor parte de los obispos fueron verdaderos inmigrantes alemanes, que el rey instaló para que representaran y apoyaran la política alemana en Italia.

Mayores dificultades produjo la situación en Roma. Ya el mismo Otón I tuvo que hacer frente a deserciones y revueltas. Se vió obligado a deponer al Pontífice que le había pedido ayuda, y, a raíz de traiciones reiteradas, tuvo que ordenar cierto número de ejecuciones. Esto se repitió a menudo más tarde y hasta ocurrió que muchas veces —durante la infancia de Otón III y después de su muerte (1002)— no se reconoce la dignidad imperial alemana durante varios años. Sin embargo, al final, pudo ser siempre restablecida, y desde Conrado II (1027) se afianzó la idea de que el rey de Alemania, automáticamente, al ser rey de Lombardía, es también emperador romano. Roma, Italia y Alemania constituyen una firme unidad y el rey elegido en Alemania es al mismo tiempo soberano en todo el im-



perio, para el cual surge el nombre de *Imperio Romano*. Este concepto de que el Reich alemán es un imperio romano y Roma su capital, prevaleció por completo recién en el siglo XII, no obstante que ya existe hacia el año 1040. Por ese entonces aparece en el lenguaje oficial el título de rey romano, "rex Romanorum", para el rey alemán, que aun no había ceñido en Roma la corona imperial. Reich y rey alemán hallaron de esta manera, finalmente, su título, al convertirse en Imperio y emperador romano.

Se plantea el interrogante de si la ocupación de Italia hubiera sido posible a la larga sin la anexión de otro reino antes independiente. Se trata del reino de Borgoña, que abarcaba la Suiza occidental (al oeste del Aar), el Franco-Condado, la Saboya, el Delfinado y la Provenza. La conquista fué realizada por Conrado II en el año 1034 al extinguirse la casa real del país. Esta nueva soberanía representó apenas un aumento verdadero de poder; su mayor valor consistió en una más fácil comunicación entre Alemania e Italia. Hasta entonces se habían podido utilizar solamente los pasos del Brenner y del Septimer, de los que el segundo era el menos indicado para fines militares, tanto que Verona constituía el único acceso cómodo, muy fácil de cerrar. Entonces estuvieron libres también los excelentes caminos por el Gran San Bernardo, el Monte Cenis, el Monte Ginebra <sup>(1)</sup>; era posible de esta manera entrar, en caso de guerra, al mismo tiempo, según las circunstancias, por dos vías, en la región de Verona y en la de Milán, sin contar con la importancia de la ventaja que representaba, en tiempos de paz, que se pudiera efectuar sin obstáculos el tránsito entre Alemania e Italia por cinco o por cuatro vías, en lugar de dos.

(1) No es posible demostrar que se haya utilizado el paso del Gotardo antes del siglo XIII.

De ahí que esto interesara también en Italia. De otra manera, ¿por qué hubieran tomado parte en la conquista de Borgoña los obispos italianos? Conducidos por los arzobispos de Ravena y Milán, penetraron en la región por el sur, mientras los alemanes la invadieron por el norte, desde Basilea, a las órdenes del rey Conrado. Fué como la apertura de un túnel: la perforación se efectuó simultáneamente por los dos lados. El nuevo túnel entre Italia y Alemania causó efecto inmediatamente. También durante el gobierno de Conrado II principió la era clásica de la dominación alemana en Italia, era que llegó a un estado de gran florecimiento durante el reinado de su hijo y sucesor Enrique III.

Así surge el antiguo imperio alemán, si se le considera como una construcción de política realista, o, para decirlo con otras palabras: el imperio empírico. El lector podrá sentirse sorprendido o extrañado tal vez por esta descripción, ya que la imagen habitual tiene un aspecto algo distinto. No es usual por cierto en la literatura describir de la misma manera el imperio de los Otones, Salios y Hohensaufen. En ella se habla de un dominio universal con aureola clérigo-religiosa; de un "sagrado" romano imperio de la nación alemana, que aspiraba a ser una renovación, consagrada por la Iglesia, del antiguo "*imperium orbis universi*" romano; del perenne esfuerzo del soberano alemán para conquistar la más alta dignidad del cristianismo bendecida por la Iglesia, que, con la supremacía sobre los demás reyes, debía darle un título de dominio en todas las regiones del mundo. Algo así, pues, como una especie de teocracia universal, cuya utilidad práctica sería en todo caso muy difícil de establecer, ya que el emperador alemán no ejercía nunca un dominio de hecho sobre los reinos



vecinos. En este sentido su imperio no pasaría nunca de ser un simple título.

Esta tesis choca muchísimo con nuestras concepciones. Si tal hubiera sido realmente la idea del imperio, habría que admitir que los antiguos soberanos alemanes dejaron determinar su política exterior por móviles que nosotros no podemos considerar como políticos, lo que significaría la más severa condenación de su obra, por cuanto toda política regida por puntos de vista no políticos es mala en todo momento. Así se hizo, de cuando en cuando, pero nunca tuvo buen éxito ni utilidad.

No han faltado desaprobaciones de esta índole al antiguo imperio alemán. Historiadores de renombre han llegado a decir que el constante afán de los reyes alemanes hacia Italia fué un extravío que se vengó amargamente del pueblo alemán. Enceguecidos por el místico resplandor de la corona imperial, los reyes alemanes habrían descuidado problemas más modestos, pero más inmediatos y por lo mismo más importantes, es decir, el permanente refuerzo de su autoridad en Alemania, ya sea con la remoción de los duques originarios, ya sea por medio de la extensión de los límites y la colonización hacia el este, lo que hubiera podido llevar a la unidad estatal de la nación. Los críticos, aparentemente, pueden fundarse en el juicio de la historia. La política imperial fracasó al final y, como lo indica Heinrich von Sybel, el más ingenioso y el más importante representante de esta opinión, la nación tuvo que pagar el ensueño de una soberanía mundial teocrática con largos siglos de impotencia y disgregación.

Este juicio podrá conceptuarse como el popular, y si no me equivoco prevalece aún hoy en el análisis científico. La opinión de la mayor parte de los investigadores se inclina a considerar la política itálica de los reyes alemanes

como un error, porque carecía de finalidad firme y de utilidad permanente y en resumen excedía también a las fuerzas del reino.

No creo que con este dictamen se haga justicia a los hombres y a los hechos. Ante todo no puedo admitir que se considere como políticamente ciegas o insensatas a generaciones enteras del pasado. Porque se trataría de esto: no se habría equivocado un soberano solo, quizá Otón I, sino también todos sus sucesores por igual. En la larga serie de reyes alemanes, desde Otón I hasta Otón IV, vale decir, durante 250 años, no hubo uno solo que no quisiera ser emperador. Para todos, sin excepción, la corona imperial fué la meta establecida a sus ambiciones. En ese tiempo el Reich alemán, como sabemos, podía realmente ser todo, menos una monarquía absoluta; su política estaba determinada por los príncipes; ningún rey hubiera estado en situación de emprender campañas militares en oposición a la voluntad de la nación. Por lo tanto, no es posible pensar que una política mantenida durante 250 años no concordara con la opinión general de la nación. Si fué equivocada, entonces también ocho generaciones de alemanes fueron políticamente unos mentecatos. Es verdad que hoy estamos familiarizados con la idea de que pueblos enteros —y no solamente el alemán— han sido de tiempo en tiempo víctimas de errores políticos. Pero uno se resiste a creer que la enfermedad haya durado alguna vez 250 años. Además, en la época de que hablamos, no se trata de las masas del pueblo políticamente inconscientes y por eso fácilmente excitables, que hoy deben decidir —las masas carecían en absoluto de influencia durante los primeros tiempos medioevales —sino de los príncipes, es decir, de un pequeño círculo de personas, que es necesario considerar como verdaderos hombres de estado —hay que pensar



en primer término en los obispos—, de hombres que en materia política están en su elemento y la hacen con conocimiento de causa y con reflexión; que conocen la realidad, recogen experiencias y tienen una tradición política. Antes que condenar globalmente a estos hombres, que fueron los cerebros más prudentes de la nación durante dos siglos y medio, como insensatos o tontos, habrá que investigar qué móviles pueden haber influido para que el Reich alemán, en la expansión de su poder, no tomara la dirección del este o del oeste, ambas abiertas, sino que se volviera hacia el sur, donde aparentemente el límite estaba señalado con la mayor firmeza posible por principios nacionales —alemanes e italianos— y por un gran obstáculo geográfico: los altos Alpes.

El interrogante sobre los móviles determinantes debe ser planteado con tanta mayor razón, cuanto que ha sido extrañamente descuidado hasta ahora. En lugar de investigar las causas, se las ha supuesto como conocidas: para algunos no se trata más que del “místico brillo de la corona imperial”; para otros se agrega también la antigua e inextirpable nostalgia de los alemanes por “la tierra donde florecen los limoneros”, el camino hacia el sol. Pero si se examinan los hechos más de cerca, resulta que ambos móviles son falsos.

La nostalgia romántica por la tierra asoleada es totalmente ajena a los alemanes de los siglos X y XI. Si llegan alguna vez a hablar de ella, expresan una clara aversión contra el país y sus habitantes. Italia y los italianos son para ellos desagradables; el clima lo estiman fatal, y a los hombres los ven falsos y desleales. Con excepción de los obispos, enviados a Italia por el emperador, muy pocos en todo este tiempo, y sólo pasajera y tentativamente, intentaron establecerse en ese territorio, y cuando el emperador Otón III,

hijo de una princesa griega, que se sentía griego y romano y menospreciaba lo que tenía de germano, fijó su residencia en Roma, perdió el afecto de los alemanes. Podemos pues eliminar confiadamente el romanticismo de los que viajan hoy por Italia, como una base causal de la política imperial.

Y no es tampoco el romanticismo eclesiástico la mágica atracción del imperio mundial. Los contemporáneos de Otón I, que fundó este imperio, nada saben de él y nunca se habla del mismo en los dos siglos siguientes, exceptuando una vez más a Otón III, ese soberano nada alemán, que quiso ser un emperador romano del mundo y disponer del Imperio y de la Iglesia, como si él fuera un servidor de Cristo y de los apóstoles. Pero, precisamente por esta razón, los alemanes se alejaron de él; si hubiera vivido más tiempo, muy difícilmente hubiera podido sostenerse en Alemania.

Este supuesto “sacro” imperio romano, que se pretende hacer subsistir desde Otón I, es en realidad una construcción de tiempos mucho más cercanos a nosotros; surge de una teoría que se consolidó sólo cuando el Reich ya no existía de hecho. En su nacimiento no se halla la menor huella de un romanticismo eclesiástico-religioso. Es un hecho muy lógico de política realista en absoluto, un problema de fuerza y nada más. Como tal debemos tratar de comprenderlo.

Claro es que no se puede dejar de prestar atención al punto de vista eclesiástico. Para un rey, que como el alemán debía esencialmente apoyarse en la Iglesia, se comprende desde luego que también su política exterior debía coincidir con los intereses eclesiásticos. En este aspecto no



había dudas posibles. Debe recordarse que la protección de la Iglesia romana, vinculada desde la antigüedad al imperio, elevó no poco el prestigio del soberano alemán. Psicológicamente corresponde a una idea del sentido de aquel tiempo y tendría más justificación que el hecho actual de gobiernos que tratan de presentarse como campeones de la paz mundial y de la Liga de las Naciones.

Se puede ir aun más lejos y admitir que el rey alemán, cuya soberanía se apoyaba en el dominio sobre la Iglesia alemana, hubiera tenido interés en gobernar también en Roma, donde residía el supremo jefe espiritual de los obispos alemanes. También esta consideración pudo haber tenido su influencia.

Ante todo, sin embargo, debe tenerse en cuenta que el imperio alemán en el siglo X correspondía a la tradición. No había pasado aún un siglo desde la caída del imperio de los francos; se conservaba vivo el recuerdo de que todo el occidente había constituido una poderosa unidad bajo el centro de un emperador y rey franco, en los hermosos tiempos antiguos, en cuyo fondo se elevaba la enorme figura de Carlomagno tanto más poderosa y brillante, cuanto más los siglos se alejaban. Los reinos separados y constituídos sobre el territorio del conjunto imperial de los francos aparecían aún como partes de un todo, y la sólida cohesión de la Iglesia católica romana velaba para que esta idea permaneciera viva. Un rey franco fué también Otón I, y sin discusión el más poderoso de todos: aun fuera de sus propios confines, en Francia, en Borgoña, en Lombardía, ejerció preponderante influencia. ¿No fué entonces lógico y natural el deseo de que en su Reich y en su persona resurgiesen los recuerdos más grandes y más bellos conocidos por el mundo de entonces? No debe olvidarse que a Otón le fué ofrecida la soberanía tanto en el reino lom-

bardo como en Roma. ¿Hubiera debido o podido desistir de ella sin empequeñecerse a sí mismo?

Representémonos por una vez las consecuencias posibles si Otón I, "con una sabia autolimitación", como le recomiendan sus críticos modernos, hubiese renunciado a la soberanía sobre Italia. Con el rey lombardo Berengario pareció querer constituirse un gran reino italiano, una Italia unida. Si eso se hubiese logrado —y sin la intervención alemana se hubiera realizado— habría nacido al sur de los Alpes una segunda gran potencia meridional, con la que también se hubiera debido contar muy pronto en el norte. Una Italia unida, infaliblemente, hubiera alcanzado en breve sensible preponderancia, ejerciendo un peso moral sobre Alemania y hasta en Alemania. Considérese una vez por todas lo que eso podía significar en determinadas circunstancias; un rey alemán entregado a los obispos, y el Pontífice dependiente de un emperador italiano. Cualquier discordia en el Reich, cualquier rebelión de los duques dejaría al rey alemán a merced de italianos; él sería el soberano de hecho y podría llegar a serlo también de derecho.

También en otro terreno una Italia unida hubiera ejercido más presión sobre Alemania. Hubiera estado en situación de apartar a su capricho a los alemanes del tráfico mundial. Y aquí debemos separarnos fundamentalmente de ciertas ideas geográficas, a las que estamos hoy acostumbrados, pero que no se adaptan a los primeros años de la Edad Media. Para nosotros, Alemania está hoy situada en el centro de Europa, en el punto central del mayor tráfico. La Alemania de entonces, en muchos aspectos, representaba el fondo de la casa; estaba al borde de la civilización; en sus límites orientales comenzaba la barbarie; allí terminaba el mundo. Y se hallaba alejada del camino real del comercio



mundial, cuya arteria principal, desde el Asia occidental y Constantinopla por el Mediterráneo hasta Italia y de aquí por los Alpes occidentales hasta Francia, pasaba de largo por delante de Alemania, la que en el siglo X, como sabemos, tenía acceso a Italia solamente por los pasos del Brenner y del Septimer. Cuanto más, pues, se sentía en Alemania la necesidad de participar en el comercio mundial, y de apropiarse los bienes de una civilización más elevada que el oriente enviaba al occidente a través de Italia, tanto más apremiante debió de haber sido el deseo de asegurarse una comunicación con el oriente, con Constantinopla. El lugar donde podía hallarse esa comunicación era Venecia, la ciudad libre, que nominalmente pertenecía siempre al imperio bizantino y representaba de hecho su cabeza de puente y el principal punto de apoyo de su comercio con occidente.

Imaginémonos además en qué situación hubiera llegado a encontrarse Alemania si se hubiese introducido entre sus fronteras y Venecia un reino italiano fuerte y unido. Alemania hubiera quedado separada del comercio mundial todas las veces que los italianos lo hubieran querido. En otras palabras: hubiera debido abonar literalmente derechos aduaneros al reino de Italia en su tráfico con Venecia, por todo lo que importara de oriente. Sólo para impedir esto, un rey alemán estaba obligado a intervenir en Italia, y a evitar la formación de un estado unitario italiano. El medio más eficaz para ello, y a la larga tal vez el único medio viable, fué que él mismo asumiera la soberanía. Como muchas veces en la historia, también en este caso la conquista nació de una necesidad defensiva.

El procedimiento empleado por Otón I, que no mostró ninguna urgencia para ceñirse la corona imperial de Roma, demuestra que no es ésta una hipótesis "a posteriori".

Roma queda generalmente por largo tiempo en segundo término. En un principio interesa solamente el reino lombardo. Éste tampoco es "anexado" en seguida, sino en primer lugar (en 952) es admitido como independiente, obligado sólo al reconocimiento de la soberanía alemana y a la cesión del "hinterland" de Venecia, juntamente con las vías de acceso que conducían a esa ciudad. Se ve claramente lo que tiene interés para Alemania: la comunicación directa con Venecia. Pero se comprueba que esta política no ofrece ninguna seguridad; en la primera oportunidad se pierde nuevamente lo ganado. Sólo entonces (en 962) se resuelve lo extremo: subyugar todo el reino lombardo. Sella esta situación un tratado comercial con Venecia, concertado muy pronto, y que concede a los venecianos, en el Reich de Otón, la misma libertad de comercio que ellos habían gozado hasta ese momento en el territorio del rey longobardo.

Tampoco sus sucesores procedieron de distinta manera. Su mirada se dirige principalmente hacia la Italia superior, y más que nada hacia el nordeste. Tratan sobre todo de conservar en sus manos, firmemente, esa región. Aquileia y Verona son agregadas, unidas a Alemania lo más estrechamente posible, con Baviera y Carintia; en los obispados de la región, en cuanto se ofrece la posibilidad, se instalan eclesiásticos alemanes. En comparación con ella, Roma y el imperio parecen sólo una protección del flanco, indispensable cuando se quiere dominar con seguridad el reino lombardo, puesto que desde una Roma independiente podía atizarse fácilmente una rebelión en la Italia superior, precisamente por la dependencia de Roma, de los obispos italianos, que son en parte sufragáneos inmediatos del Papa. A causa de ello es necesario estar seguros de Roma y del Pontífice, si se quiere gobernar, aunque sólo sea sobre la



Italia superior. Para este fin, sin embargo, es suficiente que domine en Roma un partido aristocrático adicto a Alemania, y se sienta en la silla de San Pedro un Papa amigo de este país. De esto sólo se preocupan los emperadores alemanes; no van más allá. Roma y el Estado de la Iglesia son autónomos; se interviene lo menos posible en sus asuntos internos. Hay que prescindir de Otón III, en esta concepción, pues quería proceder de otro modo. Su política no encontró en Alemania ni aprobación ni apoyo: se había salido de su papel.

Bien considerado, los esfuerzos de Alemania no fueron muy grandes, en el primer siglo del imperio, para conquistar y mantener la soberanía en Italia.

Más a menudo y con mayores sacrificios hubo que entrar en campaña contra los húngaros y los polacos.

En Italia, la historia de todo este tiempo hasta la mitad del siglo XI registra una sola batalla importante, que costó grandes pérdidas: la derrota de Otón II en el año 982, y ésta no tiene nada que ver con los dominios naturales del imperio; no fué librada por un fin esencialmente imperial, sino en una empresa excéntrica al otro lado de los límites trazados por Otón I a su Reich. Todo lo demás se ha desarrollado relativamente sin esfuerzos y sin pérdidas; tan grande fué la superioridad alemana.

No debemos poner en duda la conveniencia de aprovechar esa superioridad. Del mismo modo se podría seguramente preguntar si conviene a la Inglaterra de hoy el dominio sobre la India. Italia era entonces, en todo sentido, el país más rico, el más avanzado en economía y civilización. Es innegable que el intercambio permanente con ella, vivificado por el gobierno alemán, influyó de modo muy provechoso sobre el desarrollo de Alemania. Pero, aun en un aspecto más materialista, el paso a través de los Alpes

debe haber valido la pena. Italia era tierra de grandes recursos monetarios que en el norte escaseaban todavía y costaba mucho obtenerlos. El rey tenía en ella, desde antigua fecha, prescindiendo totalmente de los derechos del vencedor, valiosos medios para cobrar impuestos. Tributos aduaneros y peajes le pertenecían y rendían sumas cuantiosas dado el alto desarrollo del tráfico comercial. Hasta le correspondía un impuesto militar directo, en el que hubiera sido imposible pensar en Alemania. No podemos dudar que Otón I y sus sucesores supieron sacar partido de estas fuentes productivas y que Alemania —digámoslo sin ambages— se enriqueció por su dominio en Italia. Escapa a todo cálculo lo que ganaba individualmente el alemán que cruzaba los Alpes en el séquito del rey o se hacía nombrar obispo en tierra italiana.

¿Dónde se hubiera podido hallar en aquellos tiempos una compensación por lo que ofrecía Italia?

Los críticos del antiguo imperio alemán indican que al este amplias fajas de territorio eslavo aguardaban la colonización. Olvidan preguntarse qué valor tenían entonces esas tierras. A los pantanos allende el Elba no había que ir a buscar riquezas; no se había aprendido aún a desecarlos, lo que quedaba reservado a tiempos posteriores, dotados de una técnica más desarrollada. Los arenales de la marca brandenburguesa siguieron siendo todavía durante siglos la parte más mísera del Reich y ni aun hoy son una joya. Sólo con infinitas penurias toda esta tierra virgen pudo ser más tarde convertida en utilizable por el pueblo alemán. En los siglos X y XI faltó el primero y el más importante recurso: los hombres. La Alemania de Otón I no tenía aún superpoblación, y poseía bastante tierra de cultivo dentro de sus límites. Vemos, pues, que hasta el sometimiento de los vendas en



el Havel y en el Mecklenburgo, realizado ya una vez, es abandonado después del año 983. Evidentemente no había interés material, por cuanto no era posible todavía colonizar la región vanda.

Por lo tanto, no debe aducirse este argumento del descuido en la colonización oriental si se quiere desacreditar la política de los primeros emperadores alemanes. Se hubieran reído —y los hubieran acompañado en su risa todos sus contemporáneos— del que hubiese querido aconsejarles el abandono de las coronas lombarda y romana y de todos los tesoros italianos, para conquistar los pantanos y los arenales eslavos. Existía la necesidad de la conquista. (Un estado de guerreros como el antiguo alemán debe conquistar, si quiere mantener su carácter y su fuerza; el imperialismo es el símbolo de estos primeros tiempos, en todos los países; lo tienen también los ingleses y los franceses; aquéllos poseyeron a veces más de la mitad de Francia y no quisieron desprenderse de ella durante tres siglos, y los segundos marcharon bajo la bandera de la Cruz, para fundar soberanías y principados en Oriente). Si Alemania, como digo, debía pensar en conquistas, tal como se encontraba la situación, era Italia entonces el objetivo natural.

Toda expansión razonable se mueve en la dirección de la menor resistencia y de la mayor ganancia, como el agua que corre cuesta abajo. Ambas condiciones juntas ofrecía Italia en ese momento: el obstáculo era tan pequeño como crecida la ganancia. Por lo tanto, la conquista de Italia, la fundación del imperio romano-alemán, significan en las circunstancias indicadas las metas de una política acertada.

He insistido algo sobre este tema y no creo que tenga que hacer la menor justificación. Se trata en efecto de un

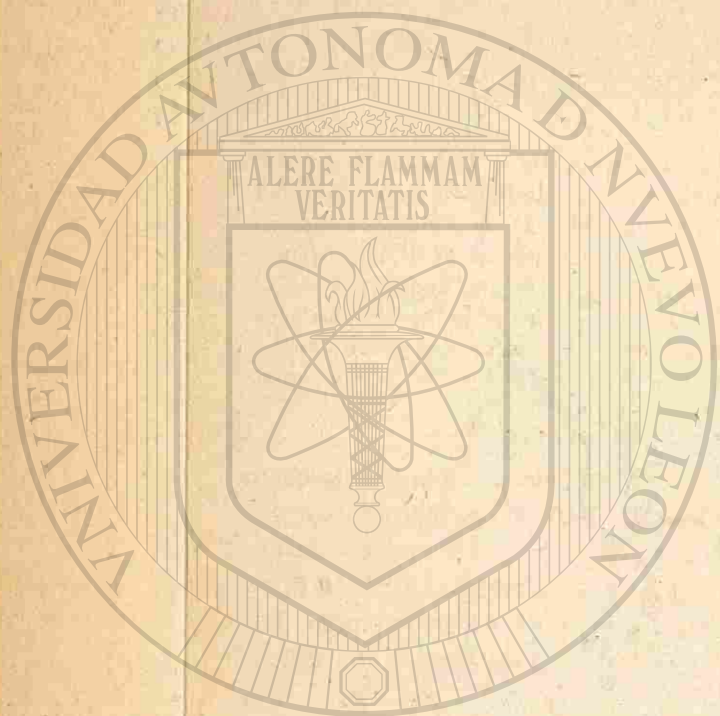
fenómeno que imprimió su sello a toda la antigua historia alemana, y que es indispensable comprender, si se quieren concebir con claridad los comienzos de la vida estatal de nuestra nación. Es además un hecho político que hasta el día de hoy —desgraciadamente— figura como el más brillante de los que le han salido bien a la nación alemana.

Desearía haber logrado dar algunas indicaciones que permitan seguir la idea que llevó a nuestros antepasados por este camino, sin que sea necesario considerarlos más insensatos que a los hombres de generaciones posteriores.









### CAPÍTULO TERCERO

**La ruptura con la Iglesia — Enrique III y la reforma del Papado — Fuerzas adversarias en Italia — Separación del Papado — Gregorio VII y Enrique IV — Caída y extinción del Imperio — Decadencia del poder real en Alemania — Restablecimiento del Imperio por Federico I — El poder mundial de Enrique VI — El derrumbe del año 1198 — El derrumbe del Imperio — Causas del derrumbe — Disolución del Reich — Estados nacionales y soberanía nacional.**

El antiguo estado alemán descansaba sobre la Iglesia; y el imperio y la soberanía en Italia no podían existir sin el apoyo benévolo y la leal sumisión del Papa. El día en que estas premisas cesaran, y la Iglesia negara la obediencia al rey, y el Papa se convirtiera en enemigo del monarca, debía peligrar la existencia del estado, del Reich y del imperio.

Ese día llegó. Reich e Iglesia se desunieron en la octava década del siglo XI y se combatieron mutuamente con sumo encarnizamiento por espacio de casi cincuenta años. Y cuando terminó la lucha, no se logró una verdadera paz, sino solamente un armisticio. Reich e Iglesia permanecieron siendo adversarios, que a menudo buscaron buenamente un entendimiento, sin hallar uno duradero. Como todos saben, el final fué: la caída del imperio y la disolución del estado alemán.

La ruptura con la Iglesia no vino de golpe; no se enemistaron de la noche a la mañana estas dos fuerzas, que



habían marchado tanto tiempo a la par, encontrando en ello su mutuo interés. El hecho se elaboró lentamente, en la calma, provocado finalmente por la coincidencia de acontecimientos desgraciadísimos con una revolución fundamental en las ideas hasta entonces existentes.

No puede discutirse que la Iglesia de estado en los comienzos de la Edad Media respondía muy imperfectamente a su finalidad religiosa. Servía a fines mundanos y lo hacía de manera también mundana. Era un elemento y un objeto del poder y como tal fué tratada. Cuando no se compraban y se vendían propiamente sus cargos y sus dignidades, lo que acontecía frecuentemente, se le exigía, en todas las circunstancias, servicios que no tenían ningún carácter eclesiástico. Sus sacerdotes no se distinguían muchas veces de los seglares; obispos y abades se conducían como caballeros feudales y a menudo el ejemplo dado por el clero alto y bajo, con su género de vida, era poco edificante.

En cambio se perfiló con vigor desde la primera mitad del siglo XI un movimiento de reforma, que tuvo su foco principal en la Francia oriental y en Lorena, y que llegó a penetrar también en Alemania e Italia, patrocinado por Enrique III (1039-1056). Enrique estaba imbuído personalmente de la nueva concepción religiosa; creyó propio de su deber de soberano el depurar la Iglesia. Pero no estaba dispuesto a sacrificar por ella nada de su propia autoridad. Debía en efecto demostrar que él era el amo de la Iglesia, por el hecho de que la reformó, aunque sólo el resultado de la reforma debía convertirlo verdaderamente en dueño y poner a disposición del emperador alemán la Iglesia, toda la Iglesia católica con sus grandes recursos morales y materiales. En este sentido no se conformó con medidas locales, con la reforma de obispados

y abadías aisladas, como ya se había visto alguna vez antes; colocó la palanca en el centro de gravedad, en Roma. El papado debía ser reformado dentro del espíritu de los tiempos nuevos y después éste mismo debía reformar toda la Iglesia.

Las condiciones que predominaban en Roma invitaron tal vez especialmente a ello. Se había llegado a tal extremo que tres pretendientes luchaban entre sí por la dignidad pontificia y ninguno de ellos reinaba en realidad, cuando apareció en Italia, en el año 1046, Enrique III, que de inmediato hizo deponer a los tres. Nadie se opuso, pues el emperador dominaba totalmente la situación. Clero y pueblo de Roma llegaron a transferirle el derecho hereditario para nombrar, en caso de vacancia de la silla papal, el nuevo jefe, que ellos debían elegir, como ya había hecho Otón I y fué realizado también por Otón III.

Enrique III al hacer uso de este derecho reveló sus intenciones. Nombró a un obispo alemán; cuando éste murió poco tiempo después, nombró otra vez a un alemán, y así igualmente más tarde, en cuantas ocasiones la silla papal quedó vacante. Cuatro veces seguidas, por su mandato, fueron elevados al pontificado obispos alemanes.

Evidentemente esto era un sistema cuyo sentido y finalidad son bien claros; la Iglesia romana debía ser incorporada al estado alemán en la misma forma que cualquier silla episcopal de aquende los Alpes. Si ello se conseguía, el emperador alemán dominaría a Roma con la mayor seguridad.

El sistema de Otón I había mostrado sus puntos débiles. Demasiado a menudo los Pontífices romanos habían fallado o había sido derrotado el partido alemán en la elección papal, y entonces el emperador había tenido que intervenir empleando la fuerza. Ahora esto ya no sería



más de temer. El papa alemán, elevado de hecho por el emperador alemán, sería la mejor garantía de lealtad de la capital.

Había más aún. Un papa alemán, sintiéndose amigo y servidor, por no decir un instrumento directo del emperador, ya que sin la protección de éste estaba perdido, debía necesariamente trabajar en pro de Alemania en todas las partes del mundo. Si reformaba las iglesias occidentales y las sujetaba con ello a la inmediata dirección de Roma, podía tenerse por cierto que los intereses alemanes no saldrían perdiendo. Por medio de él, su hombre de confianza, a semejanza de su representante, el emperador dominaba a Italia de modo distinto al de antes; ahora podía hacer valer su influencia aún en las regiones vecinas, en Francia, en el norte escandinavo, en Polonia y Hungría. Un papado alemán como complemento del imperio alemán era la perfección de la hegemonía alemana en los países occidentales, un sistema político claro, muy hábilmente elaborado y tan sencillo como eficiente.

Pero no debía durar. La prematura muerte del emperador, acaecida en el año 1056, cuando no tenía aún 40 años, trastornó todo. Personas incapaces y sin conciencia que tuvieron a su cargo la regencia, en nombre de Enrique IV, niño aun, dejaron que todo cuanto acabó de crear el gran emperador se derrumbara, convirtiéndose en lo contrario.

La reforma de la Iglesia romana se emprendió, es verdad, bajo el gobierno de papas alemanes, pero en su mayor parte con ayuda de monjes franceses. En Alemania difícilmente se hubieran hallado en número suficiente los agentes necesarios; hubo que traerlos desde la cuna de la reforma: de Lorena y Borgoña. Estos hombres no tenían

por su naturaleza, ni comprensión ni inclinación en pro de la otra faz de su cometido: la consolidación del imperio alemán. No soñaban ya únicamente con la depuración, sino, sobre todo, con la liberación de la Iglesia de toda soberanía laica. La debilidad de la regencia alemana les dió la ocasión esperada. La regencia ni siquiera pudo amparar a sus súbditos contra las tentativas de los romanos, que no faltaron, para desembarazarse de los severísimos clérigos extranjeros. Pronto en Roma ya no se preocuparon mayormente del rey alemán y sus tutores, y se buscó la ayuda que se encontró más cerca: la de los príncipes italianos.

El margrave de Toscana, Godofredo, duque de Lorena por nacimiento, que alcanzó esa dignidad casándose con la heredera de Toscana, y había sido combatido siempre por Enrique III, quedó, después de la muerte del emperador, dueño indiscutible en su país y en la vertiente septentrional de los Apeninos hasta Mantua. Él, su esposa Beatriz y más tarde su hija Matilde, pusieron toda su fuerza al servicio de la Iglesia romana reformada y en perjuicio del soberano alemán, cuyo poder se había apoyado en los obispos y así había sometido a los príncipes seglares. Y en ese momento, una casa principesca secular se elevó a potencia dominante en la Italia central.

Otra fuerza actuó en Lombardía como elemento destructivo de la base de la dominación alemana: una rebelión pietista popular contra el régimen de los obispos en las ciudades. En luchas violentas, se sublevaban las masas urbanas bajo la bandera de la reforma eclesiástica, con axiomas religiosos, contra los sacerdotes inmorales, pero en realidad contra la alta nobleza franco-longobarda y los obispos alemanes reales. La sublevación fué aprobada y apoyada desde Roma, y los obispos lombardos,



en lugar de sostener, como hasta ese momento, el imperio alemán, llamaron en su ayuda al rey en la lucha por su situación, que no podían defender por sí solos.

Consolidado en Toscana un poder reinante rival, vacilantes en Lombardía los sostenedores episcopales del trono alemán, las perspectivas eran tristes. Pero se agregó un tercer adversario, que con el correr del tiempo llegó a ser el más peligroso: los normandos en la Italia meridional. Llegados al país como mercenarios desde el comienzo del siglo y afincados después, aumentaron rápidamente con el arribo de rezagados y se convirtieron en conquistadores, en cuyas manos, trozo a trozo, fué cayendo toda la Italia inferior desde más o menos el año 1050. Y ya se puede prever que llegará a obedecerles todo el sur de la península. Militarmente superiores a cualquier adversario, son el azote del país y constituyen una amenaza permanente para sus vecinos y hasta para el estado papal. Es imposible dominarlos. Lo experimentó el papa León IX, el alsaciano, cuando en el año 1053 intentó combatirlos con fuerzas alemanas: el pontífice fué vencido, y hecho prisionero, debió capitular, para recobrar su libertad.

Aquí surge un cambio trascendental que señala claramente el nuevo rumbo tomado en Roma después de la muerte de Enrique III, y es el hecho de que el Papado no solamente da por terminada la lucha contra los normandos, sino que se convierte hasta en su aliado. En el año 1059 aconteció que sus dos jefes más prestigiosos, Ricardo de Capua y Roberto de Apulia, hicieron acto de sumisión como vasallos del sucesor de San Pedro y recibieron de él como feudo todo lo conquistado hasta entonces y lo que conquistarían más adelante, las Apulias, Calabria y Sicilia. El Papa se convirtió así en dueño supremo de toda la Italia meridional y ganó como guardia personal

las mejores tropas que por ese entonces existían. Apoyado en ambos se volvió contra el imperio alemán: ya no lo necesitaba, y se independizó. Los normandos, tan próximos, resultaban una protección y un sostén mejores que el lejano rey alemán y, según las circunstancias, hasta podían ser empleados contra él. Esta nueva señoría feudal de San Pedro se cruzó además con el hecho de que desde Otón I y Carlomagno la región interior de la Italia meridional, el antiguo principado longobardo de Benevento, había reconocido la soberanía del emperador. Y ahí chocaron forzosamente, desde el año 1059, los intereses y las ambiciones del Reich y de la Iglesia, del emperador y del pontífice.

También en otro aspecto el año 1059 señala una época en las relaciones entre los dos poderes. En este año se celebró en Roma un sínodo. El papa Nicolás II, un francés favorito de Godofredo de Toscana, lo dirigía, después de haberse sostenido, no sin lucha, pero sí sin la ayuda alemana contra la resistencia de los romanos. La asamblea emitió, entre otras, una resolución acerca de las formas de la elección papal; modernizó las disposiciones antiguas haciéndolas más severas. No se atrevió a ignorar totalmente el privilegio hereditario de Enrique IV para designar el candidato, pero se lo relegó a una cláusula accesorias, con un carácter meramente formal. De hecho la influencia decisiva de la corona alemana en la elección papal debía llegar a su fin y llegó precisamente en ese momento: desde el año 1059 ningún monarca alemán pudo ya ejercer nuevamente ese derecho con algún resultado. Queda cerrada la época de la supremacía alemana sobre Roma y sobre la Iglesia.

Otra resolución del mismo sínodo había de tener para el porvenir gran trascendencia: quedaba prohibido recibir



un cargo eclesiástico de manos de un laico. Significaba, cuando se lo aplicara, a una revolución en todas las circunstancias y en todos los países, porque negaba el derecho tradicional y válido de los seculares de disponer de las iglesias que habían fundado y construido. En cuanto al reino alemán, esta prohibición se dirigía contra las bases mismas de su existencia. Si el rey no podía disponer más de los obispados y abadías del Reich; si ya no debía instalar a los obispos y abades en sus cargos, llegaba a parecerse a un hombre a quien se hubieran amputado el brazo y la pierna derechos. Esto era sin más ni más inaceptable. La Corona alemana debió combatir hasta el fin esta innovación; al hacerlo defendía su existencia.

El decreto sinodal de 1059, la primera prohibición de "la investidura laica", no entró en vigencia inmediatamente; en ningún país fué respetado, pero siguió siendo un índice para lo futuro. Tarde o temprano debía estallar abiertamente la guerra entre el Reino y la Iglesia, entre el Imperio y el Papado.

A ella se llegó cuando, en el año 1073, subió al trono pontificio Gregorio VII. A las ideas que dominaron ya antes, la reforma de la Iglesia romana aportó una nueva: la soberanía eclesiástica sobre el mundo. En sentido literal: la tierra y el cielo pertenecen a los príncipes apostólicos; ellos pueden disponer de todas las posesiones y de los dominios terrenales; ellos dan y toman según los merecimientos; todos los reyes y príncipes deben obediencia a ellos y a su representante en la tierra, al Papa, y son, por derecho, sus vasallos y feudatarios. Gregorio acometió la empresa de dar valor a estas exigencias con violenta energía, con apasionada impaciencia. Y al exigir la observancia de la prohibición de las investiduras hasta al rey de Alemania, se inició el conflicto.

Enrique IV, que entretanto había llegado a la mayoría de edad y había emprendido la reconstrucción de su poder real, acababa apenas de dominar victoriosamente (1075) una sublevación de los sajones, cuando chocó con la oposición del Pontífice en el ejercicio de su habitual derecho de investidura del arzobispado de Milán, que databa de antigua fecha; el Papa le reprochó su desobediencia y lo amenazó con la pérdida de la corona. Sobreestimando su propia posición, el rey se dejó arrastrar a destituir al Pontífice por intermedio de un concilio de los obispos alemanes, realizado en Worms hacia fines de enero del año 1076. Gregorio contestó igualmente con la destitución y con la excomunión del seno de la Iglesia. Muy pronto se vió quién era el más fuerte. No solamente renació la rebelión en Sajonia, sino que los duques alemanes aprovecharon la ocasión para derribar al rey, que se tornaba demasiado poderoso. Se aliaron con el Papa. Entonces todo dependió más que nunca de los obispos. Una pequeña parte de ellos, contaminada por los ideales franceses, estuvo desde el principio de parte de Gregorio; la mayoría permaneció fiel al rey. Pero les faltaba el valor para terminar en abierta lucha contra el Papa, su soberano eclesiástico. Entonces Enrique prefirió someterse a la Iglesia, para dividir la coalición adversaria e impedir la amenazadora elevación de un anti-rey. Con la expiación personal ante las puertas de Canosa, donde había sorprendido al Papa en viaje para Alemania, en los últimos días de enero del año 1077, obligó a Gregorio a absolverle y a concederle la readmisión en la Iglesia. Estaba nuevamente capacitado para reinar. Pero no había alcanzado su finalidad principal: en marzo le opusieron los príncipes rebeldes un anti-rey. Sin embargo, este partido estaba ya tan debilitado que Enrique pudo aceptar la lucha por la



corona con buenas perspectivas. A ninguno de los reyes antagónicos opuestos sucesivamente le correspondió un corto triunfo. Cuando de nuevo Gregorio volvió a aparecer en el campo de batalla y proclamó en el año 1080, por segunda vez, la destitución y la excomunión de Enrique, el rey contestó nombrando un anti-papa con la colaboración de los obispos alemanes y lombardos y de las fuerzas armadas. Después de un reiterado asedio logró en 1084 la conquista de Roma y su coronación imperial. Si bien por la llegada, aunque tardía de los normandos, se vio obligado a retirarse, tampoco Gregorio consiguió afirmarse en su ciudad. Siguió a sus libertadores hacia el sur y murió, en Salerno, el año siguiente (1085), solitario y abandonado, casi ignorado. Había sido vencido.

Pero esto distaba mucho de ser decisivo. La lucha siguió y finalmente cambió la suerte. Enrique no logró vencer a las fuerzas auxiliares del papado. Cuando el segundo sucesor de Gregorio, el francés Urbano II, pudo llevar a cabo una gran coalición entre los normandos en la Italia del sur, la condesa Matilde de Toscana y las ciudades lombardas reunidas en una Liga, a la que se unieron (en 1093) también los príncipes rebeldes de la Alemania meridional, el poder de Enrique se derrumbó. Entonces le tocó a su vez estar prisionero en un rincón de la Italia septentrional, desvalido e ignorado, carente de poder en la península y separado de Alemania. Y aun cuando la unión de sus adversarios falló y se le permitió el regreso a Alemania, no pudo recobrar más que una sombra del antiguo poder. Desconocido en la misma Alemania por el partido de la Reforma, maldecido inexorablemente por la Iglesia, pudo sostenerse todavía en parte como emperador, hasta que por último también su hijo se rebeló contra él y lo derribó (en 1105). Con la espe-

ranza de llevar a cabo la última guerra decisiva por su corona, murió en el año 1106 el más desgraciado de todos los reyes alemanes. De hecho, ya antes había cesado el imperio alemán, la soberanía alemana en Italia; las fuerzas locales, bajo la dirección de Roma, dominan el campo.

En los decenios siguientes todavía se consolidó más este estado de cosas. La aparición ocasional de Enrique V con fuerzas militares superiores sirvió solamente para lograr un éxito momentáneo y la forma en que terminó, durante el gobierno de este emperador, la larga lucha por la investidura, señaló finalmente la retirada del poder alemán de Italia. En el llamado Concordato de Worms (en 1122), se hizo una distinción entre la iglesia de Alemania y la de Italia. En Alemania se mantuvo la influencia del rey en la investidura de obispados y abadías; las elecciones deberían tener lugar en presencia del rey, y el elegido recibiría la consagración sólo cuando fuere investido por el rey y se hubiere sometido a él como vasallo. En Italia todo era a la inversa. Las elecciones eran libres y la consagración inmediata; la investidura ulterior y el juramento de fidelidad, si bien tenía lugar generalmente, no pasaba de ser una mera fórmula. Con ello se había privado al imperio alemán de la base principal, en la cual se había apoyado su influencia en Italia.

Así quedaron las cosas. El sucesor de Enrique V, Lotario, recibió, es verdad, la corona imperial en Roma (en 1133); llevó a cabo al final de su reinado, con la aprobación del Papa, que lo necesitaba, una brillante campaña a través de la península hasta el corazón de las Apulias, lo que le valió de sus contemporáneos la gloria de ser comparado con Carlomagno. Éste, sin embargo, no fué más que un episodio sin consecuencias duraderas. Ya el sobe-



rano siguiente, Conrado III de Hohenstaufen (1138 a 1152), no apareció nunca más en Italia. Bajo su reinado se siguió hablando bastante de la ida a Roma y de la coronación imperial, pero todo quedó en proyecto. Cuando su celebración pareció inminente, Conrado murió. Italia se había acostumbrado a marchar por su propio camino; la soberanía del rey alemán había quedado reducida a una fórmula vacía. De hecho el imperio se había extinguido.

Pero también en Alemania el poder real había sufrido gravemente en la lucha con la Iglesia. Para salvar las bases de su poder en este país, o sea el dominio sobre las iglesias del Reich, la corona había renunciado con el Concordato de Worms a su anterior influencia en Italia. Los cálculos resultaron equivocados, por cuanto que fallecido Enrique V tres años después (en 1125), la Iglesia alegó que sólo a él, en su persona, había hecho las concesiones del Concordato, que con la muerte del rey se habían extinguido. El nuevo rey, Lotario de Sajonia, hasta entonces partidario de la Iglesia y elevado al trono principalmente con su apoyo, no fué capaz de defender con energía los antiguos derechos, cuya validez se impugnaba. Menos aún lo fué Conrado III, personalmente supeditado a la Iglesia y al clero y llevado por éstos como en andadores. Se dejó arrastrar, por influencias clericales, a una cruzada que él no quiso y que fué una burda equivocación política. La Iglesia alemana llegó a ser "libre", es decir, se substraizó a la influencia de la Corona y cayó tanto más, en cambio, bajo la dominación de Roma.

Todo el reinado de Conrado revela los resultados de estas circunstancias. Este emperador, por otra parte, no dominó nunca realmente ni en Alemania. En las grandes luchas entre las dos poderosas familias de los Babenberg y de los Güelfos, pudo mantenerse solamente como par-



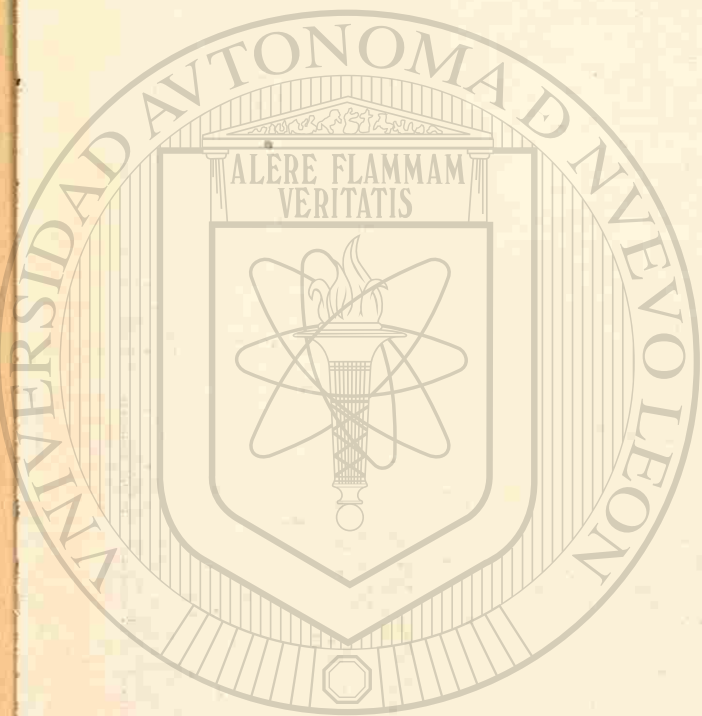
FEDERICO I° BARBARROJA

Renovó el esplendor imperial.

Barbarroja como Cruzado. De un manuscrito dirigido al Emperador Federico II.

(Biblioteca del Vaticano)





tidario o jefe de partido de los Babenberg. No pudo estar, como hubiera correspondido a un rey, por encima de los bandos, ambos más poderosos que él, porque se le había quitado la base capital de su potencia real, la dominación segura sobre la Iglesia. También los días del poder real alemán parecieron estar contados y pudo creerse que entonces (en la mitad del siglo XII) iba a tener su natural desarrollo ese estado de subdivisión e impotencia, que, en efecto, como todos sabemos, no se cumplió hasta un siglo más tarde.

No se había llegado todavía a tanto. Quedaban en la nación y en la era fuerzas bastantes que esperaban solamente la voz de una fuerte personalidad que las despertara, para colaborar en una nueva elevación del Reich. El destino dispuso que después de la muerte de Conrado se colocara a la cabeza del Reich Federico I, el hombre de la situación (1152). Con él comienza un nuevo capítulo. El curso de la historia alemana, que parecía descender incontinentemente, queda atajado, cambiado y se eleva de nuevo en rápido ascenso hasta la cumbre más alta.

Por primera vez en la historia de Alemania hallamos en Federico I el aliento vital de una gran personalidad. Falta mucho, sin embargo, para que podamos enorgullecernos de conocer el hombre y el carácter. Hasta su retrato, por lo que nos cuentan de él sus contemporáneos, no es ya un cuadro de fuerte colorido, sino apenas un dibujo de contornos indecisos. Pero que se trata de un hombre sobresaliente, de un soberano de rara potencia y voluntad, nos lo enseña cada página de su historia, nos lo dicen sus actos así como también los juicios de sus coetáneos.

Vale la pena establecerlo, pues con ello se afirma que la época determinada por su advenimiento al poder



es también su obra personal. Es cierto que tuvo preclaros colaboradores: un Rinaldo de Dassel, un Wichmann de Magdeburgo, un Felipe de Heinsberg, un Cristián de Maguncia, todos ellos hombres de estado de gran envergadura. Pero fueron y continuaron siendo sus servidores y él, su señor. Su grandeza personal está definida exactamente por el hecho de que estuvo siempre por encima de ellos, y de que siempre encontró nuevos y grandes servidores.

Se reconoce en seguida que sus actos tienen carácter personal, en el hecho de que establece, inmediatamente después de su advenimiento, el programa de acuerdo con el cual gobernará. Lo mantuvo hasta el fin, y lo cumplió. En una síntesis a grandes rasgos expresa: "*ut Romani imperii celsitudo in pristinum suae excellentiae robur reformetur*" (1), para restablecer en poder y dignidad el sublime imperio romano; o, en otras palabras: restablecimiento del imperio, tal cual este imperio había sido, como una realidad política, es decir, la soberanía alemana en Italia.

Las circunstancias lo favorecieron. La situación en Italia, después de la desaparición del imperio alemán, había evolucionado de tal manera, que los mismos Pontífices debían desear urgentemente su reconstitución. Con el dominio alemán se había derrumbado simultáneamente en Lombardía, durante las luchas en el litigio por las investiduras, el poder de los obispos; las ciudades se habían independizado y actuaban como si fuesen los dueños del país. El ejemplo fué imitado también en Roma, y los Papas se vieron desalojados y a veces eliminados de la soberanía de su ciudad y de su territorio. Sucedió además

(1) Para reformar la dignidad del imperio romano en la pristina fuerza de su excelencia. (N. del T.)

que en la Italia meridional los distintos principados normandos llegaron a fundirse en un estado unitario, el reino de Sicilia, una gran potencia que dominaba el mar y que con el peso de su poderosa vecindad gravitaba también sobre el estado de la Iglesia. Había pasado hacía mucho la hora en que Gregorio VII soñó y Urbano II logró ver realizado parcialmente el ensueño de un Papa que, como jefe de una coalición de pequeños estados, debía gobernar la península. El Pontífice se encontraba inmovilizado entre vecinos más fuertes o rebeldes, sin base sólida para su poder; le faltaba el aire.

¿Qué más natural, sino que dirigiera sus miradas en procura de auxilio hacia el rey de Alemania? El renacimiento del imperio, las armas alemanas, debían traerle alivio, liberación, protección y amparo. Para este fin emprendió Lotario su brillante campaña, pero después de su muerte todo volvió a las condiciones de antes. Conrado III no había logrado responder a los deseos del Papa. Tal cosa se esperaba ahora de Federico.

Esta necesidad de la política pontificia dió a Federico la posibilidad de fortalecer nuevamente, y ante todo en Alemania, las bases de la soberanía real. Pudo permitirse restablecer el viejo privilegio de la Corona en la investidura de los obispados, sin que Roma se lo prohibiera. La Iglesia alemana le obedecía de nuevo y le sirvió tan celosa y fielmente como antes a Otón I. Con sus fuerzas personales y materiales llevó a cabo, en su parte esencial, el restablecimiento de la dominación alemana en Italia.

Pudo emprender el primer intento con este fin junto con el Papa (1153-1154). Su fracaso fué completo. En su primera campaña italiana no consiguió obligar a las ciudades lombardas a que se sometieran a la soberanía ale-



mana ni tampoco auxiliar al Papa para recobrar la posesión de su capital. Ni siquiera se inició la campaña militar planeada contra Sicilia.

La consecuencia de este fracaso fué que el Pontífice se alejó desengañado de la alianza con Alemania, se echó en brazos de los sicilianos y se unió a los lombardos. Federico se encontró así ante el dilema de renunciar a su programa o de intentar imponerlo a la fuerza contra la resistencia coligada de toda Italia, contra el rey de Sicilia y contra el Papa. Se decidió por lo segundo.

Comenzó la lucha en el año 1158. No la ganó. Logró, es verdad, la sumisión de toda la Lombardía en una campaña de cuatro años, pero esa sumisión duró poco tiempo. Cuanto más firmemente la administración alemana intervenía en ciudades y regiones —se trataba de un gobierno inmediato de funcionarios que se sale ya totalmente del marco acostumbrado de las instituciones feudales— tanto más fuertes crecían las oposiciones pasivas. Cuando Federico, en el año 1167, volvió a aparecer personalmente en Italia, para consolidar lo conquistado, encontró en varios lugares abierta rebelión. Y, en efecto, cuando un ejército imperial, que acababa de ocupar a Roma, fué aniquilado en plena carrera de triunfos por una epidemia, se levantó la mayor parte de la Italia septentrional en una rebelión que ya no pudo ser sofocada. Nunca se llegó a un ataque serio contra Sicilia, y se demostró que el proyecto de aprehender al adversario principal, o sea al Pontífice, era irrealizable. De nada le sirvió al emperador y más bien lo perjudicó que en la elección del año 1159 el Papado sufriera una escisión, porque entonces uno de los contendientes fué considerado por todos como un instrumento del emperador alemán, y la Iglesia, con tanto más apasionamiento, tomó partido por su adversario en casi

todo el occidente, exceptuando a Alemania, es decir en Francia, Inglaterra y Escandinavia. En todas partes se temía que, si ganaba el Papa imperial, los alemanes dominarían también a la Iglesia, y contra esa posible dominación universal se rebelaron los demás pueblos con mucho mayor encarnizamiento, porque no querían reconocer de modo alguno a los alemanes una preeminencia de jerarquía en el terreno espiritual; más aún, los despreciaban como atrasados e incultos.

El apoyo del exterior, sobre todo de parte del clero francés, fué lo que possibilitó, en último extremo, que el Papa romano Alejandro III se sostuviera contra el poder militar del emperador. El rey de Francia le ofreció refugio cuando aquél no se sintió seguro en Italia y las iglesias francesas le dieron el dinero que le hacía falta para la guerra. El juego se tornó por fin desesperado para Federico, cuando intervinieron también las potencias orientales. Venecia y Constantinopla, amenazadas por la posibilidad, que surgía, de un espacio cerrado ítalo-alemán en el campo económico y comercial, tomaron partido contra el emperador y su apoyo aportó a los lombardos fuerzas que el poder alemán no era capaz de dominar. La derrota de Legnano (1176), aunque no fué una batalla de mayor importancia —en ella fué dispersada solamente una parte del ejército alemán mediante un ataque sorpresivo—, convenció a Federico de que no podría ganar la partida.

Se decidió, pues, a abandonarla, pero únicamente para comenzar en seguida otra con nuevas piezas. Con la paz de Constanza (en el año 1183) renunció al sometimiento inmediato de Lombardía, reconoció la autonomía de las ciudades y se conformó con que ellas, por su parte, admitiesen la soberanía suprema del emperador. Para eso buscó



y halló una compensación en Toscana. Fué la herencia de la condesa Matilde, amiga y aliada de Gregorio VII, la que le debía ofrecer la base para un territorio imperial propio. La gran condesa, la última de su familia, había legado sus inmensos bienes privados a San Pedro, pero jamás los Papas habían podido entrar en posesión de ese valioso legado. Ahora el emperador había reunido en sus manos toda la enorme masa de heredades. Desde allí dominaba la Italia central y tenía en jaque al mismo tiempo al Papa y a los lombardos. También acertó a celebrar con el rey de Sicilia un tratado de amistad y de paz y una estrecha alianza, que fué sellada por el casamiento del príncipe heredero alemán, el joven rey Enrique VI, con la princesa Constanza de Sicilia.

De esta manera Federico supo vencer políticamente, después de haber fracasado militarmente. Por todos los pueblos su nombre fué ensalzado como el del héroe más brillante y del soberano más poderoso que hubiese conocido el mundo desde Carlomagno. El mismo Papa se allanó a ello: podía vivir de nuevo, bajo la protección de las armas alemanas, en la Roma que obedecía sólo a disgusto. Federico pudo concluir su reinado en el papel indiscutible de conductor del cristianismo occidental, cuando en el año 1189 partió para libertar el Santo Sepulcro, que poco antes (en 1187) había caído en manos de los infieles. No logró este fin, porque la muerte lo sorprendió en el camino. Pero aun así había cumplido el deber de su vida; el imperio había sido reconstituído en su antigua fuerza y dignidad, más hermoso todavía de lo que jamás fuera anteriormente. La posteridad, hasta nuestros días, cuando habla del antiguo imperio alemán, no piensa en Otón I o Enrique III, sino en Federico Barbarroja. La leyenda y la poesía

lo consideran como la personificación de esta gran idea de nuestra temprana nacionalidad y la historia no puede descutirle ese papel.

Sin embargo, tampoco Federico logró llegar a la cúspide de la obra, lo que estaba reservado a su hijo Enrique IV. Al extinguirse la rama masculina de la casa real siciliana en 1189, le correspondió a él, como marido de Constanza, el derecho a la corona del reino meridional. Secundado por la suerte, como raramente acontece, se impuso en varios años de tenaz esfuerzo. Y cuando se hizo coronar en Palermo, en la Navidad de 1194, la Italia entera le obedecía, ante él se inclinaba el rey de Inglaterra y el rey de Francia reconoció también su supremacía. Y más aún, mucho más: con la posesión de Sicilia el imperio se convierte en una potencia marítima, puede dominar el Mediterráneo y su brazo llega hasta el oriente. Pronto se comprobaría esto. Cuando Enrique reanudó la cruzada interrumpida por su padre, Constantinopla consintió en prestarle apoyo y los reyes orientales se apresuraron a rendir homenaje a la estrella de la grandeza alemana: los soberanos de Chipre y de la Pequeña Armenia aceptaron de manos del emperador romano la investidura feudal de sus reinos.

Había quedado fundado el poder mundial de Alemania, más magnificante y más ampliamente extendido que bajo el gobierno de Enrique III. Tan bruscamente como entonces y en forma aun más completa y definitiva se derrumbó ese poder, cuando Enrique VI falleció el 28 de septiembre de 1197, a la edad de apenas 32 años.

Esta desaparición halló al Reich en las circunstancias más desfavorables que se puedan imaginar. Otra vez como en 1056 el heredero fué un niño, el príncipe Federico, que no tenía aún tres años, elegido, pero no coronado, como



rey alemán. Desapareció justamente en el instante decisivo, la personalidad dominadora, y no había quien pudiera reemplazarla. Pero este cambio de gobierno llegó a ser un hado funesto y una catástrofe sólo por la pérfida actitud de una parte de los príncipes alemanes. Se dividieron en el momento en que más que nunca era necesario mantenerse unidos para conservar la herencia del gran Hohenstaufen, la situación de poderío del Reich y la superioridad jerárquica de la nación. Contra el pequeño Hohenstaufen se levantaron los Güelfos con la pretensión del trono; se entrometió el exterior, Inglaterra por un lado, Francia por el otro, y el resultado (1198) fué una doble elección: Felipe de Suabia contra Otón de Brunswick.

Con esta doble elección del año 1198 se define realmente el derrumbe del imperio alemán. Entonces ganó la posibilidad de volver a levantarse la potencia que por la ascensión de aquél había caído profundamente: el Papado, su antiguo y principal adversario.

Hasta ese momento el Papado no había sido ni sometido totalmente ni captado moralmente. Por más esfuerzos que hicieron Federico y Enrique, no había sido posible un entendimiento definitivo con Roma. Si bien ésta cedió ante la supremacía del emperador, se había postergado todo para más adelante. Antes como después, el Papa fué el adversario del emperador, la Iglesia la enemiga del imperio.

Apenas había muerto Enrique VI se notó claramente la consecuencia. El Pontífice se colocó a la cabeza de la sublevación, que estalló inmediatamente en Toscana y en Sicilia. Su meta era nada menos que la destrucción del imperio. El Papa la logró gracias a la actitud de los príncipes alemanes, que políticamente insensatos, olvidaron todo honor y deber, y gracias también a la circunstancia

de que, en ese preciso momento, se halló a la cabeza de la Iglesia un hombre que poseía todas las cualidades para llevar a cabo la tarea: Inocencio III. Su elevación al solio pontificio y la doble elección alemana dan al año 1198 carácter de época. De nuevo se tuerce el curso de las cosas; lo que comenzó en 1152 y pareció concluído en 1194, vuelve entonces a su primitivo ser. A la reconstrucción del imperio sigue su desmoronamiento y la victoria de la Iglesia.

Inocencio no alcanzó a vivir hasta ver la victoria total de la Iglesia, pero la había preparado y asegurado, en cuanto era humanamente posible. Por lo que le concierne, su anhelo no era otro que el de Gregorio VII, que ya conocemos: expulsar de Italia el poder alemán, para convertirse él mismo en conductor y jefe supremo de los estados italianos. Por eso nada le venía mejor que la discordia en Alemania, la que le dejaba las manos libres en Italia para ensanchar y reforzar su propio poder.

El estado pontificio era demasiado pequeño para el papel dirigente que su soberano, el Papa, debía desempeñar de acuerdo con el programa papal. De ahí que Inocencio se apresurara a agrandarlo. Bajo el pretexto de la "recuperación" —reclamación de antiguos derechos— intervino como conquistador y se apropió vastas regiones en el territorio del estado que había quedado sin soberano: el ducado de Spoleto, la Marca de Ancona. No fué culpa suya si no logró anexarse también a Toscana; las ciudades toscanas rehusaron someterse. Pero aun así el estado papal engrandecido se tiende a través de la península como un ancho foso que separa el reino de Sicilia de la Italia imperial.

El futuro emperador debía aprobar esta conquista. Por



este precio recibiría el reconocimiento papal, con la perspectiva de la coronación imperial. Hasta entonces Inocencio se reservó su decisión, pues su nueva exigencia era que el Papa debía decidir sobre el derecho de un rey alemán electo.

Al principio Otón se mostró deferente a los deseos papales. Pero no pudo imponerse en Alemania. Inocencio se vió obligado a tratar con Felipe y hasta pareció muy cercano el entendimiento, cuando Felipe fué asesinado por venganza personal (1208). Otón quedó entonces de improviso a la cabeza de una Alemania unida, puesto que también los partidarios de los Hohenstaufen se sometieron a su poder. Reiteró sus antiguas promesas: por ellas fué invitado a recibir la corona imperial y apareció en Italia. Mas cuando todos cayeron a sus pies y fué reconocido en todas partes como heredero del antiguo poderío imperial, no recordó para nada sus promesas y trató las nuevas regiones anexadas del estado pontificio como si pertenecieran al Reich alemán. Más aún: una vez en su poder la Italia septentrional y la central, siguió las huellas de Enrique VI y, volviéndose hacia el sur, comenzó la conquista del reino de Sicilia.

Estos hechos obligaron a Inocencio a tomar resoluciones desesperadas. Excomulgó a Otón. Pero, ¿de qué servía un anatema fulminante, si no lo sostenían las armas? Era indispensable un brazo laico para cumplir la sentencia. Y había sólo uno capaz y éste era peligroso: Federico de Sicilia. Había que instituirlo anti-rey en Alemania, para que atacara por la espalda a Otón; así habría aún perspectivas de salvación. Pero, ¿podría significar una solución el hecho de que el hijo de Enrique VI dominara nuevamente en Alemania e Italia, desde el Mar del Norte hasta las costas africanas? ¿Dónde quedaba con

eso la independencia de la Iglesia, dónde la esperanza de sostener el engrandecido estado eclesiástico? El remedio pareció tan malo como la enfermedad.

Inocencio, sin embargo, se decidió a emplearlo, para echar al diablo con la ayuda de Belcebú. Su cálculo fué exacto: el Hohenstaufen repuesto por la Iglesia no sería nunca tan peligroso como un Güelfo vencedor de la Iglesia.

Instigados por él, los príncipes alemanes eligieron (1211) a Federico de Sicilia y éste no vaciló en dirigirse a Alemania a obtener la corona de sus padres. Otón se volvió a su patria, para defender su posición. En la guerra provocada por estos hechos Federico conquistó la victoria pero no por sus propias fuerzas. Debió su elevación al trono a la Iglesia de Roma y su buen éxito al dinero francés y a las armas francesas. Esto es lo significativo de toda esta lucha por la corona: se trata de un fenómeno concomitante de luchas exteriores y su decisión se debe también a fuerzas exteriores.

Europa se encuentra entonces bajo el signo de la enardecida lucha entre las potencias occidentales, Inglaterra y Francia. Otón, en su calidad de sobrino del rey de Inglaterra, es el aliado de los ingleses —sin el oro inglés no hubiera logrado en modo alguno su elección—, mientras que Francia sostuvo al Hohenstaufen. La contienda franco-inglesa se lleva a cabo en suelo alemán, y los reyes alemanes son los trebejos del tablero europeo, en el que se mueven las piezas desde el Támesis, el Sena y el Tíber. ¡Cuántas veces desde entonces se ha repetido este juego y en cuántas ocasiones ha sido Alemania el tablero de ajedrez de las contiendas europeas! En ese año de 1214 sucedió por primera vez. Cuando Felipe II de Francia, en 1214, batió y aniquiló en Buvinas al ejército alemán, la



guerra anglo-francesa quedó decidida a favor de Francia. Federico II consiguió la ventaja: la victoria francesa lo libraba de un rival, y cuando éste le hizo el favor de fallecer cuatro años más tarde (en 1218), quedó como rey indiscutido en tierra alemana. Dos años después pudo hacerse coronar emperador en Roma.

Pero ya no era éste el antiguo imperio alemán: su preponderante poder se había eclipsado. La hegemonía alemana había desaparecido y en lugar suyo se había adelantado la gran potencia francesa recién nacida. También es significativo el hecho de que en Buvinas, por primera vez en la historia, se encontraron en un gran campo de batalla un ejército francés y uno alemán, y los alemanes sucumbieron. Tampoco en Italia el imperio de Federico II tuvo por lo pronto mayor importancia. Desde un principio —¿y cómo hubiera podido ser de otra manera?— Federico II debió reconocer las conquistas papales y ceder al Pontífice los bienes de Matilde y con ellos la situación dominante en Toscana. En Lombardía tuvo que conformarse con una soberanía meramente teórica. Ante todo era rey de Sicilia y tal vez nada más que eso. Más tarde —es verdad— hizo la tentativa de reconquistar lo perdido y elevar su imperio a una soberanía unitaria monárquico-absoluta en toda la península. Chocó con los antiguos adversarios, que se habían opuesto ya a su abuelo y también a su antepasado, Enrique IV: la Liga de las ciudades lombardas y la Iglesia romana, detrás de las cuales se alineaban los eclesiásticos de occidente y, sobre todo, Francia de nuevo. Como sus antecesores, tampoco pudo vencerlos. Ciertamente, el verdadero problema del poder no fué resuelto, porque en plena lucha, tal vez en el momento de triunfar, Federico II falleció (1250).

No necesitamos tratar estos acontecimientos sino a la

ligera, con una ojeada de paso. No pertenecen a la historia alemana, tanto más cuanto que no es posible ver en Federico II, por ningún concepto, un soberano alemán. Fué y siguió siendo un extraño en el país de sus antepasados, al que después de su salida en 1220, como es sabido, visitó sólo dos veces por breve tiempo (1235-1237); el primer extranjero, en fin, en el trono alemán. Y puesto que se sentía italiano, también las metas de sus ambiciones estaban totalmente al sur de los Alpes. Para él, Alemania era un país secundario, que tenía valor como fuente del mejor material humano en soldados, careciendo de interés en lo demás. Por eso la desatendió, dejando que los asuntos alemanes siguieran su propio curso. Cuando murió, desapareció de la escena un emperador italiano, no un alemán. El imperio había dado la espalda a Alemania. Los alemanes se lo retribuyeron, y desde Federico II se ocuparon muy poco, y con el tiempo cada vez menos, de Italia; aun cuando no se les discutió no ejercieron el derecho de consagrar, a la vez, en la persona de su rey, al emperador romano. Así aconteció que después de la muerte de Federico II el mundo no conoció otro emperador durante más de 60 años. El Emperador había llegado a ser una cosa superflua. El imperio alemán, como poder político, se había extinguido: llegó a su fin la primera gran época de la historia alemana.

Debemos preguntarnos las causas. ¿Cómo nos explicamos este fin tan borroso e insignificante, mientras que su comienzo y su progreso fueron intrépidos y fuertes? ¿En qué fracasó el imperio de los Hohenstaufen?

Antes de buscar una contestación, debemos comprender claramente que este imperio de los Hohenstaufen fué cosa muy distinta al de los Otones y Salios. Éstos habían gobernado a Italia desde Alemania, mediante los obispos



nombrados por ellos y por medio del mismo Papa. Desde la lucha por las investiduras esto ya no era posible. En su lugar Federico I había introducido un dominio inmediato del país con una administración a cargo de funcionarios imperiales propios: primero en Lombardía, luego, cuando allí el intento demostró ser impracticable, en Toscana. Enrique VI había ganado el reino de Sicilia y desde allí dominaba, sobre todo con su poder marítimo, toda la península. El imperio de los Hohenstaufen ya no tenía su centro de gravedad en Alemania; sus problemas y sus mayores recursos de poder se hallaban con preferencia en Italia. ¿Por qué, pues, se derrumbó tan rápidamente?

La contestación más a mano, que es también la que se da con mayor frecuencia, es ésta: la tarea sobrepasaba las fuerzas del imperio. La dominación de Italia con las modalidades adquiridas durante los dos grandes Hohenstaufen era más de lo que a la larga podían realizar los alemanes; por eso debía perderse. Y los sabios maestritos de la historia mundial suelen no omitir la observación vituperante de que hubiera sido más "prudente" renunciar desde el principio a una empresa que carecía de buenas perspectivas. Sobre todo se ha reprochado que los Hohenstaufen hayan traspasado los antiguos límites históricos del imperio y hayan conquistado además el reino de Sicilia. Esta hipertensión se habría vengado y en ese sentido el casamiento siciliano de Enrique VI habría constituido una verdadera desdicha.

Esta idea desconoce la situación política de Italia en el siglo XII tan en absoluto como las circunstancias geográficas permanentes de su armazón política. ¿Cómo hubiera podido consolidarse un emperador alemán en la mitad norte de la península, cuando en el sur existía una gran potencia que era dueña del mar, de las costas, de

los puertos, y que en determinadas circunstancias podía destruir el comercio de las ciudades marítimas septentrionales como asimismo el de todo el "hinterland"? A la larga hubiera sido imposible soportar este vecino. Por la misma razón se hubiera podido exigir de la antigua Roma que se resignara ante la prepotencia de Cartago, o de Víctor Manuel II, que dejara subsistir el reino de Nápoles. En tiempos de los Otones y de los Salios había sido algo distinto, porque la Italia meridional estaba entonces subdividida y era, por lo tanto, impotente. La existencia de una gran potencia siciliana significaba para los soberanos alemanes: ¡o todo, o nada! Si de nuevo debía existir un imperio, una soberanía alemana en Italia, había de extenderse hasta Sicilia. Con otras palabras, era necesario destruir o anexionar el reino siciliano. Un entendimiento con él, como al principio intentó Federico I, resultaba ser sólo una etapa en ese camino; la anexión de Sicilia, cuando se hubiese presentado la posibilidad para ello, estaba en la naturaleza misma de las cosas.

¿Sobrepasó realmente esta política las fuerzas alemanas? Podría parecerlo, si se tiene en cuenta solamente el resultado. Mas ¿era de preverse tan certeramente la imposibilidad de la empresa, como —aparentemente— se llega a sostener más tarde en razón del evidente fracaso? Ni Federico I, que sin embargo todos sus contemporáneos han celebrado como uno de los más sagaces, ni los muchos y excelentes estadistas que lo rodeaban, pueden haber dudado sobre las perspectivas del resultado; de otra manera, hubieran deducido a buen seguro otra consecuencia y realizado una política distinta. Se advierte además que precisamente esa política fué aprobada y soportada por la nación con una firmeza sobre la que no caben dudas. Federico I y Enrique VI contaron con su pueblo cuando



trataron de reconquistar para él la hegemonía que ya había perdido. También la política imperial de los Hohens-  
taufen fué nacional en ese sentido. El éxito le dió la razón: se logró reconstituir lo que era un antiguo anhelo.

Sin embargo, la obra no tuvo consistencia. ¿Cuál fué la causa de que el imperio reconquistado volviera a derrumbarse tan pronto?

Si dejamos hablar a los hechos, salta a la vista ante todo la prematura muerte de Enrique VI. Sin duda alguna los acontecimientos hubieran podido ocurrir de modo bien distinto si hubiese vivido veinte o tan sólo diez años más. Por lo tanto, un desgraciado acontecimiento fatal cooperó enérgicamente en el derrumbe.

Se argüirá que una creación que no sobrevive a tales accidentes no posee evidentemente vitalidad alguna. Es exacto; una fundación política comprueba su derecho a existir con la consolidación en momentos de desgracia. Si el imperio de los Hohenstaufen, la potencia mundial italo-alemana, hubiera surgido de una idea justa y sana, no habría podido ser desbaratado por un intempestivo cambio de hombres.

Esto equivaldría a exigir que los árboles poseyeran troncos gruesos desde un comienzo o que los hombres llegaran ya adultos al mundo. Hasta la fundación de un estado necesita tiempo para echar raíces firmes y engrosar su tallo; en sus comienzos representa siempre una planta tierna, que, fácilmente, puede ser rota, hollada o arrancada. También los estados están expuestos a las enfermedades de la infancia, de las que se muere joven, mientras que en la edad adulta ya no hay que temerlas. ¿Cómo habría que juzgar a Federico el Grande, si hubiese encontrado la muerte en la batalla de Kunersdorf? Es igualmente dudoso que la reciente gran potencia prusiana hubiese podido so-

brevivir a esa hora crítica. A Prusia le fué ahorrada esta prueba; la creación de los Hohenstaufen, en cambio, encontró en ella la ruina. ¿Por qué? ¿Qué le faltaba de lo indispensable para asegurarle una estabilidad duradera, y cuáles fueron las fuerzas contrarias que pudieron destruirla?

No se tarda en hallar la contestación, si se mantiene la mirada fija en los hechos: *el imperio se derrumbó porque no fué defendido de ningún modo.* En lugar de oponer un frente común contra el exterior, en el momento crítico, se dividió en dos bandos la representación política, la casta de los príncipes, que por desgracia se combatieron mutuamente durante diez años (1198-1208) y luego por seis más (1212-1218), en total durante veinte años, con una interrupción de cuatro. Cuando, después del asesinato de Felipe de Suabia, se reconstruyó transitoriamente la unidad, se vió en seguida que las fuerzas del estado eran más que suficientes para sostener la soberanía en Italia. Sin recurrir a las armas, Otón IV, al aparecer en Italia en 1209 a la cabeza del ejército del Reich, restableció nuevamente el gobierno alemán sobre toda la península. Estuvo por someter también a Sicilia, cuando, por segunda vez, estalló a sus espaldas la discordia entre los príncipes alemanes. Por la defección de algunos potentados, que elevaron a Federico II como anti-rey, Otón se vió obligado a defender su corona en Alemania y a perder a Italia.

En este caso resulta palpable la causa por la cual el imperio llegó a derrumbarse: la desunión de los príncipes, que se disputaban la corona en lugar de defenderse contra el peligro. La doble elección de 1198, con sus consecuencias ulteriores (una guerra civil de veinte años exactamente), destruyó el imperio.

Nada hay más descabellado que la presunción de que



la escisión en la elección real del año 1198 no tuviese nada que ver con el problema de la política imperial. Apenas Otón IV fué reconocido por todos, reasumió plenamente la política italiana de los Hohenstaufen. Su elevación al trono como anti-rey no es, por lo tanto, un acto de oposición política sino de ambición dinástica. Y lo mismo ocurre luego, cuando el Güelfo se opuso a Federico II.

El Reich alemán no abandonó conscientemente la política imperial de los Hohenstaufen; pero la descuidó y no defendió sus conquistas, cuando fueron amenazadas, aunque hubiera sido fácil la empresa de sostenerlas. Tan sólo con una parte de las fuerzas, que se consumieron estérilmente durante largos años en las luchas por el trono alemán, con perjuicio para todo el país, se hubiera podido sostener sin dificultad el imperio en Italia y con él la posición preponderante de la nación, hasta en las crisis más graves.

Ahora sabemos, pues, por qué el imperio alemán ha sucumbido: por la discordia, el egoísmo, la miopía de los príncipes alemanes. Nadie puede dudar que aparecen en este caso las funestas cualidades que, en todo momento, encontramos de nuevo en las páginas de la historia alemana: la falta de comprensión para lo total y colectivo, la preferencia por lo particular y propio, la debilidad del instinto político. Estos defectos nacionales tienen la culpa de que Alemania perdiera su situación dominante en el oeste al final del siglo XII.

Entre tanto no es posible simplificar las cosas al extremo de decir sencillamente que la desunión ha derrotado, entonces como siempre, a los alemanes. ¿Cómo fué que en el año 1200 esta desunión pudo influir tan fatalmente y sin reacción alguna, cuando hasta ese instante se había logrado vencerla? ¿Y cómo fué que más tarde no se hizo

ya ninguna tentativa para la restauración? También en el año 1100 todo se perdió una vez, pero asimismo los sucesores de Enrique IV pudieron volver siempre a sus antiguos proyectos, hasta que la obra se cumplió con Federico I. Mas esto no volvió a ocurrir después del año 1200. Alemania apoyó muy tibiamente a Federico II en su lucha por la soberanía en Italia y al final le abandonó. Cuando Federico II fué depuesto por la Iglesia, también en Alemania se le dejó desamparado en vastos círculos y se le opusieron anti-reyes. Pareció que en ese siglo XIII, ya nadie quería mantenerse fiel a las antiguas tradiciones de los años anteriores. Esto obedece siempre a causas especiales; también aquí existen y son fáciles de reconocer.

La situación del Reich se hallaba ya encaminada hacia una transformación, que dejaba camino libre a las fuerzas divergentes, mientras dificultó mucho la realización de la unidad. Esto fué lo fatal en la caída del imperio y por eso no pudo volverse a levantar de ese derrumbe, porque coincide con él una modificación en la vida estatal alemana que, brevemente, puede calificarse como el comienzo de la disolución del Reich. Ello da a la época, que va de 1198 a 1220, su especial significado: constituye, simultáneamente, un fin y un comienzo; *el imperio*, es decir la hegemonía en occidente, *ha terminado, y empieza la disolución del Reich*.

Esta disolución no comienza con el fin del imperio y la desaparición de su poder en el exterior; ni mucho menos es una consecuencia de ello, aunque a menudo se afirma lo contrario. El imperio, se dice, arrastró en su caída al poder real alemán y, en los vanos esfuerzos por la corona imperial, se agotaron las fuerzas del reino, por lo que el



fin de los ensueños de un imperio hubiera sido también la tumba de la unidad alemana.

Solamente un estudio muy superficial de los hechos puede llevar a este juicio. En realidad, lo que nosotros llamamos la disolución interior del Reich, estaba desde hace mucho en marcha y sólo por los grandes triunfos en el exterior, durante los reinados de Federico I y Enrique VI, se mantuvo oculta y fué detenida por un tiempo. Cuando esos triunfos se desvanecieron y llegó el derrumbe del poder exterior, entonces se evidenció en seguida y claramente el estado de la situación interior.

Con pocas palabras se puede decir lo que esto representa: el rey ya no dominaba a los príncipes, porque había perdido una parte demasiado grande de su primitivo y propio poderío.

Recordemos en qué se apoyaba el poder del rey; en primer término en el valioso patrimonio real, en los vastos bienes territoriales de la corona, que facilitaban el mantenimiento de un numeroso ejército de caballeros. El patrimonio del rey, durante las guerras civiles de la lucha por las investiduras, estaba ya muy mermado, malbaratado, regalado, robado. De aquí la lamentable debilidad de Conrado III, que era más débil individualmente que muchas casas principescas, como los Güelfos y los Babenberg. Tampoco Federico I tuvo en los comienzos de su gobierno situación predominante. La conquistó en parte con sus triunfos en Italia, donde ganó sobre todo mucho dinero; luego por las adquisiciones sistemáticas de tierras, obligando precisamente a las iglesias del Reich a transferir en gran escala sus posesiones como feudos a la casa real. Pero esta ventaja, y algo más, se perdió para los Hohens- taufen en la lucha por la corona. El patrimonio del rey se derritió como manteca al sol y no produjo bajo Fede-

rico II ni lejanamente lo que antes había rendido. Además por su dispersión, por su desintegración, perdió también su valor.

En cambio el poder de los príncipes se elevó. Disponían de regiones coherentes que se redondeaban y crecían, mientras se desmenuzaba el patrimonio del rey. La corona se debilita, sus contrincantes se refuerzan.

No se trata ya de los duques de los pueblos originarios de los primeros tiempos. Los antiguos ducados subsisten aún en forma nominal; en su extensión se menoscabaron por subdivisión. Del antiguo ducado de Baviera, que aun durante el reinado de Otón I comprendió todo el pueblo bávaro, desde el Lech hasta el Leitha y desde el Danubio hasta las vertientes meridionales de los Alpes orientales, se separaron como ducados independientes: en el año 980 Carintia, en 1156 Austria y en 1180 Estiria. El antiguo ducado de Sajonia fué desmembrado en 1180 después de la caída de Enrique El León: en Westfalia el poder ducal pasó al arzobispado de Colonia, la parte oriental sobre el Elba fué transferida con el título de ducado de Sajonia, a la dinastía de los Ascanios, quedando a los Güelfos sólo la parte central de Brunswick. Únicamente Suabia, en poder de la casa real de los Hohenstaufen, se conservó intacta. Pero al extinguirse esta casa reinante y subdividirse sus posesiones entre los vecinos, desapareció también el ducado de Suabia.

En todas partes observamos una desintegración y un desmenuzamiento. En lugar de encaminarse a una fusión conjunta en grandes complejos de poder, la evolución se encamina a la división, la partición, la escisión. El intento de Enrique el León de erigir, en su calidad de duque de Baviera y Sajonia, una doble potencia rígidamente centralizada y de vasta extensión en el norte y en el sur, concluyó con la caída del duque, que sucumbió ante la alianza del



emperador y de los príncipes vecinos. Sus tierras fueron repartidas.

Por este proceso de desmenuzamiento, sin embargo, el principado, como tal, no resultó debilitado, sino, por lo contrario, robustecido. La menor extensión del territorio facilitó su gobierno, permitió un dominio más efectivo. El principado ganó en solidez lo que perdió en superficie. En la segunda mitad del siglo XII nacieron verdaderos gobiernos nacionales, *estados territoriales*, que merecieron este nombre mucho más que el Reich, donde la soberanía del rey, en realidad, no fué otra cosa que una suma de supremacías. El poder real gubernativo en cada lugar y en cada aspecto —justicia, policía, defensa armada y fortificaciones, aduanas y moneda, y, sobre todo, el derecho impositivo— permaneció en manos de los señores territoriales. Estos derechos se comprenden bajo el término típico de *soberanía territorial*. Es ejercida por el príncipe, y sólo ocasionalmente interviene el rey, del cual depende en teoría. De su poder y de su prestigio depende cuándo y cuán a menudo lo ha de hacer. Los soberanos territoriales verán siempre con malos ojos su intromisión y tratarán de excluirla en lo posible.

Tal fué el estado de cosas que halló Federico II cuando fué a Alemania. Es de la mayor y la más duradera importancia el hecho de que no hiciera ninguna tentativa para cambiarlo. En su indiferencia por la situación alemana, cedió, una vez por todas, a los príncipes territoriales, toda la soberanía estatal en sus regiones. En primer lugar recibieron el derecho exclusivo de fortificación, escolta, justicia y moneda, los príncipes eclesiásticos en el año 1220, y en 1232 todos los señores territoriales (*domini terrae*). El rey se retiró voluntariamente de los territorios y se limitó al papel de inspector y juez supremo. El Reich

llegó a convertirse de esta manera en una abstracción, mientras que los señores territoriales usurparon todo el poder concreto del estado.

El antiguo poder real había poseído un segundo apoyo, casi más fuerte aún, para su efectividad: el dominio sobre las iglesias del Reich. Sabemos lo que representó el hecho de que ese apoyo le fuera retirado como consecuencia de la lucha por las investiduras y de la debilidad de Lotario y Conrado III frente al clero, y sabemos también la importancia que tuvo la reivindicación de los antiguos derechos de su corona, llevada a cabo por Federico I.

Después de la muerte de Enrique VI, se perdieron de nuevo los privilegios reconquistados. Entre los obispos estalló una reacción muy natural a la explotación excesiva; una parte de ellos se pasó a la oposición y se sintió satisfecha cuando el papa Inocencio III arrimó el hacha a la raíz principal del reino alemán. El Pontífice aprovechó la lucha por la corona para obligar a sus candidatos a renunciar a toda influencia en la elección de obispos y abades. Tanto Otón IV como Federico II se sometieron a esta exigencia. La renuncia, consagrada por Federico en la Bula de Oro de Eger del año 1213, dió a las iglesias alemanas "libertad"; es decir, cesó la influencia de la corona sobre sus investiduras. Se estrangulaba la arteria vital del estado alemán.

Federico II tampoco pensó en este caso en deshacer lo hecho. Sin embargo, para no quedarse totalmente privado de un fuerte partido en el campo de los príncipes, trató de atraerse a los obispos mediante favores y concesiones. Por eso, como hemos visto, les concedió, por regia sanción, plena soberanía territorial; esperaba tal vez captarlos decididamente con esos regalos. No alcanzó su finalidad y además destruyó del todo las antiguas bases



del poder real. Cuando el Papa le declaró la guerra, también los obispos, que constituyeron un partido contra él y le opusieron anti-reyes, lo dejaron plantado al final. ¿Había una razón para que no procedieran así? Como eclesiásticos debían obedecer al Papa y como príncipes del Reich se habían constituido soberanos territoriales independientes, como antes lo habían sido los duques; cada uno era el gobernante de un estado propio con problemas e intereses particulares. Nada les importaba el Reich; nada tenían ya que esperar de la corona; a lo sumo podían temer que se les volviera a cercenar los derechos recientemente concedidos.

Éstas son las verdaderas causas del derrumbe del reino y de la disolución del Reich, que se desarrollaron en Alemania contemporáneamente con el fin del imperio en Italia. No son en lo más mínimo la consecuencia del fracaso de la política imperial italiana de los Hohenstaufen; por lo contrario esa política fué irrealizable y hubo de ser abandonada, porque el reino había perdido también en Alemania su soberanía.

Y aquí podría intervenir la crítica. ¿Por qué —podría preguntarse— no consolidaron los Hohenstaufen su poder en su propio país, antes de acometer grandes empresas en el exterior? ¿No habían construído tal vez el piso alto de la casa antes de terminar los cimientos?

Hay algo de verdad en esto. No era lógico, y por eso constituía un peligro, el hecho de que el Reich hiciera una política imperialista, para la cual su constitución era poco adecuada. *El imperialismo, si ha de triunfar, presupone una sólida unidad del estado y la posibilidad de llevar a la contienda, en cualquier momento, para un fin determinado, todas las fuerzas de la colectividad.* Por eso el imperialismo de los franceses y de los ingleses pudo triunfar;

poseían una unidad nacional completa, que les permitió echar en el platillo de la balanza del destino el peso de toda la nación, de una sola vez y en forma permanente, y no solamente por unas cálidas semanas de agosto. Al antiguo Reich alemán le faltó esta unidad volitiva; por eso desde un principio la política imperial de los Hohenstaufen, encaminada al dominio de Italia, chocó con un error que demostró ser funesto a la muerte de Enrique VI, cuando el Reich se dividió, en el momento en que más urgentemente hubiera necesitado la unión. Pero no es posible dirigir a los reyes de la casa Hohenstaufen, y especialmente a Federico I, el reproche de haberse equivocado al no haber abordado, ante todo, el refuerzo de su situación en Alemania y no haber aplazado los proyectos italianos. Las cosas no se planteaban en esos términos. Cuando Federico I llegó al gobierno, el poder real se encontraba ya relegado al segundo plano, rebasado por los príncipes. Aconsejarle que consolidara su fuerza en Alemania hubiera sido lo mismo que invitar a una persona caída en un pantano a tratar de salir de él tirando de sus propios cabellos. La única posibilidad de escapar del fangal de la impotencia fué asirse a un sostén del exterior. Federico trajo de Italia un poder más fuerte con el que más tarde sobrepasó en Alemania a los príncipes más poderosos y un buen día pudo derrocar, por ejemplo, a su primo, Enrique el León, notablemente más fuerte que él. No se puede negar que había algo antinatural en llevar el centro de gravedad del reino fuera de Alemania. Pero en política se trata solamente de lo que es posible. No era posible hacer algo distinto a la política de Federico I (la restauración del imperio), hacia la mitad del siglo XII, si el rey no quería allanarse en forma permanente al papel subordinado que le tocó desempeñar a Conrado III.



Los esfuerzos de los Hohenstaufen no lograron el triunfo permanente, pero hasta lo transitorio era una ganancia. Los más hermosos recuerdos de nuestra historia más antigua pertenecen a esa época. Trate el lector de imaginarse cómo sería la antigua historia alemana sin Barbarroja y Enrique VI. Y *el que sabe lo que significan los recuerdos en la vida de los pueblos no lo desestimarán.*

La nación alemana, cuando políticamente se halló a dieta restringida, se alimentó durante siglos con los recuerdos de los emperadores de la casa de los Hohenstaufen. Y quizá deba sobre todo a estos recuerdos, el que más tarde haya revivido una vez más un instante de grandeza.

## CAPÍTULO CUARTO

**Los estados territoriales — Amenazadora declinación del Reich — Restablecimiento del reino — Alberto I — Cambio de dinastías — Los príncipes electores — El orden electoral de Carlos IV — Creaciones de la época de los estados territoriales — Rasgos fundamentales de la vida estatal — El carácter político de la nación — Pequeños estados y pequeña burguesía — Carácter de la política alemana — Las ciudades — Burguesía y nobleza.**

Es necesario despedirse absolutamente de toda idea de grandeza y esplendor, como también del encanto de poesía y belleza, con que los tiempos más antiguos aparecen a los ojos del que los contempla después, al abordar la segunda gran época de la historia alemana, *la época de los estados territoriales.*

Es extraordinariamente difícil hacerse una imagen clara del caos estatal en que dejó a Alemania la caída de la casa de los Hohenstaufen. El poder real antes dominante, ha desaparecido por completo; por lo pronto no existe rey alguno. Nada significa que varios señores se atribuyan simultáneamente ese título. Enrique Raspe y Guillermo de Holanda, como en un tiempo Conrado IV y más tarde Ricardo de Cornualla y Alfonso de Castilla, se llaman reyes, pero no son más que pretendientes. Su escasa importancia está demostrada por el hecho de que los dos nombrados en



Los esfuerzos de los Hohenstaufen no lograron el triunfo permanente, pero hasta lo transitorio era una ganancia. Los más hermosos recuerdos de nuestra historia más antigua pertenecen a esa época. Trate el lector de imaginarse cómo sería la antigua historia alemana sin Barbarroja y Enrique VI. Y *el que sabe lo que significan los recuerdos en la vida de los pueblos no lo desestimarán.*

La nación alemana, cuando políticamente se halló a dieta restringida, se alimentó durante siglos con los recuerdos de los emperadores de la casa de los Hohenstaufen. Y quizá deba sobre todo a estos recuerdos, el que más tarde haya revivido una vez más un instante de grandeza.

## CAPÍTULO CUARTO

**Los estados territoriales — Amenazadora declinación del Reich — Restablecimiento del reino — Alberto I — Cambio de dinastías — Los príncipes electores — El orden electoral de Carlos IV — Creaciones de la época de los estados territoriales — Rasgos fundamentales de la vida estatal — El carácter político de la nación — Pequeños estados y pequeña burguesía — Carácter de la política alemana — Las ciudades — Burguesía y nobleza.**

Es necesario despedirse absolutamente de toda idea de grandeza y esplendor, como también del encanto de poesía y belleza, con que los tiempos más antiguos aparecen a los ojos del que los contempla después, al abordar la segunda gran época de la historia alemana, *la época de los estados territoriales.*

Es extraordinariamente difícil hacerse una imagen clara del caos estatal en que dejó a Alemania la caída de la casa de los Hohenstaufen. El poder real antes dominante, ha desaparecido por completo; por lo pronto no existe rey alguno. Nada significa que varios señores se atribuyan simultáneamente ese título. Enrique Raspe y Guillermo de Holanda, como en un tiempo Conrado IV y más tarde Ricardo de Cornualla y Alfonso de Castilla, se llaman reyes, pero no son más que pretendientes. Su escasa importancia está demostrada por el hecho de que los dos nombrados en



último término son extranjeros; uno de ellos apenas se estrenó de paso en "su" reino y el otro (1) jamás vió el Reich.

Mientras tanto progresa rápidamente la evolución de los estados territoriales. Como todos los estados, quieren ante todo agrandarse. Tanto más sienten esta necesidad, cuanto más carecieron, en el momento de surgir, de una firme cohesión geográfica. Constan en efecto de muchos trozos separados, jirones y andrajos de territorio, que, naturalmente, aspiran a una fusión: el territorio quiere redondearse. Y, puesto que ello es posible solamente a costa de otros territorios, se origina así una situación que puede definirse como la lucha de todos contra todos. La guerra civil está a la orden del día. Casi siempre la enciende la extinción de una familia de príncipes, pero cualquier otra ocasión lleva a estados colindantes a tomar las armas el uno contra el otro. Esta situación, con el tiempo, fué atenuándose, las guerras de sucesión y las hostilidades limítrofes se tornan más raras, pero nunca cesan durante la existencia del primer Reich alemán. Hasta las guerras de Silesia de Federico el Grande y la de la sucesión bávara de José II, no son otra cosa que las mismas luchas que llenan los siglos XIII y XIV.

Lógicamente y, dada la índole de los acontecimientos, lo peor fué al principio, en aquel "intervalo terrible, el período sin emperador" (2). Pareció que desaparecerían por completo la unidad del Reich y el orden estatal, y que los suplantaría el simple derecho del más fuerte. Su consecuencia es un abigarrado caleidoscopio, que cambia de

(1) El gran rey de España, Alfonso X el Sabio, electo Emperador de Alemania el 1º de abril de 1257 quien por la presión de la opinión española, contraria entonces a esa aventura exterior, no se decidió al ejercicio efectivo de la dignidad imperial; renunciando a ella definitivamente en 1275. (N. del T.)

(2) Schiller: El Conde de Habsburgo.

siglo en siglo. Poco a poco cristalizan en ciertos sitios aislados, bloques estatales más grandes que, en cierta medida, logran redondearse y extenderse hacia afuera, como el ducado de Baviera, el landgraviato de Turingia unido a la Marca de Misnia, y, ante todo, el reino de Bohemia agrandado por Otokar II con Austria, Estiria y Carintia. Entre éstos y a su lado, el gran número de estados medianos y pequeños, seculares y eclesiásticos, príncipes, condes, barones y, finalmente, también las ciudades, muchas de las cuales pueden tomar vuelo, hasta convertirse en pequeños estados independientes.

Es imposible afirmar, si este estado de cosas se habría eternizado o si la necesidad de asegurar el comercio hubiera tenido, por sí misma, fuerza bastante para terminarlo. Bien puede imaginarse que a cambio del poder real, que los más fuertes no necesitaban y los más débiles no podían crear, se hubiese constituido una numerosa serie de uniones que, con colaboración de los vecinos y por ayuda mutua, hubiesen velado en cierta medida por el orden y la seguridad de sus propios límites; o si se hubiesen aislado con mutua desconfianza y hostilidad, en forma parecida a lo que aconteció realmente hacia fines del siglo XIII en la parte sur de Suabia, la Suiza de hoy, con el resultado que de ello, con el correr del tiempo, naciera un estado propio. De la misma manera, esas uniones provinciales o confederaciones hubieran podido llegar, aún en otros sitios, a una nueva formación de estados particulares, tal vez en el Rin, en la Sajonia inferior y en Westfalia, Baviera, Turingia y Franconia. Síntomas de ello se observaron aquí y allá.

No se llegó a eso a causa de una intromisión del exterior. La Iglesia había destruído el imperio y el reino. Reconstruyó de nuevo este último, porque en su momentánea situación creyó que necesitaría nuevamente de un empe-



rador. Fué el papa Gregorio X quien impuso en el año 1273 la elección de un rey reconocido por todos en Alemania, rey que pensaba utilizar como emperador en Italia para restablecer el equilibrio. El designado fué el conde Rodolfo de Habsburgo. Es una verdadera ironía del destino que este rey elegido exclusivamente para convertirlo en emperador, nunca pudo iniciar la campaña transalpina, tan esperada, tan a menudo decidida y que debía proporcionarle la corona imperial de los Hohenstaufen. Y con ello demuestra su reinado algo nuevo: el imperio de los alemanes está de hecho terminado, la soberanía en Italia extinguida.

Así quedan las cosas, a pesar de los repetidos intentos para restaurarlas. La acometida realizada por Enrique VII (1310-1313), en circunstancias aparentemente favorables — por cuanto al comienzo lo apoyaba la Iglesia—, no alcanzó su finalidad, pues el nuevo emperador murió en medio de la lucha, y el nuevo intento de Ludovico el Bávaro (1327-1329) fracasó por completo. Carlos IV eliminó esas ilusiones, al resignarse a una dignidad imperial de pura fórmula y a una soberanía nominal sobre los estados italianos, que le ofrecían ciertas ventajas pecuniarias y la posibilidad de una mayor intromisión diplomática en los asuntos de Italia.

En los tiempos que siguen todo quedó así. La utilidad real que Alemania obtuvo de las malogradas campañas de Ludovico contra Roma y de la política neta de renunciación de Carlos, consistió en que se impidió el establecimiento de Francia en Italia. El mismo peligro que llevó una vez a Otón I a través de los Alpes —que Italia llegase a ser un territorio económico coherente y poderoso, que lograrse apartar a Alemania del camino principal del comercio mundial—, este mismo peligro, afortunadamente, se conjuró en el siglo XIV. Un gran número de estados en

el sur de los Alpes, que se combatían política y económicamente unos a otros, prestaron los mismos servicios que había prestado antes el dominio alemán: las vías del tráfico mundial continuaron siendo accesibles para los alemanes.

Sin embargo, la novedad del reinado de Rodolfo I y de sus sucesores no está solamente en la renuncia a las tradiciones de un gran pasado. Tiene también un lado muy positivo: posee características completamente modificadas. Sus columnas de sustentación ya no son el patrimonio de la corona y la soberanía sobre las iglesias; el primero se ha derretido en las llamas de la guerra civil de los Hohenstaufen, hasta quedar reducido a un saldo exiguo; la segunda ha terminado hace mucho tiempo. El nuevo rey representa en el reino exactamente tanto cuanto represente como soberano territorial por la fuerza de su propio poder dinástico. Para expresarlo trivialmente: como rey debe vivir de su patrimonio privado, por cuanto el Reich no le abona ninguna lista civil.

La consecuencia es que cada rey trata de aumentar el poder de su casa. Así procedieron cuantos se sucedieron desde el año 1273, desde Rodolfo I hasta Carlos IV, con la misma tenacidad que pusieron antes sus predecesores en la aspiración a la corona imperial. Y no necesitamos buscar una explicación que aparece por sí sola. Si cada príncipe trataba de aumentar su poder cuantas veces se le presentaba la oportunidad, ¿por qué no debía hacer lo mismo el rey? Todo aquel que llega a ceñir la corona, estira sus manos para incorporar a lo que ya posee (la herencia de sus padres), un nuevo territorio, y hasta dos y más. En aspiraciones todos son iguales: sólo en resultados son distintos. Rodolfo I pudo conquistar a Austria y Estiria, que quitó a Otokar de Bohemia. La batalla de Moravia (1278) es la base del poder de la "casa de Austria", como desde en-



tonces se llamaron los Habsburgo. Adolfo de Nassau fracasa cuando trata de apoderarse de Turingia y Misnia. Alberto I está por anexas estas dos comarcas a las posesiones heredadas de su padre y al reino de Bohemia ya conquistado por él y a la expectativa de obtener a Holanda, cuando lo elimina la mano asesina de su sobrino (1308). Enrique VII impone a su hijo como rey de Bohemia, y Ludovico el Bávaro gana a Brandenburgo, Holanda y el Tirol.

Por esta "política del poder dinástico", los reyes que siguen tienen mala fama ante la posteridad. Se acostumbra reprocharles que no velaran por "el Reich" y sirvieran solamente los intereses de su casa. Es de todo punto imposible juzgarlos de modo más equivocado. El rey, tal como era después de 1250, no podía prestar al Reich, vale decir a su nación, servicio mayor que tratando de engrandecer, de cualquier manera posible, su propio poder dinástico. No había otro medio para promover la unidad del Reich y poner fin a las discordias de los príncipes, sino que la corona llegara a crecer en potencia cada vez más alta por encima de todos y cada uno de ellos, hasta superarlos y obscurecerlos. Pero esta finalidad no podía ser alcanzada sino con la anexión de territorios enteros a las posesiones de la casa real. Donde la soberanía territorial dominaba todo, el rey sólo podría gobernar sobre Alemania si era el más grande de los soberanos territoriales. Como última meta en ese camino se perfilaba la soberanía exclusiva del rey, la unión en Estado de toda la nación.

En una ocasión pareció que esa meta estaba casi alcanzada. Fue en los diez años que reinó Alberto I (1298-1308). Había heredado de su padre un poder con el cual nadie podía competir en la Alemania meridional. Con sus vastos bienes en Alsacia, en la parte sur de la Selva Negra y en Suiza, predominaba sobre todos sus vecinos. Les agre-

gó Austria y Estiria, regiones extensas, ricas y excelentemente administradas. La habilidad de estadista y el talento estratégico de Alberto lograron deshacer —en lo que fracasó su predecesor Adolfo— la oposición de los príncipes renanos, cuando intentaron sublevarse contra él. Se atrajo a las ciudades, al eximir, con sagacidad y amplia visión, al comercio en aguas del Rin, de todos los derechos aduaneros impuestos por los soberanos territoriales; medida que era a la vez la apropiada para desviar hacia Alemania desde las rutas francesas el tráfico comercial entre Italia y los países del norte. En esta posición ya tan fuerte, emprendió también el rey, la conquista, para su casa, de Bohemia, Misnia y Turingia. Si en ello hubiese tenido buen éxito hubiera logrado también en la parte nordeste de Alemania un predominio al que nadie hubiese podido sustraerse. Habría dominado a toda Alemania.

Pero la tarea no era sencilla; los obstáculos eran formidables. En Bohemia, se movía poderosa la oposición nacional; en Misnia y Turingia, la nobleza autóctona no quería saber nada del alemán del sur, bien conocido como excelente soberano territorial, pero también como gobernante severo y desconsiderado. La lucha no estaba aún decidida, la balanza oscilaba. Cuando el rey reunió todos los medios de su poder, tropas y dinero, cayó sobre él, durante los últimos preparativos de la campaña decisiva, el puñal del sobrino, y la más hermosa promesa de porvenir para la nación alemana se hundió por la insensata acción de un odio personal, ya que no volvió más a presentarse la oportunidad, y desde entonces las fuerzas particularistas dominaron el ambiente.

El repetido cambio de las dinastías fue la causa por la cual la acumulación de zonas de poder en manos de cada casa reinante perjudicó al Reich. También en esto la nueva



época se distingue de la antigua. Anteriormente se atuvo, por lo general, al principio de que la familia real reinante debía proporcionar el nuevo rey. Conducía a ello la concepción jurídica de que el rey —como surge del sentido original de la palabra en alemán— debe ser el más noble del pueblo; ¿y quién podía ser más noble que un descendiente de reyes? Para ello colaboraba también la consideración práctica de que la concentración de los medios de poder permanecía asegurada de generación en generación, si el nuevo rey era al mismo tiempo el heredero nato de su predecesor. Patrimonio del Reich y fortuna de la casa real quedaban así, conjuntamente, en poder de la misma familia.

Desde 1250 se abandona este principio: se hace valer lo contrario. Cuantas veces cambia la persona del rey, otras tantas una dinastía reemplaza a la otra en el trono. La intención es ésta: el hijo no debe suceder al padre, porque ello fortalecería en demasía al rey. Los príncipes no tienen interés alguno en que el más poderoso de ellos sea el rey; por lo contrario, éste no debe tornarse demasiado potente. Ya no ven en él, desde que son soberanos territoriales y gobiernan sus estados propios, a su soberano legal, sino a un rival incómodo, a quien no se debe dejar llegar al predominio. Cada estado tiende por naturaleza a la soberanía y a la exclusión de limitaciones. Los territorios alemanes desde Federico II eran estados, pero no fueron soberanos mientras el rey prevaleció sobre ellos. Y tanto más desearon serlo, de hecho si no de derecho, cuanto menos poder tenía el rey para hacer valer su derecho de soberano supremo. Por ello les conviene que, cuando un rey ha engrandecido a su familia, le siga otro que deba empezar de nuevo. Fué indiferente para los príncipes ver después frente al soberano la encarnizada oposición de los herederos de su prede-

cesor y que la labor de la última generación se volviera siempre contra la siguiente; no perdían nada con ello, aun cuando el Reich alemán se asemejara así a Penélope, que deshacía de noche lo tejido durante el día.

Cabe, sin embargo, la duda de que se hubiera establecido este cambio permanente de dinastías, si no se hubiese iniciado desde 1250 una institución que no conoció la época anterior: los príncipes electores. Antiguamente el rey era elegido por el conjunto de príncipes. Ahora este derecho se había restringido hasta formar un privilegio de un estrecho círculo, en último análisis, porque la gran masa de los príncipes consideraba con indiferencia la elección del rey. Quedaron alejados, y los siete que habían conquistado en los tiempos de los Hohenstaufen la primacía de honor en la elección y coronación del rey, se vieron solos en esta función y se convirtieron sin más ni más en únicos electores. Era tan escaso el interés en el asunto, que un pequeño grupo de príncipes de entre los menos poderosos llegó a tener una vez por todas el privilegio de dar al Reich un monarca que luego debían aceptar hasta los de mayor poder. En efecto, el único de los electores que por su poderío pertenece a la categoría de los príncipes de primer orden es el rey de Bohemia. El Palatinado, la Sajonia achicada de los Ascanios, y Brandenburgo son potencias de segunda clase, y Maguncia, Colonia y Tréveris corresponden a una tercera categoría. Se comprende fácilmente que estos señores se aferraran desesperadamente a su derecho a la elección del rey, el único que los elevaba sobre la multitud de sus colegas y les daba importancia. Pero nadie podrá afirmar que esto haya sido un estado de cosas natural y sano. Las instituciones malsanas se vengán siempre. El bacilo del colegio de electores, nacido en el terreno pantanoso de la guerra civil de los Hohenstaufen, envenenaba de



nuevo al Reich en cada elección regia. Más que cualquier otra cosa impidió la formación de un poder real firme y fuerte.

No faltaron los intentos de remediar ese estado de cosas. Ya Rodolfo I debe de haber elaborado sus proyectos para que la corona se convirtiera en una herencia familiar; el primer intento lo había realizado Enrique VI. También Alberto I estuvo cerca de esta meta, y la hubiera alcanzado, si el destino le hubiera concedido una vida más larga y buen éxito en sus planes de conquista. Con su muerte desapareció también esta posibilidad, y Carlos IV, que trató de poner en orden las condiciones enmarañadas del Reich en todos los terrenos, reconoció lo existente y se esforzó en utilizarlo, aumentando los privilegios de los electores, garantizándoselos por escrito con arreglo a una ley del Reich —la Bula de Oro de 1356— para ganar dentro del estado un fuerte partido en el que pudiera apoyarse su dinastía como gobernante. Puede decirse que logró su propósito; cesa entonces el cambio de dinastías; los luxemburgo-bohemios, los hijos de Carlos, Wenceslao y Segismundo, llegaron uno tras otro al trono, y, a la extinción de su casa con Segismundo en 1437, la corona pasó a su yerno Alberto II y a la familia de los Habsburgo de Austria, quienes la conservan hasta el final.

La época de la que nos ocupamos no goza de mayor estimación por parte de los intelectuales. A nadie puede reprocharse esto. El hombre busca hasta en el pasado los fenómenos —personas y acontecimientos— que llaman su atención, ya sea por sus rasgos humanos, ya por la magnitud o la gravedad de las consecuencias de lo ocurrido. Lo pequeño y lo de estrechas miras repugna, cansa y aburre.

A la historia alemana le falta después del año 1250 cualquier rasgo de grandeza. Si alguno aparece a veces —



CARLOS IV<sup>o</sup>

Dió al Reich un estatuto instituyendo el orden electoral de la corona.

Estatua del "maestro de la Bella Fuente".

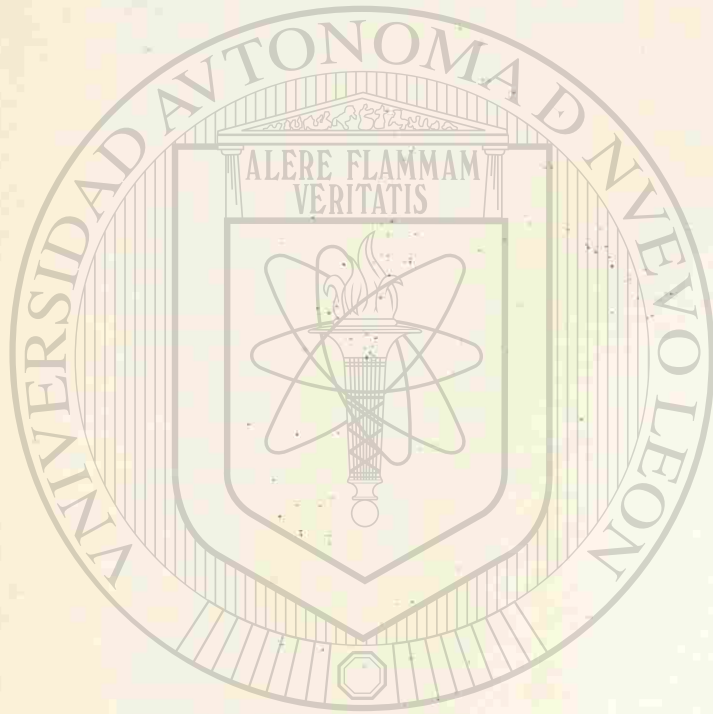
(Berlín, Museo del Emperador Federico)



tal vez quizás en el gobierno de Alberto I—, no pasa de un fulgor, detrás del cual la noche se presenta aún más oscura. “Nada se saca en limpio”, es la impresión que se tiene de todas esas luchas y contiendas. El concepto de “querella de alemán” (1) no se adapta mejor a ninguna otra situación. Falta, además de la grandeza, la unidad del cuadro. Por eso la historia de esta época es tan difícil de describir o, mejor dicho, no puede ser narrada en forma alguna. La unidad de acción es tan indispensable para el historiador como para el autor dramático. La historia alemana desde el siglo XIII hasta el XIV no conoce, en efecto, unidad de acción. Lo que parece tal, si se trae a colación la historia de los reyes, no es sino un engaño. No es más que una parte y no siempre la más importante del conjunto. Simultáneamente, la historia de los territorios corre en hilos innumerables, que se cruzan y se enlazan y a menudo se convierten en nudos gordianos. La indiferencia de la posteridad, frente a tales afanes tan complejos y tan inútiles, es, pues, muy comprensible.

Sin embargo, hay que lamentarlo sinceramente. Porque, en resumidas cuentas, es, en este secular desgaste de fuerzas, sin plan ni finalidad, en que la evolución parece estancarse definitivamente en un punto muerto, donde finalmente, a pesar de todo, algo nació de ello. Para las épocas siguientes, hasta nuestros días, estos siglos tienen tal vez más importancia que los tiempos heroicos del imperio. Sólo entonces la nación encontró sus formas estatales permanentes y algo más que esto: fué entonces cuando su carácter recibió su sello. Quien considere lo pasado desde el punto de vista de su influencia sobre lo presente, ha de conceder que los años oscuros que siguieron al interregno

(1) En francés en el texto original. (N. del T.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



son, en realidad, más interesantes que la magnificencia de los Hohenstaufen. Las hazañas de Barbarroja pertenecen por entero al pasado; Rodolfo de Habsburgo y Carlos IV, puede decirse, sobreviven hoy todavía. Bajo su reinado — puesto que los tomamos como representantes de toda esta época— nacieron los estados territoriales, que rigen, desde aquellos días hasta hoy, la historia alemana y han sobrevivido también al derrumbe más reciente.

Hay más aún. El que quiera ver algo del pasado alemán puede hallar a cada paso sus rastros: iglesias y ayuntamientos, castillos y murallas de ciudades hablan una lengua perceptible. Pero ¡cuán rara vez logran llevarnos más allá del umbral detrás del cual el antiguo imperio alemán duerme el sueño eterno de su ciclo histórico concluso! ¿Qué nos pueden decir de Federico Barbarroja y de su hijo, de Enrique IV y de Otón I? De esos años tan grandes quedan escasos restos, que hay que buscar con agotador ahinco. Tal vez en el fondo exista más de lo que la ciencia escolar se imagina, pero habría que hurgar y recogerlo todo, y aun así no podría sostener el parangón con lo que nos han dejado los siglos XIV y XV. Esos tiempos son los que todavía actúan; nosotros vivimos y nos movemos bajo su sombra.

Nada menos que Goethe lo ha notado. En el comienzo de "Ficción y Verdad" cuenta cómo visitó en su juventud el "Roemer" (1) en Francfort. "De Carlomagno supimos muchos detalles fabulosos, pero lo que interesa históricamente no comenzó para nosotros más que con Rodolfo de Habsburgo".

Esto es lo que aún importa al hombre viviente: lo

(1) El "Roemer" es el ayuntamiento de Francfort del Meno, en el cual se elegían los emperadores alemanes, reconstruido en 1405. (N. del T.)

que interesa históricamente y tiene relación con nosotros e influye sobre nosotros. Así lo comprendió entonces, hacia 1756, el inteligente muchacho; así es hoy todavía; así será de nuevo. Federico Barbarroja desapareció por segunda vez en el monte del Kyffhaeuser; Rodolfo de Habsburgo y Carlos IV, en cambio, están entre nosotros.

Por ello, estamos obligados a aclarar, en forma absolutamente neta, la historia de este tiempo. A pesar de lo confuso de la imagen, debería ser posible representarla y fijarla netamente. No es ésta la oportunidad ni existe la urgencia. En esta ocasión podemos y debemos limitarnos a los trazos capitales. Nos bastará establecer qué crearon de eterno esas revueltas generaciones posteriores al 1250, qué dejaron en herencia a la posteridad, y cuáles son los resultados permanentes de esta época.

Digamos, ante todo, que esa época creó y estableció *los rasgos esenciales duraderos de la vida estatal*.

Se objetará: ¿cómo puede ser exacto esto, ya que en el interin revoluciones tan hondamente impresionantes destruyeron en Alemania como en otras partes las formas estatales de la Edad Media y crearon otras nuevas? Es fácil refutar la objeción. Si se contempla el conjunto, las líneas fundamentales del edificio estatal de Alemania, a pesar de todos los cambios, a pesar de 1806 y 1848, a pesar de 1870 y 1918, aún a pesar de 1933, son siempre en su esencia las que se trazaron en los siglos XIII, XIV y XV. Exactamente como entonces vivimos y pensamos aún hoy, de preferencia dentro de las fronteras del estado territorial. El fin del antiguo Reich en 1806 lo fortaleció; la fundación del nuevo en 1870 lo dejó subsistir cuidadosamente; la revolución de 1918 no lo pudo hacer a un lado, y el cambio de poder del año 1933 no tuvo aún tiempo de destruir sus huellas.



Son siempre los mismos estados que entonces se formaron los actuales países que aun hoy dominan el cuadro de conjunto. Muchos, los más, han desaparecido entre tanto, pero los que hacia 1500 estuvieron en primer plano, existen hoy todavía y son siempre los que marcan el paso. Austria y Prusia - Brandenburgo, Baviera, Sajonia, Baden y Hesia resisten en la actualidad sobre los cimientos colocados entre 1200 y 1500. Tanto han ahondado las firmes raíces plantadas en suelo alemán, después del año 1250.

Por su nacimiento, el antiguo estado territorial era dinástico. Representaba el dominio de una familia de príncipes, fundado sobre tierras y gentes por derecho de herencia. Lógicamente, los derechos, la fuerza, la voluntad de una casa principesca, decidían si varios territorios se debían confundir en un solo estado o si un territorio debía escindirse en dos o más partes. Por herencia se unen los estados aun sin tener nada de común entre sí, a veces sin ser ni siquiera vecinos —basta citar a este respecto al principado de Moempelgard en Alsacia, que pertenecía al ducado de Württemberg, o al llamado Alto Palatinado, en Baviera, que pertenecía al Elector palatino residente en Heidelberg, con territorios en ambas orillas del Rin—; por derecho de herencia un estado unitario es dividido y despedazado, como, por ejemplo, Hesse-Darmstadt y Hesse-Cassel y los estados turingios. Debe también atribuirse a los accidentes del derecho hereditario dinástico, el que luego la parte del Palatinado situada a la izquierda del Rin llegara a formar parte del estado de Baviera. Con el curso del tiempo, la cohesión de los territorios, unificados de esa manera dinástica, fué tan firme que pudo sobrevivir a la dinastía. Países regidos durante cierto tiempo por la misma casa de príncipes se consideran como un estado unido, tal vez sin tener mucho de común. Es suficiente pensar en el caso de

Baviera, que se compone de bávaros, suabos y francos, y tiene, sin embargo, conciencia de su unidad y quiere permanecer unida. La particularidad del estado dinástico hereditario se ha grabado en la población, que la siente como característica propia, a la que no renuncia.

Podríamos fijar aquí un rasgo determinante en la vida política de la nación, que distingue marcadamente el período posterior al año 1200 del precedente. Hubo, antes y después, lo que se llama particularismo, pero éste es distinto. Al principio de la historia alemana tenía sus raíces en el carácter de cada pueblo originario. Ahora éste ha desaparecido. El particularismo de los tiempos posteriores — y el de hoy todavía— es de origen dinástico y estatal.

El hecho puede considerarse como una desgracia, hasta como una locura, pero no es posible eliminarlo con una simple plumada. Hemos comprobado, después de 1918, que la conciencia particularista del estado y el sentir propio de las regiones, aunque se habían convertido en algo meramente histórico, y sin basarse en una sola causa natural forzosa, no se dejan suprimir por decretos revolucionarios, a pesar de que éstos sean resueltos por gran mayoría de votos. Y hubiera podido saberlo de antemano, quien se hubiese preocupado de seguir los “trillados caminos de la historia”. Un pasado de seis siglos completos, que han impreso profundamente su huella en toda la vida de un pueblo, no se deja suprimir de improviso con la goma de borrar de una elaboración leguleya, parlamentaria o burocrática. En efecto,

“...ni el tiempo ni la fuerza destrozan

la forma acuñada, que viviendo evoluciona” (1).

Un sentido inteligente del gobierno no puede olvidarlo, si

(1) De Goethe, en “Fausto”. (N. del T.)



se dispone a barrer, ahora que ha desaparecido el régimen de los estados territoriales, los últimos obstáculos para la unidad interna del Reich.

Por lo demás, no es necesario preocuparse, en forma excesiva, por la "insensatez" de este nuevo particularismo. La vida es, por lo general, bastante irrazonable, y la verdadera sabiduría se revela siempre al contar con ello y tratar de evitar las malas consecuencias, sin pretender eliminar el mal de un solo golpe.

Mucho peor fué —y lo es— otra cosa distinta. La formación de los diversos estados de soberanos territoriales ha actuado perjudicialmente sobre el tipo del hombre alemán, ya que todos esos estados eran tan pequeños. Para comprobarlo no es necesario siquiera, medirlos con el patrón de las potencias mundiales de hoy. Aun en el concepto de entonces, todos los estados alemanes, comparados con Francia e Inglaterra, son pequeños estados. Y esto vale hasta para los más grandes entre ellos, como el reino de Bohemia y el archiducado de Austria - Estiria - Carintia; y los más grandes forman apenas raras excepciones; la gran mayoría son estados pigmeos como Reuss, Waldeck o Liechtenstein.

Un pequeño estado es siempre algo antinatural, un contrasentido, por cuanto no puede cumplir sus tareas esenciales. La finalidad de un estado es, en efecto, atender las necesidades, los deseos y los intereses de sus habitantes. Para ello necesita el poder; debe estar en condición de emplear la fuerza, en el interior y en el exterior. Si le falta ese poder no puede alcanzar la finalidad esencial de su existencia. Se verá obligado a usar de rodeos, a marchar por vías tortuosas, cuando no a renunciar de antemano. En todas las circunstancias, tendrá tendencia a colocar sus blancos lo más bajo posible y a conformarse con lo impres-

cindiblemente necesario y a veces aún con menos. Un pequeño estado no puede tener más que pequeñas metas y emplear pequeños recursos.

Pero cada estado influye en el carácter de sus ciudadanos, y no sólo por la forma en que los gobierna, por su constitución y su administración. En un estado que debe dejar pasar por alto muchas cosas porque no puede hacer valer sus derechos, también los ciudadanos se acostumbran, muy pronto, a soportar la injusticia que no pueden alejar. Donde el estado no puede aspirar a altas finalidades, ¿cómo pueden atreverse los habitantes a más elevadas tareas? Saben anticipadamente que no podrán obtener ni protección ni apoyo. Además, donde el estado está obligado a solicitar arrastrándose o a mendigar sus necesidades más justificadas, cada uno de los ciudadanos olvidará la noción de ir abierta y directamente hacia la meta. Él también considerará como más seguras las vías tortuosas y les dará preferencia.

La experiencia de lo pasado y de lo presente, en centenares de casos, nos enseña la exactitud de esta afirmación. Resalta más evidentemente cuando un pueblo ha sido obligado a vivir sin estado, como los judíos. A la inversa: el porte libre, franco y seguro de sí mismo que muchas naciones muestran en todos sus hijos, es posible solamente en el sólido suelo de un gran estado consolidado y fuerte. Hasta el simple recuerdo de una potencia y de una grandeza anteriores puede alimentar estas cualidades, como nos lo enseña el ejemplo de los holandeses y españoles.

Si orientamos estas consideraciones hacia los alemanes, como se nos presentan en los últimos siglos de la Edad Media y desde entonces, las hallamos confirmadas línea a línea. Los estados territoriales de Alemania no conocen más que finalidades y tareas pequeñas. La incorporación de



algunas millas cuadradas de terreno, la eliminación o la apropiación de una incómoda fortaleza fronteriza del estado vecino y, sobre todo, la obtención forzada de unas gabelas un poco más elevadas de sus queridos súbditos, he aquí el centro en torno del cual gira la alta política de los príncipes serenísimos. Aún entre reyes, desde Alberto I, nadie ha pensado más en conquistas de gran estilo, que podían llevar tal vez al dominio de todo el Reich. Desde que Carlos IV fundó el predominio de su casa a base de un sistema de pequeñas astucias, murió en las filas de los príncipes alemanes la gran ambición que robustece las fuerzas y adelanta el progreso. Forma, tal vez, excepción el archiduque Leopoldo de Austria, que cayó en 1386 en la batalla de Sempach contra los suizos. Sus conquistas, que alcanzaron hasta Italia y anexaron a Trieste a su archiducado, sus proyectos para completar el estado de los Habsburgo en la Alemania meridional hasta darle una coherente unidad, son evidentemente de gran vuelo. Pero en todo su aspecto, se nos presenta entre sus contemporáneos alemanes como un pavo real entre gallinas, y no dejó de fracasar: faltaba a su empresa la base real; no encuadraba en la situación alemana.

¡Qué impresión estrecha y mezquina se recibe al mirar la vida interior de los territorios! Allí vemos a los elementos dirigentes —clero, caballeros y ciudades— muy poco amigos entre ellos, cada uno preocupado ante todo de sus propios privilegios, y todos concordés solamente en dificultar, en lo posible, el gobierno del príncipe y en eludir los impuestos. Si al gobernante le faltan altas miras, las clases gobernadas no tienen ninguna. El clero piensa en sus prebendas, los caballeros en sus rentas territoriales, los ciudadanos en sus negocios comerciales; nadie alimenta un

ideal común que los una o los eleve por encima de sí mismos. Sólo piensan en sí.

A este cuadro corresponde la imagen del hombre alemán. El pequeño estado en el que está obligado a vivir ha reducido su horizonte. Conoce solamente un mundo pequeño, en el que hay que moverse precavido y no erguirse demasiado, para no tropezar o chocar con los codos o con la cabeza. No persigue grandes finalidades, porque sabe de antemano que, de todos modos, nunca las alcanzaría. Debe acostumbrarse temprano a tolerar ofensas y vejámenes en el exterior, porque no hay nadie que le pueda ofrecer protección eficaz. Y preferirá los rodeos, los senderos encubiertos, a los caminos rectos y abiertos, porque en esas circunstancias son siempre aquellos los más seguros. Sobre todo, empero, le faltará una cosa: la libre confianza en sí mismo, el natural orgullo de lo que es y quiere seguir siendo. No puede permitirse estas emociones, porque sólo son posibles y permitidas sobre la base de la pertenencia a una comunidad fuerte, temida y respetada.

¿Quién no conoce el cuadro? Demasiadas veces nos ha sido exhibido y nadie puede negar que concuerde con la verdad, durante siglos enteros. Generalmente, se acostumbra a imputar este estado de cosas a la guerra de los treinta años y a sus consecuencias. No hay razón: data de cuatro siglos antes; parte ya del siglo XIII y, desde entonces, su imagen ha podido grabarse cada vez más hondamente.

¡Qué penoso papel representan los alemanes en la historia europea, desde la desaparición del imperio! Cuando intentan intervenir en la gran política con el guantelete de acero —recuerde el lector, por ejemplo, las campañas contra Roma de Enrique VII y de Ludovico el Bávares—, en el mejor de los casos les está deparado un honroso fra-



caso, después de convulsivos esfuerzos, que tienen algo de aventura y que, por su desproporción entre la fuerza empleada y el resultado, asumen casi un aspecto cómico. Hasta su diplomacia demuestra, de nuevo cada vez, que no se hallan como en su casa en el gran escenario de Europa. Se mueven torpemente y, por regla general, son explotados, cuando no totalmente burlados. ¡Qué lamentable figura hace, ocasionalmente, hasta el más sagaz y mundano de los príncipes alemanes, el emperador Carlos IV, cuando en 1365, visitando a Provenza, que pertenecía, es verdad, en forma oficial a "su" reino de Borgoña, se atrevió a hacerse coronar solemnemente en "su" capital, Arlés, y luego, cuando la soberana de ese país, la reina de Nápoles, envió su protesta, se apresuró a disculparse, asegurando que su coronación no debía representar agravio alguno para los derechos de aquélla. Y Carlos IV fué, gracias a su sagacidad, un factor ponderable de la política europea, que se tomaba en serio también en el exterior. Muy distinto fué su segundo sucesor, Ruperto el Palatino, a quien los venecianos y los florentinos hicieron marchar a costa de ellos contra Roma, pero luego lo enviaron de vuelta desde Brescia, porque la empresa les resultaba demasiado cara. Así se diferenció Carlos IV, también de Segismundo, su segundo hijo, cuya "campana de Roma" fué realmente un espectáculo grotesco y vergonzoso en su mezquindad. A sueldo de Milán en el primer momento; desamparado luego en el camino, sin tropas, sin dinero; mantenido por la ciudad de Siena; casi prisionero de Florencia; libertado finalmente, a duras penas; cambiando sin escrúpulos de partido, alcanzó la corona imperial justamente por los servicios prestados a las potencias italianas, las que además tuvieron que mantenerlo.

Si esto pasaba con la verde madera de los reyes, ¡qué

podía esperarse de la seca ramazón de los príncipes territoriales, medianos y pequeños! En su conjunto no son tenidos en cuenta por el resto del mundo, o a lo sumo, por los servicios de guerra que por cuenta ajena podían prestar mediante sus súbditos. Pero éstos, es verdad, pueden muy bien ser empleados, si se les paga, y para ello están siempre preparados de buen grado, si la soldada es crecida. Todos, pues, corren tras el dinero. Para conseguirlo, son hoy mercenarios del rey de Francia, mañana del de Inglaterra, pasado mañana del señor de Milán y al otro día de la República de Venecia. Hasta se dió el caso —las pruebas documentales existen en el Archivo de París— que toda una coalición de los príncipes alemanes de occidente, conducidos por el rey Alberto de Nassau, infringiendo su juramento solemne y a pesar de los subsidios recibidos, dejaron plantado al rey de Inglaterra, cuando el de Francia pagó más.

La avaricia por el dinero y la venalidad de estos príncipes se hizo proverbial en el exterior. Todo el mundo sabía que las elecciones del rey, desde la existencia de los electores, constituían un acto mercantil, en el cual cada voto tenía su precio. Así durante medio siglo Francia pudo acariciar seriamente el proyecto de hacer nombrar en Alemania a un príncipe de su propia casa real, no tanto porque la corona alemana fuera tan codiciable, sino porque, tomando este camino transversal, se podía llegar más fácilmente al imperio y a la dominación de Italia. Que era posible no lo dudó nadie, siempre que se hubiese empleado el dinero suficiente. Frente a tanta bajeza, parece alcanzar magnitud de estadista un archiduque de Austria, cuando en el año 1324 se comprometió a apoyar la elección de un francés para el trono alemán, a cambio de la incorporación



de todas las grandes ciudades del alto Rin y de Suiza al dominio territorial de los Habsburgo.

Con estas características —los ejemplos podrían multiplicarse— se manifiesta siempre lo mismo: los príncipes tienen interés solamente en sus asuntos particulares y para su beneficio personal; la colectividad y su bienestar nada valen para ellos. Reich y rey son para ellos: o bien un apoyo que puede ser utilizado para los propios fines o bien un adversario, al que se debe combatir. Servirles o sacrificarse por ellos, es una frase vacía que, en la práctica, no se toma en serio.

Pero nada sería más absurdo ni más injusto que hacer este reproche solamente a los príncipes. En cierto sentido pueden ser disculpados, por cuanto, como gobernantes de su propio estado, estaban comprometidos en primer lugar con éste y debían velar por los intereses del mismo. No podían alegar igual disculpa las clases sociales de los territorios cuando negaron obstinadamente al príncipe los recursos para realizar su política. No tenían motivo para dispensar mayores consideraciones y pensaban en el Reich y en la nación mucho menos que su señor territorial; simplemente, no querían pagar nada ni dar nada para el príncipe ni para el emperador.

A veces, se ha creído que se podía exceptuar de este juicio a un grupo de la población: las ciudades. Se ha pensado seriamente que en ciertos momentos hubiera sido posible que el rey, apoyado por las ciudades, quebrara el egoísmo de los príncipes y volviera a ser el soberano del Reich. En la población de las ciudades se quiso ver a los sostenedores del pensamiento imperial y unitario, frente a los príncipes, que encarnaban el particularismo de las divisiones territoriales. Extraña ocurrencia, que nos pone en guardia contra los errores en que pueden caer los his-

toriadores, cuando ceden al influjo de las opiniones políticas del día. Fué precisamente lo que se creyó por el año 70 del siglo pasado, en los días en que la burguesía liberal de Alemania se imaginó que había creado el nuevo Reich alemán, y que ejercía su gobierno bajo Bismarck. Lo que, según se decía, había realizado la burguesía del siglo XIX —así se expresaba la vanidosa opinión—, podría haberlo hecho ya en los siglos XIII y XIV; hubiera bastado que el rey, como un Bismarck de su época, se hubiese puesto a la cabeza de la unión nacional de entonces.

En verdad, la burguesía de las ciudades estaba tan poco capacitada para ese cometido como cualquier otra clase social. ¿Qué era, pues, entonces, la ciudad alemana y a qué aspiraba?

La ascensión de las ciudades hacia la potencialidad económica y política coincide con la disolución del Reich y se desarrolla, desde un principio, en oposición al principado territorial. Por derecho, cada ciudad pertenece al dueño del territorio donde está situada; depende de quien domine ese territorio, esa región; no es libre ni independiente. Pero una cantidad de ciudades pudieron libertarse de la soberanía del señor territorial cuando éste era demasiado débil para sostener su propio derecho. Hay ciudades "libres"; Augsburgo, Estrasburgo, Basilea; por períodos también Colonia, Maguncia y otras. Un segundo grupo de ellas, el mayor, logró cierta libertad, por haber sido edificadas en suelo del Reich, sobre el antiguo patrimonio del rey; el Reich había perdido la fuerza para dominarlas y se contentó con imponerles gabelas. Entre ellas figuran grandes localidades como Nuremberg, Francfort, Ulm, pero también existen muchas pequeñas y hasta pequeñísimas: Friedberg, Wetzlar, Reutlingen, Dinkelsbuehl, Rothenburg y muchas otras. Ambos grupos tienen de co-



mún la voluntad de conservar su independencia: no quieren convertirse en ciudades territoriales; no quieren desmembrar en territorio de un príncipe vecino. Finalidad muy negativa, por cierto, y particularismo más craso todavía que el de los príncipes. Si estas ciudades reclamaban su relación directa con el Reich, si afirmaban constantemente a grandes voces que pertenecían a él y que su voluntad era la de permanecer dentro del mismo, se trataba solamente de la fórmula con que podían expresar, de la mejor manera, su aspiración particular, estrechamente egoísta. Ni en sueños estos honestos ciudadanos pensaban en hacer algún sacrificio por el Reich. Si pagaban al rey sus impuestos y compraban además, ocasionalmente, su favor con regalos extraordinarios, no lo hacían para servir al Reich sino porque el príncipe vecino, del que temían ser víctimas, hubiera pedido mucho más. ¿Y qué beneficio recibía el Reich, qué servicio se hacía a la nación con que Reutlingen siguiera siendo una ciudad suya o libre y no pasara a ser propiedad de Württemberg? Es exactamente lo que Sciller hace decir en "Guillermo Tell" al primer confederado: "Se quiere al emperador como soberano, para no tener soberano". El patriotismo servía en este caso como hoja de parra del más vil particularismo.

Aparte de su propia independencia, estas ciudades no conocen más que un fin: sus propios negocios. Exigen que el comercio tenga seguras y libres sus vías, y, puesto que los príncipes cierran esas vías por tierra y agua con sus aduanas, y los caballeros como salteadores de caminos, las hacen inseguras, son enemigas de ambos y piden protección al rey y al Reich.

Por eso también se unen para la defensa común y recíproca cuando fallan rey y Reich. Esas ligas de ciudades, que aparecen desde la primera mitad del siglo

XIII (una de ellas, la Unión Renana de 1254, ganó por breve tiempo vasta extensión y cierta importancia), han inducido en error a los historiadores burgueses y liberales del 70 y 80, víctimas de prejuicios políticos. El carácter aparentemente grandioso de esas ligas —más allá de los límites territoriales, hasta grandes distancias— puede dar la impresión de que en ellas residió un germen de unión nacional, aunque sólo por intereses egoístas, germen que hubiera bastado desarrollar. Esto se repitió cuando, desde el año 1376, las ciudades libres de Suabia y después en 1381 las ciudades libres del alto Rin, se unieron entre sí y por fin ambos grupos se fusionaron, para la protección de sus derechos y necesidades, contra los príncipes. Se llegó en esta pugna hasta la guerra (1388-89), en la que midieron sus fuerzas las ciudades y los príncipes del sur de Alemania, divididos en dos grandes coaliciones; las ciudades fueron vencidas (en agosto y noviembre del año 1388) en dos batallas decisivas, en Doeffingen por Everardo de Württemberg, en Worms por el conde palatino Ruperto.

Se ha lamentado esta derrota de las ciudades y se ha descrito todo lo que hubiera podido acontecer si hubiesen vencido y, como vencedoras, se hubiesen puesto a disposición del rey por encima del particularismo de los príncipes. Se omitió preguntar si esto era ante todo, posible, y si las ciudades querían o podían querer algo semejante. En realidad, no cabía pensar en parecida cosa. Una victoria de las ciudades suabas y renanas en el año 1389 no hubiera podido revolucionar fundamentalmente la constitución del Reich. Los príncipes del sur eran aún demasiado fuertes, y no hay que hablar de la Alemania del norte, donde dominaban indiscutiblemente todo el campo. Las ciudades, pues, no podían pensar de ningún modo en una reforma del Reich en sentido unitario, aunque hubieran



querido algo parecido. Pero ni lo querían. Una aspiración tan alta sobrepasaba de lejos su horizonte, que era mucho más estrecho que el de los príncipes. Lo que les importaba exclusivamente era mantener, como lograron aún sin la victoria, su situación particular frente a los príncipes y la mayor libertad de tráfico.

Sin embargo desde los días de Doeffingen y Worms, el poder de las ciudades se tornó cada vez más liviano. Una gran cantidad de ellas, hasta entonces libres, perdieron su libertad desde mediados del siglo XV y tuvieron que aceptar la soberanía de los príncipes. Quedaron libres solamente unas pocas de las grandes —Regensburg, Nuremberg, Augsburgo, Ulm, Basilea, Estrasburgo, Francfort, Colonia— y la masa de las pequeñas de Suabia y de Veteravia, que no tenían mucha importancia. En general, Alemania se convirtió en la tierra de los príncipes; ni conquistaron las ciudades respecto a ellos la igualdad jurídica. En la Dieta del imperio, donde ocasionalmente aparecen ya en el siglo XIV y desde el siglo XV más a menudo y al final normalmente, no se les pide de ninguna manera su opinión, sino, en general, cuando electores y príncipes no pueden llegar a un acuerdo.

No tendría justificación insistir tanto sobre estas circunstancias, si se tratara solamente de combatir un error de los historiadores más recientes, que la ciencia ha descartado hoy, aun cuando aquí y allá vuelva a aparecer de vez en cuando. En realidad, se trata de algo más importante. La posición que asumen en nuestra historia las ciudades y la burguesía es algo particular para Alemania, una extraña particularidad, que no se presenta en ninguna otra nación. En la historia francesa, las ciudades generalmente significan muy poco o nada hasta la revolución del año 1789. París, la capital, con su situación totalmente especial y única, constituye, ocasionalmente, una excepción, pero

también sólo en forma transitoria. En Inglaterra el caso se acentúa más todavía. Hasta el final del siglo XVIII las ciudades no representan ningún papel. La misma ciudad de Londres, que goza de una situación excepcional, no tiene, sin embargo, influencia por si misma. En ambos países, la historia está dominada y escrita enteramente por la nobleza, hasta los umbrales del siglo XIX. En Francia la burguesía ha conquistado el dominio y la nobleza ha sido desplazada después de 1789; en Inglaterra, desde hace aproximadamente un siglo, ha ganado cada vez más en importancia, pero, en gran parte, marcha todavía del brazo de la nobleza, cuando no simplemente a la zaga de la misma.

Distinta por completo ha sido la evolución en Italia. En ella, las ciudades, desde muy temprano, en los siglos XI y XII, tienen una preponderancia que aumenta de generación en generación. Hacen a un lado a la nobleza —y también a los eclesiásticos— y asumen esencialmente la dirección de la vida nacional. En las ciudades se origina también la formación de los estados. Sólo en el sur, el reino de Sicilia-Nápoles, y, en el extremo norte, Piamonte, constituyen una excepción. Allí la nobleza dominante es la aristocracia y, en consecuencia, el estado es feudal y agrario. En el resto de Italia la ciudad es universalmente el núcleo soberano del estado territorial. Basta escribir sus nombres para comprobarlo: Milán es Lombardía; Venecia no es solamente una ciudad sino todo un estado; Florencia es Toscana; la capital da su nombre al estado, como le ha dado la vida. En consecuencia, la clase burguesa predomina sobre todas las demás. La misma nobleza de hoy ha salido en un noventa por ciento de la burguesía.

En Francia e Inglaterra, el territorio domina a la ciudad; en Italia, ésta ha subyugado a aquél. Alemania se



halla en el justo medio. En ella, los príncipes, que representan y dirigen a la nobleza, no lograron incorporar totalmente las ciudades a su estado territorial; y menos aún pudieron pensar las ciudades en someter a los estados de los príncipes. Por eso coexisten nobleza y burguesía, no como factores de igual derecho total ni de igual fuerza, sino cada uno a su manera, aislado, distinto del otro y preocupado frente al mismo por su independencia.

Puede verse en ello una ventaja, en cuanto la vida interna de la nación experimenta de este modo un enriquecimiento. Pero queda en pie la duda de si las desventajas no son aún mayores. Desde el punto de vista de la unidad nacional y de la fusión de todas las fuerzas, no fué, en modo alguno, una ventaja, ya que a la par del desmenuzamiento creado por la formación de los estados territoriales, surgió también la nítida separación social que opuso la burguesía como independiente y adversa a la nobleza.

En efecto, aristocracia y burguesía, en Alemania, son enemigas, en una medida que en otros países se desconoce en absoluto. Hoy todavía. Es ésta una antigua herencia; se funda en la oposición existente, desde los más lejanos siglos de la Edad Media, entre ciudad y estado: burguesía por un lado, príncipes, señores y caballeros por el otro; de tiempo en tiempo, en ciertos lugares la oposición se convirtió en odio enconado. En el odioso ensañamiento con que se enfrenta hoy el burgués democrático al "barón", resuena un eco de los efectos de las innumerables pequeñas y grandes hostilidades que existieron en un tiempo entre ciudades y príncipes; algo de la furia impotente de los burgueses indefensos contra los caballeros, que, por su parte, despreciando el "saco de pimienta", lo explotaban y, en ocasiones, lo "volcaban" y saqueaban.

En esas luchas de los antiguos tiempos, las fuerzas y

las armas eran dispares, tanto que no podían llegar a una clara decisión. Mientras los príncipes eran, sin duda, militarmente superiores, las ciudades a su vez lo eran financieramente. Más y más, es decir, cuanto más se desarrolla la vida económica por la creciente civilización, crece la riqueza en las ciudades.

Desde fines del siglo XIII, Alemania se convierte en el país de las ciudades, de la industria y del comercio, donde el dinero se acumula en manos de los burgueses, mientras que la nobleza en masa se empobrece cada vez más. Se crea así una situación que no se puede considerar natural: el poderío político y el económico se hallan separados uno de otro y se enfrentan hostiles; ninguno de los dos está en condiciones de doblegar al otro y de fundirse con él.

Quien deseara tal vez para la burguesía la victoria en este conflicto —hemos visto ya que eso era imposible, pero vale la pena insistir sobre esta fantasía—, difícilmente acertaría lo justo para una evolución feliz. Se puede prescindir de la posibilidad y del alcance de la capacidad de la burguesía de las ciudades para la dirección de un estado más grande. Bajo todos los aspectos esa burguesía de los últimos años de la Edad Media era poco apta para dirigir a la nación alemana. Hemos dicho ya que carecía de miras amplias, mucho más que su rival. El burgués no es solamente burgués, sino pequeño burgués. Hasta las grandes ciudades de esa época son en realidad pequeñas —se calculan para las grandes unos 20.000 habitantes, así que la ciudad actual de Tubinga, en el concepto de aquel entonces, hubiera sido toda una gran ciudad— y el horizonte de los hombres que pasan su vida en una comunidad de 10 a 20 mil cabezas se cierra al mundo exterior con gruesas murallas, altas torres y estrechas puertas, que manifiestan claramente cómo la base colectiva es el miedo; netamente



distinto en costumbres y concepción de vida, casi una excepción a la regla, el horizonte de esa gente puede ser solamente reducido y su pensar y su sentir será todo menos grande y audaz. Los largos viajes que se imponían a uno u otro en su calidad de comerciante no podían salvar más que en parte esa deficiencia: permanecía siendo siempre de corazón, voluntad y aspiración, un pequeño burgués. Solamente muy tarde, hacia 1500, esa estrechez pequeño-burguesa es vencida acá y allá, pero se trata siempre de pocos casos individuales que lo logran, como los Fugger y los Welser, cuyo horizonte comercial abraza el mundo. Pero precisamente, "sólo" su horizonte mercantil; el político no coincide en nada con él. Sorprende en forma extraordinaria cuán mezquinamente piensan y juzgan los problemas políticos estos grandes señores del mundo comercial de fines del siglo XV y principios del XVI. Se busca inútilmente entre ellos a un Jacques Coeur, el gran comerciante de Bourges, que financió durante el gobierno de Carlos VII la campaña de liberación de Francia contra Inglaterra. Piensan en sí y, a lo sumo, también en su ciudad. El emperador es su amigo porque hacen con él buenos negocios. El Reich, la nación, no parecen existir para ellos. Y éstos eran los más grandes y los mejores, las excepciones a la regla común y, por lo mismo, no eran muy queridos en su patria.

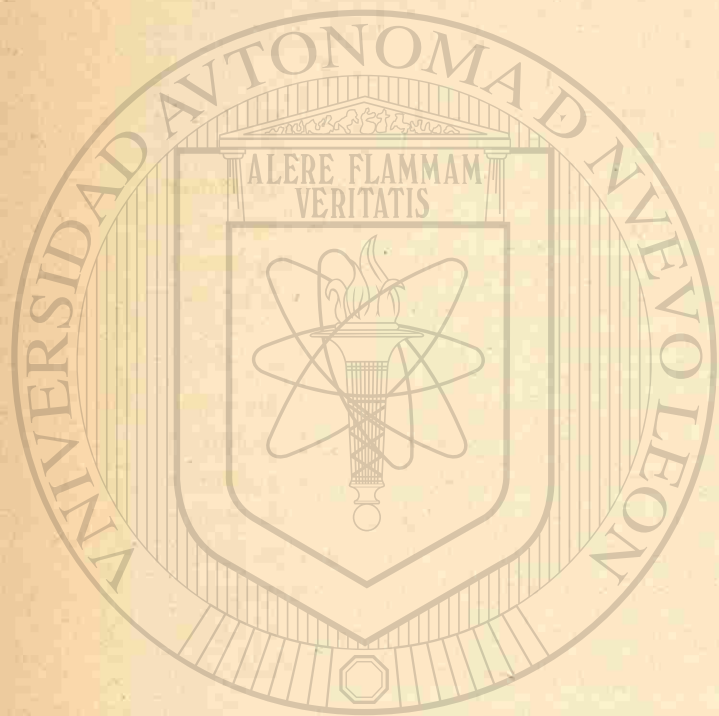
Todo esto contribuye a completar el cuadro. La desgraciada disposición que fué siempre propia del pueblo alemán en su inclinación a preferir lo individual, lo propio, lo particular a expensas de lo general, de lo común, de lo colectivo, halló el alimento más apropiado en los escombros del Reich con la formación del pequeño estado. Hubiera podido y debido ser vencida por el estado y por sus problemas y necesidades; más todo lo contrario, fué aumentada preci-

samente por él de una manera harto fatal. El alemán mismo se torna estrecho y pequeño, por la pequeñez de las condiciones públicas en que debe vivir y moverse. Y al faltar el rasgo grandioso en la vida de la nación faltan asimismo los grandes caracteres y las magnas aspiraciones.

Desagradable espectáculo este círculo vicioso, en el que la desgraciada disposición del carácter del pueblo origina una equivocada organización del Estado y las desafortunadas formas de éste aumentan y eternizan a su vez los errores innatos del carácter de aquél.

Pero "el mundo está lleno de contradicciones". También este cuadro tiene, felizmente, un reverso totalmente distinto. Este mismo período, del que, hasta ahora, hemos podido citar muy poco de elevado, y que ha creado al pequeño estado y al pequeño burgués alemanes, dió al mismo tiempo al pueblo alemán su más vasta extensión en el espacio y la conquista de un prestigio y de una influencia que siguieron subsistiendo por mucho tiempo y actúan hoy todavía; conquistas de valor permanente y duradero y, por esta misma razón, de mayor importancia histórica que el brillante despliegue de poder de la época imperial.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

## CAPÍTULO QUINTO

**Conquista del nordeste — Dominio en el mar Báltico — La Hansa Alemana — Influencia alemana en los reinos vecinos — Pérdida de Prusia — Rebelión en Bohemia — Decadencia de la Hansa — Peligros por Francia y Borgoña — El problema del doble frente.**

En sus comienzos el antiguo Reich alemán tenía como límites orientales los ríos Elba y Saale. Cuando subió al trono Carlos IV (1347), el Reich llegaba hasta el Narva y el lago Peipus. Allí se realizó una expansión, en el mismo tiempo que se suele señalar como el momento de la decadencia de la historia del Reich, de tan asombrosa extensión y de tan considerable importancia, que, con el tiempo, originó un completo desplazamiento del centro de gravedad.

Ese centro de la historia alemana, a principios del siglo XIII, se encontraba netamente en el oeste y en el sur del país, sobre la línea Colonia-Francfort-Augsburgo. Debía llegar un instante en el cual el eje se desplazaría sobre el Elba y el Oder, más o menos en la línea Hamburgo-Breslau, y hallaría su centro en Berlín, en una región que en los primeros siglos no pertenecía al Reich, ni era habitada entonces por alemanes. Este sencillo hecho geográfico suministra una aclaración más elocuente que muchos discursos sobre el significado de la expansión del territorio del



Reich hacia el nordeste. Con el comienzo de este movimiento nos hallamos en presencia de una de las épocas de más graves consecuencias en la historia alemana.

El Reich alemán pretendió en todo tiempo la soberanía sobre sus vecinos vendas más allá del Elba y del Saale. Y no habían faltado tampoco intenciones para traer más cerca del Reich a esos pueblos. El medio empleado para ello debía ser el misionero cristiano. Sin embargo, con esta política no se lograron resultados duraderos de importancia que ni fueron planeados probablemente. En el fondo, no se acarició esa idea política más que en su faz defensiva. Había que domeñar a los vecinos y con ello tornarlos inofensivos.

Una orientación enteramente distinta aparece a mediados del siglo XII. Desde esa fecha, no se trata ya de la conversión de los vendas para tenerlos como pacíficos y obedientes vecinos, sino de su sometimiento, de su máxima exterminación y de la toma de posesión de su territorio, bajo la forma de colonización. La nueva política puede atribuirse con certeza a dos hombres, que fueron los primeros en inaugurarla con buen éxito, casi simultáneamente, y que fué imitada en mayor grado por todos los interesados. Uno de ellos es el Ascanio, Alberto el Oso, margrave de la Marca septentrional sajona, quien, alrededor del año 1144, como "heredero" de un príncipe venda, se hizo dueño del territorio vecino a orillas del Havel y tomó desde entonces el título de margrave de Brandeburgo. Fué el fundador, por lo tanto, del estado brandeburgués. Mucho menos brillante es la figura del segundo, pero su influencia fué inmediata y más vigorosa. El conde Adolfo de Holstein, de la casa Schauenburg, era sólo un pequeño señor y, sin embargo, imprimió un nuevo giro a la historia de toda Alemania conquistando en el año 1140 la región de las wagríos en la costa oriental del Holstein y entregándola, tras el exterminio

de la mayoría de los habitantes, a la colonización de agricultores alemanes. Vale la pena leer las palabras, casi bíblicas, con que narra el acontecimiento un historiador contemporáneo, el párroco Helmold, de Bosau, a orillas del lago de Ploen. "Estando la tierra vacía de hombres, el conde envió mensajeros a todas las regiones, es decir a Flandes y Holanda, a Utrech, Westfalia y Frisia, para llamar a todos los que padecían de escasez de tierra, para que vinieran con sus familiares a recibir el más bello de los suelos, amplio en espacio, rico en frutos, repleto en carnes y pescados y acogedor por sus exuberantes praderas. Y él habló a los habitantes de Holstein y de Stormarn: "—¿No habéis sometido al país de los eslavos y no lo habéis comprado así con la muerte de vuestros padres y hermanos? ¿Por qué habéis de ser los últimos en tomar posesión de este país? Sed los primeros, pues, y emigrad al país anhelado y labradlo y participad de su producción exquisita, por cuanto os corresponde la mejor parte de ella, ya que vosotros lo habéis arrancado a las manos del enemigo—". A este llamado se levantó una cantidad innumerable de gente de los distintos pueblos alemanes que con sus criados y sus enseres llegaron al país de los wagríos ante el conde Adolfo, para recibir la tierra que él les había prometido". Tal fué el comienzo de la colonización alemana en el nordeste.

Lo que hizo en Holstein Adolfo de Schauenburg, lo repitió en Brandeburgo Alberto el Oso. El ejemplo que ambos dieron fué imitado por el arzobispo de Magdeburgo, por el margrave de Misnia, y hasta por los mismos príncipes eslavos en Mecklenburgo, Pomerania y Silesia. La cruzada contra los vendas (1147) con su lema muy poco cristiano: "quien no se deja bautizar, debe morir", proporcionó sitio libre, y de toda la Alemania del norte afluyeron los colonos.



Partamos hacia el Este,  
cabalgamos hacia él,  
animosos, cruzemos los brezales  
hasta dar con mejor lugar.

Así se cantaba en el lejano Flandes. El oriente recién entreabierto apareció, ante todos cuantos no hallaban sitio en su patria, como la tierra de promisión.

Las consecuencias no podían faltar. Mecklenburgo y Pomerania, Brandeburgo, Misnia —lo que fué luego el reino de Sajonia—, la región de Lusacia y Silesia se convirtieron pronto en países alemanes, en los que el eslavo fué casi totalmente absorbido por los inmigrantes alemanes.

Simultáneamente había acontecido algo todavía más importante. Con la colonización al este de Holstein el alemán alcanzaba por primera vez el mar Báltico. Las consecuencias no se hicieron esperar.

Oigamos una vez más al contemporáneo: “En eso —prosigue Helmold— el conde Adolfo llegó a un lugar llamado Buku, y halló allí el vallado de un castillo abandonado, que había construido Anto, un caudillo y enemigo de Dios, y encontró una vasta isla, comprendida entre dos ríos, el Trave y el Wakenitz... El valiente varón comenzó a edificar allí una ciudad por la favorable calidad del lugar y su puerto maravilloso y la llamó Lubeck”. Esto sucedió en el año 1143. Se había creado el primer puerto alemán en el Báltico, un año antes que Alberto el Oso tomara posesión de Brandeburgo. Pero el pequeño conde de Holstein no era el hombre apto para explotar completamente las posibilidades alcanzadas. Para ello hacía falta uno más grande, cuyo brazo ofreciera un apoyo más vigoroso, y éste fué Enrique el León, el poderoso duque de Sajonia. En el año 1157 consiguió que el conde le cediera la ciudad y sólo entonces pudo ella desarrollarse. A su crecimiento contri-



ENRIQUE EL LEÓN

Inició la reconquista del Este Alemán.

(Brunswick, catedral, estatua en su tumba)

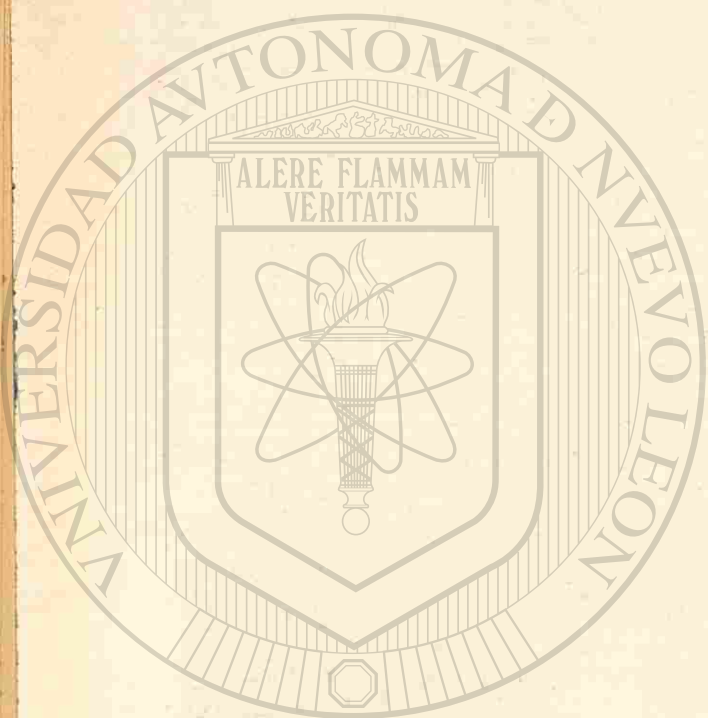


buyó mucho que la ciudad, a la caída de Enrique el León (1180), se convirtiera en ciudad libre del Reich. No pasó mucho tiempo y desde ella ya comenzaron los alemanes a dominar todo el mar Báltico.

Este mar pertenecía hasta ese momento a otros pueblos. En su costa meridional conducía el vanda su barca, pescando y robando; lo surcaban, en la antigüedad, los suecos, luego los daneses. Ahora aparece el alemán, desplaza a los demás y el primer fruto de su labor es la fundación de una colonia alemana, en Livonia, sobre la otra orilla del Báltico.

Misioneros y comerciantes ya habían señalado anteriormente ese camino. En el año 1201 se realizó, con la fundación de la ciudad de Riga, la colocación de una firme cabecera de puente, por la cual se podía llegar a dominar y conquistar la región. Fué obra de un eclesiástico fundador de estados, Alberto de Bremen, quien, en su calidad de obispo misional de Livonia, creó en breve tiempo la nueva colonia. Ya en 1225 pudo efectuarse la organización definitiva del país.

Por aquel entonces parecía que iba a desaparecer la metrópoli, desde la cual se había fundado la colonia citada. Como los daneses se habían retirado a regañadientes ante el avance de los alemanes, se esforzaron en reconquistar el terreno perdido, y por un instante pareció que todo lo conquistado debía pasar a poder de los envidiosos vecinos. Aquí también el enemigo de la nacionalidad alemana pudo hacer un juego fácil, por ser la época de lucha por el trono entre los Hohenstaufen y los Güelfos. Valdemar el Victorioso se adueño de Holstein, Mecklenburgo y Pomerania; Lubeck y Hamburgo se le sometieron, y hasta se presentó allende el mar como rival de los alemanes: hubo que cederle a Estonia y construyó en Reval su castillo regio. Pero



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



contra él se levantaron, por fin unidos, todos los vecinos alemanes, y en la batalla de Bornhoevede (en 1227) la grandeza danesa encontró su fin. Dinamarca fué puesta fuera de combate por largo tiempo.

Desde mucho antes había aparecido un tercer candidato a la posesión de las costas del Báltico: los polacos, que aspiraban a apoderarse del territorio prusiano y del curso inferior del Vístula hasta el puerto de Danzig. Sus propias fuerzas eran, sin embargo, insuficientes; por eso el duque Conrado de Masovia llamó al país a la Orden Teutónica. Ésta llegó (en 1230), se arraigó en Prusia, pero dejó a un lado al polaco y se hizo conceder el territorio por el emperador Federico II. Y mientras paso a paso conquistaba a Prusia en duras batallas y abría la puerta a la colonización alemana, se convirtió en tierra alemana toda la costa meridional del mar Báltico. Ya en el año 1252 se había alcanzado en Memel el punto más oriental; Danzig fué arrebatada a los polacos en el año 1309. Hacia 1240 la Orden Teutónica había entrado a su vez en Livonia, y, cuando en 1346 logró comprar también Estonia al rey danés, la soberanía alemana se extendió ininterrumpidamente a lo largo de todo el mar, desde el Elba inferior hasta el lago Peipus y el Narva.

El valor de estas nuevas conquistas no reside solamente en el aumento de espacio vital ganado de esta manera para el pueblo alemán, sino también, y no en menor grado, en el dominio de una de las principales vías de tráfico. Cuando Alemania en el curso del siglo XIII se convirtió en un país de ciudades, es decir, de comercio y de industria, cuando en el territorio recientemente incorporado florecieron, como en la patria, numerosas ciudades, se pudo ver en ello una lógica influencia del tráfico comercial que se abrió

a los alemanes en el Báltico desde comienzo del siglo y que con el correr del tiempo cayó totalmente en sus manos.

La Edad Media, es decir, el período que llega hasta el descubrimiento de las nuevas vías marítimas transoceánicas <sup>(1)</sup>, no conoció más que dos arterias capitales del comercio mundial. Una de ellas atravesaba el Mediterráneo, la otra llegaba desde el Báltico al Mar del Norte. Aquélla traía al occidente las mercaderías del Asia occidental y de las Indias; ésta permitía el intercambio con las vastas llanuras de Rusia. Si bien esta última existió mucho tiempo antes, sólo llegó a ser realmente eficaz cuando comenzó la conquista de la costa báltica por los alemanes. No se debe juzgar su importancia político-económica por lo que el tráfico del mar Báltico haya sido en tiempos recientes; disminuyó hasta hoy cada vez más frente al voluminoso comercio transoceánico. Sin embargo, antes de que se abrieran estas nuevas rutas, puede muy bien colocarse su valor muy cerca del que tuvo el Mediterráneo. Una gran cantidad de las materias primas más necesarias se conducían hacia occidente por el Báltico, sea desde sus regiones costeras —Prusia, Polonia, Livonia y Suecia—, sea desde el enorme "hinterland" ruso: granos, lino, cáñamo, cera, miel, manteca, cueros, grasa y sebo, maderas, resinas, alquitrán, cenizas, hierro, cobre, pieles, y finalmente —para nombrar por último un producto principal— pescado. A la inversa, los países del Báltico constituían un excelente campo de

(1) Estos descubrimientos, realizados todos por España en la epopeya más trascendental de la historia de la humanidad, son: La primera travesía del Atlántico y el descubrimiento de América (12 de octubre 1492); descubrimiento del Océano Pacífico (25 de septiembre 1513); y el primer viaje de circunnavegación de la Tierra con el descubrimiento de Oceanía (1519-1522); hechos que señalan el comienzo de la Edad Moderna, con la apertura de los Nuevos Mundos a la civilización y de nuevas rutas al intercambio cultural y comercial. (N. del T.).



colocación para los productos industriales del oeste, sobre todo los paños, la sal y el vino y todo lo que procediera de oriente por intermedio de los países de occidente y del sur.

Ahora bien, los alemanes, desde el siglo XIII, supieron apoderarse casi totalmente de este poderoso intercambio; son el comerciante y el navegante alemanes quienes llevan las mercaderías del este al gran mercado mundial de Flandes y allí toman la carga de retorno que espera el este. Con firme unidad, con actividad conjunta, supieron obtener casi el monopolio del mercado ruso. Ninguna otra nación podía competir con el mercader alemán en Novogorod, a orillas del lago Ilmen, y el dominio del comercio ruso le asegura a su vez el predominio en los países occidentales, donde logra también una posición de preferencia.

Es notorio que precisamente de la unidad de los comerciantes alemanes en los mercados extranjeros y de la representación común de sus intereses, nació con el tiempo una liga de las ciudades alemanas que tomaban parte en el tráfico en el mar Báltico: *la Hansa alemana*. Nadie puede indicar el año de su nacimiento; nunca fué "fundada", nunca fué "disuelta"; nació por sí sola. A mediados del siglo XIV se nos presenta, ya formada como una liga que incluye casi todas las ciudades de la Alemania septentrional, juntamente con las colonias, desde Kampen, en el Zuidersee, hasta Reval, en la bahía finlandesa, y no solamente las ciudades costeras sino también las del interior que dependían del tráfico con esa costa. Su finalidad no es otra que mantener el dominio alemán de la navegación y del comercio en el Báltico. Se la ha estimado a menudo exageradamente al atribuirle intenciones que no perseguía ni podía perseguir, y hasta se esperó de ella algo así como el que pudiera suplir a la inexistente gran potencia del Reich, o brindara un núcleo creador para una

nueva organización con la base de las ciudades y la burguesía. Tal idea jamás se les ocurrió a los hanseáticos; estaba muy por encima de su horizonte. Tenían a la vista única y exclusivamente su interés comercial y hubieran considerado como pretensión inadecuada y gravosa el anteponer a este interés otra finalidad, nacional o política. Tampoco estaban organizados en forma tan unida y firme como puede parecer a distancia; por el contrario, los intereses especiales de cada uno tenían también entre ellos tanta importancia que entorpecían con demasiada frecuencia su actividad. Por último, la Hansa carecía sobre todo de fuerza coercitiva sobre sus propios miembros; se fundaba totalmente en la libre cooperación voluntaria. Por eso, la Liga sólo podía mantenerse no imponiendo a los diversos miembros exigencias muy grandes de sacrificio y subordinación. La existencia de la Liga reposaba finalmente sobre la modestia de sus fines políticos y de sus empresas; cualquier política activa elevada, la hubiera deshecho.

Una sola vez en su larga historia se presentó como un conjunto, actuando políticamente en gran estilo. Esto sucedió cuando el rey Valdemar IV de Dinamarca, el reconstructor del reino danés, trató de cortar de raíz el comercio alemán del Báltico quitándole su punto de apoyo en Gocia y Escania. Entonces se reunieron en el año 1367, todas las ciudades confederadas de la Alemania del norte en número de 43, desde Dordrecht hasta Reval, en la Confederación de Colonia; iniciaron conjuntamente la guerra y obligaron a Dinamarca a someterse con la paz de Stalsund, en 1370.

Con esta victoria no sólo quedó asegurado a los alemanes el comercio del Báltico, sino que también se logró políticamente una evidente hegemonía sobre los países vecinos del norte. En las luchas que se siguieron por las



coronas de Dinamarca, Suecia y Noruega, la Hansa tuvo siempre la palabra decisiva y son príncipes alemanes —los duques de Meklenburgo y Pomerania, los condes de Oldenburgo, una vez hasta un bávaro— los que pretenden, conquistan, poseen y vuelven a perder el poder, hasta que en el año 1397, por el tratado de Kalmar, se llega a la unión de los tres estados, nuevamente por voluntad e intervención de la Hansa.

Séanos disculpado el haber hablado con tanta extensión de la colonización alemana en el mar Báltico y de sus consecuencias. Justamente, se trata aquí —lo que se olvida demasiado a menudo— de la empresa más grande cumplida por el pueblo alemán a través de todos los siglos; empresa que por sí sola bastaría para asegurarle su lugar entre los pueblos dirigentes de la civilización. Basta con observar en el mapa el vasto territorio que abarcó, desde el Elba hasta el Peipus. Había sido un desierto y fué convertido por los alemanes en una región de elevada cultura. Esta obra puede medirse muy bien con lo que, en la antigüedad, habían realizado los romanos en las provincias sometidas. Podría superarla la colonización anglosajona en las nuevas partes del mundo. Pero, medida con el patrón de su tiempo, la labor de los alemanes en las regiones bálticas debe juzgarse por lo menos al mismo nivel.

La influencia de la colonización alemana no se detuvo exclusivamente en los límites del territorio ganado para el Reich mismo. En realidad pasó mucho más adelante y se extendió sobre toda Polonia y Galitzia, hasta Ucrania y Rumania.

Con razón imaginamos a Polonia como el enemigo hereditario de los alemanes en el este. Desde los primeros años del siglo XIV, en que los numerosos principados pola-

cos existentes se unieron en un solo reino, imperó la enemistad entre ella y el vecino alemán. Y, sin embargo, una vez, en la segunda mitad del siglo XIV, Polonia cayó también bajo la influencia alemana. El mismo rey Casimiro, el único soberano polaco que lleva el apodo de Grande, dió ocasión para ello. Con la paz de Kalisch, en el año 1343, concertada por él con la Orden Teutónica, puso fin por el término de más de una generación a las viejas querellas, renunció a Danzig y desarrolló una política de acercamiento con Alemania. Llevó a su país colonos alemanes, les hizo fundar pueblos y ciudades, a los que concedió la jurisdicción alemana, y cubrió así su reino con una red de colonias alemanas. Cuando logró conquistar la Galitzia oriental hizo lo mismo en ella. En aquel tiempo se predicaba en alemán en las iglesias de Cracovia y Lemberg; se hablaba el idioma alemán en los tribunales, y la Universidad de Cracovia no era otra cosa que una Universidad alemana en tierra polaca. Las cifras revelan el poder de esta influencia alemana: se ha calculado que el total de localidades con leyes alemanas en Polonia y Galitzia alcanzaba a unas 650 y la mayor parte de ellas pueden haber sido muy bien, en su origen, colonias alemanas. Los historiadores polacos de otro tiempo han puesto de manifiesto lo que el país ganó con eso. El primero de ellos, Juan Duglosz, que escribió cerca de un siglo después de aquellos hechos, opinaba que el rey Casimiro muy bien podía haber dicho, como de sí dijo Augusto: "Encontré un imperio de madera y lego uno de piedra". Otros también reconocieron, en los siglos XVI y XVII, que sin la obra de los alemanes Polonia no hubiera progresado tanto y que hasta al final sus colonias se distinguieron, en forma excelente, de las polacas. Una prueba involuntaria nos brinda hoy el idioma polaco, al emplear gran número de vocablos



tomados del alemán para los conceptos comerciales y de la vida comunal urbana.

Se puede sintetizar en unas palabras lo que realizaron los alemanes en el territorio del Vístula y de los montes Cárpatos: fué igual que en las costas del Báltico. La región fué abierta a una civilización más elevada. Considerando este hecho y reflexionando sobre lo que estos países fueron después que la influencia alemana cedió o desapareció totalmente, es posible afirmar que si se puede hablar de deberes vitales para pueblos enteros, que les son encomendados de manera especial dentro de la humanidad, la historia nos enseña que el destino del pueblo alemán reside en llevar la cultura a sus vecinos orientales. Hacia 1400 nadie hubiera negado que todo el norte y el este, los países escandinavos, Polonia y hasta Hungría eran lo que hoy llamaríamos una zona de influencia alemana, de interés alemán, y algo más tarde esto ha sido reconocido hasta en forma oficial. En los grandes concilios de Constanza y Basilea, los daneses y los suecos, y también los polacos y húngaros, fueron considerados sin vacilar como pertenecientes a la nación alemana. Todos estos países no eran realmente más que territorios filiales de la cultura alemana.

Todo esto sólo fué posible por la *alemanidad*, no sólo culturalmente, representaba una fuerza superior frente a sus vecinos del este y del norte. Por cierto que el emperador y el Reich no tenían parte en ello; su aporte en todo este campo se limita a la intervención por la que Federico I separó en el año 1163 Silesia de Polonia y la unió más estrechamente con el Reich, prestando con ello un servicio a la germanización de ese país. Pero esto es todo cuanto hizo el Reich en favor de la expansión alemana. En efecto, la investidura de los obispos livonianos con los territorios por ellos conquistados como principados del Reich

(1207 y 1225), el regalo de la Prusia Oriental a la Orden Teutónica, no pueden considerarse obras del Reich sino solamente de su cancillería. El nordeste fué conquistado para la nación alemana sin ayuda del Reich; por eso la nueva creación pudo sobrevivir a la decadencia del poder del Reich.

Las fuerzas que ofrecieron el apoyo necesario para la colonización y la influencia alemanas en los países vecinos del este y del norte fueron la Hansa y la Orden Teutónica. El Reich no tomó parte alguna en su formación, ni tampoco las sostuvo más tarde. Es lo que tiene de casi maravilloso el espectáculo que ofrece el movimiento colonizador de la Edad Media: ha surgido por completo de las energías particulares, sin ningún apoyo de un fuerte poder central, y a pesar de ello no está menos poseído de un consciente espíritu nacional. La Hansa era alemana, alemana era también la Orden. Como aquélla que no conocía ninguna otra finalidad que la defensa del interés común de los alemanes, y únicamente ese interés, contra el exterior, también la Orden estuvo fundamentalmente cerrada para todo cuanto no fuera originariamente alemán, constituyendo de este modo la única orden eclesiástica estrictamente nacional conocida en la Edad Media.

¡Qué poderosos debieron ser, pues, los resortes que hicieron surgir ese movimiento, tan fuerte, tan expansivo, tan resuelto y consciente, sin un plan ni un impulso unitario, enteramente espontáneo en las necesidades vitales de las fuerzas del país, como la expresión de un instinto natural! Pero si no es posible negar a este momento verdadera admiración, también aparece, en seguida, la pesadumbre de esta reflexión: ¡cuánto no se hubiera podido lograr con esas energías bajo una dirección unitaria y



ordenada por un fuerte poder del Reich! Como eso faltó completamente, el resultado no fué por cierto del todo satisfactorio. No se dedujeron las últimas consecuencias que como únicas hubieran dado una duradera seguridad a toda la obra, y la frontera recibió una configuración completamente inaceptable. La interdependencia entre Prusia y Livonia se fundaba esencialmente en las vías marítimas, por cuanto se omitió la conquista de Lituania (Kaunas), que se encontraba entre ellas.

El emperador Carlos IV, observador sagaz y calculador, reconoció con exactitud las posibilidades existentes en el este y trató de utilizarlas. Este soberano, que en otros terrenos no vaciló en renunciar a haberes incobrables del pasado, había concebido en el este una política de expansión de vastos alcances. Su plan consistía en unir, desde Bohemia, a todos los países vecinos bajo la soberanía de una casa de príncipes alemanes. Por eso adquirió de los Wittelsbacher la Marca de Brandenburgo; concertó con los Habsburgo un pacto hereditario, que debía reunir en una sola mano, al extinguirse una de las dos líneas, toda la masa de los territorios bohemios y austriacos, y casó a su hijo menor Segismundo con la heredera del rey de Hungría, que desde 1370 había llegado a ser también rey de Polonia. Si estos planes hubieran alcanzado a madurar completamente, se hubiera constituido un gran reino brandenburgoés-bohemio-polaco-húngaro, que hubiera llegado desde el Elba al Dniester, el Danubio inferior y los Balcanes —pues tan lejos alcanzaba la soberanía húngara que comprendía a Rumania y Servia—, un reino en el que el elemento alemán hubiera tenido la dirección. Por primera vez, presumiblemente, se ha concebido así el pensamiento político que en los últimos siglos fué el alma del estado de los Habsburgo.

No llegó a realizarse entonces. Carlos IV murió en 1378, cuatro años antes que se iniciara (1382) la sucesión húngaro-polaca. Sólo con grandes esfuerzos y largas luchas pudo Segismundo asegurarse la corona húngara, pero perdió la polaca. Y este fracaso originó un movimiento de oposición que al final debía significar para la nación alemana la pérdida de su predominio en el este.

Sostén y columna vertebral del predominio alemán continental fué la Orden Teutónica, en Prusia y Livonia. Se la valoró con exceso, lo mismo que a la Hansa: sus éxitos engañaron acerca de su potencialidad. Nunca fué muy grande; su dominio, fundado en la fuerza militar, ejercido a menudo brutalmente, no se arraigó muy hondo en el país. Pudo afirmarse mientras no se le opuso una gran fuerza unida. Debió contar con dos enemigos permanentes, Polonia y Lituania, ambos países profundamente enemistados entre sí. La Orden estuvo segura mientras duró esa enemistad.

Terminó ésta en el año 1386, cuando los polacos, para eliminar al pretendiente alemán a la corona, llamaron al país al gran duque Jagiel de Lituania y le dieron el trono real con la mano de la hija menor del rey. Frente a esta alianza polaco-lituana la posición de la Orden en Prusia se tornó crítica. Una dirección inhábil y equivocada en la política y en la guerra hizo lo demás, y en el año 1410 llegó el derrumbe. Las fuerzas polaco-lituanas unidas presentaron batalla al ejército de la Orden en Tannenberg, antes de que llegara el contingente livoniano. La derrota fué completa: el poder de la Orden quedó deshecho desde ese día, mientras que en el interior se perfilaba un pronunciamiento de la nobleza y de las ciudades que desembocó finalmente en una revolución. La Orden intentó defender su situación durante medio siglo



todavía, después tuvo que capitular con la paz de Thorn en el año 1466, por cuanto el país y las ciudades le dieron la espalda y se entendieron con Polonia. La parte occidental de su territorio, con la ciudad de Danzig, fué cedida al rey de Polonia; para la oriental se reconoció su derecho de investidura. Prusia estaba perdida para el Reich.

Al mismo tiempo que el prestigio alemán recibió el golpe decisivo en Tannenberg, fué arrancado de raíz también en otro lugar: en Bohemia. El reino checo debía esencialmente su prosperidad a la fuerte inmigración alemana, que casi siempre mereció el favor de sus monarcas. Por ello, el elemento alemán alcanzó allí en el pasado una posición dominante. Pero precisamente la obra cultural que realizó despertó con el correr del tiempo la reacción nacional de los checos, que halló su expresión en el vivaz movimiento religioso-social que se vincula al nombre de Juan Hus, y que fué desde sus comienzos una agitación nacional, tendiente al mismo tiempo a eliminar el predominio alemán en el estado y en la Iglesia, en la ciencia y en la economía. La lucha empezó, en el año 1409, con la expulsión de los alemanes de la Universidad de Praga, hasta entonces dirigida por ellos; las fuerzas unidas de la Iglesia y del Reich no lograron vencer el separatismo bohemio. Al final se vieron obligados a pactar con los herejes y a concederles la más amplia independencia y derechos especiales en el aspecto eclesiástico y político. Había terminado así la antigua hegemonía alemana en Bohemia. Durante las guerras husitas se buscó y se halló en Bohemia un estrecho contacto con Polonia; un príncipe polaco desempeñó por un tiempo el papel de rey de los herejes de Bohemia.

Aun después de concertada la paz, siguió la animosidad contra la nacionalidad alemana. El gobierno de Jorge

Podiebrad, primero como administrador del Reich y desde 1458 como rey, fué netamente nacionalista checo. De esta manera, en el lugar que había constituido hasta entonces, en el este, el centro y el punto de apoyo de la influencia alemana, dominó ahora el espíritu eslavo en notoria y abierta oposición contra cuanto fuera alemán.

Y mientras vemos decaer desde principios del siglo XV la soberanía continental alemana en el este, también corre peligro un poco más tarde su dominio del mar. Como competidores, y muy pronto con superior eficacia, aparecen, frente al monopolio marítimo y comercial alemán en el mar Báltico, los holandeses, que nunca se habían adherido a la Hansa. La Hansa trató de alejar por la violencia a esos adversarios, prohibiéndoles la navegación báltica. Pero no se logró realizar ese propósito en los dos años de guerra que siguieron (1438-40). Los holandeses consiguieron en el tratado de paz una admisión provisional, pero nunca más fueron eliminados, sino que, de decenio en decenio, pudieron excluir a los alemanes cada vez en mayor grado. Puede reconocerse aquí también el comienzo del fin a mediados del siglo XV. El frente oriental de Alemania, poco antes tan poderoso y fuerte para la ofensiva, es obligado a ponerse en toda la línea a la defensiva, vacila y aquí y allí se quebranta.

Al mismo tiempo aconteció también algo parecido en el oeste. El problema geográfico del doble frente, que las Parcas nórdicas habían colocado en la cuna del Reich alemán como regalo de nacimiento, la simultánea amenaza desde el oriente y el occidente, revivió en el siglo XV con toda violencia y comenzó a dominar la situación del Reich.

En el oeste se había formado en las fronteras de Alemania una importante gran potencia, cuando el poder del



antiguo Reich alemán se derrumbaba. Felipe II, el fundador de la unidad de Francia, es contemporáneo de la guerra civil entre Hohenstaufen y Güelfos. Hemos indicado ya anteriormente la elocuencia del hecho de que la primera victoria de los franceses sobre los alemanes —en Buvinas, en el año 1214— decidiera la lucha por la corona alemana. La nueva potencia militar de Francia equivalía desde sus comienzos a una amenaza para la frontera alemana: aspiraba a conquistas a expensas del Reich. Lo exigía la población de habla francesa en las regiones limítrofes, Lorena y Henao. Además comienzan a nacer muy temprano en los cerebros franceses toda clase de conceptos acerca de los límites naturales que corresponden a su reino. A principios del siglo XIV ya se hablaba en París de que el Rin debía separar a Francia de Alemania. Paralelas corren las aspiraciones de los reyes de Francia para conquistar para sí o para su casa la corona alemana, aspiraciones que no encuentran en los príncipes de esta nacionalidad un repudio fundamental. En efecto, los Habsburgo, en el año 1324, no vieron ningún inconveniente en ayudar al francés para su elección como rey alemán si les hubiera cedido, en cambio, todas las ciudades más importantes del alto Rin y de la Suiza oriental. El poder de su propia casa es, para el príncipe alemán normal, más importante que el Reich.

No debe causar asombro, pues, que el avance francés encuentre sólo débil resistencia; se dirigía en primer término hacia Lorena y el antiguo reino borgoñón. Los obispados y las ciudades de orillas del Mosa, y del Mosela, Toul y Verdún, fueron en parte anexados con su región vecina hacia fines del siglo XIII y en parte cayeron bajo el protectorado francés. El Franco Condado y Lyon corrieron la misma suerte; en 1343 aconteció lo mis-

mo al Delfinado. Carlos IV resuelve en el año 1378 los problemas indecisos, cediendo a Francia el poder gubernativo en el reino de Borgoña, después de separar de éste a Saboya y la Suiza occidental, que asignó a Alemania; límite pues que Francia conservó hasta la segunda mitad del siglo pasado.

Por la situación en que Francia misma se encontraba, se explica que las pérdidas no fueran mayores. La lucha permanente que, por su existencia, debía sostener contra Inglaterra, la guerra denominada de los cien años, fue para Alemania durante mucho tiempo la mejor protección. Esto se evidenció súbitamente al final de esa guerra, en que los ingleses sacaron la peor parte. El ejército francés, que por el armisticio quedó sin tareas, se presentó en el año 1444 en Lorena y Alsacia, estableció en ellas sus cuarteles de invierno, exigió la sumisión de Metz y Estrasburgo y atacó a Basilea. Sus exigencias fueron rechazadas y el retiro se consiguió solamente por convenios y amenazas, pero estuvo pendiente de un hilo el que Alsacia se convirtiera entonces en dominio francés.

Sin embargo, éstos no eran más que pequeños episodios, comparados con lo que preparó simultáneamente el estado borgoñón recién creado. Constituido por la unión del ducado francés de Borgoña y el condado, igualmente francés, de Flandes (1386), este nuevo gran estado llevó a cabo desde un principio una expansión sin miramientos, tanto a expensas de la corona francesa como del Reich alemán. Poco a poco cayeron en sus manos Artois y Picardía, por una parte; por la otra, Brabante, Henao, Holanda y, finalmente (en 1440), también Luxemburgo. El duque no reconoció la soberanía del Reich ni en los territorios que había conquistado y que indudablemente perte-



necían al Reich alemán. Todos los intentos de oposición llevados a cabo por el emperador Segismundo —una vez, aliándose con Francia, declaró la guerra a Borgoña— fallaron en sus comienzos.

Desde 1467 está a la cabeza de la gran potencia recién creada el duque Carlos el Temerario; sus deseos van más lejos: quiere dominar hasta los Alpes, posiblemente más allá de ellos hasta Génova; fundar un Reich de mar a mar; revivir el antiguo reino lotaringio y, naturalmente, llegar a ser rey. En el año 1469 logra poner pie en Alsacia. El habsburgués Segismundo del Tirol, cargado de deudas, le empeña por dinero las posesiones y derechos de su casa en Alsacia y en la Selva Negra. En 1473 cae Lorena y el duque cede a Carlos las fortalezas del país. En 1474 hubo un ataque contra Neuss, tierra del elector de Colonia; la intentona fué rechazada, pero dió claramente a entender hacia dónde señalaba la brújula los planes borgoñones: estaba en peligro la orilla izquierda del Rin.

Este peligro no fué conjurado por el Reich, ni por el emperador, ni por la Dieta del Reich, sino por una coalición de las ciudades y de los príncipes perjudicados del alto Rin, aliados con Suiza, que, con un resuelto ataque iniciaron el rápido fin del esplendor de Borgoña, Alsacia y Lorena. Cuando en enero de 1477, en el campo de batalla de Nancy, Carlos el Temerario perdió, juntamente con la victoria, su último ejército y también la vida, Alsacia quedó libre, y se salvó la orilla izquierda del Rin. Fué un episodio, pero este mismo episodio iluminó crudamente la situación del Reich: la carencia de defensas. ¿Y quién podía decir que con la muerte de Carlos hubiera pasado definitivamente el peligro en occidente? ¿O si tal vez, muy pronto, otro comenzaría el mismo

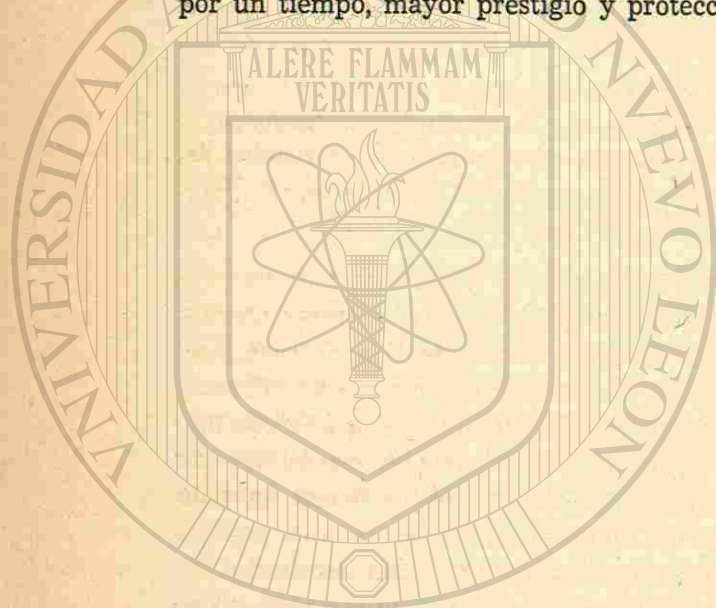
juego con mejor fortuna? Todo dependía de lo que aconteciera con el reino de Borgoña, que el duque había dejado en herencia a su única hija. Si casualmente se apoderaba de él su dueño por investidura feudataria hereditaria, el rey de Francia, y con la posesión retomaba simultáneamente el cometido y las intenciones de su predecesor, volverían a presentarse, y en mayor grado, los peligros con que había amenazado Carlos el Temerario al Reich alemán.

Al mismo tiempo, en el este se acumulaban nubes funestas. Desde 1468 se había iniciado la lucha por Bohemia. Matías Corvino, rey de Hungría, había comenzado a conquistar el país, pero antes del resultado definitivo había muerto Jorge Podiebrad (1471), Polonia se había entrometido y los dos conquistadores habían repartido el botín: el reino de Bohemia propiamente dicho lo recibió un príncipe polaco, mientras que las regiones vecinas de Moravia, Silesia y Lusacia se las incorporó Hungría. ¿Por cuánto tiempo permanecería satisfecho con ello el magiar victorioso? Austria que se hallaba incrustada en medio de estos territorios, no se había atrevido a intervenir en la guerra de Bohemia porque su príncipe se consideraba demasiado débil; pero este príncipe no era otro que el emperador alemán Federico III. El emperador y el Reich ya no tenían ni fuerza ni valor para impedir la pérdida de territorios del Reich como Bohemia y Silesia. ¿Podrían defender a Austria?

¡Colonia y Estrasburgo en peligro por un lado; Viena por el otro! La situación no podía ser peor. Con toda su fuerza pesaba sobre Alemania el problema del doble frente. El Reich parecía destinado a la misma suerte corrida, tarde o temprano, por tantos países en la misma situación: el reparto entre los vecinos.



Pero a esto no se llegó. Una vez más la suerte cambió su curso; el peligro se alejó, y se abrieron nuevas posibilidades por una caprichosa conexión de acontecimientos que elevaron a la casa de Habsburgo a gran potencia, a potencia mundial, con lo que adquirió también Alemania, por un tiempo, mayor prestigio y protección más fuerte.



## CAPÍTULO SEXTO

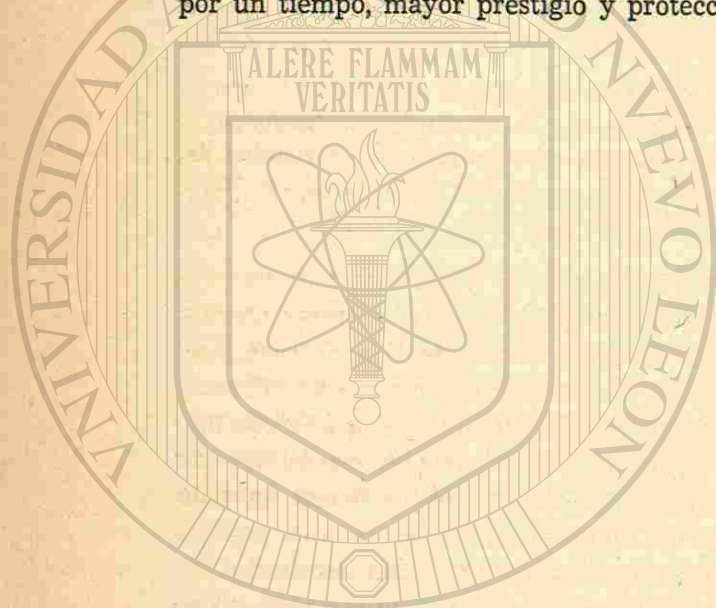
**Estado territorial y principes territoriales desde el siglo XV — El emperador Federico III — El casamiento borgoñón — Maximiliano I — La herencia española — La elección del emperador Carlos V — La política dinástica de los Habsburgo — Alemania bajo el dominio extranjero.**

No se podría afirmar que el Reich careciese de probabilidades de triunfo al aceptar la lucha en ambos frentes. Tal vez las fuerzas hubiesen alcanzado aún. Si bien Alemania no poseía una población muy numerosa —Francia en aquel entonces tenía más habitantes—, contaba con mejor elemento en soldados, de lo que tampoco el rey de Francia podía prescindir. Alemania era superior en todo sentido a los vecinos del este, y haciendo una política hábil podía contar además con aliados en occidente. La lucha no hubiera sido por lo tanto desesperada. Condición previa era, de todos modos, una situación correspondiente en el interior: las fuerzas existentes hubieran debido fundirse orgánicamente en una voluntad unitaria. En otras palabras: el Reich hubiera debido formar una unidad.

En la práctica era todo lo contrario. Precisamente, el siglo XV es el período de mayor desunión de las fuerzas, de la misma manera que es la era del interregno, la del florecimiento de los estados territoriales, que han hecho grandes progresos y que en su esfera no es poco lo que han alcanzado. La mayor parte se han librado de la anarquía



Pero a esto no se llegó. Una vez más la suerte cambió su curso; el peligro se alejó, y se abrieron nuevas posibilidades por una caprichosa conexión de acontecimientos que elevaron a la casa de Habsburgo a gran potencia, a potencia mundial, con lo que adquirió también Alemania, por un tiempo, mayor prestigio y protección más fuerte.



## CAPÍTULO SEXTO

**Estado territorial y principes territoriales desde el siglo XV — El emperador Federico III — El casamiento borgoñón — Maximiliano I — La herencia española — La elección del emperador Carlos V — La política dinástica de los Habsburgo — Alemania bajo el dominio extranjero.**

No se podría afirmar que el Reich careciese de probabilidades de triunfo al aceptar la lucha en ambos frentes. Tal vez las fuerzas hubiesen alcanzado aún. Si bien Alemania no poseía una población muy numerosa —Francia en aquel entonces tenía más habitantes—, contaba con mejor elemento en soldados, de lo que tampoco el rey de Francia podía prescindir. Alemania era superior en todo sentido a los vecinos del este, y haciendo una política hábil podía contar además con aliados en occidente. La lucha no hubiera sido por lo tanto desesperada. Condición previa era, de todos modos, una situación correspondiente en el interior: las fuerzas existentes hubieran debido fundirse orgánicamente en una voluntad unitaria. En otras palabras: el Reich hubiera debido formar una unidad.

En la práctica era todo lo contrario. Precisamente, el siglo XV es el período de mayor desunión de las fuerzas, de la misma manera que es la era del interregno, la del florecimiento de los estados territoriales, que han hecho grandes progresos y que en su esfera no es poco lo que han alcanzado. La mayor parte se han librado de la anarquía



de la arbitrariedad social regional; los príncipes vencieron a los caballeros y a las ciudades. Se formó el núcleo de una burocracia instruída, que se sentía identificada con el estado, vivía por él y para él, lo sostenía y lo defendía. Se crearon así administración ordenada y finanzas holgadas. Es bien sabido lo que realizaron en Brandeburgo, a este respecto, los primeros Hohenzollern; cómo dominaron a la nobleza insubordinada y a los "caballeros salteadores" y sometieron a su voluntad a las ciudades. Cosa análoga ocurrió en la misma etapa en la mayor parte de los territorios, si bien no en todas partes en las mismas formas dramáticas y con el mismo resultado eficaz.

También se decide en el Reich a mediados del siglo XV, la victoria de los príncipes sobre las ciudades. Buen número de ellas, hasta entonces libres, son obligadas a someterse a los señores territoriales. El ejemplo más evidente lo dió Maguncia (1462). La época de las grandes coaliciones de ciudades ha pasado; los príncipes han triunfado en toda la línea.

Sobre estos cimientos crece el tipo del príncipe, padre de su territorio, que, con mayor o menor comprensión e independencia, vela también por las necesidades de su pueblo, porque con ello aumenta su propio poder; un tipo de soberano que se presenta más a menudo hacia fines del siglo XV —basta pensar en Everardo de Württemberg o también en Gerardo de Juliers— y halla su mejor expresión, durante el siglo siguiente, en Federico el Sabio, de Sajonia.

Entre las casas de príncipes que poseen territorios más vastos marchan a la cabeza como directoras: los Wittelsbach, Wettin, Güelfos, Habsburgo y Hohenzollern —estos últimos en Brandeburgo desde el año 1415—. Pero rara vez están unidos; por ejemplo, los Güelfos, a los cuales sólo

había quedado Brunswick, son debilitados aun más por repartos hereditarios: los Wittelsbach se dividen en dos líneas, Baviera y Palatinado, siempre enemistadas entre sí. Quedan de tal manera, como fuerzas rectoras, los Habsburgo, los Bávaros, los Wettin y los Brandeburgo. Esta última casa es la menos influyente, por su territorio muy apartado y pobre. De vez en cuando le da mayor importancia su patrimonio hereditario en Franconia cerca de Nuremberg: los principados de Ansbach, Bayreuth y Kulmbach, que, sin embargo, vuelven a ser abandonados por repartos familiares. Wettin puede agregar en 1423 a su territorio hereditario (Misnia y Turingia) el ducado de la Sajonia oriental al extinguirse la rama de los Ascanios reinante en ella y ganar así la dignidad electoral <sup>(1)</sup>; pero desde el año 1483 esa dinastía se dividió en la línea mayor turingosajona (Ernestina) y la menor misniana (Albertina), que tampoco se miraban siempre con buenos ojos.

La división de las grandes dinastías permite a algunas soberanías menores, que por momentos representen casi igual papel. Así Württemberg, elevado en 1495 a ducado, y Hesía, crecida considerablemente por herencias (Katzenelnbogen, Ziegenhain).

No se puede decir que con la consolidación del principado haya aumentado en claridad y firmeza la organización interna del Reich. Más bien sucedió lo contrario. Lo que ganaron los príncipes en poder, lo perdió el rey: hubiera sido siempre mucho más fácil conservar el prestigio real sobre un tropel de pequeños estados territoriales, interiormente débiles. Así vemos que el poder real, desde

(1) Así se explica cómo el nombre "Sajonia" fué transplantado a una región que nunca fué habitada por sajones, mientras se perdió su uso en el territorio originariamente habitado por ellos. (N. del T.)



la mitad del siglo XV, se torna insignificante y recuerda los tiempos del interregno.

Tampoco la tranquilidad interior del Reich ha aumentado con ello. Fortalecidos los soberanos territoriales, especialmente los más grandes, emplearon sus nuevas fuerzas en primer lugar para crecer más todavía, a expensas de los vecinos. Especialmente la segunda mitad del siglo XV está llena de luchas de límites y de herencias: Palatinado contra Baviera, Baviera contra Hohenzollern, etcétera. Éstos son, a su entender, los verdaderos intereses de los príncipes; alrededor de esos intereses gira su pensamiento y su acción y en eso agotan sus energías personales a menudo notables. El representante típico de esta clase es el brandeburgués Alberto Aquiles, que pasó la mitad de su vida en desafíos y guerras, y fué herido tantas veces que su cuerpo estaba cubierto de cicatrices. Es extraordinariamente astuto: *vulpes germanica*, el zorro alemán, lo denomina un italiano; infatigablemente activo, emprendedor, tenaz, hombre ingenioso y fino diplomático, personalidad interesante en todos sus aspectos, y, sin embargo, ¿qué ha quedado de su existencia llena de hazañas? Es difícil contestar esta pregunta. Y lo mismo pasa con muchos otros de sus contemporáneos. Sus finalidades son demasiado mezquinas, y así, el conjunto da casi la impresión de la inutilidad.

Ésta era la dirección política nacional, en una etapa en que su situación entre los estados vecinos estaba cada vez más amenazada. Fácilmente se puede concebir cómo, en semejantes circunstancias, el Reich careciera de una verdadera política exterior. ¿De dónde podía tomar los recursos para ello? Las fuerzas existentes se necesitan para la lucha interna. ¿Y de dónde partiría la idea, la mirada comprensiva hacia los acontecimientos mundiales, cuando la atención se fija exclusivamente en la vecindad más inme-

diata? Ve muy claro en el horizonte limitado que abarca la propia atalaya, bastante claro todavía en el propio país, pero si se dirige la vista sobre el conjunto de Alemania, comienza a enturbiarse la visión y no alcanza de ningún modo al exterior. Menos aún sienten los príncipes el común interés de la nación. Las pérdidas en la frontera occidental del Reich se aceptan con la misma indiferencia con que se tolera la sumisión de la Orden Teutónica a Polonia. El Reich se asemeja a un animal cuyos diversos miembros no están unidos entre sí por un órgano central, de modo que el dolor de uno no es compartido por los demás. Pueden cortarse trozos de su organismo sin hacerle mal...

El Reich tiene un rey y emperador, que debiera cumplir el papel de órgano central, por lo menos en teoría. Pero ningún otro caso revela más claramente cuán poco coinciden la teoría y la realidad. Segismundo es el último emperador que intenta realizar una política del Reich. Muy pocas veces lo logró. Su sucesor, Alberto II, tampoco pudo hacerlo en los pocos meses que fué rey (1438-39) y el sucesor de éste, Federico III (1440-93), ni una sola vez lo emprendió en sus 53 largos años de gobierno.

Desde el principio causó la más enconada resistencia, al intentar defender los intereses de su casa en territorio del Reich, con fuerzas extranjeras.

La casa de los Habsburgo era, desde Rodolfo I, la más fuerte entre las casas principescas alemanas; poseía inicialmente la Alsacia superior, la Suiza inferior y oriental, la Selva Negra meridional. Rodolfo aportó, por conquista, Austria y Estiria; Carintia y el Tirol fueron adquiridas durante el gobierno de Carlos IV. Mientras tanto, las posesiones suizas se habían ido perdiendo desde el año 1315 a favor de la "Confederación", que se formó al principio a orillas del lago de los Cuatro Cantones en el dominio de los



Habsburgo, absorbió poco a poco todo el territorio que va desde el Jura hasta los Grisones y, bajo la dirección de las ciudades de Zurich y Berna, llegó a constituir un estado federal propio. Cuando subió al trono el emperador Federico III, no les quedaba a los Habsburgo, de sus antiguos dominios, más que un reducido resto sobre la orilla izquierda del alto Rin.

La primera aspiración del emperador fué el rescate de lo perdido. Ante esto le eran indiferentes tanto su dignidad de rey como la seguridad del Reich. Resultó que fué él mismo quien llamó al país en el año 1444 al ejército francés, para servirse de él contra los suizos. Federico lo negó; los franceses publicaron el documento en el que los había invitado, y cuando se retiraron sin haber logrado nada, el emperador, junto con el perjuicio de la fracasada empresa, se cubrió de vergüenza.

Esto demuestra hasta qué extremo el rey mismo dejó de pensar "nacionalmente". Se convirtió en un príncipe territorial como los demás. No supo ya más de política del Reich ni de intereses del Reich; le importaron solamente los intereses y la política de la casa de Habsburgo y hasta la corona imperial no tuvo para él otro mérito que el de un medio para hacer valer más eficazmente sus intereses dinásticos.

Por lo demás, Federico, con su desgraciado ataque a la Confederación Helvética, no hizo más que proporcionar a ésta mayor firmeza militar. Treinta años más tarde, en la guerra contra Carlos el Temerario, se demostró, que esta liga de ciudades y cantones era mucho más eficaz militar y políticamente que todos los príncipes. Los confederados, los "Schwyzer" (suizos), como se dió en llamarlos entonces, habían llegado a convertirse en potencia europea, por su victoria sobre el poderoso duque de Borgoña.

Sintiéndose como tal ya no tomaron en serio su dependencia del Reich alemán; hacían su propia política, sin tener en cuenta a éste, y, puesto que el emperador de la casa de Habsburgo era para ellos su enemigo hereditario, también actuaron contra él y frente al Reich alemán.

Aun después de esta pérdida, la casa de los Habsburgo, "*illustris domus Austriae*", hubiera sido siempre la más fuerte en todo el Reich, sin los fatales repartos de herencias y las enemistades que nacieron de los mismos. El emperador Federico III primero era sólo duque de Estiria y Carintia; Austria pertenecía a su sobrino Ladislao, hijo del emperador Alberto II, en cuyo nombre gobernaba sólo como tutor. No le tocó heredarla hasta el año 1458, a la muerte de su sobrino. En Alsacia y en la Selva Negra reinaba su hermano y, después de la muerte de éste, su primo, el duque Segismundo del Tirol. Con los dos estaba en relaciones tirantes. ¡Y qué carácter el de este Federico III! Cachazudo, apático hasta una cobarde indignidad, y al mismo tiempo firmemente convencido de la futura grandeza de su casa, tanto que dió ocasión a esta sarcástica observación de uno de sus consejeros: "Queremos conquistar el mundo sin movernos". Jamás pensó en el Reich alemán. Y aconteció que durante veintisiete largos años no abandonó una sola vez su dominio territorial; no se mostró nunca "en el Reich" y se hizo representar en todas las reuniones de la Dieta del Reich sólo por embajadores, igual que un príncipe extranjero. Éste era el hombre que debía haber representado al Reich y que tenía la responsabilidad de haberlo preservado de pérdidas; hizo lo contrario: las pérdidas que debió soportar el Reich en ese tiempo debieron de servir, según sus cálculos, para el engrandecimiento de su propia casa.

Federico jamás movió ni siquiera un dedo contra los



planes de conquista de Carlos el Temerario. Le parecía muy bien que el estado de Borgoña creciera, por cuanto esperaba heredarlo. Carlos tenía solamente una hija, que debía casarse con Maximiliano, el hijo del emperador. Sobre todo heredar y casar; eran los recursos con que por ese entonces pensaba Austria crecer. También en oriente, Federico se allanó a las conquistas del soberano húngaro, porque desde 1463 tenía con él (y Matías no tenía hijos) un pacto de herencia, según el cual en caso de extinción de una de las familias la sucesión quedaba asegurada a la otra. ¡Así brindábasele en el oeste la herencia borgoñona, en el este la húngara, dos reinos, y ambos sin desenvainar la espada!

En esta forma mercantil pensaba y calculaba el soberano de la nación alemana...

Pero a veces el destino se permite jugar con los hombres sus caprichos grotescos y, en efecto, dejó realizarse finalmente el cálculo tonto y ladino del más inactivo de todos los soberanos, con intereses compuestos y acumulados.

El compromiso matrimonial de Maximiliano con María, la heredera de Borgoña, constantemente auspiciado, no llegó a realizarse nunca en vida de Carlos, porque el duque no quería privarse de esta excelente carta en su juego diplomático. Ni bien fallecido, se hizo el negocio. Para defenderse de Francia, que deseaba apoderarse de la herencia de Carlos, las cortes de los Países Bajos ofrecieron y concedieron al archiduque la mano de su princesa. Como esposo de María, y más tarde, después de su muerte prematura (en 1482), como tutor de su hijo Felipe, Maximiliano se sostuvo en los Países Bajos con duras luchas y aseguró la continuidad del estado borgoñón. Con

esto había sido colocada una piedra angular del nuevo poder de los Habsburgo.

Para la historia alemana, el casamiento borgoñón del año 1477 es un acontecimiento de vastísimo alcance. La casa principesca alemana, ya sin eso la más fuerte, recibió de esa manera un nuevo aumento de poderío que debía elevarla enormemente por sobre las demás. Ya no podría arrebatársele la corona imperial, si se quería evitar el estallido de una guerra civil en el Reich. También ella debía exigirla porque los Habsburgo, sólo como casa imperial, podían reunir y sostener en defensa mutua sus territorios esparcidos en el bajo Rin y a orillas del Escalda, en el alto Rin, en los Alpes orientales y en las márgenes del Danubio.

Este nuevo poder dinástico enredó, sin embargo, al Reich en relaciones exteriores que en forma tal antes no había conocido. El estado de Borgoña no fué solamente el adversario de Alemania sino también, mucho más, el enemigo de Francia. Con el país heredaron los Habsburgo la oposición a la corona francesa, que se agudizó aun más desde ese momento. Sólo obligado por las circunstancias, el rey de Francia toleró a Maximiliano en posesión de la herencia; parte de la misma —Borgoña, Franco Condado, Picardía y Artois— se la había retenido de continuo, y nunca había abandonado la idea de apoderarse de lo demás, sobre todo de Flandes. En cambio, Maximiliano no pensó en renunciar al conjunto total que en su concepto, le correspondía, por herencia de su suegro. No recibió más que el Franco Condado y Artois, cuya cesión aceptó Francia en el año 1493; Picardía y Borgoña siguieron siendo una aspiración y una exigencia nunca abandonadas. Así se eternizaba el hostil antagonismo entre Francia y Austria,

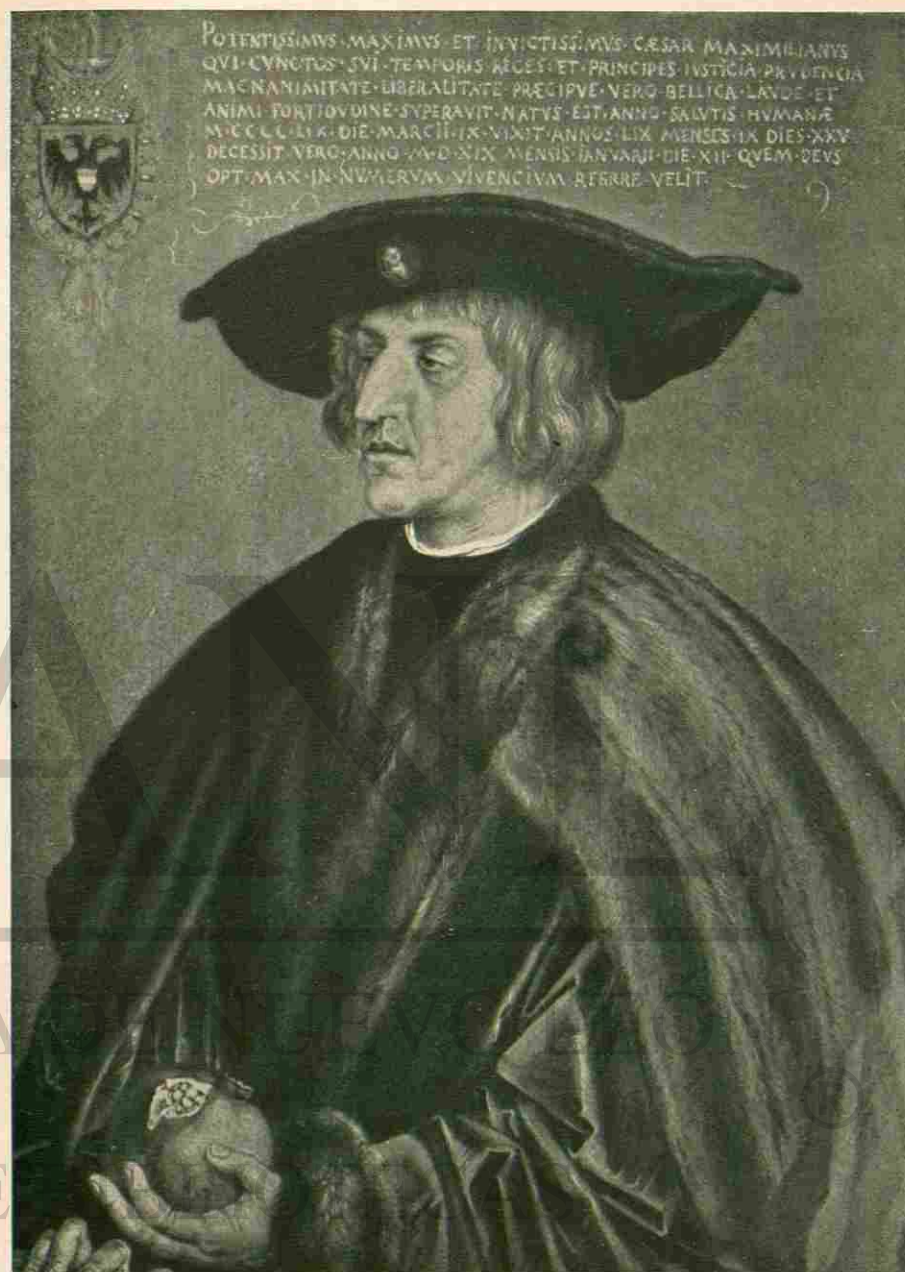


que desde entonces dominó por largos siglos, en grado siempre creciente, a toda Europa.

No podía ser de otro modo: Alemania quedó enredada en ella. La oposición pasó de Francia y Austria al Reich alemán, a cuya cabeza estaba la casa de Austria y quedó esparcida la semilla de la hereditaria enemistad franco-alemana, que hasta ese momento no había existido. Brotó en seguida, creció cada vez más fuerte y finalmente echó su sombra, como cizaña dañina en todos los tiempos, sobre la historia de la nación alemana. No podrá decirse que sin el casamiento de 1477 no se habría producido la hereditaria enemistad franco-alemana, pues ante todo son causas geográficas, unidas al carácter del pueblo francés, las que en el futuro le hubieran dado fundamento. Pero queda en pie el hecho de que la rivalidad estalló porque Austria había heredado el estado borgoñón. Esto es lo que significa para la historia alemana el año 1477.

Mientras en el noroeste la casa de Habsburgo, con la adquisición de nuevos dominios, colocaba así la base de su futura grandeza, perdía en el sudeste sus antiguas posesiones. En el año 1485 Matías de Hungría creyó llegada su oportunidad. Cayó sobre el Austria inferior, la ocupó y fijó su residencia en la capital de los Habsburgo: Viena. El emperador Federico no pudo hacer otra cosa que buscar refugio en "el Reich". No obtuvo la ayuda que pidió; en cambio la situación de emergencia le obligó a aceptar que se le pusiera al lado un co-regente. El 16 de febrero de 1486, su hijo Maximiliano I fué elegido rey romano.

Fué éste un hombre extraño, uno de esos hombres que los contemporáneos y la posteridad consideran como un enigma. De ricas y múltiples capacidades, artista y soldado, muy superior a todos los príncipes del Reich en talento y conocimientos; de incansable actividad, tanto



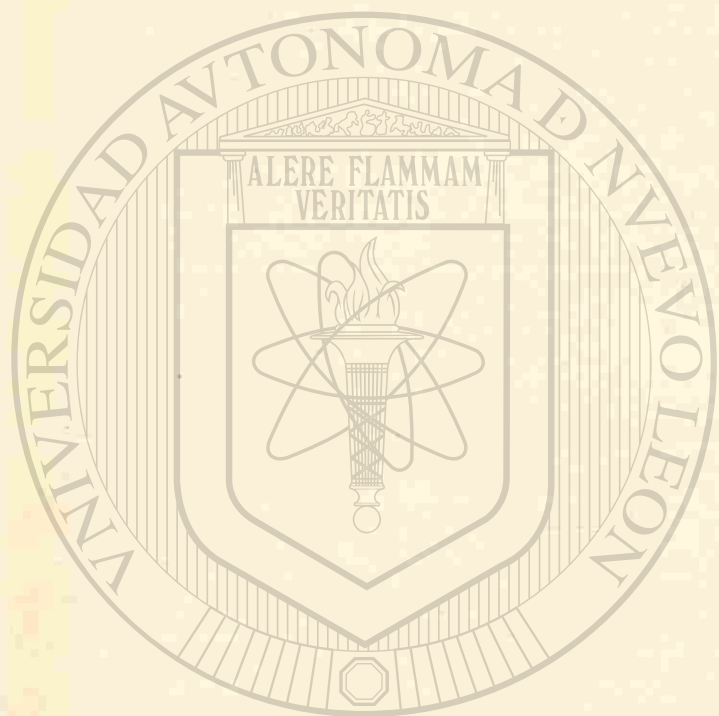
MAXIMILIANO Iº

Trató de reformar la constitución del Reich y restablecer su anterior esplendor.

Oleo de Alberto Durero.

(Viena, Museo de la Historia del Arte)





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en las cosas pequeñas como en las grandes; el más brillante representante de la dignidad soberana, y, a pesar de ello, no fué un soberano, porque carecía del dominio de sí mismo, del equilibrio interior entre espíritu y voluntad, fantasía e intelecto, de constancia volitiva y de seguro golpe de vista para la realidad.

Su elevación a rey equivalió a una verdadera abdicación del anciano emperador, por cuanto Maximiliano tomó en sus manos inmediatamente las riendas de los negocios del Reich. Llevó a cabo también la reconquista de Austria, apenas se lo permitieron las condiciones de los Países Bajos, y el fallecimiento de Matías, que no dejó descendientes (6 de abril de 1490) le ofreció la oportunidad. Mas, no pudo lograrlo. Los húngaros no se dejaron convencer y no reconocieron el pacto hereditario de 1463, por el que, en realidad, Maximiliano hubiera debido convertirse en rey de Hungría, la que eligió como soberano al rey polaco de Bohemia, Ladislao. Austria hubo de conformarse con el hecho de que en el este se erigiera frente a ella una doble potencia bohemio-húngara, apoyada, como "segundogenitura" de los Jagelones, dinástica y políticamente, en el sostén del reino de la Gran Polonia, que abarcaba en ese momento, además de Polonia, Lituania y la Rusia Blanca, también a Prusia, Galitzia y Ucrania, esa máxima Polonia de mar a mar, que muchos polacos de hoy entrevén nuevamente como finalidad y deber.

Maximiliano no empezó en serio la lucha contra esta formidable coalición de estados vecinos, que, por supuesto, representó siempre para Austria una gravísima amenaza, ni cuando en el año 1493, por la muerte del padre, se convirtió en dueño de las tierras heredadas. Más bien continuó en el este la política del padre, tendiente a las alianzas y al emparentamiento hereditario. Después de



largas oscilaciones, la llevó a la realidad en 1515. El antiguo pacto de herencia fué renovado por Hungría y Bohemia y apoyado en un doble matrimonio: Ludovico, el príncipe heredero de la corona húngara y bohemia, se casó con María, la nieta del emperador, cuyo nieto Fernando, en cambio, desposó a Ana, hija del rey de Bohemia.

Maximiliano estaba decidido a una prudente moderación en el este, porque todos sus pensamientos estaban puestos en el frente occidental, en la lucha contra Francia. Con todos los recursos, con todas las artes de las armas y de la diplomacia, la llevó a cabo, declaró guerras y cerró pactos, anuló tratados y de nuevo volvió a guerrear, siempre con la única aspiración de impedir que Francia se tornase más poderosa, porque, de ser más fuerte, hubiera pretendido apoderarse, no cabe duda, de la herencia borgoñona de su casa. A ello se debió que se opusiera a los franceses cuando en el año 1494 emprendieron la empresa de someter a Italia.

En este año, como todos saben, comienza el período de las reiteradas campañas por la posesión de la península, que dominaba el comercio en el Mediterráneo y por lo mismo, la todavía más importante vía mercante de aquel tiempo. No es necesario seguir aquí paso a paso estos intrincados acontecimientos político-militares. Tan enmarañada es la complejidad del cuadro y tan simples son los contornos del mismo, por lo que se refiere a la participación de Maximiliano. Si hoy se une a los estados italianos para expulsar a los franceses y combate a estos últimos con soldados alemanes por dinero italiano en Toscana, para entenderse mañana tal vez con los mismos a costa de los italianos; si un día proclama con sonoras palabras la reconstitución de la soberanía imperial ale-

mana en Roma y al día siguiente en cambio declara la guerra a Venecia para adueñarse de los dominios de la República en el continente, corre sin embargo a través de todas estas contradicciones y tergiversaciones un pensamiento directivo: impedir que los franceses se conviertan en únicos señores de Italia, porque, en tal situación y en poder del predominio ganado, hubieran ejercido una presión insoportable sobre las tierras hereditarias austríacas en el Tirol y en Flandes. Solamente en los medios vaciló el emperador. Cuando pareció factible echar totalmente de Italia a los franceses, tomó parte en la guerra; cuando esta posibilidad desapareció, entonces buscó un entendimiento con el adversario, para lograr, por lo menos, una participación en el botín y asegurarse la mejor parte posible del mismo.

Pero, con todos sus esfuerzos, no logró otra cosa que dejar a los franceses dueños en Milán y en la Italia superior, a los españoles en Nápoles y en el sur. Él mismo salió de la empresa con las manos vacías y hubiera tenido que confesarse que la obra de toda su vida había favorecido sólo a los demás, si la suerte no le hubiera deparado en último momento la fortuna de que su sucesor pudiera heredar a sus rivales, frente a cuyo predominio él mismo debió ceder permanentemente.

El 23 de enero de 1516 falleció Fernando el Católico, el primer soberano de la totalidad de los reinos españoles de Aragón y de Castilla. Su heredero fué Carlos, nieto del emperador, y que desde la muerte (1506) de su padre Felipe (1) gobernaba los Países Bajos. Las casualidades de nacimiento y de muertes abrieron al joven Habsburgo el camino al trono de un imperio, que junto con España y Ná-

(1) Felipe el Hermoso, casado con la hija de los Reyes Católicos, Doña Juana la Loca. (N. del T.)



poles comprendía las fabulosas tierras del oro, recién descubiertas al otro lado del océano. Agréguese a ello el estado borgoñón y los dominios hereditarios de los Habsburgo en Alemania, reunidos en una sola mano desde el año 1491 a la extinción de la última línea colateral (del Tirol). Al desaparecer del escenario del mundo, el emperador dejaba a su nieto un imperio como el mundo no había visto otro igual.

Para ello faltaba solamente preparar un paso: Carlos debía ser emperador alemán; era una necesidad, si sus dominios habían de quedar intactos. En efecto, dado el caso de que el monarca del Reich alemán fuera otro, podía, a pesar de no tener mayor influencia en Alemania, tornarse altamente peligroso en unión con Francia, la perpetua enemiga; por lo menos, estorbar las comunicaciones entre territorios tan dispersos, o caer sobre la retaguardia de los Países Bajos o tal vez de Austria. La dignidad imperial, por sí sola constituía el lazo de unión entre los miembros diseminados del nuevo imperio mundial de los Habsburgo; debía ser alcanzada para permitir su existencia.

Maximiliano no logró este propósito. Murió en enero de 1519, antes de que fuera asegurada la elección de Carlos como emperador. Sus consejeros y los del nieto debían completar la obra. Todos conocen lo que aconteció; podemos, por lo tanto, limitarnos a una breve exposición.

La política francesa, ante el peligro que significaba para Francia la elección de Carlos —un acorralamiento por la potencia rival—, se decidió a presentar a su propio rey como candidato. Los príncipes electores debían ser sobornados con dinero y sonoras palabras. Aceptaron las dos cosas. Pero también los embajadores de Carlos pagaron y prometieron, y además podían amenazar, porque

tenían listos los soldados. Maximiliano se había creado en Alemania un fuerte y sólido partido, cuyo núcleo central estaba formado por la Liga Suaba, la única organización alemana eficaz, la única fuerza que contaba siempre con una tropa lista en todo momento para operar. Precisamente en este instante la Liga había dado la pauta de su potencia eliminando al duque Ulrico de Württemberg, cuyo territorio fué tomado en administración por la Liga, para luego ser incorporado a las posesiones de los Habsburgo. Ese ejército victorioso estaba listo también para otras finalidades.

Bajo esta presión militar, en junio del año 1519 la elección fué resuelta en Francfort. Si por un instante pareció que de ella podía salir electo el francés, no fué más que una ilusión. La elección de Carlos estaba asegurada de antemano. Hubo una sola posibilidad de impedirlo: hallar un tercer candidato, un candidato neutral. Pero no se halló. El único que hubiera podido serlo, Federico el Sabio, de Sajonia, se negó. "Prefería ser un duque poderoso y no un rey débil". Se le ha hecho a menudo reproche de cobardía, pero en realidad fué por parte de él una clara comprensión, pues le faltaban, además de la ambición, otras cualidades indispensables para mantenerse como emperador. ¿Qué papel hubiera podido representar entre Austria y Francia? Hubiera llegado a ser muy pronto un subordinado de los franceses y, en consecuencia, la lucha de las grandes potencias europeas se hubiera librado en suelo alemán, como realmente aconteció un siglo más tarde. Por lo menos, se evitó esto al proclamar los electores a Carlos de España como emperador romano el 28 de junio de 1519.

Pero no puede haber la menor duda de que esta elección significaba para Alemania una gran desgracia. Todo el mundo sabía que contenía en germen la declaración



de guerra del Reich a Francia. El programa de la política hispano-borgoñona era conocido. De la parte borgoñona tendía a las conquistas esperadas, Picardía y Borgoña, vale decir a la destrucción de la unidad del estado francés. Y aun cuando se hubiera renunciado a ello, la finalidad de la parte española era Milán, es decir, la destrucción del predominio francés en Europa. Tolerar a los franceses en Milán y en Génova era a la larga imposible para el rey español de Nápoles, ya que, a causa de ella, no se hallaba seguro en su propio trono, y como emperador romano lograba un título jurídico sobre Milán, que era un ducado del imperio romano.

Maximiliano se había esforzado durante toda su vida en arrastrar al Reich alemán en su campaña contra Francia. No lo logró nunca del todo. En el Reich, sus estados, tanto príncipes como ciudades, no tenían ningún interés en estos problemas. Veían solamente las cargas financieras que debían salir de la guerra en forma de contribuciones, pero no veían ninguna ganancia para ellos. Hubiera sido también muy difícil demostrar qué ganaría el duque de Sajonia o el de Baviera o la ciudad de Francfort con que el emperador lograra Picardía o Borgoña, obligara a los franceses a evacuar a Milán o se apoderara del "hinterland" veneciano. Maximiliano indicaba —y lo repitió con el ardor de su brillante oratoria— que importaba asegurar a la nación alemana su rango entre los pueblos, defender su antiguo derecho, que los galos le querían arrancar. Se refería al imperio, hacia el cual extendían la mano los franceses. Pero sólo tibios oyentes halló entre los príncipes. En las más profundas capas del pueblo pudo tributársele el aplauso; el eco faltó en los círculos políticos, en las cortes y en los consejos.

Los críticos más recientes se han dividido. Algunos

toman partido por el emperador y censuran a los príncipes por haber descuidado, por egoísmo, los intereses nacionales. Maximiliano es para ellos la encarnación del pensamiento nacional en política exterior. Los otros dan la razón a los adversarios y discuten la facultad del emperador para hablar en nombre de postulados nacionales, por cuanto estos axiomas no fueron en su boca más que un pretexto para cubrir sus aspiraciones dinásticas, netamente egoístas. Los segundos tienen, sin discusión alguna, la razón en cuanto no puede considerarse a Maximiliano I como un soberano de sentido nacional alemán. Éste comprendió muy bien —¡cuánto comprendía este bien dotado varón, irregular e inconsistente en su fibra íntima!— el modo de hacerse popular en Alemania, con los alemanes, pero no era alemán. En su trato familiar hablaba y escribía solamente en francés; se hallaba mejor entre los nobles borgoñones y valones de los Países Bajos que en cualquier otra parte, y a veces se le escapaba una expresión despectiva para estos tudescos tontos como ganado (*questi bestiali tedeschi*). Tampoco su política tuvo nunca en cuenta los intereses del pueblo alemán, cuando se trataba de ventajas para la casa de Habsburgo.

Dió la prueba de ello en el arreglo con Polonia, Hungría y Bohemia en 1515. Sacrificó los derechos nacionales para abrir una posibilidad de ganancia a su dinastía. Todavía el emperador y el Reich no habían reconocido la paz de Thorn, por la que quedaban sometidas a Polonia la Orden Teutónica y Prusia. Sin la aprobación del Reich, esta paz continuaba siendo impugnable. Maximiliano la otorgó en el año 1515, cuando quiso asegurar para sí y para sus sucesores los derechos hereditarios sobre Hungría y Bohemia. Nada más cierto que el hecho de que el emperador tremolaba la bandera de la nación alemana y



del imperio romano únicamente cuando, cual manto encubridor de sus particulares intereses dinásticos, le prestaba buenos servicios. A lo sumo cabe preguntarse si el engrandecimiento de la casa imperial no favoreció, por sí mismo, al Reich y a la nación.

Tampoco comprendían esto los estados del Reich. Y desde su punto de vista, con toda razón. ¿Qué les importaba una mayor potencia del Reich? Ésta hubiera debido pagarse con el sacrificio de su propio dinero y de su propio poder, ya que una cosa era cierta sobre todo: si el Reich se fortalecía más, el emperador ganaría un predominio sobre los príncipes, que se hallaba en contradicción con el derecho vigente y con todas sus tradiciones. Fácilmente se comprende que los príncipes no quisieran prestarse a ello.

Podemos, pues, preguntar con razón: ¿hubiera sido realmente ventajosa para Alemania la realización de los propósitos de Maximiliano? ¿Lo habría sido, si el estado borgoñón hubiera recobrado su extensión anterior y el emperador hubiera tomado posesión permanente del territorio de Venecia? Esta dinastía, tan cosmopolita que apenas podía contarse ya entre los alemanes, poseyendo otros países no-alemanes, franceses e italianos, ¿hubiera apreciado, o hubiera podido apreciar, a Alemania en sí misma, o, más bien, no hubiera pospuesto de nuevo los intereses nacionales del país como otras veces —cual lo hizo Maximiliano en 1515—, a sus fines particulares y a sus aspiraciones internacionales?

Por eso no sólo se logra comprender como subjetivamente fundada la actitud vacilante y negativa de los estados del Reich frente a la presión del emperador, sino que no se le puede negar cierta justificación objetiva.

Ahora bien, con la elección del año 1519, había acon-

tecido infinitamente más de lo que Maxiliano había ambicionado: la corona alemana había sido entregada a un soberano que podía ver en Alemania sólo un país secundario, importante por su situación geográfica como lazo de unión entre sus posesiones separadas y como campo de despliegue militar para la guerra contra Francia; precioso por los soldados que podía ofrecer, pero condenado a un papel subalterno en lo demás, comparado con los países principales, España, los Países Bajos e Italia. Y ese monarca disponía además de un poder que podía tornarse realmente peligroso. Si ya se habían rebelado contra el abuelo, porque amenazaba con llegar a ser demasiado autónomo, ¿qué no debía acontecer con el nieto, que, en caso de necesidad, podía hacer valer en Alemania y contra Alemania sus tropas españolas y su dinero neerlandés? No se trataba de un espectro fantástico, ya que se veía surgir en el horizonte, el peligro, para el Reich alemán acostumbrado a la libertad, de un régimen extranjero arbitrario.

Los príncipes electores deben de haberlo sentido claramente, porque trataron de protegerse contra la amenaza; pero solamente de la manera ingenua a que acude siempre el simplete burgués cuando se extravía en la alta política: con un documento. Quisieron atar las manos al nuevo emperador con una capitulación electoral, por la que prometía respetar todos los derechos y privilegios, encauzar su gobierno y, sobre todo, su política exterior de acuerdo con el consejo de los electores, fijar su residencia en Alemania, no convocar a una Dieta del Reich fuera de Alemania, no citar nunca a juicio fuera del país, emplear oficialmente sólo los idiomas alemán y latín, no traer al Reich tropas extranjeras, no complicar al Reich en guerras extrañas y, finalmente, constituir "un ré-



gimen del Reich", con un Consejo de gobierno asesor representativo. Esencialmente, esto significaba que el nuevo emperador debía desprenderse de antemano del gobierno. La ingenuidad de este documento es insuperable. Confiesa desembozadamente el miedo que se experimentaba frente al emperador extranjero y busca la defensa contra él... ¡tras un pergamino! ¡Como si un emperador estuviera obligado alguna vez por semejantes cláusulas, cuando conviene a su interés pasar sobre ellas y cuando puede dejarlas a un lado!

Y así aconteció en realidad. Pocas son las palabras contenidas en la capitulación que Carlos no violó y los estados alemanes se vieron obligados por último a oponerse al emperador en abierta rebelión, para libertarse de la dominación extranjera. Lo lograron, pero jamás pudieron eliminar las consecuencias permanentes de la elección imperial de 1519. Por ella, Alemania, la impolítica, la desunida, la inerte, fué arrastrada en el torbellino de las luchas europeas por el poder, en las que descendió, en cada nueva generación, al papel de un factor subordinado, de un simple objeto de la codicia extranjera. Esto significa el año 1519: entonces se cosechó lo que se sembró en 1477.

Pero nunca hubiera sido tan funesto, si no hubiera comenzado en ese mismo instante la más grave de las crisis internas en el terreno espiritual. Toda la tremenda fatalidad, que dormitaba en la base de la elevación imperial del hispano-borgoñón Carlos, queda explicada si tratamos de recordar lo que había sucedido en la vida espiritual del pueblo alemán y lo que debía suceder en el momento mismo en que, por la instalación de un soberano extraño en el trono imperial de Alemania, el exterior, con sus intereses, aspiraciones y medios de poder, alcanzaba una influencia decisiva sobre el destino alemán.

Elección del primer Reich (1806)

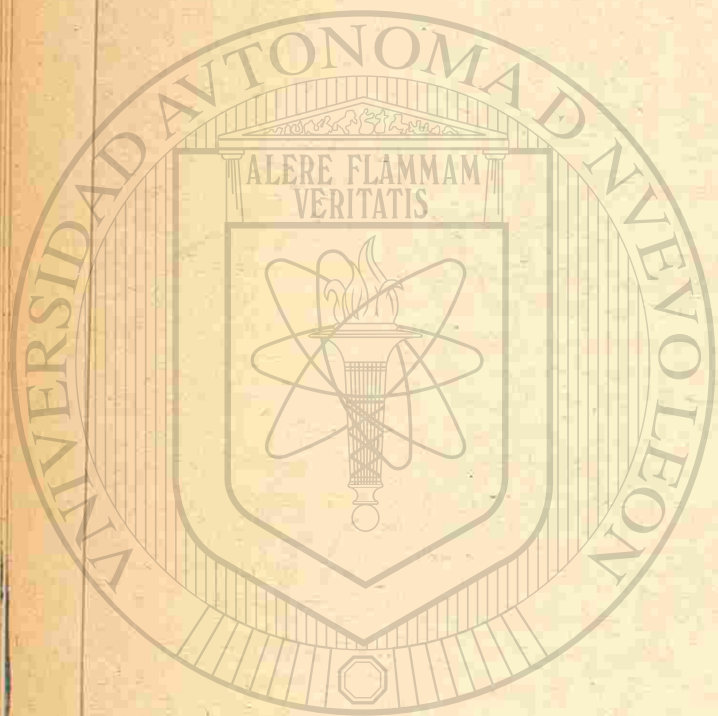


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 INSTITUTO GENERAL DE BIBLIOTECAS









UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPÍTULO SÉPTIMO

**La evolución general alrededor del año 1500 — El despertar de la conciencia nacional — La crisis constitucional — La crisis religiosa — Aparición de Lutero — Carlos V — La Dieta del Reich en Worms — El edicto religioso — Progreso del movimiento luterano — La debilidad del emperador — Incapacidad de los protestantes — Victoria y caída del emperador — Resultados de la lucha — ¿La reforma fué una desgracia?**

Se suele hablar de la mayor parte del pasado alemán como si se tratara de tiempos de decadencia. Lo mismo se ha afirmado del comienzo del siglo XVI, y no sólo por la situación indiscutiblemente desagradable de las condiciones estatales. La gran revolución en el terreno eclesiástico, que se inicia con el año 1521, se consideró generalmente durante mucho tiempo, y aun hoy muchos la consideran, como una consecuencia y un signo de decadencia, un fenómeno nacido de situaciones ruinosas. Este juicio es insostenible. A principios del siglo XVI, Alemania se hallaba muy lejos del signo de decadencia. Quien sin prejuicios deja hablar a los hechos, no puede abstraerse a la impresión de un progreso, en aumento constante, que comienza a fines del siglo XV y culmina en los dos decenios siguientes, en un período de real florecimiento en muchos aspectos.

En el terreno económico, no puede desconocerse el enorme aumento de riqueza. Ha crecido tanto, que nos en-



fluencia del modelo francés ha desaparecido por entero. La barbarización, que en la misma Francia tomó cuerpo a raíz de la guerra de los cien años, hizo enmudecer a la poesía; al mismo tiempo los sentimientos estrechos del sector aristocrático alemán, que, desde el fin de la política mundial de los Hohenstaufen, se movió en un círculo cada vez menos amplio, y finalmente la elevación de la burguesía, que tomó la dirección en la poesía, con los cantos de los menestrales, colaboraron para libertar a Alemania de la literatura francesa. Hasta en la corte de Carlos IV, que había sido educado a la francesa y estudiado en París, no se encuentra ninguna influencia de Francia sobre el activo fomento de los intereses literarios. Todo lo escrito y rimado en idioma alemán desde la mitad del siglo XIV hasta principios del siglo XVI, no alcanzó un elevado nivel espiritual, pero, al lado de las creaciones mucho más importantes de los siglos XII y XIII —naturalmente excluido siempre el Canto de los Nibelungos—, lleva impreso el sello de lo autóctono, de lo puramente alemán y comienza a ser de raíz nacional.

Lo mismo sucede con las artes. En una poderosa invasión, el gótico francés, con su técnica y su gusto, había conquistado a Alemania, en el siglo XIII. El arte de las últimas décadas de la Edad Media continúa siendo gótico, pero ya no representa un gótico francés. El gusto artístico se ha liberado del extranjero, y ha encontrado para la sensibilidad alemana una expresión nacional también propia. Las iglesias y los palacios municipales de este período, atestiguan hasta hoy, en la forma más elocuente, cómo y cuándo aprendió el pueblo alemán a caminar con sus propios medios en el campo del arte. Así pudo el joven Goethe definir el comienzo del siglo XVI

como la única era "en la cual puede Alemania enorgullecerse de poseer un arte propio, un arte patrio".

Resumiendo todo esto, queda bien fundado el juicio según el cual no hubo otros tiempos como las décadas finales de la Edad Media, en los que la vida espiritual alemana se haya pertenecido tanto a sí misma y haya expresado el verdadero carácter del pueblo, mezclada con tan escasos aportes e influencias extrañas.

Al mismo tiempo el cuadro adquiere un rasgo peculiar, que distingue a Alemania de los demás países. Éste consiste, en la sorprendente difusión de la cultura espiritual en los más amplios círculos populares. Con las universidades, florecieron también las escuelas medias y primarias, y cuando la invención de la imprenta hizo famoso en todo el mundo el nombre de los alemanes, unido por primera vez a una proeza de la técnica, se creó en la misma Alemania, el medio para dar también a los más vastos grupos, participación en su labor intelectual y en las luchas espirituales. Por este "arte alemán", el pueblo de Alemania se adelantó de golpe a todos los demás, quizá no tanto por la elevación y el valor de sus obras espirituales, pero sí por la difusión en todas sus capas sociales.

Los nombres anotados en los anales de las letras y de las artes nacionales a comienzos del nuevo siglo: Sebastián Brant y Hans Sachs, Alberto Durero, Matías Gruenewald y Hans Holbein, comprueban que aquí se trata de un despertar del pueblo alemán, que de generación en generación, creando siempre con mayor elevación, tiende a su expresión suprema. No en todas partes se alcanzó la misma altura, pero la poderosa evolución, la nueva vida en todos los terrenos, se reconocen sin lugar a dudas. Tenía razón Ulrico von Hutten, al exclamar: "¡Las ciencias florecen, los espíritus despiertan, es un placer vivir!".



En todo se descubre la lozana inspiración de una fuerte conciencia nacional. Viene a nuestro encuentro, desde los escritos de los sabios y desde las producciones de la literatura cotidiana. Se investiga el pasado de Alemania, para demostrar que sus hijos fueron desde antaño un pueblo de grandes empresas y grandes obras, igual por naturaleza a todos los demás y hasta superior a los romanos mismos. ¡Como que Arminio el Querusco había derrotado ya a las legiones romanas! El período y la política de Maximiliano habían colaborado sustancialmente en despertar y alimentar tales pensamientos. Por primera vez, desde generaciones atrás, se presentaba la ocasión de moverse en asuntos europeos; mercenarios alemanes combatían bajo un rey alemán, en Flandes, Italia, Hungría: a menudo victoriosos, siempre imponiendo el respeto, y aun en los casos en que el resultado no respondía a los esfuerzos, se había aprendido a tener un justo concepto propio. Se sabía lo que se podía alcanzar en circunstancias favorables. En este terreno echó sus raíces el fuerte sentir alemán de Martín Lutero; en ese terreno, creció la resolución de Hutten, de escribir desde entonces en adelante sólo en alemán.

La conciencia de sí mismo, aumenta a menudo hasta un ridículo auto-endiosamiento. El primer libro sobre historia alemana, es también el más "chovinista" que se haya escrito jamás: el "*Epitome rerum germanicarum*", de Jacobo Wimpfeling. Se explica fácilmente: cuanto menos respondía la realidad a la elevada apreciación propia y a los grandes recuerdos, tanto más fácilmente el legítimo orgullo se convirtió en fatuo envanecimiento.

Necesariamente, la desproporción entre el ideal y la realidad, debía originar en los cerebros pensantes un profundo malestar. Cuanto más el alemán podía considerarse

con derecho a estar orgulloso de su propio pasado y complacerse de su propio valor, tanto más amargamente debía sentir el hecho de que representara tan poco en el ámbito de las naciones. La causa no podía quedar oculta. Alrededor, los vecinos se habían transformado en estados firmemente unidos; al alemán le faltaba el estado nacional. La constitución del Reich no era suficiente; tornaba impotente al Reich frente al exterior y en el interior consumía las fuerzas en hostilidades y luchas.

Esto se había sentido vivamente ya desde unas dos generaciones atrás; quienes sabían mirar lejos, habían reconocido, ya entonces, el peligro de una dominación extranjera, como última consecuencia de este estado de cosas. En 1433 Nicolás de Cusa había escrito en su "*Concordantia Catholica*": "Una enfermedad mortal ha caído sobre el Reich alemán; si no se le aplica muy pronto un contraveneno, llegará indefectiblemente la muerte. Se buscará al Reich en Alemania y ya no se lo hallará más, y, como consecuencia, los extranjeros tomarán nuestras residencias y se las repartirán entre ellos, y así quedaremos sometidos a otra nación". La necesidad de reparación llevó, desde la cuarta década de este siglo, a deliberaciones acerca de una reforma del Reich, que se renovaron nuevamente de década en década, sin dar resultado. No podían tenerlo, porque las intenciones de los deliberantes se contradecían entre sí. Para los príncipes, la reforma debía ser un medio para fijar y aumentar su propia participación en el gobierno del Reich. Por la misma razón, el emperador debía combatirlos, y también las ciudades eran adversarias naturales de cualquier aumento de todo poder principesco, por el que sus derechos especiales sólo podían sufrir menoscabo. Pero príncipes y ciudades se oponían de la misma manera a un robusteci-



miento del poder central del emperador. Por eso, las deliberaciones continuaron siendo totalmente infructuosas durante largo tiempo.

Esto cambió sólo cuando Maximiliano, para ganar el apoyo del Reich para su política europea, se vió obligado a atender los deseos de los príncipes. Pero los resultados desilusionaron mucho. Lo único que llegó a concretarse, fué la creación de un supremo tribunal del Reich provisto por los estados, o sea el tribunal de cámara del Reich, que por falta de créditos, no podía entrar en funciones, y la promulgación de una ley de perpetua paz territorial (ambas creaciones del año 1495), que fué letra muerta, porque carecía de poderes ejecutivos.

No pudo ocurrir de otro modo: las repetidas, y en parte agitadas, deliberaciones sobre la reforma de la Constitución, despertaron las esperanzas y aumentaron las pretensiones, y como su resultado fué un desengaño, el mal estar empeoró más todavía. Es que, en el fondo, nadie se sintió satisfecho con la constitución existente: ni el emperador, porque no le ofrecía medios de poder; ni los príncipes, porque no les concedía influencia decisiva, y menos la nación, porque el Reich, en condición tal, no podía compararse con las naciones vecinas y se encaminaba hacia un peligroso futuro.

El gobierno de Maximiliano había dejado sin solucionar el problema constitucional. El Reich, la nación, vivían en una crisis política, y el problema consistía en saber si tendrían resultado las tendencias de una mayor limitación del poder central, mediante instituciones parlamentarias de los estados, o si el emperador lograría prevalecer más fuertemente que antes. Carlos V, para su elección, había hecho mayores concesiones que su abuelo. Fué asegurada la efectividad del tribunal de cámara del Reich

y el manejo de la paz territorial. Precisamente, con la creación de un régimen del Reich, que Carlos había prometido, los príncipes hubieran triunfado sobre el emperador. Pero solamente unos niños políticos, como eran entonces los príncipes alemanes, pudieron creer que el emperador mundial hispano-borgoñón se sentiría atado por semejante concesión. Se vivía, pues, en unos tiempos en los que, para la gran política europea, se hacían promesas y se prestaban juramentos sólo para no mantenerlos, y se convenían alianzas únicamente para romperlas. Tres años antes había aparecido el "*Príncipe*", de Maquiavelo, el libro que resumía en fórmulas dogmáticas el arte práctico de gobierno de ese período, como se ejercía conscientemente en todos los demás países fuera de Alemania. Carlos V no tenía necesidad de conocer el libro, para proceder según sus doctrinas. Maquiavelo tenía muy poco de nuevo que enseñarle, tanto a él como a cualquier soberano u estadista de aquellos tiempos. Sólo los alemanes ni sospechaban aún nada de todo esto. Por lo tanto, el problema de la Constitución alemana tenía que llegar a ser, más tarde o más temprano, el problema del poder entre el emperador y los príncipes.

Incomparablemente más honda fué una segunda crisis, que había estallado precisamente con el advenimiento de Carlos V al poder: la religioso-elesiástica. No es una particularidad de Alemania; todo el occidente la vivió. Pero estalló primero en Alemania y obró allí en forma más permanente y profunda.

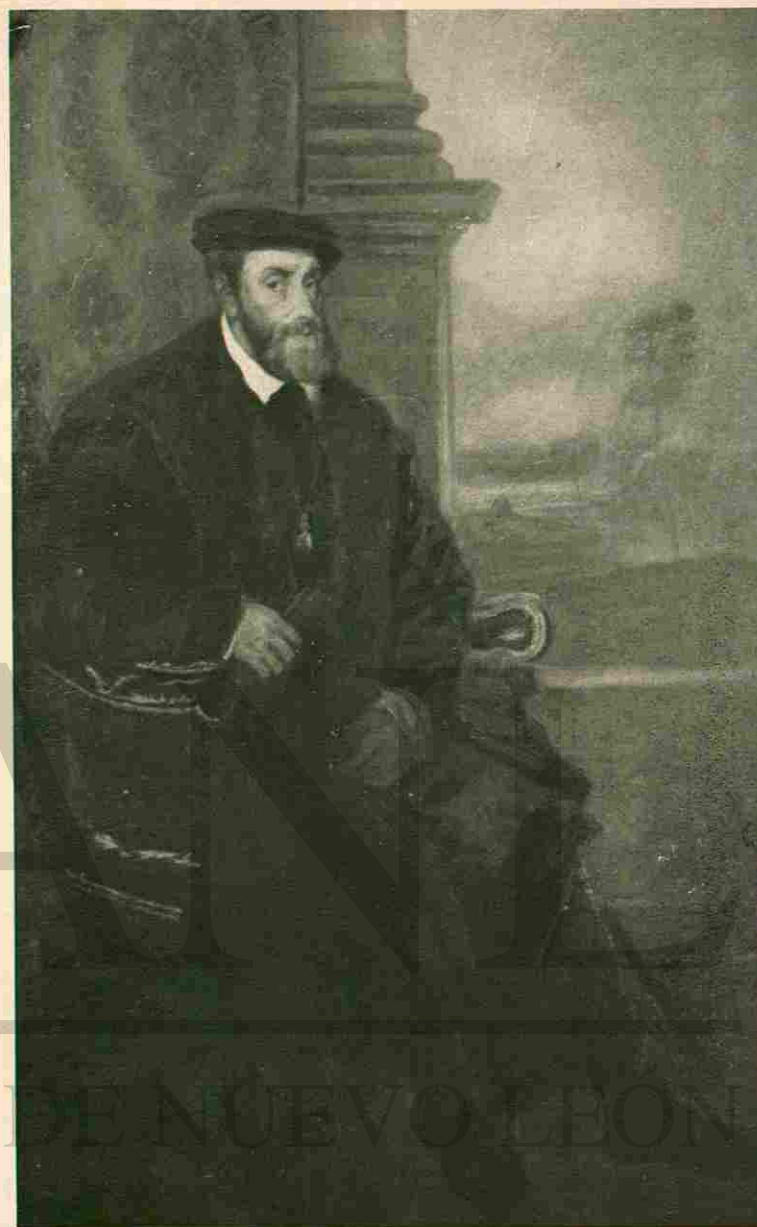
Desde hacía más de un siglo, la Iglesia había ido perdiendo cada vez más su primitiva situación, desde la cual había dominado toda la vida, tanto la del estado como la espiritual. La creciente cultura laica, la naciente crítica científica, alimentada por el estudio de la antigüedad



grecorromana, y el aumento de la dependencia del Papa de las potencias seculares, habían socavado el antiguo respeto por la Iglesia y por el clero. Llevaba agua al molino de la crítica el hecho de que la misma Iglesia admitía, y hasta anunciaba con énfasis, su necesidad de reforma, y de que trabajó en tres concilios por la reforma, pero sin lograr nada realmente eficaz. Cuando, a fines del siglo, los anhelos religiosos se hicieron más fuertes y las exigencias al clero aumentaron, creció también el descontento por las instituciones existentes. Ya no eran aptas, ya no eran suficientes en ningún sentido. Las formas del culto, con su fuerte invasión de supersticiones, ofendían el espíritu más ilustrado; las costumbres de vida del clero chocaban con una más severa conciencia moral. Ya no se quería reconocer, en círculos amplios, la pretensión de los eclesiásticos y de la Iglesia de dominar la vida pública y privada. Y estos conceptos se generalizaron.

A eso se agregó algo que correspondía solamente a Alemania. La Iglesia católica había sido hasta aquel entonces una monarquía centralizada bajo el poder del Papa como soberano absoluto. Desde Roma fueron regidas y explotadas, según la necesidad, las iglesias de todos los países. En las luchas por la reforma en el siglo XV, esto había sido fuertemente limitado en los países fuera de Alemania. En Inglaterra, como en Francia y España y hasta en Italia, el poder del estado había sido capaz de salvaguardar sus intereses a medida de las circunstancias. En todas partes la nación había llegado a ser su propia soberana en las cosas eclesiásticas. De ella dependía cuanto quería ceder a una potencia extranjera, como lo era el Papa.

También en Alemania se aspiró a esto, pero no se logró, porque se carecía de un poder de estado, fuerte y cen-



*yo se con*

CARLOS V<sup>o</sup>

Reunió en su persona las coronas de Alemania y España, formando así el imperio más grande que ha conocido el mundo.

Copia del óleo de Tiziano

(Buenos Aires, colección particular)



contramos con algunos fenómenos, familiares para nosotros en los tiempos más recientes como indicios de saturación económica: la acumulación de grandes capitales, la constitución de sindicatos financieros y la especulación, son acontecimientos conocidos y ampliamente comentados hacia el año 1500. Alemania aun no puede medirse, en bienestar, con Italia, con los Países Bajos o con Francia, si bien fenómenos aislados demuestran que no en todas partes la diferencia puede haber sido muy grande. En el mercado financiero internacional, por ejemplo, los Médicis, como casa bancaria dirigente, fueron reemplazados alrededor del año 1500 por los Fugger de Augsburgo. Por cierto que por esta razón no debemos imaginar a cada comerciante de Estrasburgo o de Nuremberg como millonario; de seguro también, la propiedad estaba todavía desigualmente repartida y había regiones y estados que debían considerarse como pobres; la facilidad con que se podía enganchar mercenarios en el Reich alemán comprueba que no todos hallaban un pasar de burgueses. En realidad, nunca hubo falta de soldados, a la inversa de Francia, donde la población, a pesar de su mayor número y densidad, no ofrecía el excedente necesario para fines militares. Pero, en su conjunto, Alemania es un país de holgura y, ante todo, de creciente bienestar.

La riqueza trae aparejada consigo la cultura. Ésta es una conquista relativamente nueva. Hasta la fundación de la de Praga (1346) no hubo en todo el Reich una sola universidad, exceptuando las que sostenían acá y acullá las Ordenes de frailes mendicantes para sus miembros y que, naturalmente, tenían extensión e influencia limitadas. El alemán debía aún en aquel tiempo buscar ciencia y cultura superior en Francia o en Italia. Sobre todo en Fran-

cia. La formación espiritual de la antigüedad alemana, ha sido dirigida desde allí.

Lo mismo aconteció con la poesía. Se sabe que la épica palaciega y las canciones de los trovadores, son por entero imitaciones y, en gran parte, hasta simplemente traducciones, de los modelos franceses. Son temas franceses, a menudo también ideas francesas, que se elaboran en formas francesas, y apenas puede negarse —así lo ha juzgado una autoridad como Gervinus— que la imitación, especialmente en la lírica, ni de lejos alcanza al original. En este aspecto constituye una excepción el Canto de los Nibelungos.

Sólo a fines del siglo XIV cede la influencia. Con la creación de las Universidades de Praga (en 1348) y de Viena (en 1365) perdió Francia el monopolio de la enseñanza docta. El gran cisma eclesiástico del año 1378, que indujo a alemanes y franceses a responder a distintos papas, completó la emancipación. Desde el momento en que los sacerdotes alemanes no podían estudiar ni enseñar más en París, porque allí pasaban por cismáticos, las universidades alemanas brotaron del suelo como los hongos después de la lluvia: Heidelberg, Colonia, Erfurt, Leipzig, Rostock, Friburgo; más tarde Basilea, Greifswald, Ingolstadt y Tubinga, finalmente Wittenberg; rivalizan entre sí y con las hermanas de hablas latinas de antiguo ya famosas. No las alcanzaron, menos aún las superaron, pero realizaron con amplitud lo que les correspondía, con su sola existencia, consiguieron lo que no se previó seguramente en el momento de su fundación: que la cultura superior, científica, recibiese un carácter especial, que muy bien puede llamarse nacional, a pesar de su esquema cosmopolita y de sus relaciones internacionales.

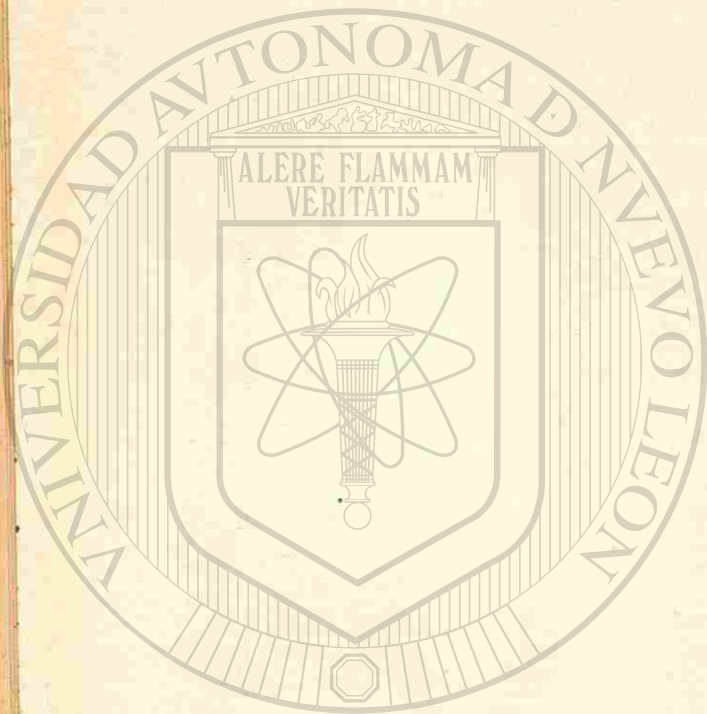
Lo mismo ocurre en lo que se refiere a las letras. La in-



tralizado, que hubiera podido enfrentar al Papa con la necesaria energía. Se había concertado un concordato (en 1448) que limitaba los derechos del Pontífice, pero esos límites eran mucho más amplios que en otros países, y, lo que era capital, el Papa consideraba todo eso como una libre concesión de su parte y no se ajustaba nunca muy estrictamente a ella.

Desde la emancipación eclesiástica de los países occidentales, los ingresos de la curia allí habían disminuído. Era natural que se tratara de hallar una compensación en otra parte. Se la encontró en Alemania. Cuanto menos pagaban Francia e Inglaterra, tanto más fué apremiada Alemania. El recurso preferido fué la promulgación de indulgencias. En otros países apenas si estaban permitidas; en Alemania se podía comprar al soberano territorial la autorización del caso, mediante su participación en las utilidades, y éste la concedía a menudo y con placer.

Este estado de cosas se hizo sentir en forma aguda. Se vió la diferencia de trato, que se experimentaba en carne propia, frente a la consideración de que gozaban otros países; se la exageró también —de manera muy comprensible— y se tuvo la sensación de un menoscabo, de una opresión, de una expoliación. Por eso la conciencia de la nación en su despertar, se dirigía más acremente contra Roma, y al encono contra la corte papal, en la que se veía una potencia extranjera, que despojaba al pueblo alemán de sus derechos, lo oprimía y lo explotaba, se agregó la crítica general ante el clero y la rebelión contra su situación de privilegio y de dominio. Continuamente se promovían, ante las dietas del Reich, quejas contra la corte romana. Los "*gravamina nationis germanicae*", llegan casi a constituir un tema permanente en el orden del día y son apoyados por el clamoroso consenso de los más amplios estratos del



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



pueblo. Roma es el enemigo de la nación alemana; pues si no es cabalmente el único, será de seguro el principal. Este sentimiento encontró su expresión clásica en las obras de Ulrico de Hutten.

La crisis latente estalló abiertamente cuando, el 31 de octubre de 1517, el monje agustino Martín Lutero se presentó en Wittenberg con una protesta científica contra la práctica de las bulas de indulgencias de parte de la curia y de sus instrumentos. Pronto se evidenció la situación. El caso, que primeramente no pasaba de ser un asunto meramente personal y académico, originó de inmediato la mayor expectativa; por todas partes se hablaba de esto y cuando la curia inició un proceso contra el autor por sus opiniones heréticas y éste se negó resueltamente a obedecer, el doctor Martinus se convirtió rápidamente en héroe nacional. La lucha misma le llevó mucho más allá de lo que hubiera pensado. Se vio obligado a deducir las últimas consecuencias de sus opiniones y a declarar que, para él, la Iglesia romana no representaba ya autoridad alguna y que todos sus derechos de dominio, su organización jerárquica y hasta la diferencia entre sacerdotes y laicos, carecían en absoluto de fundamento.

Con esto expresó el sentimiento íntimo de innumerables personas cual el de una misma alma. Su declaración fué el grito de guerra para la separación de Roma. El instante decisivo en que esta declaración corrió por el mundo (la disputa de Lutero con Juan Eck, en Leipzig, en julio del año 1519) dista pocos días de la elección imperial de Francfort. Cuando Carlos V, hacia fines del año siguiente, apareció en suelo alemán, encontró a Alemania en los prolegómenos de una revolución eclesiástica.

Para cualquier pueblo y en cualquier tiempo, constituye una desgracia el hallarse unido dentro de un mismo estado

con otro más grande y más fuerte. La libre evolución de su modalidad innata será dificultada en el mejor de los casos, impedida por lo común y, tal vez, extinguida por completo. Pero tal unión es especialmente funesta en tiempo de crisis, cuando queda superado lo antiguo e irrumpe a la luz lo nuevo. Nunca como en tales momentos, resulta de la mayor importancia que el pueblo pueda desenvolverse tal cual fué creado, determine su propio destino; en una palabra, que sea libre.

Si el pueblo alemán hubiera sido libre en los años 1519-20, se puede imaginar, sin apelar mayormente a la fantasía, de qué modo hubieran podido sucederse los acontecimientos. En primer lugar, como siempre, se hubiera desunido. Una parte hubiera realizado la separación de la Iglesia romana y hallado nuevas formas; la otra parte, mucho menor sin duda, hubiera permanecido fiel a lo antiguo. Ambas, después de una violenta querrela inicial, hubieran aprendido poco a poco a tolerarse y a reconocerse mutuamente y lo futuro hubiera decidido si al fin también la minoría debía seguir el ejemplo de la mayoría.

Pero Alemania no era libre. Se había impuesto como emperador un soberano extranjero y este soberano era español. Aunque neerlandés-borgoñón, por nacimiento y educación, tenía que anteponer los intereses de su estado principal —España— en todas partes. Carlos V no podía realizar, aún en Alemania, otra política que no fuera la española.

Esto tenía en aquel momento doble significación. En el problema constitucional, el nuevo emperador debía asumir una actitud mucho más resuelta que la de sus predecesores contra las tendencias que llegaron a manifestarse en el movimiento por la reforma del Reich. Si la corona



alemana no debía ser para él solamente una carga, si debía favorecer sus planes políticos, tenía que esforzarse por lograr el dominio de toda Alemania. Por eso, las exigencias de los príncipes por una participación en el gobierno y hasta por la colaboración en la política exterior, debían representar un obstáculo de la mayor gravedad. Aunque no hubiera tenido el carácter autoritario que poseyó, hubiera debido, asimismo, realizar el intento de combatir todo lo que en Alemania, por tradición, se consideraba y aspiraba a perfeccionarse, como un derecho adquirido de libertad de los estados representativos del Reich. Carlos V, en el problema constitucional, podía aspirar a reinar solamente en sentido antialemán.

Más rudo todavía era el contraste en el problema eclesiástico. Personalmente imbuído de las ideas de la reforma católica que dominó en Europa en el siglo XV, de todas las características del pueblo español y de todas las tradiciones de su estado, ligado estrechamente a la Iglesia católica, Carlos V podía enfrentar el movimiento religioso que encontró en Alemania sólo como opositor fundamental. Carecía de la menor comprensión, tanto de la rebelión de la conciencia nacional alemana contra el dominio de Roma, como de la independencia de convicción de la conciencia personal frente a la autoridad de la Iglesia. Pero aunque la hubiera tenido, por sus súbditos españoles, no hubiera podido atender los anhelos sus vasallos alemanes. El soberano de este reino español, que había nacido y crecido en la lucha en pro de la fe católica contra los moros y había asentado en los cimientos de su propia existencia las hogueras de la Inquisición, el rey de este pueblo que aun vivía en emociones de cruzadas, no podía exponerse al re-

proche de proteger y favorecer, aún en lo más mínimo, a los herejes contra la Iglesia (1).

Por otra parte, la posición de Alemania frente al emperador no era tan débil. Si se reconocía en forma clara de qué se trataba y si se procedía con resolución y unidad, era posible todavía salvar la independencia de Alemania, ya que el emperador necesitaba mucho a Alemania. Para Carlos podía ser funesto el no poder contar con las fuerzas alemanas, más aún una rebelión abierta, por ejemplo, la proclamación de un anti-emperador. Se vió obligado a tratar con prudencia las aspiraciones alemanas.

Tal era la situación cuando Carlos V, en enero de 1521, convocó la primera Dieta del Reich, en Worms. Las oposiciones chocaron en seguida, unas contra otras. En el problema constitucional, los príncipes exigieron el prometido régimen del Reich. El emperador, levantando imprudentemente la careta, contestó que no quería gozar de menor estima que la de sus predecesores, sino de una estima mayor, siendo él como era más poderoso que ellos. "Es, pues, nuestra intención que el Reich, de acuerdo con antiguos precedentes, no tenga muchos señores sino uno solo, y ése

(1) Carlos V, nació en Gante y por especial deseo de su abuelo Maximiliano y contra la opinión del abuelo materno, Fernando el Católico, fué educado en Flandes, siendo la formación de su espíritu totalmente flamenca, es decir, germana. Cuando llegó como rey a España, ni aún sabía hablar bien el español y se le recibió con el desagrado y la resistencia opuestos a un extraño. Los hechos posteriores demostraron que Carlos V, arrastrado por el predominio mundial hispano y captado por la mayor potencialidad de la nación española en su siglo de oro, se españoliza totalmente, y lleva a su política imperial mundial (aun no estando de acuerdo a veces con los intereses nacionales de España) una intención y un espíritu predominantemente españoles.

Su mejor servicio a España, completado por su hijo el gran Felipe II, fué evitar a los españoles la división confesional, impedir con la actuación del Tribunal de la Santa Inquisición las devastadoras guerras religiosas, y mantener, en el catolicismo, la fuerza de la unidad espiritual de la Hispanidad. (N. del T.)



queremos serlo nosotros". Finalmente se estableció el compromiso en un término medio; se creó el régimen, pero sólo para actuar en las ausencias temporarias del emperador y únicamente en los asuntos internos. En cambio los territorios concedieron al emperador una fuerza tal cual la deseaba: un imponente ejército de 24.000 hombres, para "la campaña de Roma", como se la llamó, aunque en realidad fué para la conquista de Milán y la guerra contra Francia.

Ya en este primer paso se demostró la incapacidad política de los príncipes. Si hubiesen penetrado en las intenciones de su adversario —y él les ofreció fácil ocasión—, no hubieran debido dar un solo hombre ni un solo céntimo, para reforzar aún más su poder, hasta tanto no hubiera renunciado a cualquier intromisión en los asuntos internos de Alemania, tal vez con el establecimiento de un rey romano que gobernara por él con poderes ilimitados. Pero el sentido político de los estados territoriales del Reich no llegaba tan lejos. Su desunión tradicional y la antigua oposición entre ciudades y príncipes, hicieron lo demás: tres años después, el emperador ya estaba en condiciones de echar abajo, desde España, el régimen del Reich y asumir por completo el poder. Si a pesar de ello el peso de su predominio no se hizo sentir en seguida, se debió sólo a las complicaciones internacionales, que maniataban constantemente al emperador.

Cuán limitado era aún por el momento su poder, se demostró con máxima evidencia por la forma en que se vió obligado a tratar el problema eclesiástico. Roma había decretado la excomunión de Martín Lutero, y éste quemó la bula papal, pública y solemnemente. Contra el rebelde, de acuerdo con el antiguo derecho del Reich —que databa de la época de Federico II—, hubiera debido pronunciarse una sentencia de proscripción del Reich, pero ya no era tiempo

de pretender que se procediera conforme a derecho, pues este monje había aparecido, desde poco tiempo atrás, en la lucha contra Roma, como el celebrado conductor de la mayoría de la nación. En agosto del año 1520, había publicado un memorial, "A la nobleza cristiana de la nación alemana para el mejoramiento del estado cristiano". En él bosquejó el programa de una reforma eclesiástica para Alemania, e incitaba a los príncipes del Reich —esto es a la nobleza cristiana de la nación— a llevarla a cabo. En eso había coincidido con el íntimo sentir de todo el mundo. Hasta los que condenaban sus doctrinas teológicas y se asustaban ante la rebelión contra la Iglesia, se hallaban muy dispuestos a identificarse con la mayor parte de sus proposiciones de reforma y a seguirle, un buen trecho a lo menos, en este terreno. Y así, sin mayor esfuerzo, sus amigos lograron que la Dieta del Reich, contra todo derecho y uso vigentes, decidiera interrogar una vez más al hereje condenado por la Iglesia, antes de abandonarlo. Esto era ya de por sí, una innovación revolucionaria. El país mismo, se hallaba, por decirlo así, en camino de convertirse en luterano.

Todos saben cómo se desarrolló el interrogatorio. Con firme fidelidad a sus convicciones, Lutero se negó a la retractación exigida. Pero se resistió también a someterse al juicio de un concilio, por cuanto, de acuerdo con su concepto, tampoco éste constituía una autoridad suprema. Con eso, dejó escapar una posibilidad muy promisoria. Si se hubiera avenido a apelar a un fallo conciliar, habría salido del interrogatorio como vencedor indiscutido. El emperador mismo, educado en la doctrina del concilio, lo hubiera apoyado, y los estados territoriales del Reich se le hubieran adherido. Hasta la decisión del concilio se hubiera pasado mucho tiempo. En ningún otro problema estaban tan en desacuerdo las potencias europeas como en éste,



que entonces se hallaba a la orden del día, sin haber sido resuelto desde setenta años atrás, y, sobre todo, el Pontífice hubiera hecho cuanto estaba en su mano para evitar su pronta convocación. La doctrina de Lutero hubiera, pues, tenido tiempo para difundirse; si asimismo se reunía el concilio algún día, hubiera sido ya demasiado tarde para derrotar las innovaciones arraigadas.

Se podría reprochar a Lutero por no haber comprendido y utilizado este recurso. Pero no era político; tenía que vérselas solamente con el derecho de sus convicciones personales y a ningún hombre se le puede exigir que proceda diferentemente de lo que es. Pero, aun así, se evidenció claramente la situación. El emperador, que, el 19 de abril, inmediatamente después del interrogatorio, había dado, para dejar a salvo su situación personal, una solemne declaración en la que prometía defender, como sus progenitores, la pureza de la fe, este emperador, decimos, se vió, sin embargo, en la imposibilidad de proceder de inmediato contra el obstinado hereje. Sólo el 26 de mayo, cuando se habían ausentado la mayor parte de las representaciones de los estados del Reich, se atrevió a lanzar la sentencia de destierro contra Lutero y sus adherentes, con prohibición de sus doctrinas y escritos, decreto que estaba ya preparado en la Cancillería desde el 8 de mayo. La razón residía en el temor a la oposición de la Dieta, o por lo menos de una fuerte minoría, y tal vez a desórdenes y choques violentos. Así se otorgó el Edicto de Worms; pero no por la vía recta, abierta y legalmente, sino oculta y solapadamente.

Para su cumplimiento mediaron, por lo tanto, circunstancias especiales. La persona de Lutero había sido puesta a buen recaudo y en cuanto al resto del procedimiento, dependía de los poderes locales; pero éstos, en número pre-



*Martinus Luther*

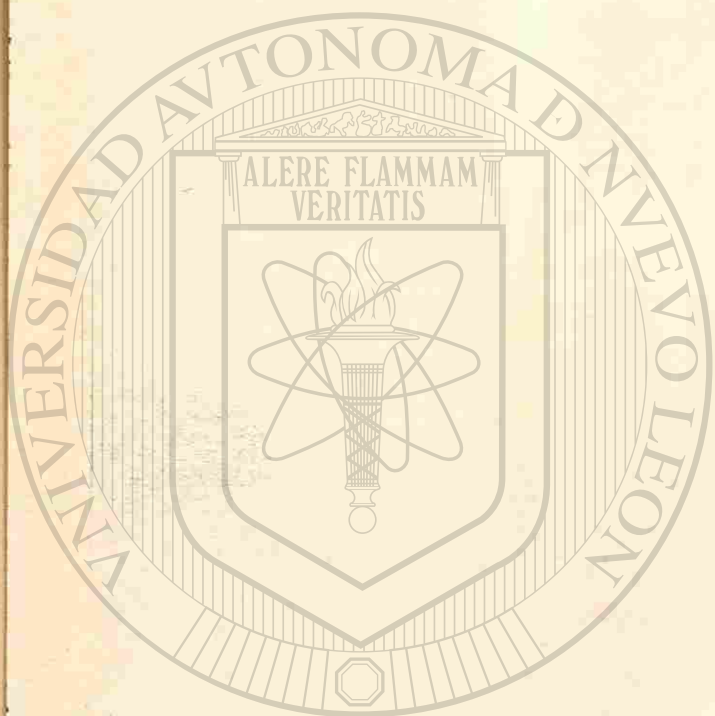
LUTERO

Inició la Reforma en Alemania y sus obras influyeron grandemente en la unificación cultural e idiomática de los alemanes.

*Oleo de Lucas Cranach.*

*(Kolberg, Iglesia Santa María)*





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ponderante, se inclinaron hacia la nueva orientación. En lugar de sofocar el movimiento, el Edicto de Worms colaboró más bien en provocarlo. En 1521-22, comienza en todas las regiones de Alemania la reforma práctica, como la había pedido Lutero en su manifiesto a la nobleza cristiana: la exoneración de las autoridades eclesiásticas, el secuestro de los bienes de la Iglesia, la abolición del celibato y del sacrificio de la misa.

El emperador, sin embargo, tuvo que presenciar impotente los hechos. Tenía las manos atadas por la guerra contra Francia, que cada año tomaba mayor incremento. En este momento no podía prescindir de la ayuda de Alemania. Debía excluir todo procedimiento brusco, toda ofensa a los sentimientos populares. Pero tan lejos llegaron las cosas que Carlos se vió obligado a la guerra contra el mismo Papa, por ser aliado de Francia. ¡Cuán útil fué para él en este caso el encono de los alemanes contra Roma! Nunca como entonces (1526) tuvo mejor resultado la recluta de mercenarios al darse la consigna: ¡se trata de marchar contra el Papa! Cuando las lansquenets alemanes tomaron por asalto a Roma en la Pascua de 1527, Carlos V había vencido. La paz de Cambrai (1529) lo hacía dueño de Italia; los adversarios habían sido ahuyentados; triunfó el emperador.

Ahora le tocaba el turno a Alemania. Bajo el apremio de la lucha se la había dejado tranquila, forzosamente. Hasta se había tolerado que en el momento de mayor tensión, en 1526, la Dieta del Reich, reunida en Espira, dejara expresamente a cada estado territorial del Reich la facultad de atenerse a los dictados de la propia conciencia en el problema eclesiástico "ante Dios y la majestad del emperador". Esto equivalía a convertir a la Iglesia en un asunto territorial, en todos sus aspectos.



Carlos no pensó en tolerar para siempre esta situación. Prescindiendo de los motivos religiosos, hubiera cesado de ser dueño de Alemania si no le hubiese correspondido dar el fallo en la política de la Iglesia y, en cambio, cada estado territorial hubiera podido conceptuarse soberano en esta cuestión. Coincidían así, el problema eclesiástico con el constitucional. Con el firme propósito de poner fin a este estado de cosas, Carlos volvió a Alemania en el año 1530.

Ya el año anterior se había anunciado el cambio. La Dieta de Espira, en 1529, bajo la presión de la voluntad imperial, había proclamado como un deber el cumplimiento del Edicto de Worms, pero con el resultado de que buen número de los estados territoriales más respetables protestaron contra el hecho de que se resolviera esta cuestión por mayoría de votos, cuando tres años antes se había resuelto todo lo contrario por unanimidad. Los "protestantes" —de ellos nos ha venido el nombre en uso— ya habían considerado las consecuencias últimas, y cuando tampoco en la Dieta de Augsburgo de 1530 se pudo llegar a un acuerdo, se unieron en la Liga de Smalkalda, hacia fines de ese año, para defender su punto de vista. El emperador pareció decidido a obrar enérgicamente y a emplear la fuerza; los protestantes a su vez estaban resueltos a contestar a la fuerza con la violencia. Así, con la mano en la empuñadura de la espada, los partidos se enfrentaban uno al otro.

Y, sin embargo, pasaron todavía dieciséis años antes de que se llegara al choque decisivo por las armas.

No es necesario narrar aquí cómo se explica esta vacilación. La causa fundamental se basa, como siempre, en la vinculación extranjera del emperador, que se ve complicado continuamente en una guerra sobre dos frentes. La

lucha contra Francia se reavivó y a ella se agrega desde 1526 la campaña contra los turcos.

En la batalla de Mohács, el 29 de agosto de 1526, el reino húngaro se había derrumbado; el rey Ludovico había encontrado la muerte. No habiendo dejado hijos, entró en vigor el pacto hereditario de 1515 y Fernando, hermano del emperador, se convirtió en rey de Bohemia y Hungría. Un aumento de poder para la casa de los Habsburgo, sin duda, pero pesadamente gravado por la hipoteca de la vecindad turca. El peligro de esta vecindad, que hasta entonces constituyó más bien una amenaza lejana, se acercaba ahora demasiado. Ya el año 1529 había visto al enemigo ante Viena y en los años siguientes, Hungría fué presa de la conquista turca. Debían luchar primero para conseguir una parte de su herencia, si los Habsburgo deseaban asegurar por lo menos la posesión de Austria.

En esas circunstancias era imposible carecer del apoyo de los alemanes. Por lo tanto, no convenía desencadenar al mismo tiempo una guerra civil en Alemania. El doble peligro exterior obligó a Carlos a proceder con suma cautela en este país. Concedió tolerancias y dilaciones; dejó que se disputara; trató de dar largas a todo y de ganar tiempo. Admitió que sus enemigos, los protestantes, expulsaran en 1534 a su casa de Württemberg. Su moderación sólo tendía a impedir que la Liga siguiera creciendo. Se debían resolver primero las dificultades exteriores; luego se dedicaría al problema alemán.

No cabe duda —ya los contemporáneos lo reconocieron— que los protestantes no comprendieron en absoluto la oportunidad de aprovechar esta situación favorable. Con firme unidad y proceder decidido, hubieran podido, conforme al dicho vulgar, colocar al emperador contra la pared. Para ello ni siquiera se necesitaba una alianza con el exte-



rior, que pudiera originar reparos. Eran lo bastante fuertes, aun sin ello. Su partido crecía de continuo por la adhesión de nuevos correligionarios. Sólo hubiera sido necesario organizarlos firmemente y mantenerlos siempre listos para la lucha. No lo consiguieron jamás, porque les faltaba el tino político más elemental. Ni veían el peligro en toda su extensión, ni reunían los recursos para combatirlo. Y en ello se demostró toda la inferioridad política de los príncipes alemanes, producto de la subdivisión en pequeños estados. Donde tienen que enfrentarse con un estadista de talla europea, como Carlos V, estos políticos donquijotescos fracasan lamentablemente. Se comprende que no se puede pedir más a los súbditos, a los eclesiásticos y a los doctos. Ninguno de ellos había adivinado jamás los propósitos del emperador, y puede decirse que todos habían caído en su red. Y esto es cierto especialmente en lo que se refiere a Felipe de Hesia, a quien se celebra con preferencia como el de mayor capacidad política entre los príncipes alemanes. Es notorio cómo éste, por la impudicia de su vida privada, su infame doble casamiento, llegó a depender del emperador. En su miedo ante el castigo que hubiera merecido con creces, se echó en brazos del emperador y se prestó, con angustiosa adulación, para estorbar la política de sus compañeros, cuando en cambio era de suma importancia el proceder animosos y unidos.

Sería deseable disponer de tiempo para detenernos algo más ante este cuadro. Es que en muchos trazos se parece a una pintura de días más recientes. Jamás aparecieron antes en forma tan repulsiva, la estrechez de miras, la mezquindad de sentimiento, y, con ellas, la discutidora porfía y el estrámbotico ergotismo, frente a los grandes y eternos deberes y posibilidades. Quien quiera conocer el carácter político de los alemanes del siglo XVI —y, por desgracia,

¡no solamente de ese siglo!— debe estudiar la historia de la Liga de Smalkalda. Cualidades heredadas se ven aquí destacadas por el nuevo momento de la libre convicción individual en asuntos de fe. Desde que se ha aprendido a escuchar, en los últimos y más graves problemas, sólo la palabra de Dios y de la propia conciencia, queda eliminada completamente la inclinación a subordinarse a los demás, para posponer deseos particulares a favor de finalidades comunes. Todos conocían y buscaban únicamente la seguridad propia, el beneficio propio; lo que fuera de los demás era indiferente. No se concebía que sólo la defensa común con mutuos sacrificios, pudiera salvar también al individuo.

Por suerte, el enemigo durante mucho tiempo no se percató de esta debilidad interna, pero tampoco podía permanecerle oculta eternamente. Cuando los coligados de Smalkalda, bajo la presión del angustiado landgrave de Hesia, no se atrevieron a admitir en su Liga al duque de Cléveris-Gelder, que buscó su amparo para sostener la independencia de su estado contra el emperador, y por esto perdieron además hasta su vinculación con Inglaterra (1540-41), Carlos reconoció, como lo dejó escrito en sus memorias, que no sería difícil, más aún, que resultaría realmente fácil, terminar con ellos.

Desde ese momento modificó su conducta. Si hasta entonces había tratado de apaciguar a los alemanes con concesiones a medias, para poder ser dueño en primer lugar de la situación frente al exterior, procedió ahora a la inversa. Dilató los motivos de disputa externa; contrajo con Francia el compromiso de paz de Crepy en 1544; obtuvo de los turcos, por dinero, un armisticio y reunió todas las fuerzas para someter a los protestantes. En el año 1546 pegó el primer golpe. Los dirigentes de la Liga de Smalkalda fue-



ron proscriptos por desobediencia e infracción de la paz territorial.

No hemos de seguir las operaciones militares. Se sabe muy bien que la incapacidad política de los protestantes los llevó a su completa derrota, cuando realmente tenían más que asegurada la victoria. Cuando, en la batalla de Muhlberg, el domingo de Pascua del año 1547, el elector de Sajonia fué tomado prisionero por los españoles y poco después Felipe de Hesia se entregó voluntariamente, Carlos V había vencido a Alemania, en la misma Alemania.

Ahora podía organizar a su antojo los asuntos internos alemanes; pero, a pesar de todo su gran poder, no lo consiguió. La forma arbitraria con que procedió en el problema eclesiástico e hizo sentir en seguida a los príncipes su superioridad, la desconsideración con que su gobierno se revelaba cada día más como un régimen de España en Alemania y finalmente la clara intención de eternizar la unión con España, con la transferencia de la corona imperial a su hijo Felipe, llevaron a la rebelión a los príncipes alemanes, bajo la dirección del elector Mauricio de Sajonia. A duras penas, el emperador mismo se salvó de caer prisionero en los montes del Tirol, en abril de 1552. La reconstitución de la autocracia imperial había fracasado.

Pero el precio fué elevado. A los alemanes no les había sido posible sacudir por sus propias fuerzas lo que ellos llamaban "la brutal servidumbre española". Se había necesitado la ayuda exterior y hubo que pagarla. Por el tratado de Chambord (15 de enero de 1552) Mauricio y sus aliados habían consentido al rey de Francia la anexión de Metz, Toul y Verdún. El golpe de mano francés ocurrió simultáneamente con su sublevación. Metz, la puerta del Rin medio, se tornó francesa inesperadamente. Inútilmente trató Carlos de anular lo ocurrido. Cuando su ejército

pereció en las trincheras de Metz al finalizar el otoño de 1552, sin poder tomar la fortaleza, el emperador quedaba batido y vencido. Profundamente desengañado y amargado, dejó el campo y se retiró cada vez más de las actividades, hasta que finalmente los dolores físicos y la melancolía por los errores y desilusiones de su vida lo llevaron al claustro. Desde hacía mucho tiempo había abandonado Alemania a sí misma.

Lo que desde un comienzo se hubiera podido alcanzar con procedimientos prudentes, firmes y sobre todo unitarios, se logró así, tras largas luchas y con graves pérdidas. La evolución de los asuntos alemanes permaneció en las vías usuales; se abandonó la vuelta al estado unitario, que pareció sobrevenir con la elevación de Carlos al trono. De nuevo el emperador quedó constreñido al papel que había desempeñado un siglo antes y la independencia de los príncipes territoriales y de las ciudades del Reich no encontró límites.

A esa situación correspondió la forma en que fué resuelta entonces la cuestión eclesiástica. Si prescindimos de las reservas y declaraciones que rodean la paz religiosa de Augsburgo en 1555 y nos atenemos solamente a lo capital, esa paz establece que en los asuntos eclesiásticos es competente el príncipe territorial y no el Reich. Cada estado territorial del Reich puede elegir su propia confesión. O, para expresarlo con otras palabras: la soberanía de los estados, que desde hacía mucho comprendía la policía, la justicia, las fuerzas armadas y las finanzas se extiende en lo futuro también completamente sobre la Iglesia.

Sin duda alguna esto entraba en las directivas que iniciaron y mantuvieron la evolución de los asuntos alemanes desde el siglo XIII. Fué, si se quiere, el último paso para disolver la unidad nacional del Reich. Y puede lamentar-



se con razón. Si nosotros pudiéramos desear el curso de la historia que correspondiese a nuestras exigencias, podríamos decir que lo contrario hubiera sido mucho mejor, desde más de un punto de vista. Una victoria definitiva de Carlos V hubiera robustecido la unidad del Reich en el interior, restablecido su poder frente al exterior y, con ello, alejado los peligros que más que nunca amenazaban a la nación en el este y el oeste. Y habrá quien opine que, si se trataba de reconstituir la unidad nacional, hubiera que conformarse hasta con la represión del protestantismo.

Surge la gran pregunta de si tal cosa hubiese sido posible. En Alemania nadie lo hubiera querido; todos, sin distinción de confesiones, se hubieran rebelado contra esa orientación. Solamente a un soberano extranjero en el país podían ocurrírsele aún semejantes planes. Tampoco los príncipes y los estados territoriales que habían quedado fieles por convicción a la antigua Iglesia, exigieron que los demás fueran obligados por la violencia a la conversión. Baviera, que desde el comienzo permaneció inmovible del lado católico, estuvo muy lejos, sin embargo, de acompañar al emperador en la violenta política de conversión. Pertenció reiteradas veces hasta a la oposición, por motivos meramente políticos.

El transcurso de los acontecimientos confirma, pues, lo que dijimos antes: si el pueblo alemán hubiera sido abandonado a sí mismo, se hubiera hallado muy pronto definitivamente unido, tal vez ya en 1530, sobre una línea de paridad y tolerancia, que respondía a su carácter y a sus circunstancias estatales. Debe imputarse al soberano extranjero, cuyos intereses fuera de Alemania le inducían a desear seguramente cosa distinta, que se impidiera esto durante tanto tiempo y que se lograra finalmente sólo en forma imperfecta. Por esa razón, una victoria completa

de Carlos, hubiera sido posible únicamente en una sujeción total de Alemania a España; y nadie negará que a ese precio la unidad del estado se hubiera pagado demasiado cara. En efecto, ¿qué valor hubiera tenido la unidad del estado si en ella el pueblo alemán ya no hubiera podido ser fiel a sí mismo?

Debe concederse que la caída de Carlos V fué una suerte y una necesidad, en cuanto la idiosincrasia alemana debía seguir evolucionando, es decir, en cuanto el pueblo alemán debía seguir viviendo en sentido histórico.

Por el contrario, no hay afirmación más equivocada, pero oída a menudo, de que la aparición de Lutero y el cisma religioso originado por él causaron o apresuraron la disolución del Reich. La oración es exacta si se invierte: puesto que el Reich estaba ya disuelto a medias, pudo originarse un cisma confesional duradero. Si los estados territoriales no hubieran sido ya tan poderosos y tan independientes, también en Alemania la cuestión religiosa se hubiera podido resolver en forma unitaria como en otros países. Pero por el hecho de que las representaciones territoriales del Reich habían alcanzado tan alto grado de independencia y poder, tampoco el emperador Carlos, al final, estuvo en condiciones de imponer la unidad de la fe.

Queda en pie sólo un hecho: por los acontecimientos del año 1517 y siguientes, se agrega también a las diversas desuniones que hasta entonces desgarraron el cuerpo de la nación alemana —las diferencias entre los pueblos originarios, la dispersión política y las oposiciones de clases— la peor de todas: la confesional. Desde entonces, nada ha influido más hondamente sobre la historia alemana que esta pugna de las confesiones religiosas. Actúa hasta nuestros días; más aún, en tiempos más recientes ha arrojado



transitoriamente en agudeza. Todos saben cuán funesto fué eso para nuestro destino nacional.

Por estas consideraciones y prescindiendo por entero de la adhesión personal a uno u otro partido, partiendo exclusivamente del punto de vista de los intereses nacionales, ¿no hay razón para deplorar el origen de la disensión y considerar a quien la provocó como un hombre siniestro?

Creo no poder rehuir esta pregunta, aunque la contestación que yo pueda dar deba considerarse solamente como una opinión personal, sin ninguna pretensión de valor objetivo.

Me parece que debe desistirse de querer corregir, aunque sea sólo con el pensamiento, el curso de los acontecimientos. Importa mucho más comprenderlo. En sucesos tales como la Reforma alemana, actúa una necesidad interna; y especialmente en Lutero, se tiene, como en pocas personas, la impresión de que no pudo proceder de otro modo que como lo hizo. Esto mismo es lo moralmente sublime en este carácter digno de respeto y estimación. Con más razón se podría acusar al pueblo alemán de no haber hallado la fuerza capaz de dominar en una u otra forma la disensión originada. Pero también contra este reproche cabe una réplica: tampoco el pueblo alemán pudo obrar de otra manera; debió actuar tal cual era. Y si en alguna parte se refleja el carácter de nuestro pueblo, con sus méritos y sus defectos, es ciertamente en la historia de la Reforma.

Sí; así debía ocurrir y, con la comprensión de esta necesidad fatal, enmudecen reproches y anhelos.

Pero si se consideran las circunstancias como son realmente —resultado de una necesidad interior—, se descubre pronto que no deben solamente deplorarse. La división confesional, la necesidad de vivir unidos y la discusión con disidentes han dado al espíritu del pueblo alemán

una profundidad y una riqueza interior que otros pueblos no conocen. A quien no quiera admitir este consuelo, porque equivaldría a envidiar a un enfermo incurable la depuración interna que debe a su mal —el enfermo, por el contrario, envidiará siempre a los sanos—, a ése quisiera yo presentarle otra reflexión.

La religión es la última y más honda expresión de la vida espiritual. Por eso cada pueblo tiene su propia religión, que responde a su idiosincrasia. Y esto rige también para el catolicismo, aparentemente tan uniforme: éste es distinto en Alemania y en España y en la Italia meridional; es otro en Francia y en Norteamérica. ¡Afortunado el pueblo al que la suerte permite elegir su propia religión con plena libertad y de acuerdo con su más íntima manera de ser! Así podrá prosperar óptimamente y desarrollar sus energías y capacidad con la máxima plenitud. Ahora bien, nadie puede desconocer el hecho real de que las mayores creaciones con que contribuyó el pueblo alemán, desde la Reforma, en la vida cultural del orbe —excepción hecha del arte musical, que posee una esfera particular— han surgido del sector protestante de la nación. Cuanto el mundo conoce como cultura alemana es en esencia de origen protestante, no obstante el gran número de católicos alemanes. Nada sería más equivocado que deducir de esto que el catolicismo fuera inferior. Entre los franceses e italianos ocurre lo contrario; allí se originan los grandes hechos, totalmente, en la vida nacional católica. Para esto no puede haber, pues, otra causa, sino que la forma religiosa protestante es la más apta para el carácter particular del espíritu alemán, la más indicada para despertar y desarrollar sus energías y para capacitarlo en el más alto grado. La excepción que parece formar el arte musical no hace más que confirmar la regla. Éste vive sólo de sentimiento, por



lo que su idioma está por encima de todos los contrastes del pensamiento y de la voluntad. El pensamiento alemán, sin embargo, y la conciencia alemana son por naturaleza protestantes.

Contemplando así los hechos, se reconoce fácilmente cuán necesario fué, en un sentido aún más alto, que una gran parte de la nación alemana se apartara de Roma y buscara independientemente su camino hacia el mundo del más allá. Fué una necesidad, y, a pesar de todo, resultó un beneficio.

## CAPÍTULO OCTAVO

**La victoria de los príncipes — La paz religiosa — La contrarreforma — Intervención de España — La elección del emperador Fernando II — La aventura palatino-bohemia — La guerra en Alemania — La victoria del emperador — Gustavo Adolfo — Entrada de Francia en la guerra — La paz de Westfalia — La Alemania de 1648.**

La paz de Augsburgo había dado doble resultado: la victoria de los príncipes sobre el emperador, tanto en el problema constitucional como en la cuestión religiosa. Alemania siguió siendo el país de la descentralización estatal; casi puede decirse de la disolución del estado, y además el país de la división eclesiástica. En la lucha por la situación dominante en el Reich, que llenó todo el período del reinado de Carlos V, los príncipes habían resultado no sólo vencedores en la defensa, en cuanto las tentativas del emperador por constituirse en soberano verdadero habían sido anuladas, sino que habían logrado también considerable aumento de poder. En todos los territorios, evangélicos y católicos, el príncipe se trocó en señor de la Iglesia. Esto es palpable donde se acepta la Reforma: las iglesias evangélicas son en todas partes iglesias territoriales y sus sacerdotes son empleados del estado. Además, las confiscaciones de los bienes eclesiásticos, naturalmente robustecen la riqueza del soberano territorial. Pero también en los territorios católicos el príncipe ha llegado a ser com-



lo que su idioma está por encima de todos los contrastes del pensamiento y de la voluntad. El pensamiento alemán, sin embargo, y la conciencia alemana son por naturaleza protestantes.

Contemplando así los hechos, se reconoce fácilmente cuán necesario fué, en un sentido aún más alto, que una gran parte de la nación alemana se apartara de Roma y buscara independientemente su camino hacia el mundo del más allá. Fué una necesidad, y, a pesar de todo, resultó un beneficio.

## CAPÍTULO OCTAVO

**La victoria de los príncipes — La paz religiosa — La contrarreforma — Intervención de España — La elección del emperador Fernando II — La aventura palatino-bohemia — La guerra en Alemania — La victoria del emperador — Gustavo Adolfo — Entrada de Francia en la guerra — La paz de Westfalia — La Alemania de 1648.**

La paz de Augsburgo había dado doble resultado: la victoria de los príncipes sobre el emperador, tanto en el problema constitucional como en la cuestión religiosa. Alemania siguió siendo el país de la descentralización estatal; casi puede decirse de la disolución del estado, y además el país de la división eclesiástica. En la lucha por la situación dominante en el Reich, que llenó todo el período del reinado de Carlos V, los príncipes habían resultado no sólo vencedores en la defensa, en cuanto las tentativas del emperador por constituirse en soberano verdadero habían sido anuladas, sino que habían logrado también considerable aumento de poder. En todos los territorios, evangélicos y católicos, el príncipe se trocó en señor de la Iglesia. Esto es palpable donde se acepta la Reforma: las iglesias evangélicas son en todas partes iglesias territoriales y sus sacerdotes son empleados del estado. Además, las confiscaciones de los bienes eclesiásticos, naturalmente robustecen la riqueza del soberano territorial. Pero también en los territorios católicos el príncipe ha llegado a ser com-



petente en los asuntos de la Iglesia, porque ésta ya no puede existir sin él.

A esto se debe que el emperador, en las dos generaciones siguientes, tenga menos importancia que nunca; los emperadores de la dinastía de los Habsburgo, después del año 1555, no son ya un factor dominante, a pesar de su mayor dominio territorial; la incorporación de Bohemia a Austria la convirtió en un estado superior en millas cuadradas y población a todos los demás. Se hallan en constante aprieto, por su lucha por Hungría, que poseen sólo en mínima parte y donde los amenazan los turcos. Difícilmente hubieran podido resistir sin la repetida ayuda del rey de España (1). Ocurre así que el imperio pierde totalmente el puesto directivo, como en tiempos de Federico III; sólo que los príncipes ahora, por su mayor poder y por las necesidades de sus intereses confesionales particulares, realizan una política mucho más activa, sobre todo en el exterior. Presenta un fenómeno nuevo la conducta independiente de Hesía, Sajonia, Brandeburgo y, en especial, del Palatinado, en las cortes extranjeras, en Francia, Inglaterra, los Países Bajos, Escandinavia y Polonia, coincidiendo con la política imperial o cruzándose con ella.

Esto fué consecuencia, aunque no necesaria, del cisma religioso. Con el tratado de paz de 1555, Alemania se hubiera conformado plenamente si la hubiesen dejado librada a sí misma. En cuanto a Alemania sola, el año 1555 hubiera podido cerrar la época de 1519. Debe atribuirse ex-

(1) El temible y arrollador avance de los turcos, enseñoreados ya del Mediterráneo, hacia la conquista de Europa, fué contenido por España, cuya armada al mando del hijo natural de Carlos V, Don Juan de Austria, aplastó definitivamente su poderío en la batalla naval de Lepanto el 7 de octubre de 1571. Aquí por segunda vez España, como antes en su lucha de siete siglos con los árabes, salvó la cristiandad y la civilización europea. (N. del T.)

clusivamente a la reiterada y constante intromisión de potencias extranjeras, que no sucediera así y que la lucha tuviera que recomenzar poco tiempo después.

La paz religiosa había establecido que cada estado territorial del Reich podía elegir su confesión y, al mismo tiempo, decidir con ello lo referente a la confesión de sus súbditos. Se había establecido una excepción para las representaciones de los estados territoriales eclesiásticos del Reich, es decir, para los obispos, los abades y las abadesas. Para ellos debía estar prohibido la conversión a la nueva fe: tal fué el contenido de la llamada "reserva eclesiástica". Los protestantes no la habían reconocido y cedieron en su oposición al conjunto total sólo cuando el emperador, en un documento personal, la "Declaración Imperial", les aseguró que la nobleza radicada en los territorios eclesiásticos, gozaría del derecho de ingreso en la confesión evangélica. Por ella, nobles, caballeros y ciudades de un episcopado o del territorio de un monasterio podían convertirse al protestantismo, mientras que el príncipe debía seguir siendo católico. Así que aquí tampoco nada se oponía a la difusión del protestantismo.

Esto debía considerarse solamente como una concesión personal del entonces emperador, pero una ley del Reich y por lo mismo de un valor y vigencia dudosos. Los protestantes se dieron por satisfechos con ella, sintiéndose los más fuertes. Lo eran en realidad. Poseemos testimonios de embajadores venecianos de los años posteriores (1557-59), que están contestes en que realmente las nueve décimas partes de Alemania eran ya protestantes y que sería sólo cuestión de tiempo que todo el país perteneciera a la nueva fe.

En efecto, no tuvo en cuenta al principio la reserva eclesiástica, hasta donde alcanzó la influencia de los príncipes protestantes. En toda la Alemania septentrional esta-



ba fuera de discusión; ya no había allí ninguna dinastía católica, por cuyo motivo los episcopados del norte, uno tras otro, elegían obispos a príncipes protestantes. Aun cuando éstos no recibieran la consagración, regían, sin embargo, como "administradores" su principado. De tal manera los episcopados se convirtieron en segundones de casas de príncipes vecinas, representando para éstas un nuevo aumento de poder. En el año 1577 se había llegado tan lejos, que en todo el norte de Alemania solamente Hildesheim constituía una excepción a esta regla.

Pero en aquel entonces el protestantismo ya había dejado atrás el apogeo de su potencialidad y comenzó el movimiento católico contrario. En el año 1573 el príncipe-abate Baltasar de Dernbach atropelló en Fulda la "Declaración Imperial" y compelió a la nobleza evangélica de su diócesis a volver a la Iglesia católica; en 1574 siguió su ejemplo el arzobispo Daniel Brendel, de Maguncia, en su territorio de Eichsfel, situado en medio de Turingia, y en 1575, en la elección de Rodolfo II, la "Declaración Imperial" no fué renovada. Había comenzado la "Contrarreforma".

No surgió de Alemania; se debió a la actividad misionera de una orden extranjera, a la obra de la orden española de los jesuitas y a la curia romana. En todo el mundo estaba empeñada entonces la lucha de la Iglesia católica para la reconquista de los territorios perdidos. La decisión se produce durante la guerra entre la Corona española y los Países Bajos en rebelión, en la que intervienen los estados vecinos, e Inglaterra da finalmente el golpe decisivo: En el año 1572 comienza la sublevación de esas provincias; en 1581 se realiza su separación formal de España, y el año 1588 trae la decisión, con la destrucción de la flota de

guerra española por los ingleses (1). Se habían echado los dados del destino político, religioso y espiritual de Europa.

Alemania casi no tomó parte en estos sucesos, salvo por los soldados, enganchados en su territorio para luchar en ambos campos. Asistió a la contienda con pasiva neutralidad, no obstante resolverse, al fin y al cabo en ella, su propio destino. Una intervención de su parte se había vuelto imposible, tanto por su situación como también por el carácter del protestantismo alemán.

Sus jefes, hasta ese momento, habían sido luteranos; en cambio el oeste se había inclinado al calvinismo, y en esto también, de acuerdo con la típica modalidad alemana, se sintió más lo separativo que lo común a todos. Esto no varió, ¡al contrario!, creció aún más, cuando el calvinismo, siempre pronto a combatir, siempre agresivo, comenzó también en Alemania a realizar sus conquistas. El hecho de que el Palatinado calvinista obrara, con vivo afán de acción, para sostener a sus iguales de confesión en Francia y en los Países Bajos, fué un motivo más para que la Sajonia electoral se opusiera reciamente. Temía por su papel hereditario de jefe de los evangélicos, si hubiera vencido la orientación del Palatinado.

Podría alegarse además un motivo ideal para la cómoda política de neutralidad de los estados luteranos. Su intromisión en la lucha de las potencias occidentales implicaba el peligro de que la guerra pasara a Alemania y se convirtiera en una guerra civil alemana. Hasta tanto no existiera una amenaza directa, pareció que valía la pena evitarlo. Y no se sentía tal amenaza. Con una com-

(1) La llamada "Armanda Invencible", con la que el rey de España, Felipe II, paladín de la causa católica mundial, trató de invadir y aplastar a Inglaterra, y que fué desmantelada por las tempestades ya junto a las costas inglesas. (N. del T.)



prensión más amplia de los hechos se hubiera podido comprobar fácilmente toda la extensión de la amenaza. Por el afán angustioso de evitar una guerra civil religiosa, mientras se hubiese podido ganar, se llegó a producir su estallido cuando los enemigos habían logrado la superioridad.

Bajo la protección de la paz religiosa y de la neutralidad, se realizó precisamente en estos años la evolución en Alemania. En primer término, en el campo de la escuela y de la cultura. En el año 1562 la Alemania culta era la protestante. El duque de Baviera tuvo entonces que desistir del envío de un representante al Concilio de Trento, porque no halló en su estado a una sola persona que lo pudiera representar dignamente ante italianos y españoles. Las pocas universidades católicas estaban desiertas y arrastraban triste existencia. Veinte años después las cosas llegaron a ser muy distintas. Los colegios jesuíticos, en posesión de la escuela italiana, que era superior, lograron adueñarse poco a poco de la educación de las capas sociales más elevadas; la cultura más distinguida resultó ser la impartida por los jesuitas. La orden educó, ante todo, a un buen número de jóvenes príncipes, como instrumentos que en caso necesario no fallarían.

El partido católico se ha despertado; firmemente unido, resuelta y atinadamente dirigido, marchaba en línea recta hacia sus fines. Desde el año 1580 una poderosa reacción se insinúa en muchos lugares. Se mencionaron ya los primeros síntomas, hacia 1570. Como punto visible de la crisis puede considerarse la lucha por Colonia en 1582/84. La circunstancia de que el elector Gebhard Truchsess de Waldburg al convertirse al protestantismo no hallara ningún apoyo eficaz en sus nuevos correligionarios —exactamente como cuarenta y dos años antes el duque de Clé-

veris— y de que intervinieran fuerzas militares de los Países Bajos y expulsaran al apóstata, decidió todo el porvenir del bajo Rin y de Westfalia. Colonia siguió siendo católica y posteriormente, ante los batallones españoles, desaparecieron también los administradores protestantes de los episcopados de Westfalia. Hay que tenerlo siempre muy presente: fueron soldados españoles quienes colocaron esta piedra angular de la Alemania católica.

Mientras tanto subía la marea de la reacción. Lo que la pérdida del bajo Rin y de Westfalia no había logrado conseguir, lo causó veinticinco años después la caída de una pequeña ciudad libre del Reich en Suabia. En el año 1608 el duque Maximiliano de Baviera, desde hacía tiempo el jefe guerrero de los católicos, forzó a la ciudad de Donauwoerth a aceptar la confesión católica, anexándola simultáneamente. Esto originó por fin el impulso de una defensa más activa entre los protestantes. Una parte de ellos se organizó ese mismo año, bajo la dirección del elector del Palatinado, en la Unión Evangélica pro defensa de la paz religiosa. Baviera contestó en 1609 con la creación de la Liga Católica. Pareció que la guerra civil estaba a las puertas. Y debía resultar una guerra europea en suelo alemán, pues Francia y España estaban justamente a punto de llegar a las manos.

Pero aquí se paralizó el curso de los acontecimientos. El rey de Francia Enrique IV fué asesinado en 1610; Rodolfo II, el emperador completamente español que estaba demente, fué derrocado por su hermano Matías en 1611. Esto ocasionó una nueva dilación. El nuevo emperador Matías logró evitar el estallido, interviniendo como mediador entre los dos partidos. Pareció que aun podía salvarse la paz, si se dejaba a Alemania librada a sí misma. Pero no debía ocurrir. Si hubiera dependido exclusiva-



mente de los alemanes, puede muy bien suponerse que a pesar de todo la paz no hubiera sido alterada. Debe imputarse sustancialmente a la intervención española el estallido de la guerra.

Bajo el reinado de Felipe III, el imperio español se hallaba en su más orgulloso florecimiento. Revivieron las ideas de Carlos V; se quiso emprender nuevamente la gran lucha contra Francia y se creyó preciso que el rey español se convirtiera otra vez en emperador alemán, para poder guerrear con mayor vigor y atacar al adversario, como en los tiempos de Carlos, desde la frontera oriental. Finalmente se renunció a ello, pero únicamente por presentarse un camino más simple.

El emperador Matías, con su débil política de intermediario, no satisfizo ni lejanamente las pretensiones católicas y su gobierno corría peligro de fracasar en sus territorios hereditarios. Por lo tanto se unieron los archiduques para desalojarlo. Debía sustituirlo Fernando de Estiria, el más incondicional de todos los dóciles alumnos de los jesuitas. Apelando al fuego y a la espada había devuelto a la fe católica su propio estado, con la declaración de que prefería perder tierras y gentes, antes que tolerar en sus dominios a los herejes. Y ahora se proponía hacer lo mismo en Bohemia y en Austria. Para ello necesitaba el apoyo del rey de España, el jefe de la familia, frente a quien la línea alemana de la casa archiducal representaba siempre el papel de pariente pobre. España sola podía dar el dinero tan necesario y el rey Felipe estaba dispuesto a ello, siempre que a él le rindieran otro servicio. En 1617 se hizo el contrato; España se comprometía a apoyar la elevación de Fernando, si se le cedían en cambio las posesiones austríacas en Alsacia.

En seguida se puso manos a la obra. Matías fué expul-

sado primero de Bohemia, después también de Austria y Hungría; Fernando se apoderó de las riendas del gobierno. Con él se inició la conversión violenta y desconsiderada. La respuesta de la población fué en todas partes la franca rebelión. La famosa "defenestración" de Praga (23 de mayo de 1618) es el episodio dramático que dió la señal. Ahora tocó a Fernando ser rápidamente también expulsado de Bohemia; en Austria estuvo apenas seguro de su vida, pero en 1619 murió Matías y dejó vacante la dignidad imperial, la última que le había quedado.

En el mes de agosto de 1619 los electores se reunieron en Francfort para la elección. El único candidato fué Fernando. Resultó tal cual una repetición en mayor escala de los sucesos que se habían desarrollado cien años antes. Lo que entonces había sido una amenaza que con dificultad fué conjurada en 1555, volvería a surgir ahora inevitable y para siempre si se elegía a Fernando. Se conocían sus intenciones; se sabía también que tras de él se hallaba España. La guerra civil religiosa y la intromisión del exterior no podían eludirse por más tiempo. Pero esto ocurrió asimismo: el 28 de agosto de 1619, Fernando fué elegido casi por unanimidad. Solamente el Palatinado electoral se abstuvo de votar, después de haber hecho una última tentativa de alejar el desastre, ofreciendo la corona al duque de Baviera, Maximiliano, que la rechazó, de igual modo que antes lo había hecho Federico el Sabio. La fatalidad emprendió la marcha. Con mucho acierto escribieron a su príncipe los representantes de Brandeburgo: "Como Jesús lloró sobre Jerusalén, hay que llorar por esta elección, frente al desastre que ella deparará a Alemania". ¡Y, con todo, ellos también, de acuerdo con sus instrucciones, habían votado por Fernando!

El espectáculo tiene algo de inconcebible, por cuanto



en él los electores protestantes retorcieron con sus propias manos la soga que los ahorcaría a ellos y a su causa. La explicación hay que buscarla probablemente en las personas. Entre todos los príncipes de aquellos días hay un solo hombre de significación: Maximiliano de Baviera. Los demás en conjunto, de ambos bandos, alcanzan apenas a la mediocridad. Pero en la más baja escala se encontraban precisamente quienes pretendían representar por su posición y tradición al protestantismo. Juan Segismundo de Brandeburgo y Juan Jorge de Sajonia son pobres diablos que dan lástima; difícilmente puede decidirse cuál era el más bobo de los dos. En este caso, ambos procedieron por igual en forma totalmente necia y deplorable. El sajón, ante las insistentes disuasiones, dió la clásica respuesta: "Ya lo sé; nada bueno saldrá de esto; conozco a Fernando. Pero el hombre no importa, a Dios hay que confiar la causa". ¡Así dijo y ordenó a su embajador que en la elección votara de acuerdo con los electores eclesiásticos! Linda moral, y aún más hermosa sabiduría política, que dejaba a Dios la reparación de las tonterías que cometen en la tierra sus más altos representantes. Para explicar esta estrechez de miras se ha dicho que el elector estaba completamente ebrio. No hay que extrañarse, pues, de nada, si los asuntos más importantes eran tratados de semejante modo por tal clase de gente...

Entre las potencias protestantes había una que trataba de destacarse de las demás. En la corte del Palatinado electoral, en Heidelberg, se acariciaban proyectos de vasto alcance y se trataba de realizarlos con la mayor actividad. Dominaba allí el espíritu emprendedor y agresivo del calvinismo, representado por el ministro dirigente, el príncipe Cristián de Anhalt, hombre de mundo, rico de proyectos. No carecía de fogosos impulsos e ingeniosas inspiraciones, pero

sí de reflexión y tino. Fué obra suya la Unión Evangélica, organización que dejó mucho que desear, más débil y más floja aún que en su tiempo la Liga de Smalkalda. Se trataba de una coalición de impotentes; los príncipes protestantes más fuertes se mantuvieron alejados de ella. Éstas y otras experiencias hubieran debido aconsejar prudencia al príncipe de Anhalt. En cambio cayó en la ocurrencia aventurera de contrarrestar, mediante un contraataque, el inminente ataque de las directivas imperiales católicas. Impulsó a su señor, el elector Federico, a aceptar de manos de los insurgentes la corona de Bohemia. El 26 de agosto, dos días antes de la elección imperial de Francfort, se había elegido rey en Praga al elector del Palatinado.

Esto significó una lucha de vida o muerte contra los Habsburgo, que se vieron obligados a jugarse el todo por el todo para reconquistar a Bohemia, si no querían exponerse a perder también su dominio en Austria y en los estados limítrofes, incluyendo naturalmente la corona imperial. A semejante lucha podía haberse lanzado el elector del Palatinado únicamente si por lo menos hubiera sabido que tenía detrás de sí la masa del protestantismo alemán, unida y con plena eficiencia, y si hubiese podido contar siquiera con el apoyo de una sola gran potencia extranjera. No ocurrió ninguno de los dos casos. Las clases protestantes desampararon a su compañero desde un comienzo. Además del temor del peligro que amenazaba, no podían sentirse incitadas a convertir en rey de Bohemia y tal vez en emperador, al elector del Palatinado, que desde ya despertaba sus celos. Sajonia prefirió quedar neutral y hacerse pagar por Fernando, en cambio, con la cesión de Lusacia. Del exterior no asomó indicio alguno de la más tibia ayuda. Hasta el suegro, el rey Jacobo de Inglaterra, había opinado en contra. En esas circunstancias, cuando no que-



daba otro apoyo que las escasas fuerzas propias del Palatinado y los insurrectos de Bohemia, la aceptación de la corona bohemia era una aventura temeraria, ¡más todavía!, un crimen.

¡Qué distinto, sin embargo, se presentaba el cuadro del otro bando! Las fuerzas católicas formaron como un solo hombre detrás de Fernando. Baviera y la Liga se pusieron a su disposición; España ayudó en cuanto pudo; ni por un instante cabía dudar de la superioridad de este bando, tanto en lo material como en lo moral. Y así se cumplió la fatalidad con funesta rapidez. Ya el 8 de noviembre de 1620 todo quedó decidido por la aniquiladora derrota del ejército palatino-bohemiano en el Monte Blanco, cerca de Praga; desamparado, el "rey de invierno" huyó del país; Fernando fué el indiscutido señor de Bohemia y Austria. En ambos países, la población, que hasta entonces había sido preponderantemente protestante, fué compelida con terrible dureza a volver al catolicismo. En buena parte la "conversión" no fué otra cosa que despoblación. Pero se rompió entonces la "espina dorsal" a los alemanes de Austria. Mal podría un pueblo, aún de sustancia más firme que ellos, soportar conversión tan violenta sin sufrir un daño espiritual al exterminarse a todos los individuos más capacitados y de más elevada moral.

Pero también para Alemania entera, la batalla del Monte Blanco posee la significación de un día decisivo de todo su porvenir. Bismarck contó una vez, cómo no le dejó dormir en toda una noche el pensar sobre cuán diferentes se habrían desarrollado los sucesos si la suerte de esta batalla hubiese sido distinta. Y en realidad no es posible abarcar con el pensamiento las consecuencias de una victoria de los evangélicos. Téngase presente lo que hubiera significado una Austria protestante y expulsados los Habs-

burgo. Quedaría desalojado de Alemania este linaje, que hasta nuestros días no ha traído al pueblo alemán más que desastres y las mayores desventuras —¡gracias a Dios que por fin se ha concluído ahora su triste y fatal papel!—; el cisma religioso, si no eliminado, por lo menos aliviado o atenuado; ninguna oposición entre sur y norte por razones confesionales y con eso tal vez ya ninguna divergencia insuperable... Demasiado hermoso para que hubiera podido ser verdad. Y de hecho no se trata más que de un sueño de una noche de insomnio. Para que hubiese podido ser de otro modo, también los protestantes alemanes hubieran debido ser otros y no los que eran. Como a tales, resulta más que dudoso si aún una victoria de las armas palatino-bohemianas les hubiera dado la plenitud de sus frutos. Fué natural que faltara la victoria en el campo de batalla. Para conseguirla se hubieran necesitado, no sólo soldados más numerosos y generales más capaces, sino ante todo, estados y príncipes mejor preparados. Entonces, no se puede sostener que la casualidad en la suerte de las armas decidía en un solo día el curso de los acontecimientos por siglos. No se trató de una casualidad de la suerte; obró la inexorable lógica de los hechos, por la que Federico fué derrotado y Fernando resultó vencedor. En ese día se demostró quién sería el más fuerte.

La guerra por Bohemia nada tenía que ver aún con el resto del Reich. Pero de ella nació el castigo del príncipe del Palatinado. Fué proscrito y se encomendó al duque de Baviera la ejecución del destierro. Sólo con ello se llevó la guerra al interior del Reich. Se hubiera podido evitar esto; sobaban recursos y medios para tornar inofensivo definitivamente al elector del Palatinado, quien de inmediato se había refugiado en el exterior, sin que por tal causa Alemania se convirtiera en un campo de batalla. Pero los



aliados del emperador reclamaron su precio: Baviera exigió las tierras del Palatinado y la dignidad electoral que le había sido prometida; España pidió Alsacia y el Palatinado de la orilla izquierda del Rin; los personajes principales, los jesuitas, pidieron la catolización del territorio más poderoso en la Alemania del sur.

Así prosiguió la guerra, que de bohemia se convirtió en guerra del Palatinado. Dos años después estaba terminada; el Palatinado resultó en parte bávaro, en parte español y debía convertirse al catolicismo. Pero tampoco ahora se había llegado aún al final. La circunstancia de que las tropas evangélicas, que por último habían luchado en el Palatinado, se hubiesen retirado hacia el norte de Alemania, sirvió de pretexto a la Liga, a los bávaros y a los ocultos instigadores jesuitas, para trasladar la guerra a la parte septentrional del Reich, y poder llevar a cabo también allí la conversión violenta al catolicismo. Con eso comienza realmente la tragedia de Alemania, por cuanto también del otro lado se inmiscuyó el exterior. La aparición de las tropas de la Liga en la Sajonia inferior, donde las fuerzas del país no podían ya oponer resistencia alguna; la posibilidad de ver también el norte del país de nuevo católico en su mayor parte y a remolque del poder mundial español, constituían una alarma para los países protestantes vecinos, los Países Bajos, los estados escandinavos e Inglaterra. Se formaron coaliciones; se reclutaron ejércitos con dinero extranjero, holandés o inglés; Alemania se convirtió por segunda vez, como cuatro siglos antes, en el tablero de ajedrez en el que se jugaría la gran partida de las pugnas europeas.

La primer intentona para detener el curso victorioso de las armas católicas, fracasó completamente. En el norte, Dinamarca debía realizar la obra; en el sur, la Transilvania y los turcos habían de atacar al emperador por la



*W. Wallenstein*

WALLENSTEIN

Procuró, sin éxito, reformar la estructura del Reich y fortalecer el poder imperial.

Bosquejo de Antonio van Dyck.

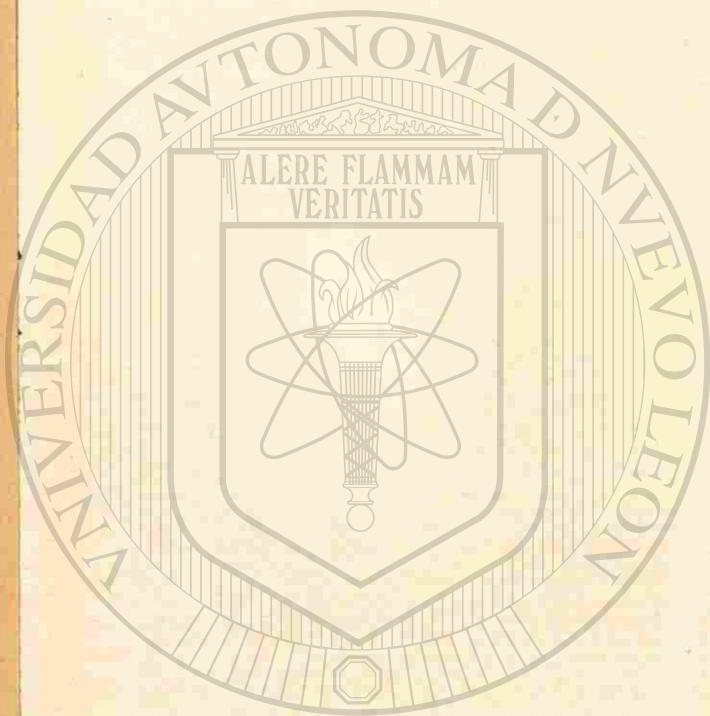
(Munich, Pinacoteca)



espalda. Mas los turcos fueron retenidos por los persas, la Transilvania por sí sola era demasiado débil y Dinamarca falló enteramente. El ejército de la Liga al mando de Tilly dominó a la Sajonia inferior, y Wallenstein, general en jefe del emperador, avanzó irresistible hasta Jutlandia. La paz de Lübeck, en 1629, puso a los pies del emperador a toda Alemania. Fernando II fué emperador, como nadie antes que él, ni Federico I ni Enrique VI, lo habían sido jamás.

En el cerebro de Wallenstein surgieron fantásticos planes. El emperador debía convertirse en señor de los príncipes, en único soberano alemán, abolir la elección imperial, introducir el derecho hereditario a la corona imperial, construir una flota en el Báltico, y con ella dar la mano al poder marítimo español. En último plano apuntaba la sumisión de Italia y una cruzada para poner fin a la potencia turca.

Fernando, poco inteligente y carente de fantasía, no tenía comprensión ni hasta para lo que de estos sueños podía resultar una realidad —no todos, por cierto, fueron quimeras—. Le dominaba otra preocupación: la reconstitución de la Iglesia católica en toda Alemania. Si hubiera querido seguir las incitaciones de Wallenstein, hubiera debido ante todo volverse también contra sus aliados, que lo eran entonces Baviera y los electores eclesiásticos, y en cambio dejar en segundo plano las pugnas confesionales. Había que elegir: o bien se explotaban enteramente las posibilidades políticas contenidas en los éxitos militares —y entonces era recomendable renunciar a la reconquista confesional—; o bien se mantenía fija la mirada sobre la finalidad confesional, y en este caso la transformación de la constitución del Reich resultaba impracticable. Para Fernando lo primero no importaba. Probablemente no comprendió nada de las ideas geniales de su gran general. Por



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y SERVICIOS



eso lo esquivó, lo despidió y se limitó a promulgar el Edicto de Restitución (en 1629), que no exigía otra cosa que el retorno al estado de posesión que los evangélicos habían ocupado en el año 1555.

Si se hubiera cumplido plenamente, no cabe duda de que el protestantismo hubiera sido extirpado de la mayor parte de Alemania. Habría decaído hasta ser una secta tolerada en algunos principados seculares del norte, en Sajonia, Brandeburgo y Brunswick, en la misma forma en que se había tolerado en Bohemia a los secuaces de Hus. Es muy problemático cuánto tiempo y en qué grado hubiera podido mantenerse así. Con el correr del tiempo, tal vez, hubiera descendido a ser una rareza religiosa, como los valdenses o los menonistas. Para la cultura espiritual de occidente no hubiera tenido mayor importancia; Alemania, en general, se hubiera adaptado, espiritualmente, y con ello también en todos los demás aspectos, al tipo bávaro-austríaco.

Este destino pareció inevitable en el año 1629. En el país mismo no existían ya las fuerzas necesarias para impedirlo. Al parecer sólo sobrevendría un martirio más o menos heroico. Si ocurrió de modo distinto debe atribuirse también a la intervención extranjera.

Los triunfos del emperador, aún en los modestos contornos que les dió Fernando, significan igualmente una enorme amenaza para los vecinos. Tres de ellos habían sido ya puestos fuera de combate: los Países Bajos, Inglaterra y Dinamarca; los más amenazados no habían intervenido aún: Francia y Suecia.

Lo que había acontecido en Alemania, con la alianza entre las dos ramas de la casa de Habsburgo, significó para Francia una victoria de España. Si esto perduraba y si los españoles consolidaban la situación que se habían creado

en la orilla izquierda del Rin, Francia quedaba cercada para siempre. Para Suecia, a su vez, la aparición de la potencia hispano-católica en el mar Báltico, representaba una amenaza inmediata. La existencia de la Corona sueca se apoyaba totalmente en el protestantismo y en la soberanía de ese mar. Ambas cosas estaban ahora en tela de juicio.

En la historia alemana moderna es el hecho determinante, que estas dos potencias, Francia y Suecia, hayan coincidido para deshacer lo que había ocurrido en los últimos años. Del año 1629 data el gran memorial en que el más grande de los hombres de estado de Francia, el cardenal Richelieu, expone a su rey la necesidad de intervenir en las luchas alemanas si se desea asegurar la independencia y la grandeza de Francia para el porvenir. No le fué fácil decidirse a buscar para ese fin la colaboración del rey protestante de Suecia. Sin embargo, venció el prejuicio confesional; la comunión de intereses era demasiado fuerte; los escrúpulos debían callar. De este modo se concertó la alianza, que fué documentada en enero de 1631 en Baerwalde. Hacía ya seis meses que Gustavo Adolfo de Suecia se hallaba en suelo alemán; ya en 1628 había impedido la toma de Stralsund por los imperiales. Ahora podía empezar la guerra en gran estilo, porque recibiría de Francia lo que hasta entonces le faltaba: dinero.

Ocho meses más tarde (el 17 de septiembre de 1631) su victoria en Leipzig imprimió a los sucesos el giro decisivo. No sólo toda la Alemania septentrional había sido libertada de golpe, sino que también el sur le abría las puertas. Al año siguiente llevó su campaña a Baviera; proyectó la estocada al corazón de los territorios hereditarios de Austria. Le salió al encuentro Wallenstein, que el emperador en apuros había vuelto a llamar, y se cruzó en



sus planes. En el mes de noviembre de 1632, en el campo de batalla de Lützen, la heroica carrera del rey halló un fin repentino al morir éste como un verdadero soldado, en el instante mismo en que debía lograrse la victoria. El meteoro del norte se hundió tan de improviso como había aparecido. Pero el breve lapso en que alumbró fué suficiente para imprimir otra ruta al destino alemán.

Se ha afirmado que Gustavo Adolfo murió en un momento oportuno para Alemania. No puedo compartir esta opinión. Que su muerte fué una desgracia para Alemania —cualesquiera hayan podido ser sus proyectos, sea que quisiera llegar a ser rey y emperador alemán o sólo el jefe de los estados evangélicos unidos— es bien seguro, bajo todas las circunstancias. Por cierto, se trataba de un rey extranjero, que no hubiera podido descuidar —si los éxitos perduraban— los intereses de su país de origen. Pero cuanto mayores hubieran sido esos triunfos, cuanto más fuerte se hubiera tornado su situación en Alemania, tanto menos hubiera necesitado engrandecer a Suecia a expensas de este país. Suecia y la Alemania septentrional pertenecen a un mismo conjunto geográfico y se complementan mutuamente, como también ambos pueblos están estrechamente emparentados. Y Gustavo Adolfo, por su sangre y su cultura, era tan alemán como sueco. Bajo su jefatura los dos países podían hallar su bienestar, y si en esa situación, con el correr del tiempo, uno de ellos hubiera ganado la dirección, no puede ser dudoso que ésta le hubiera correspondido a Alemania, la más grande y espiritualmente superior también. El centro de gravedad en la política del doble reino germano-sueco, hubiera estado situado, según las leyes naturales, en Alemania, y el robustecimiento nacido de la unión con Suecia hubiera favorecido

tanto a los alemanes cuanto hubiera permitido a los suecos sacar de él provecho para su propia evolución.

Ocurrió de modo completamente distinto, a causa de la desaparición de Gustavo Adolfo de la escena antes de que la acción hubiese sido cumplida. Francia se vió obligada a participar en la lucha en grado siempre creciente, para que todos los esfuerzos no resultaran infructuosos, y, por lo mismo, tuvo que aspirar a una ganancia propia siempre mayor. Por sí solos, sin la dirección genial de su rey, los suecos eran demasiado débiles, dada la resistencia de los príncipes protestantes alemanes. Cuando el ejército sueco, en el año 1634, sufrió una grave derrota en Noerdlingen, se alejaron de la alianza los estados evangélicos más importantes. Sajonia fué la primera que firmó la paz, en Praga, en 1635; otros siguieron su ejemplo. El emperador concedió una amnistía a todos los protestantes y aseguró la situación de los bienes confesionales de 1627. A muchos les pareció esto suficiente, por cuanto en ese momento también la Liga católica se disolvía. La guerra hubiera terminado, si se hubiera tratado solamente de los alemanes. Pero Francia no podía admitirlo, porque hubiera fracasado en su propósito: la destrucción de la posición hispana sobre el Rin; por eso intervino entonces con sus propias fuerzas. En 1635 declaró la guerra a España. En los años que siguen, se precipitó, cada vez más hondamente, en empresas bélicas, hasta que, como factor más poderoso, dominó al final los acontecimientos militares y, en consecuencia, las conferencias de paz. Los resultados fueron funestos para Alemania. En efecto, la guerra hispano-francesa se libró en suelo alemán y la paz fué concertada a expensas de Alemania.

Nosotros observamos la maraña de los acontecimientos sólo de lejos. Mientras que las fuerzas suecas se agotan y



sirven únicamente para avances rápidos y correrías, crecen las francesas. Francia, hasta entonces militarmente incapaz, se militariza, forma su ejército, educa generales. Desde 1643, tienen el mando Condé y Turena y ya la guerra toca a su fin. Cuando en el año 1646, un ejército sueco al mando de Wrangel, penetrando por el norte, y uno francés mandado por Turena, que avanza desde occidente, se dan la mano en Baviera, la partida estaba realmente acabada. Solamente la indecisión y la torpeza la prolongaron todavía hasta el año 1648. Dos golpes decisivos, finalmente, impusieron la paz: en el mes de mayo los suecos tomaron por asalto a Praga; en agosto Condé aniquiló un ejército hispano-austríaco en Lens. El 24 de octubre de 1648 se firmó la paz en Münster y Osnabrück.

Esta paz cierra la época iniciada en 1519 y asienta sus resultados, como el comerciante determina la suma de una cuenta en el libro mayor.

Por lo que se refiere al problema religioso, la paz de Westfalia no trajo nada fundamentalmente nuevo: quedó subsistiendo la paridad legal de las confesiones. Se trataba sólo de la delimitación de la posesión territorial. Se fijó el año 1624 como normativo, mientras que antes el emperador había concedido únicamente el año 1627. Los tres años marcan una gran diferencia. La retroactividad a 1624 salvó para los protestantes la mayor parte de los episcopados septentrionales, además de Württemberg y del Palatinado de las dos orillas del Rin. Desde el punto de vista confesional, por lo tanto, la guerra después del año 1624 se había prolongado inútilmente para la parte del emperador.

Algo más respecto al problema constitucional. Todos los intentos absolutistas del emperador habían abortado. La libertad de los estados fué reconocida expresamente y su independencia, aún en la política exterior, garantizada

en toda forma por escrito, mediante el reconocimiento del *jus foederis*, el derecho federativo. Era el complemento de las soberanías territoriales; los estados del Reich llegaban a ser independientes, aunque no soberanos. ¿Era el Reich todavía un estado? ¿No se había convertido apenas en una confederación de estados? Que los teóricos discutan este punto. Samuel Pufendorf, la más alta autoridad en derecho público de la época, calificó esta constitución, algo más tarde (en 1668), como "*monstrum*". Extraña, lo era seguramente. Quien hubiese considerado este Reich aun como un estado viviente, pudo entonces darse cuenta de su error. La paz de Westfalia es el certificado de defunción del primer Reich alemán.

Así también en la cuestión constitucional hubieran podido ahorrarse los tremendos sacrificios de la guerra, y de nuevo se recuerda que ésta estalló esencialmente por la intervención de la política española, y que, sólo por la acción, durante largos años, de otras potencias extranjeras, de Roma y los jesuitas, se crearon las premisas de las que fatalmente debía proceder. Por lo tanto, la guerra de los treinta años, ya en su origen y su estallido, resulta ser una obra de extranjeros en Alemania.

Era lógico que el exterior se llevara la ganancia de la guerra. Las potencias vencedoras, Suecia y Francia, exigieron su indemnización. En esos tiempos no era menester ocultarla detrás de la hoja de parra de las "reparaciones" y de la "autodeterminación de los pueblos"; bastaba tomarla: el botín se encontraba a disposición. Así Suecia tomó lo que necesitaba ante todo: la costa meridional del Báltico en la Pomerania citerior; además la desembocadura del Weser y del Elba con los episcopados de Brema y Verden. Francia, en cambio, exigió y recibió las posesiones aus-



trías de Alsacia. Se había establecido en ellas durante la guerra y no evacuó ya más la posición ocupada.

Hay que comprender bien lo que significaban estas cesiones; en ambos casos se trataba de cesiones al exterior, aun cuando la Corona sueca entrara en la federación del Reich por los territorios alemanes adquiridos. En la Pomerania citerior y en las bocas del Weser se perdían los mejores puertos marítimos que le habían quedado a Alemania, desde que Danzig se había vuelto polaca y Hamburgo quedó bajo la influencia del rey de Dinamarca, como su soberano territorial, que desde 1460 era al mismo tiempo duque de Holstein.

¡Y finalmente Alsacia! Desde un principio Richelieu había tenido en cuenta esta conquista y confesado abiertamente su finalidad en su memorial de 1629: "*pour acquérir une entrée en Allemagne*", para ganar un acceso a Alemania. Ya entonces definió a Estrasburgo y a Lorena, como los objetivos de la penetración francesa. Desde allí, se podía tener en jaque en todo momento a la Alemania meridional, atraer a la órbita propia a los príncipes alemanes del sur y amenazar a Austria. La adquisición de Alsacia se concibió como base de operaciones para la guerra con el Reich alemán y desde entonces ha cumplido esa finalidad bastante a menudo.

Al mismo tiempo Francia apareció como garante de la constitución del Reich alemán. El único documento que regula de manera formal las relaciones de los estados territoriales del Reich entre sí y con el emperador, sus derechos y sus deberes en el antiguo Reich alemán, es la paz de Westfalia, vale decir, un documento del derecho internacional. La guerra fué calificada en ella, como una campaña por los derechos y libertades de los estados territoriales, contra las tentativas de represión de parte del

emperador; y el exterior —los reyes de Francia y Suecia— garantizaba la "*teutsche Libertæt*", la "libertad teutona". Alemania se había convertido, por decirlo así, en un protectorado francés, y el rey de Francia, en un permanente anti-emperador oculto.

La concertación de la paz tuvo que dejar constancia de otras pérdidas. Tal fué el caso de Suiza. Ésta se había sentido desde 1475 potencia europea, y desde 1500 ya no tuvo en cuenta el hecho de pertenecer al Reich. Alcanzó su formal separación de la federación del Reich. Estaba en juego también el interés de Francia; porque, sin enganches militares en Suiza, el ejército francés no podía mantenerse en su altura. Prescindiendo de la merma de una valiosa masa étnica, esta separación representaba para Alemania la pérdida de la frontera geográfica natural en el sur, e igualmente de localidades, como por ejemplo la ciudad de Basilea, que le pertenecen por su situación y por su tráfico.

Otro perjuicio más fué aceptado en silencio al concertarse la paz: la independencia de los Países Bajos. Nunca había subsistido duda alguna respecto a su pertenencia al Reich, a pesar de todo el esplendor borgoñón. Sólo su campaña de liberación contra España y el hecho real de que Alemania no se preocupó por ellos, los había dejado llegar a potencia independiente, luego a gran potencia. Demasiado hemos olvidado hoy cuán estrechamente emparentado con nosotros está el pueblo neerlandés (tanto holandeses como flamencos) hasta constituir en realidad sólo una parte del pueblo alemán. Aquí la evolución política deshizo la cohesión natural. Y al mismo tiempo Alemania perdió la desembocadura de su río principal. También es esto obra de la dinastía de los Habsburgo. Carlos V hubiera debido fortalecer y animar la antigua unión de los



Países Bajos con el Reich, debilitada por la soberanía bor-goñona. En cambio los vinculó lo más estrechamente posible con su reino español y los separó así de Alemania.

Otro puesto de avanzada perdido debemos recordar aquí, aunque no pertenezca exactamente a la paz de West-falia, sino a la época de que hablamos: Livonia. Desde la mitad del siglo XVI había sido dejada librada a su propia suerte y había llegado a ser botín de los vecinos. La invasión rusa de 1558 inició el juego que terminó con la repartición entre Suecia y Polonia en el año 1625, de modo que la primera ganó el norte, hasta el río Duna; Polonia ocupó el sur, el ducado de Curlandia. En este arreglo, ya no se hablaba de derecho alguno del Reich alemán.

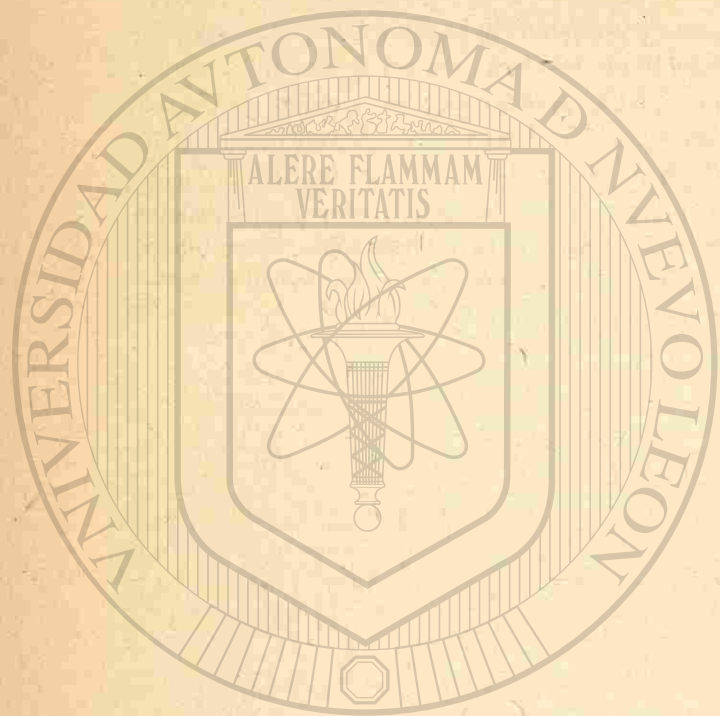
Había existido una vez una Hansa alemana, que con sus barcos dominó, en la guerra y en la paz, el mar Báltico y todo el norte. ¿Qué había quedado? Su comercio había recibido el primer golpe grave cuando en 1479 la ciudad libre de Novogorod cayó en poder del zar de Moscú, que anuló a los negociantes alemanes sus derechos y disolvió su asociación. Desde ese momento la Hansa se iba marchi-tando. Carlos V también aquí tomó partido contra los in-tereses alemanes, como soberano territorial de los Países Bajos y en Dinamarca como cuñado y aliado del rey. La prosperidad de la Corona sueca durante el gobierno de Gustavo Vaasa quitó a la Hansa la luz y el aire, y, final-mente, Isabel de Inglaterra, retirándole todos los privile-gios, le aplicó el golpe de gracia en 1579.

No hubo poder alguno que hubiera podido impedirlo, por cuanto ya no existía un Reich alemán que mereciera tal denominación. El estado de cosas sancionado por la paz de Westfalia, despojó a las ciudades marítimas ale-manas de su independencia. También Lubeck y Hamburgo,

cayeron bajo la influencia dinamarquesa; Hamburgo llegó hasta constituir una ciudad provincial de Dinamarca.

Así se cierra la época que comenzó en 1519 con la unión de Alemania y España bajo un mismo soberano. Se habían cumplido todos los temores, en forma más espanta-tosa de lo que podía presagiarse; se habían realizado todas las oscuras posibilidades que surgieron con la elec-ción del rey de España como emperador de Alemania. El Reich estaba disuelto; destruídas sus fronteras, aniquilada su independencia. En este estado, empobrecido, despoblado, embrutecido, entraba en un nuevo período de su historia. ¿Existiría aún un porvenir, una esperanza?





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## CAPÍTULO NOVENO

**El absolutismo de los soberanos territoriales — La continua intrusión de Francia — Los planes de Luis XIV — El cercamiento de Alemania — La guerra contra Luis XIV — Estrasburgo y Hungría — Austria, gran potencia — La desunión permanente en el Reich — Rusia, gran potencia — El peligro del reparto de Alemania.**

La paz de Westfalia constituye una conclusión y, al mismo tiempo, un comienzo. Cierra la época de las luchas por la fe y la constitución del Reich. No será ya necesario hablar de ambas en el porvenir; ya nadie aspiró a la reconstrucción de la unidad confesional y de la monarquía imperial. Ambas pertenecen al pasado desde 1648. En lugar de la majestad imperial reinaba, una vez por todas, el soberano territorial.

Su Alteza Serenísima tiene infinitamente mucho que hacer, por cuanto se impone en primer lugar el reconstruir un país arruinado. Para ello cuenta con un poder mucho mayor que antes, porque sus antagonistas, los estados representativos o cortes, son débiles por razón de su empobrecimiento, mientras que el príncipe —en los territorios más extensos, de los que depende totalmente el destino de la nación— dispone, desde los tiempos de la guerra, de una fuerza armada y la conserva aun en tiempo de paz. El ejército permanente, el "*miles perpetuus*", hace su entrada en Alemania y, apoyado en él, el absolutismo de los príncipes. No es que las cortes hayan sido apartadas. Con-



sejos territoriales y juntas siguen subsistiendo, pero en la mayoría de los lugares sólo como un viejo edificio que se ha dejado sin demoler y que no se habita más: se convierten en ruinas, interesantes históricamente, dignas de admiración por su hermosura y austeridad, pero prácticamente sin valor, cuando no molestas.

Aun allí donde defienden sus "derechos y privilegios adquiridos" con luchas pertinaces, como en Hannover o en Württemberg, de poco o de nada sirven para la vida pública y al final deben inclinarse siempre ante la voluntad del príncipe, si no van en su auxilio potencias extranjeras. Teóricamente la soberanía del estado puede considerarse repartida entre príncipes y cortes (de la nobleza territorial), ahora como antes; pero en realidad, el príncipe es el dueño del estado y de sus fuerzas, hasta en las relaciones con el exterior, y está revestido a los ojos de sus súbditos de todas las insignias de un ser superior. El padre territorial se torna un dios en la tierra.

Apenas es posible estimar en más de lo que valen las consecuencias de esto. En cierto aspecto, y sobre todo en el primer momento, fueron en verdad favorables. Para la reconstrucción del país devastado, se necesita voluntad firme y unitaria, que pudiera mandar, y la mayoría de los príncipes alemanes prestaron grandes servicios a este respecto. Aún más tarde, cuando se había vencido lo peor, hubo no pocos gobernantes excelentes entre los muchos soberanos territoriales de Alemania, pequeños, medianos y grandes. Las excepciones, naturalmente, son más notadas que la regla, pero se cometería una injusticia juzgando por ellas la situación general.

Teniendo todo en cuenta, el absolutismo de los príncipes fué una ventaja para el país y en todos los aspectos fué mejor que un predominio de las cortes territoriales.

Hizo progresar y enalteció a Alemania, lo que, impotente y egoísta, la oposición de nobles, prelados y burgomaestres nunca hubiera podido hacer.

Sin embargo, no hay que perder de vista las funestas influencias de este nuevo tipo de soberano. El absolutismo rebaja a los hombres; es soportable sólo a la distancia; de cerca actúa en forma ridícula u horrorosa o en ambas a la vez. Nos reímos de la vana dignidad del príncipe Irineo de Sieghartsweiler en la obra "El gato Murr", de E. J. A. Hoffmann; nos reímos aún más de "Su Alteza Serenísimá", de Fritz Reuter, esta clásica caricatura de un tiranuelo, que en cada uno de sus paseos en coche debe prestar atención para no cruzar su frontera. Se nos aparece como un fantasma cómico. En la literatura el fantasma es inocuo, en la realidad podía dictar sentencias de muerte y hacerlas cumplir, y sus queridos súbditos temblaban ante la idea de que se esforzara demasiado en hacerlos felices. Federico Guillermo I de Prusia, que hacía apalear por las calles a la gente que excitaba su enojo, y que sólo con gran esfuerzo fué retenido para que no hiciera ejecutar a su propio hijo, aún contra una sentencia del tribunal, es una ilustración viviente de ello, y la de Carlos Eugenio de Württemberg no resulta mejor. La angustia ante el clementísimo soberano territorial, quedó grabada todavía por mucho tiempo en el alma del ciudadano alemán, aun cuando el peligro ya había desaparecido. De esta angustia hereditaria frente al gobierno, puede haber provenido en buena parte la falta de carácter para las cosas públicas, en la que el pueblo alemán supera a todos los demás pueblos, y, por contraste, el secreto rencor de la oposición, que en ningún otro país se halla tan desarrollado como entre nosotros. En este aspecto, las consecuencias de la situación



creada por la paz de Westfalia no fueron vencidas en mucho tiempo.

Si en eso, en realidad, se pueden ver solamente los efectos de comienzos muy anteriores, como los frutos en maduración de la antigua siembra hecha por el cantonalismo alemán, toma vida con el año 1648 otra cosa que directamente debe llamarse nueva. Ésta es el influjo constante de Francia sobre Alemania, su continua intromisión decisiva en los asuntos alemanes. Hasta entonces no se la había conocido. Ocasionalmente habían ocurrido, eso sí, entendimientos de príncipes alemanes con la Corona de Francia y, de cuando en cuando, habían tenido gran trascendencia, como por ejemplo el tratado de Chambord, en el año 1552. Pero no habían sido más que episodios, constelaciones transitorias. Desde 1648 la intervención gubernamental francesa en Alemania se convierte en situación permanente.

Los príncipes del Reich permanecen todavía, en los primeros tiempos después de la paz, bajo la impresión permanente del peligro experimentado. Siguen sintiéndose amenazados de continuo por el emperador y se estrechan alrededor del rey de Francia como en torno de su protector natural. Éste se convierte así en jefe de la oposición alemana contra el emperador. Cuando fué elegido el emperador Leopoldo I en el año 1658, la tan eficaz política francesa pudo oponerle de antemano un partido organizado. Buen número de príncipes alemanes, a cuya cabeza estaba el elector de Maguncia, formaron, juntamente con Francia, la coalición renana para la defensa de sus libertades contra eventuales ataques de parte del emperador. La coalición creció en los años que siguieron; otros príncipes, y hasta Brandeburgo, se le adhirieron. No realizó nada positivo; su significado residió en ser demostración de tal estado

de cosas. El emperador se halla continuamente en jaque, que le da Francia, utilizando como piezas a los príncipes del Reich.

Es, pues, bajo la protección francesa, después de 1648, como se consolidaron nuevamente también las condiciones internas de Alemania. El emperador se torna un símbolo, contra el cual se lucha. Como autoridad de gobierno se constituye la Dieta del Reich, que sesionará en forma permanente desde 1663 en Ratisbona; un ininterrumpido congreso de embajadores, que casi nunca formula una resolución y en el que lleva la voz cantante el representante de Francia.

Francia ganó la posibilidad formal de esta continua intromisión con la paz de Münster. En ella se reglamentaba la constitución del Reich, y se establecían los derechos de los estados representativos del Reich, por un tratado entre el emperador, el Reich y el rey de Francia. Éste se había convertido así en garante de la constitución del Reich, y de esa garantía de los privilegios de los estados territoriales había surgido automáticamente la vigilancia sobre los asuntos internos de Alemania. Francia obtuvo la posibilidad material de desempeñar este papel por el predominio que le dió la paz de Westfalia en toda Europa y, especialmente, sobre Alemania. Por lo que se refería a esta última, se fundaba en un hecho real: la adquisición de una posición en Alsacia. En principio ésta no era ni fuerte ni uniforme ni extensa —comprendía solamente los primitivos dominios de los Habsburgo—, una delgada cadena de puestos avanzados, pero bastaba para ejercer constante presión. Había solamente que completarla, ampliarla, robustecerla; entonces la presión podía convertirse en coerción dominadora.

A eso se dirigen en la etapa inmediata las intenciones



de la política francesa: ganar a toda Alsacia, posiblemente toda la orilla izquierda del Rin, o, por lo menos, el Palatinado de la izquierda del Rin, para tener sujeta desde allí, en cualquier momento, a la parte meridional de Alemania y aun a toda Alemania. En tal proyecto, para los franceses no se trata propiamente de Alemania misma. Este país empobrecido, a las puertas del hambre, tiene valor solamente como campo de enganche militar y para eso sirve en todo caso. En sí no era ni deseable ni peligroso. Se trata en realidad de la antigua oposición de Francia contra los Habsburgo y España.

Por la paz de Westfalia, el emperador se había visto obligado a dejar que en adelante España combatiera sola contra Francia, y once años más tarde ésta cosechó el precio de su victoria sobre aquélla, con la paz de los Pirineos (1659). En París se temía una nueva fusión de las dos ramas habsburguesas española y austríaca, ante la inminente extinción de la familia real hispana. Si llegaba este caso, el emperador Leopoldo heredaría toda la monarquía española, es decir, España, Nápoles, Milán, Bélgica y las posesiones ultramarinas. Y Francia no podía admitir que la monarquía mundial de Carlos V volviera a surgir de esta forma. En París a su vez, se alimentaba la esperanza de la herencia hispana, por cuanto Luis XIV era el esposo de una hija del rey de España. En la presumible reyerta por este problema, el poder arrastrar las fuerzas de Alemania contra el emperador, constituía un valor digno de tenerse en cuenta para la política francesa. Si se encontrara en situación de invadir a la Alemania meridional desde Alsacia y desde el Rin y marchar por Ingolstadt y Ratisbona sobre Viena, podía estar bien segura al respecto.

Detrás de esto había algo más todavía. Luis XIV estaba lleno de orgullo por su predominio europeo y también am-

bicionaba para él una viva expresión formal. Se sentía heredero legal de Carlomagno y consideraba realmente como de su pertenencia todo cuanto un día fué de aquél. Sobre todo, quería llegar a ser emperador, como reiteradamente lo habían deseado sus antecesores en los siglos XIII y XIV. Y aunque esta ambición personal podía postergarse, quedaba en pie la aspiración de arrancar a los Habsburgo la corona imperial. Para eso era necesario dominar a los electores, de los cuales nada menos que cuatro tenían su sede sobre el Rin y el quinto, Baviera, podía ser alcanzado desde el alto Rin. Dominar por completo este río constituye así la finalidad evidente de la política regia. Y la nación francesa entonces pensaba también como el rey. Se sentía sucesora y heredera legítima de los francos y exigía que el estado francés ganara las fronteras del antiguo imperio franco. El Reich alemán, según este concepto, pertenece por derecho a Francia o, por lo menos, el límite en el Rin constituye una exigencia imperativa. Ideas que ocasionalmente brillaron antes como relámpagos se afirman ahora y se tornan patrimonio común: la frontera natural de Francia está en el Rin.

Ésta es la situación política en que se encuentra Alemania desde el año 1648 frente a su más poderoso vecino. Se reveló bastante pronto por los acontecimientos, cuando Luis XIV comenzó a poner en ejecución sus planes. Lógicamente éstos debían haber obtenido buen éxito y lo hubieran logrado, si Luis hubiera sabido contenerse en sus deseos y hubiese dirigido su ataque, con las fuerzas concentradas, hacia una finalidad limitada. Si se hubiera conformado, ante todo, con eliminar de la dignidad imperial a la casa de los Habsburgo, con dominar indirectamente a Alemania, y someter a su dependencia, poco a poco, el territorio de la izquierda del Rin, es muy difícil ima-



ginar que no lo hubiera conseguido. Para este fin podía poner en campaña fuerzas propias superiores y disponer además de valiosos aliados. Más que dispuestos a estrecharse a su lado estaban los príncipes alemanes; su miedo a los Habsburgo y su indigencia, apareada con su vanidosa ambición de mantener su posición jerárquica, es decir, de jugar en pequeño a la gran potencia y remedar al rey de Francia manteniendo soldados, palacios y una corte, los echaba a porfía en brazos de los franceses. Con favores y subvenciones en dinero, se podía sacar mucho partido de ellos. En caso extremo, el miedo haría lo restante, cuando el cristianísimo rey empujara sus batallones hacia el Rin.

Francia contaba además con Suecia, que había conquistado su situación de gran potencia con la ayuda francesa y sólo por esa ayuda podía consolidarla, y que, por esta razón, estaba obligada de antemano a seguir cualquier indicación de París. Hasta Polonia era una fuerza favorable, con la que era posible contar, en general, contra el emperador. Así el Reich quedaba rodeado por Francia y sus alabarderos en el oeste, el norte y el este. Pero, para cerrar el círculo, el rey francés estaba en condiciones de hacer atacar al Reich alemán también desde el frente meridional, gracias a los turcos. Desde que Carlos V había renunciado a la mayor parte de Hungría para tener las manos libres contra los protestantes, aquéllos se hallaban en las orillas del Danubio y aun les pertenecía Buda, como cabeza de puente sobre la orilla derecha del río. El título de rey de Hungría, poseído por el emperador, era en el fondo pura teoría y por poco había de llamarse a Viena ciudad fronteriza. En ese entonces la potencia turca, a decir verdad, había declinado mucho, pero por sus masas podía tornarse todavía peligrosa, especialmente si al mismo tiempo los

franceses atacaban en el oeste. En una guerra semejante sobre dos frentes, difícilmente Alemania hubiera podido resistir.

Pero se suponía que Francia no tendría otros contrincantes y esto fué malogrado por Luis XIV. Pretendía éste no solamente a Alsacia, la frontera renana, y el dominio sobre Alemania; Bélgica e Italia le importaban mucho más, y deseaba convertir a su país en el primero del mundo por su industria, comercio, navegación y colonias. Con ello llamó a combatir en su contra a todas las potencias; España, los Países Bajos e Inglaterra. En esta lucha contra todo el mundo sucumbió; sólo frente a Alemania alcanzó su propósito, por lo menos en un cincuenta por ciento.

Su primer golpe, en 1667, fué dirigido contra los Países Bajos españoles, el segundo en 1672 contra Holanda. Solamente cuando ambas empresas fallaron en lo primordial, se volvió contra Alemania. Había habido ya un preludeo: en 1670 había sido eliminado el duque de Lorena y su estado fué incorporado a Francia. Los años posteriores a la paz de Nimega (1679) fueron dedicados a la anexión de Alsacia. Ésta se realizó, como se sabe, por el camino de un proceso civil, cuando los tribunales especiales del estado francés (*Chambres de réunion*) demostraron que las partes aun libres de Alsacia, habían pertenecido en sus orígenes a las localidades que se habían vuelto francesas, y eso con todas las artes del sofisma, de la mentira y de la falsificación, en las que los franceses fueron maestros en todos los tiempos. Terminó con la ocupación de Estrasburgo, en octubre de 1681.

Contra este proceder se despertó la oposición en Alemania. Una gran mayoría de los príncipes —muchos de ellos habían sido perjudicados personalmente por las Cámaras de Reunión, en sus dominios alsacianos— acabó por



comprender que el peligro de parte del emperador contra el cual hasta ese momento habían creído necesario defenderse sólo, los amenazaba en realidad desde Francia. Y en amplios círculos se despertó la comprensión de lo que estaba ocurriendo.

Por primera vez, después de mucho tiempo, se encuentra nuevamente, en estos días, un hábito de sentimiento nacional en Alemania. Las violencias francesas llevaron al país a una conciencia exacta de la situación. El deseo de ponerle fin fué muy vivo y reclamó la acción. Poco faltó para que se declarara la guerra. Pero las cartas del juego de Luis fueron más fuertes. La oposición de algunos príncipes dirigentes, sobre todo de Brandeburgo, que había sido ganado a la causa de Francia, malogró todo el movimiento. Además ahora sirvió una carta de triunfo más fuerte: los turcos marcharon sobre Viena (1683). Este peligro fué desviado por un esfuerzo extremo; la victoria del duque de Lorena en Kahlenberg (el Monte Calvo) libertó a la ciudad de Viena y dejó despejado por el momento el frente oriental. Pero ni las fuerzas ni el valor alcanzaban para el golpe contra el oeste. En Viena se resolvió ceder a Estrasburgo y Alsacia. En 1684 se concertó con Francia un armisticio por veinte años, por el que se le dejó cuanto había tomado. En cambio el emperador dirigió en los años siguientes todas sus fuerzas contra los turcos. Hasta 1686 fué conquistada toda Hungría, luego se atravesó el Danubio y en 1688 cayó Belgrado. Estaba abierto el camino a los Balcanes.

Para Luis XIV esto fué un motivo más para atacar de nuevo. No podía tolerar que Turquía, su aliada natural, hubiese sido puesta completamente fuera de combate; por lo menos debía asegurarse su botín. La guerra que inició

nuevamente en 1688, tenía como meta la conquista del Palatinado.

Erró el blanco. Tuvo que vérselas no con una Alemania nominal sino con Alemania íntegra. Sus aliados alemanes se habían alejado. La brutal e hipócrita anexión de Alsacia y el robo de Estrasburgo, no se habían olvidado. A muchos había ahuyentado la alianza de Luis con Turquía; otros motivos —especialmente la expulsión de los hugonotes— se agregaron a eso. En la guerra por el Palatinado (1688-97) tuvo por primera vez a toda Alemania en su contra, mientras que simultáneamente se le enfrentó una coalición europea, con Inglaterra a la cabeza.

Francia no estaba preparada para tanto. No se hallaba en condiciones de vencer al mismo tiempo en Bélgica, en el Rin, en la Italia superior y hasta en el mar. Sin embargo, Alemania no ganó mucho con eso. La restitución de Lorena no representaba una gran ganancia, si Alsacia seguía siendo francesa. Y hubiera sido muy posible reconquistarla en esta oportunidad. No ocurrió así porque en Viena se asumió por segunda vez una orientación hacia el este en lugar del oeste. Los turcos habían atacado de nuevo; en 1690 habían reconquistado a Belgrado, y, al comprender que no tenía fuerzas suficientes para una victoria en los dos frentes, el emperador se decidió por el oriental y abandonó el occidental. Para consolidar a Hungría fué sacrificada Alsacia; la finalidad fué alcanzada. La victoria del príncipe Eugenio de Saboya en Zenta, en el año 1697, puso fin al peligro turco; la paz de Karlovci, en 1699, entregó definitivamente toda Hungría a Austria; el frente oriental estaba libre y seguro. En cambio el frente del oeste había sido abandonado.

Tal decisión la habían tomado los consejeros del emperador con plena conciencia. En las negociaciones prece-



dentes a la resolución decisiva, el mariscal del Reich, margrave Luis Guillermo de Baden, expresó este memorable juicio sobre la importancia de Estrasburgo: "Para Alemania, esta ciudad no sirve más que como garantía permanente de paz; para Francia, en cambio, es una puerta bélica siempre abierta, por donde puede irrumpir en el campo llano cuantas veces se le ocurra. Nada es más evidente que Francia, mientras evita con subterfugios la devolución de Estrasburgo, no quiere ser desposeída del medio principal, por el que puede sorprender a su capricho a Alemania y a todo el Reich". Sin embargo, es comprensible que, a pesar de ello, se resolviera en Viena a renunciar a esa ciudad. Para el emperador, soberano territorial de Austria, el peligro oriental era en ese momento el más inmediato y amenazador; mientras existiera, también en el oeste, cualquier despliegue de fuerzas, tenía que quedar paralizado, y, finalmente, podía cosecharse en Hungría una ganancia más valiosa, con la que no podía compararse la reconquista del antiguo pequeño territorio de su casa en Alsacia. El emperador juzgaba como señor territorial y a él le ceñía más de cerca la camisa húngara que la chaqueta alsaciana. Así quedaron en poder de Francia, Estrasburgo y Alsacia.

Gran parte del pueblo alemán compartió este criterio. Las guerras contra los turcos se consideraron ampliamente como tarea nacional, mucho más que las luchas contra Francia; las victorias del "Luis de los turcos" y del príncipe Eugenio sacudían muy vivamente los ánimos. Constituían las proezas de la nación. Se hallaba en ellas, cierta compensación por el papel poco brillante a cuyo desempeño se estaba condenado en el oeste.

Una vez más se presentó la ocasión de recuperar lo perdido. En 1700 había ocurrido el tan esperado aconteci-



*Eugenio de Saboya*

EUGENIO DE SABOYA  
Mariscal del Reich

Aseguró por sus victorias la posición de Austria como gran potencia.  
*Óleo atribuido a Matthäus von Merian.*

(Buenos Aires, colección particular)



miento de la sucesión española <sup>(1)</sup>; en 1701 estalló por su causa la guerra europea llamada "guerra de la sucesión de España". Debe interesarnos aun menos que las precedentes por cuanto no afectaba de inmediato a Alemania. En esta contienda no se trataba, ni de un interés alemán, ni de una amenaza o ataque a Alemania. Pero el hecho de que Carlos de Habsburgo, que pretendía la corona española, fuera hijo del emperador alemán y, más tarde (1711), después de la muerte de su hermano, el emperador José I, llegara a ser emperador alemán con el nombre de Carlos VI; y además la otra circunstancia de que el elector de Baviera, por antigua oposición contra los Habsburgo, se prestara a ser aliado de Francia, complicaron también a Alemania en la guerra. La tercera circunstancia, de ser los franceses dueños de Estrasburgo, convirtió a la Alemania meridional en escenario de la guerra durante su primera fase. Con un ataque concéntrico contra Austria, por un lado desde el alto Rin por Baviera, por el otro desde la Italia superior a través del Tirol, Francia quiso lograr la decisión. El plan fracasó por la derrota de los franceses en Höchstädt y Blindheim en 1704. Con ello la guerra quedó ahuyentada del suelo alemán, y hasta se podía pensar con toda seriedad en la reconquista de lo perdido anteriormente. En 1709 la situación hizo que el mismo Luis XIV, desilusionado

(1) Carlos II, el último monarca español de la dinastía de los Habsburgo, fallecido sin haber tenido hijos, dejó, por testamento, el trono al príncipe de la casa de Borbón, Felipe de Anjou (que reinó bajo el título de Felipe V) nieto de Luis XIV y de una hermana de Carlos II.

Inglaterra, celosa de la preponderancia francesa, alentó las pretensiones al trono español del archiduque Carlos de Austria, hijo del emperador Leopoldo, provocando así la conflagración europea y trece años de terrible guerra civil en España, desgraciada circunstancia que aprovecharon los ingleses para apoderarse definitivamente de Gibraltar, y, entre otras posesiones hispanas que luego tuvieron que devolver, de las islas Malvinas. (N. del T.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL D



por la permanente mala suerte en los campos de batalla, ofreciera la devolución de Estrasburgo. Fué entonces el exceso de las exigencias imperiales —tropas francesas debían colaborar en someter España a los Habsburgo—, lo que frustró la paz, y se perdió irremediamente la ocasión más favorable, por cuanto en los años subsiguientes sobrevinieron una completa modificación en la situación política de Europa y el derrumbe de la coalición.

La paz de Rastatt, en 1714, asentó en el haber del emperador un hermoso beneficio: Bélgica, Milán y Nápoles. Sólo por este tratado de paz Austria se convirtió, de territorio alemán vinculado al título imperial y de apéndice dinástico de España, en gran potencia europea. La paz concertada seis meses más tarde por el Reich alemán en Baden-Baden —emperador y Reich ya ni siquiera actuaban juntos— dejó a Alemania sin la menor indemnización por todos los sacrificios hechos por ella, y hasta le impuso una nueva renuncia: la fortaleza de Landau pasó a Francia y continuó siendo francesa durante cien años.

Si se considera la época de Luis XIV desde el punto de vista alemán y se investiga su utilidad para Alemania, la respuesta es la siguiente: el predominio francés sobre Alemania se consolida por el raptó de Alsacia. Fallaron todos los esfuerzos para reparar esta situación. Pero también, a la inversa: fracasó por igual la aspiración francesa al dominio completo del Reich y la conquista de la frontera del Rin. Exteriormente, Alemania afirmó su independencia; no llegó a ser directamente vasalla de Francia.

Esta situación fué admitida en sus trazos generales. La resistencia casi unánime que se observó en un primer momento se disolvió poco a poco. La declinación de la potencia francesa en la guerra de sucesión de España,

indujo a considerar menor el peligro que amagaba en occidente. No mediaba ya motivo para oponerse siempre a Francia. Si en un período posterior, el recuerdo de la guerra de rapiña y de la repetida devastación del Palatinado influyó en el pueblo como fermento de permanente enemistad contra Francia, no se nota mucho de esto en los tiempos que siguieron a Luis XIV. No produjo en todo caso consecuencias políticas. Más aún, Francia recupera entonces, poco a poco, una gran parte de su anterior influencia sobre los estados alemanes, que había perdido bajo el reinado de Luis por el violento proceder de éste. La elevación de la casa imperial a gran potencia europea, volvió a despertar también las viejas preocupaciones de que un emperador demasiado poderoso podía constituir un peligro para la independencia de los estados territoriales. ¿Y no es lo más natural que éstos buscaran de nuevo protección donde sus predecesores la habían hallado en la guerra de los treinta años? Así vuelve Francia a tener en el Reich un séquito con que combatir la influencia austríaca y tener en jaque al emperador. Las diferencias de las potencias mundiales repercuten sobre Alemania. Como en el exterior se enfrentan por un lado Francia y por el otro Inglaterra y Austria, entre las casas de príncipes alemanes hay un bando francés que se enfrenta contra uno anglo-austríaco, y cualquier guerra europea, cualquier conflicto de intereses de las grandes potencias fuera de Alemania, puede llevar de inmediato a una guerra civil alemana. Se eternizaba la situación iniciada durante la guerra de los treinta años, por la que Alemania se convirtió en tablero de ajedrez sobre el cual las grandes potencias jugaban sus partidas.

Esto se agravaba por el hecho de que buen número de príncipes territoriales alemanes eran simultáneamente soberanos en el extranjero. El rey de Suecia era príncipe



territorial alemán; el elector de Sajonia obtuvo en 1697 la corona polaca, y una rama de la casa de los Güelfos, la de Hannover, ascendió en 1714 al trono inglés. Mientras que el exterior se enquistaba en Alemania, crecen algunas dinastías alemanas hacia fuera del Reich, y más que todas las otras, naturalmente, la casa imperial, que por sus posesiones en Hungría, Bélgica e Italia, resulta más bien una potencia europea que alemana.

La época de Luis XIV produjo en el este un cambio profundo. La amenaza de los turcos había desaparecido gracias a que Hungría fué conquistada por Austria. Antes que Turquía, se había derrumbado la gran potencia polaco-letona. Tampoco por este lado amenazaba ya nube alguna. Pero el peligro del doble frente no está eliminado, sino que asume un aspecto nuevo y mucho más serio. Rusia ha tomado el lugar de Polonia.

Contemporáneamente con la guerra de sucesión de España, la segunda guerra nórdica (1700-1721) alteró por completo la configuración de las cosas en oriente. La gran potencia de Suecia, sin arraigo, había caído derrotada en el campo de batalla de Poltava, en 1709; desapareció casi totalmente también del Reich alemán; solamente Rügen, Stralsund y Greifswald recordaron todavía por mucho tiempo que ese país había ocupado temporariamente la parte mejor de Pomerania. Quedaron libres así las desembocaduras del Oder y del Weser. Pero ¡a qué precio! Estonia y Livonia fueron botín de Rusia; se había fundado San Petersburgo, y el Báltico pertenecía ahora a los rusos, una potencia de tan enorme extensión y de tan incalculables posibilidades de evolución como Europa no había visto nunca hasta entonces.

También esta lucha se libró en parte sobre suelo alemán. La circunstancia de ser el rey de Suecia dueño de la

Pomerania citerior, y el rey de Polonia a la vez elector de Sajonia, llevó finalmente a los ejércitos rusos hasta Pomerania, Mecklenburgo y Holstein, y poco faltó para que se quedaran allí. Pedro el Grande pensó muy seriamente en la conquista de Prusia o de Pomerania y Mecklenburgo; la costa sur del Báltico fué por un tiempo la meta de sus deseos. No lo logró; sin embargo, quedó un rastro permanente de esas aspiraciones en forma de una clientela rusa, que el zar se había creado en Mecklenburgo y Holstein por medio de casamientos.

Al lado de un bando francés y de uno anglo-austríaco, se agregó, también poco a poco, en el Reich, uno ruso. Alemania fué destrozada diplomáticamente por los vecinos. Y fué todavía una suerte que entre Francia y Rusia surgiera un conflicto insalvable de intereses en el problema turco. Mientras Francia cuidaba sus antiguas vinculaciones con Constantinopla, a favor de sus relaciones comerciales en el levante, Rusia aspiraba al dominio de los estrechos. Si no hubiera existido esta divergencia, París y San Petersburgo se hubieran podido dar la mano ya en el siglo XVIII y los destinos de Alemania hubieran tomado seguramente un giro completamente diferente.

Lo que desde mucho antes amenazaba como última posibilidad fué siempre el mismo peligro originado por la situación geográfica del país: el de una repartición entre los vecinos más fuertes. Si un día cesaba el conflicto de intereses ruso-francés en el oriente, o, por lo menos, disminuía y se unían ambas potencias, poco se hubiera opuesto a sus avances desde el oeste y el este. Los estados alemanes, tales como eran en el siglo XVIII, no se hallaban en situación de defenderse por sus propias fuerzas contra un reparto. Entonces podía Francia extenderse hasta el Rin, Rusia hasta el Elba, y lo que quedara de Alemania no



sería más que un pequeño estado paragolpes, una Suiza algo mayor, pero sin su firme consistencia interna; tal vez bajo el protectorado inglés, tal vez la mitad meridional bajo uno francés y la septentrional bajo la influencia inglesa o rusa. Y con el tiempo se hubiera podido llegar más lejos, hasta que también este estado intermedio fuera repartido. Se borraba en todo caso a la nación alemana como fuerza independiente y cooperante en la vida de los pueblos.

En realidad todo ocurrió de manera completamente distinta. Un buen día, Alemania liquidó totalmente su pasado, echó por la borda todas las viejas tradiciones, y rompiendo conscientemente con éstas, en oposición diametral a todo lo heredado y existente, halló la vía hacia la unidad del estado y hacia la posición de gran potencia.

Si esto debía suceder, se necesitaba evidentemente una transformación radical. Una política conservadora que tratara de mantener y desarrollar lo que existía en la vida del estado y se aferrara a las bases del derecho histórico, podía conducir en ese momento, tal como se presentó la situación, sólo a la disolución y a la desaparición de la nación. Para impedirlo, era necesario una revolución: debía destruirse lo existente; el Reich debía ser disuelto totalmente y sobre sus escombros y por medio de ellos debía crearse algo nuevo. Esto ha ocurrido, y sucedió así por obra del estado prusiano.

## CAPÍTULO DÉCIMO

La formación del estado prusiano — La conquista de Silesia — El dualismo en el Reich — El mérito de Federico el Grande — Prusia estado militar — El predominio ruso — Prusia después de Federico el Grande — El emperador José II — La convención de Reichenbach — La guerra contra Francia — La paz de Basilea — La disolución del Reich — La caída de Prusia.

Entre los estados territoriales alemanes, constituídos al acaso por derecho de herencia y de conquista, Brandeburgo-Prusia es tal vez la formación menos natural. Nació porque el elector de Brandeburgo heredó en 1618 a la extinta línea colateral de su casa, que desde 1525, como duques de Prusia, gobernaban bajo la soberanía polaca, los restos del antiguo estado de la Orden Teutónica. A ellos se agregó en 1648 la herencia de Pomerania, de la que, por cierto, pudo tomarse posesión inmediata sólo en la parte menos valiosa: la Pomerania ulterior, por cuanto Suecia, por la paz de Westfalia, conservaba la Pomerania citerior. Otra sucesión, había aportado, en 1614, la posesión de un territorio sobre el Rin, Cléveris, Marca y Ravensberg.

A estos miembros dispersos —*membra disjecta*— infundió un alma, en los años críticos después de 1648, un gobernante de talla: el elector Federico Guillermo. Severa y cuidadosa administración, altas metas, audacia prudente, crecer o perecer, pareció ser el lema de este nuevo estado, solución impuesta ya por su misma extraña compo-



sería más que un pequeño estado paragolpes, una Suiza algo mayor, pero sin su firme consistencia interna; tal vez bajo el protectorado inglés, tal vez la mitad meridional bajo uno francés y la septentrional bajo la influencia inglesa o rusa. Y con el tiempo se hubiera podido llegar más lejos, hasta que también este estado intermedio fuera reparado. Se borraba en todo caso a la nación alemana como fuerza independiente y cooperante en la vida de los pueblos.

En realidad todo ocurrió de manera completamente distinta. Un buen día, Alemania liquidó totalmente su pasado, echó por la borda todas las viejas tradiciones, y rompiendo conscientemente con éstas, en oposición diametral a todo lo heredado y existente, halló la vía hacia la unidad del estado y hacia la posición de gran potencia.

Si esto debía suceder, se necesitaba evidentemente una transformación radical. Una política conservadora que tratara de mantener y desarrollar lo que existía en la vida del estado y se aferrara a las bases del derecho histórico, podía conducir en ese momento, tal como se presentó la situación, sólo a la disolución y a la desaparición de la nación. Para impedirlo, era necesario una revolución: debía destruirse lo existente; el Reich debía ser disuelto totalmente y sobre sus escombros y por medio de ellos debía crearse algo nuevo. Esto ha ocurrido, y sucedió así por obra del estado prusiano.

## CAPÍTULO DÉCIMO

La formación del estado prusiano — La conquista de Silesia — El dualismo en el Reich — El mérito de Federico el Grande — Prusia estado militar — El predominio ruso — Prusia después de Federico el Grande — El emperador José II — La convención de Reichenbach — La guerra contra Francia — La paz de Basilea — La disolución del Reich — La caída de Prusia.

Entre los estados territoriales alemanes, constituídos al acaso por derecho de herencia y de conquista, Brandeburgo-Prusia es tal vez la formación menos natural. Nació porque el elector de Brandeburgo heredó en 1618 a la extinta línea colateral de su casa, que desde 1525, como duques de Prusia, gobernaban bajo la soberanía polaca, los restos del antiguo estado de la Orden Teutónica. A ellos se agregó en 1648 la herencia de Pomerania, de la que, por cierto, pudo tomarse posesión inmediata sólo en la parte menos valiosa: la Pomerania ulterior, por cuanto Suecia, por la paz de Westfalia, conservaba la Pomerania citerior. Otra sucesión, había aportado, en 1614, la posesión de un territorio sobre el Rin, Cléveris, Marca y Ravensberg.

A estos miembros dispersos —*membra disjecta*— infundió un alma, en los años críticos después de 1648, un gobernante de talla: el elector Federico Guillermo. Severa y cuidadosa administración, altas metas, audacia prudente, crecer o perecer, pareció ser el lema de este nuevo estado, solución impuesta ya por su misma extraña composi-



ción geográfica. Federico Guillermo, poco logró en su incansable esfuerzo hacia el exterior. Le falló la conquista de la Pomerania citerior, a pesar de todos sus triunfos militares, porque la empresa se apoyaba sobre un error de cálculo político. Luis XIV no toleró ningún debilitamiento de su aliado sueco. La costa portuaria pomerana hubiera debido ser conquistada en Alsacia o en los Países Bajos, no sobre los mismos lugares ni en la Prusia oriental y en Curlandia, hasta donde había llegado el ejército victorioso de Brandeburgo en su persecución. Sólo un éxito correspondió al ambicioso brandeburgués: pudo sacudir la soberanía feudal polaca en Prusia, lo que logró en su primera guerra nórdica (1655-60) con afortunados hechos de armas y una política sin miramientos. Y otra cosa más ganó, sin buscarla: la gloria. El "Gran Elector", como le llamaron los contemporáneos, era el primer héroe de la nación alemana después de muchas generaciones, durante las cuales, la uniforme mediocridad de las personalidades dirigentes se había roto aquí y allá solamente por ciertos afanes de aventura. Hacia Brandeburgo-Prusia se dirigieron involuntariamente las miradas. Era el estado más fuerte en el norte, el mejor gobernado, el más emprendedor y —a pesar de la electoral Sajonia— era el estado conductor de los protestantes alemanes.

Al poder heredado, su hijo Federico agregó el esplendor externo, la corona real de Prusia. Por lo demás, su gobierno significa un retroceso. Los problemas del mar Báltico fueron resolviéndose sin la participación de Prusia; la ocasión de asumir la función directiva se perdió. Cuando su nieto Federico Guillermo (el primero como rey de Prusia de este nombre) llegó en 1713 al poder, era demasiado tarde para iniciar una política de gran estilo. Hubo que contentarse con asegurarse, del derrumbe de Suecia,

la mayor parte de la Pomerania citerior con la ciudad de Stettin.

No necesitamos insistir mucho, acerca de la obra personal que Prusia debe a este rey. Todos la conocen: la creación de un ejército descomunamente grande y desusadamente bien pertrechado, fundado en una administración de ejemplar severidad, economía e instrucción. En muchos aspectos, hijo todavía de su tiempo, hombre de mediana capacidad y de muchas cualidades antipáticas; en conjunto, una figura nada atrayente, Federico Guillermo tiene, sin embargo, una faceta que lo distingue de sus contemporáneos, lo eleva por encima de ellos e inspira estimación y casi admiración: un inexorable sentido del deber. No se considera dueño de su estado, sino su servidor. En todo lo que emprende, se siente responsable ante un tribunal superior. Ante sus propios ojos él no es más que el empleado del rey de Prusia; la frase ingeniosa de su hijo, de que el rey es el primer servidor de su país, fué consagrada en los hechos por el padre, mucho tiempo antes.

En todo esto nada había que fuese llamado a dar un nuevo giro a la historia alemana. Este giro no surgió de una evolución que pudiera llamarse natural y pudiera fijarse con una fecha; es la obra de un hombre, la acción altamente personal de un genio. Cuando el rey Federico II, llegado apenas al poder, utilizó los regimientos y los millones que le dejó su padre, para emprender una conquista, entonces el curso de los destinos prusiano y alemán tomó una nueva dirección.

En el mes de octubre de 1740 había muerto el emperador Carlos VI sin dejar hijo varón. Con grandes esfuerzos había logrado, por tratados con todas las potencias europeas, que quedara asegurada para su hija María Teresa



la exclusiva sucesión en todos sus territorios. Pero Prusia, donde había subido al trono Federico II, que no tenía aún treinta años, hizo a un lado el tratado, apoderándose de Silesia y subordinando su reconocimiento de la herencia de María Teresa a la cesión de esa provincia.

Ésa fué la señal de la guerra europea. Francia aprovechó la ocasión para extender sus manos sobre Bélgica. Por primera vez se consiguió arrebatarse a Austria la corona imperial: los electores, bajo la dirección prusiana y cubiertas las espaldas por los franceses, no eligieron a Francisco de Lorena-Toscana, el esposo de María Teresa, sino a Carlos VII de Baviera. Si no hubiese sido por el apoyo inglés, habría sonado para la gran potencia austríaca la última hora.

No nos detendremos en la reseña de las complicaciones militares y diplomáticas de los años siguientes, aunque son tan interesantes e instructivas. Nos importa solamente lo nuevo que surgió de esos acontecimientos, o sea, la potencialidad de Brandeburgo-Prusia, que alcanzó tan alto nivel, que se presentó en el Reich como igual y hasta enfrentó como superior a la potencia imperial de Austria. Cuando la paz de Aquisgrán, en 1748, puso fin a la guerra de sucesión austríaca, Austria había recuperado, es verdad, la corona imperial, pero perdiendo su situación anterior. Tenía que aceptar o que Prusia estuviera a su lado —o aún en un plano superior—, o tratar de anular lo acontecido. María Teresa se decidió por esto último. Pero la guerra de los siete años, que por esa razón se hizo de 1756 a 1763, demostró solamente que Prusia podía hacer frente también a una coalición de tres grandes potencias. La paz de Hubertusburg, en 1763, confirmó que en el Reich alemán existía ahora no una sola gran potencia, sino dos.

Esto se debió a la conquista de Silesia. Esta provincia

grande, rica y floreciente, fué la pesa decisiva en la balanza, cuyo traspaso, de Austria a Prusia, cambiaría la total distribución de las fuerzas en el Reich alemán. Ahora bien, aun cuando Austria llevaba sola la corona imperial, había, sin embargo, a su lado un anti-emperador permanente en la persona del rey de Prusia. Había nacido en el Reich el dualismo; tenía dos jefes.

A la nueva rivalidad entre Austria y Prusia se enlazan antiguos conflictos históricos. Prusia encarna el norte, Austria el sur; aquélla es la cabeza del protestantismo alemán, ésta es la primera potencia católica. Al antiguo peligro de afuera del reparto, se agrega el nuevo de una explosión de adentro.

La situación creada en 1740 y confirmada en 1763, ocultaba en sí, en primer lugar, diversas posibilidades. O bien las dos grandes potencias podían entenderse y unirse para el dominio común de Alemania. Este caso era improbable, por su difícil realización, por cuanto, en tales relaciones "de dos", uno será siempre el guiado, el otro el conductor, y ninguna gran potencia puede conformarse a la larga con el papel de dirigida. O bien ambas podían reconciliarse sobre la base de una división de Alemania en dos esferas de intereses. Pero también esto representaba para el emperador una renuncia. No era de suponer que se resolviera voluntariamente a ello. Quedaba finalmente la última posibilidad: uno de los dos rivales dominaba al otro y destruía totalmente su poder; o lo expulsaba del Reich, lo que abría de nuevo otras perspectivas. El vencedor podía convertirse en dueño de aquella parte de Alemania que pudiera dominar; era la división de la nación; o se mostraba lo suficientemente poderoso para subordinar el conjunto bajo su poder, en cuyo caso se habría creado la unidad de Alemania.

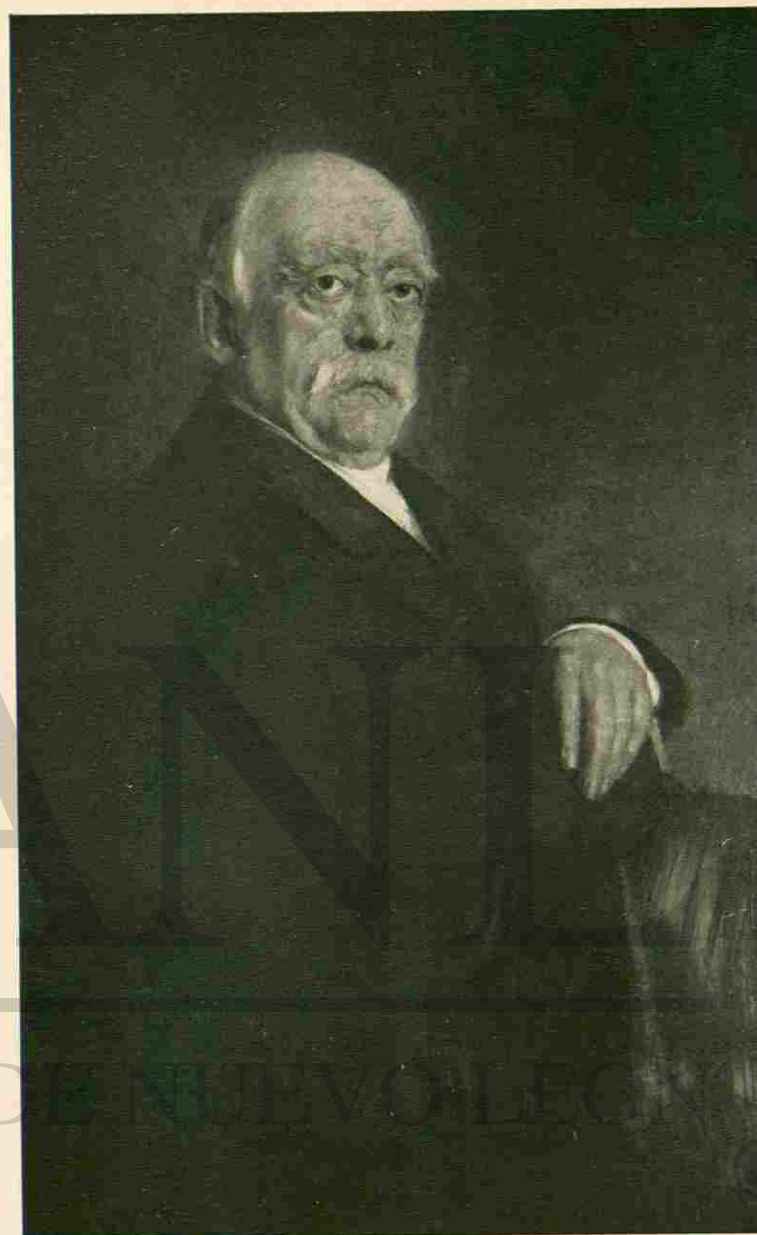


La historia ha pasado por todas estas posibilidades, como experimentándolas, hasta que al final se convirtió en realidad la última indicada. Esto duró mucho tiempo —los molinos de la historia del mundo muelen muy despacio—, pero, finalmente, sucedió lo que debía ocurrir.

En realidad, desde un principio, estaba señalado por el destino cuál de los dos rivales debía llevarse la victoria. ¡Compárese sin ideas preconcebidas a ambos, cómo eran entonces y cómo siguieron siéndolo! Austria, un mosaico multicolor, un conglomerado europeo de estados sin firmeza y sin cohesión interior, compuesto, por una parte, de pueblos de alta civilización como los alemanes y los italianos del norte; por la otra, de bárbaros atrasados como los húngaros; provista por todos lados de zonas de rozamiento internacional: en Bélgica y en Italia en perpetuo conflicto con Francia, en el Danubio inferior con Rusia y Turquía, y por la misma razón obligada siempre a una política de gran potencia cosmopolita desprovista de puntos de vista nacionales y sin que para ello, además, le alcanzaran las fuerzas. Para saber cómo estaba organizado este país, no hubiera sido necesario esperar la prueba que hizo José II, cuando se esforzó por elevar su estado lo más rápidamente posible al grado necesario de unidad y firmeza, mientras emprendió al mismo tiempo la solución de grandes problemas exteriores. Era de prever el fracaso completo que sufrió.

En cambio, Prusia, reciamente unida, ansiosa de progreso en todos los terrenos, alemana por su población, representando en las fronteras, juntamente con los propios, también los intereses alemanes: en el bajo Rin contra Francia, en el este contra Polonia y Rusia. Si el juego se desarrollaba normalmente, Prusia debía ganar.

Todo esto es solamente la consecuencia lógica de la



*Otto von Bismarck*

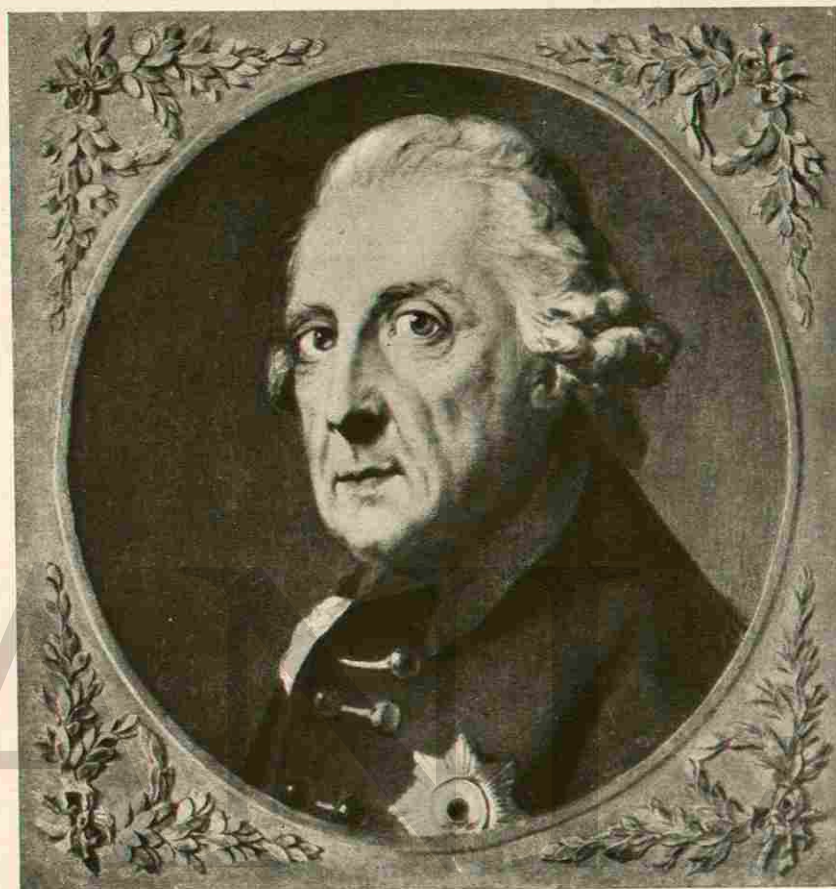
**BISMARCK**

Fundó el segundo Reich de los alemanes.

Oleo de Franz von Lenbach.

(Buenos Aires, colección del Club Alemán)





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*Friedrich*®

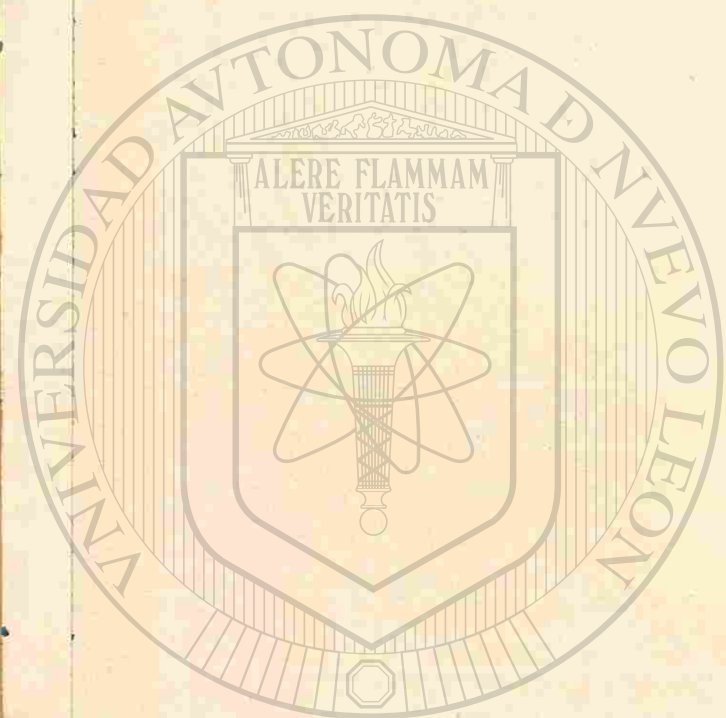
**FEDERICO EL GRANDE**

Organizó definitivamente el Estado prusiano.

*Copia del óleo de Antonio Graff.*

*(Buenos Aires, colección particular)*





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE

decisión de Federico el Grande, decisión que él mismo calificó como fruto de su ambición y de su dinamismo juveniles. No resultó de la necesidad de una evolución natural, ni correspondió a la tradición. No era indispensable que Federico extendiese su mano exactamente hacia Silesia. La región era en verdad codiciada y se había pensado en su adquisición, ya anteriormente, en determinadas ocasiones. Aunque Prusia necesitaba por cierto redondearse por todos los costados, ya que en el año 1740 no se componía más que de varios jirones de territorio dispersos, otros objetivos hubieran estado más próximos. Tal vez la Prusia occidental, que hubiera dado al país su cohesión geográfica en el este, o bien Hannover, que hubiera facilitado por lo menos la comunicación con Cleveris, o hasta Sajonia electoral, que hubiera podido agregar a su patrimonio de entonces de la manera más cómoda. Comparada con todo esto, la nueva adquisición de Silesia resulta realmente excéntrica. Únicamente la oportunidad favorable (la muerte del emperador y el consiguiente problema de la sucesión austríaca) indujo a Federico a dirigirse hacia Silesia. Reflexionemos por un instante: si este fallecimiento hubiera ocurrido un año antes, o si Federico hubiese llegado al poder un año más tarde, la historia de Alemania, hasta nuestros días, hubiera seguido distinto rumbo.

Hasta ese momento Prusia no había sido un país de conquistadores. De sus adquisiciones, sólo la parte menor —únicamente la Pomerania citerior— había sido lograda con las armas; todo lo demás por herencias. El convertirse en opositora a la casa imperial, contradecía por entero toda la tradición. Con breves excepciones, como temporariamente bajo el Gran Elector, Brandeburgo-Prusia había pertenecido hasta entonces al partido del emperador. Se habían tenido a menudo diferencias; en Berlín, de cuando en cuan-



do, se había llegado a fuertes injurias, pero se volvía siempre a la fiel devoción para Su Majestad Imperial. El ataque llevado por Federico contra la vieja casa imperial no tenía precedentes; por eso sorprendió completamente a los austríacos. Que este rey prusiano se atreviera a echar por la borda la tradición y poseyera la fuerza sobrehumana de consolidar lo que había ganado con un rápido golpe de mano, resultaba una obra totalmente personal, que rebata más eficazmente que cualquier explicación filosófica, la falsa teoría del fatalismo en el curso de la historia de la humanidad.

Fué la obra de un genio, que está por encima de las leyes de la evolución normal, porque es distinto, puede más y quiere más que el promedio normal y con su voluntad dicta la ley a la evolución misma. La obra de un genio pues, imprimió también a la historia alemana la dirección en que se movió hasta hoy y habrá de moverse en adelante.

El estado prusiano ha introducido algo nuevo en la historia alemana, no sólo por el total desplazamiento del centro de gravedad del poder, originado por su engrandecimiento; él mismo es algo nuevo en su modo de ser. Es un estado militar.

Todos los estados alemanes mantenían entonces ejércitos permanentes; el de Prusia era solamente más grande y mejor que los demás, lo que no representaba aún una diferencia substancial. Una particularidad significativa de Prusia consistía en que su ejército estaba costado con los propios recursos del estado. Los demás se hacían pagar los gastos, totalmente o en parte, por alguna potencia extranjera, ya sea Francia, España, los Países Bajos o el emperador. Sin subsidios no podían existir. Hasta el Gran Elector y el primer rey de Prusia habían aceptado

subsidios, tanto más apreciados, cuanto más elevados. En Federico Guillermo I el amor propio le llevó a rehusar ese papel; no quería ser asalariado de nadie y comprometer con ello su independencia. Pero menos aún quería renunciar a sus soldados. Es notorio cómo esto pesó sobre las finanzas y sobre toda la administración pública. Se extrajo de las energías del estado el máximo, pero también se hizo todo lo necesario para aumentar esas energías; el duro fiscalismo público halló su contrapeso en una preocupación paternal del soberano como no se conoció en ningún otro país.

La forzosa necesidad de hacer economías, con el correr del tiempo, llevó a un nuevo procedimiento en la composición del ejército. Para disminuir el alto costo del enganche en el exterior, Federico Guillermo se decidió a reclutar una parte considerable de sus tropas en su propio país. En primer lugar se engancharon efectivos también en él, pero se fijaron a los oficiales reclutadores determinados distritos, en los que podían enrolar a sus hombres, y de ello nació con el tiempo un reclutamiento formal entre la población del país. Federico el Grande pudo conducir sus campañas, de larga duración, en su mayor parte con los propios hijos del país, que, aparte de otros méritos, se mostraron dignos de mayor confianza: no desertaban como los mercenarios extranjeros. Y esto era algo único en ese tiempo. Así se habían colocado los cimientos del servicio militar obligatorio general, que vino más tarde.

Resultó como consecuencia de esto, que en Prusia la población se identificó con el estado en forma muy distinta a la de cualquier otro país. Ello se demostró en la guerra de los siete años. La defensa heroica e inmovible, con que el rey sumió en la sorpresa y en la admiración al



mundo, fué posible solamente porque su pueblo estaba unido compactamente detrás de él, tan firme y fiel, que en su condado westfaliano de Ravensberg, se negaban a los desertores la confesión y la comunión y la entrada a la casa paterna. Por grande que fuera la necesidad, nunca hubo traición o defección; los súbditos dieron voluntaria y alegremente hasta lo último por su rey y —por primera vez se puede pronunciar aquí la palabra— por su patria. En efecto, volvía al fin a existir un estado alemán que, a los ojos de sus ciudadanos, mereciera el nombre de patria. Solamente en la Prusia del Gran Rey podía escribir el poeta Hippel: "Ser prusiano significa ser patriota".

Así se grabó desde un principio, en este estado, el sello que distingue su esencia de los demás y da a su existencia fundamento y dirección. Para ello se introdujo en los tiempos más recientes el término "militarismo" y se condenó a muerte al "militarismo prusiano", como un delito contra la nación, más aún, de lesa humanidad. Quien no se deje aturdir por sonoras frases hechas, sabe que la esencia del estado prusiano está muy lejos de explicación definitiva, si se indican con el dedo solamente la preferencia y la posición predominante que en él asumía el soldado.

El verdadero militarismo prusiano consistía en que cada individuo, grande o modesto, rico o pobre, con cuerpo y alma, con todos sus bienes, pertenecía al país, le servía, vivía con él y por él moría. Esto fué posible solamente en Prusia, donde el mismo rey daba el ejemplo, donde dos soberanos, uno tras otro, se consumieron formal y literalmente para engrandecer a su país —Federico Guillermo I murió joven por exceso de trabajo y Federico el Grande envejeció prematuramente—, donde el más grande de sus reyes se declaró el primer servidor del estado,

y su progenitor acostumbraba a rechazar embarazosos proyectos con esta pregunta: "¿Qué diría de esto el rey de Prusia?". En la antigüedad se habían conocido realmente tales estados; en los tiempos posteriores y en suelo alemán, Prusia fué el primer ejemplo de esta antigua modalidad espartano-romana, ejemplo que incitaba a su destrucción o imponía la imitación.

Por lo demás, no se puede afirmar que el nacimiento de la gran potencia prusiana hubiera influido, de inmediato, favorablemente en todas partes, respecto a la situación de Alemania dentro de Europa. Parcialmente ocurrió hasta lo contrario. La rivalidad permanente y la hostilidad más o menos abierta existente entre las dos cabezas del Reich, aumentó en primer lugar la influencia de las potencias extranjeras en los asuntos alemanes. Más que antes se volcó desde este momento sobre el Reich alemán, el ataque de los grupos políticos europeos, mediante su acción separatista y belicosa. El estallido de la guerra de los siete años, fué, notoriamente, la consecuencia de que Federico el Grande substituyera con el año nuevo de 1756 la alianza francesa por la inglesa, mientras Inglaterra se hallaba ya en guerra con Francia en la América del Norte. A la inversa, para asegurarse el apoyo francés y ruso, Austria entonces estuvo dispuesta a ceder Bélgica a Francia y la Prusia oriental a Rusia, y no fué culpa de ella si no se llevó a cabo el plan, que, entre sus más vastas consecuencias, hubiera producido, a lo menos como muy probable, la pérdida de la orilla izquierda del Rin. ®

Si los peligros en el oeste quedan en segundo plano durante este tiempo, se debió sólo al alejamiento de Francia de los intereses continentales y a su creciente debilidad interior. Mientras que este país se encamina lenta-



mente hacia la revolución y, por eso precisamente, se alivia la gravitación que incidía sobre el frente occidental de Alemania, crece en cada década la presión ejercida por Rusia en el este. El dualismo de las grandes fuerzas alemanas debía convertir a la gran potencia oriental en árbitro de los asuntos alemanes, por poco que su política supiera, de algún modo, aprovechar las oportunidades. Ya durante la guerra de los siete años se había revelado claramente este predominio ruso. Sin la participación militar de Rusia, esta guerra, que tal vez no hubiera estallado, hubiese terminado a lo sumo en dos años, con una victoria decisiva de Prusia, que se hubiera ensanchado con la Sajonia electoral o, por lo menos, con el territorio sajón de Lusacia. El retiro de Rusia de la guerra en 1762, sin exigir para sí una ventaja —desde 1758 poseía la Prusia oriental y el rey se había conformado ya con la idea de sacrificar esta provincia— trajo finalmente la decisión y, tal vez, salvó la existencia del estado prusiano.

Catalina II era toda una soberana para explotar estas circunstancias favorables. Hubiera sido una necesidad natural que las potencias alemanas se coaligaran para imponer un alto a la penetración rusa por cuanto no se dirigía solamente contra el Danubio inferior, los Balcanes y Constantinopla, donde debía cerrar a Austria, con el tiempo, la ruta de su natural expansión, sino también contra Polonia, donde llegaba hasta muy cerca de la frontera de Prusia, y amenazaba con el cierre del curso fluvial del Vístula, con la separación permanente de la Prusia oriental y, por último, también con su absorción. Si la incorporación de Polonia a Rusia se hubiera realizado entonces, cuando la Prusia occidental era todavía una provincia polaca, Danzig se hubiera perdido para siempre

y probablemente Koenigsberg. Estas ideas nos tocan de nuevo muy de cerca en la actualidad.

La misma amenaza de parte de Rusia, hubiera debido, en realidad, llevar a Prusia y Austria a la concordia. Pero su colaboración era imposible, porque en Viena no se quería o no se podía soportar la rivalidad prusiana. Surgió entre las dos potencias la carrera por el favor ruso. En el primer momento Federico tuvo mejor éxito. Pero solamente gracias a su maestría fué posible conseguir una ventaja considerable en esas condiciones. Mediante la idea de una repartición del territorio polaco entre los tres estados vecinos, salió al encuentro de la aspiración rusa de absorber a Polonia y tuvo así la suerte de conquistar en 1772 a la Prusia occidental. Aunque faltaba todavía la perla prusiana, la ciudad de Danzig —Federico tenía que enfrentarse aquí también con la oposición de Inglaterra, que no podía ver con buenos ojos, a causa de su comercio con Polonia, que el puerto polaco pasara a Prusia—, se había reparado en gran parte una grave pérdida de malos días precedentes y satisfecho una exigencia natural. La Prusia occidental seguía siendo siempre un país esencialmente alemán; la dominación polaca durante tres largos siglos nada había modificado en ella y la acción del estado prusiano hizo que volviera a ser pronto totalmente alemana y que, de un territorio pobre y decaído, se convirtiera en una región rica y floreciente. Sirviendo el estado prusiano a sus propias necesidades y realizando la unión territorial esperada durante tanto tiempo, servía simultáneamente a una de las finalidades más grandes de la nación alemana: volvía a reunir regiones perdidas. Los intereses de Prusia y de Alemania se identificaban.

La segunda vez no se obtuvo un éxito tan afortunado



ni siquiera por el genio de Federico. Y siete años después se manifestó la traba que la influencia rusa ponía a la política prusiana, aunque los dos países estaban aliados.

Austria, bajo la dirección del joven emperador José, trató de imitar el ejemplo de Prusia; quiso crecer también a expensas de los vecinos y apoderarse de trozos de Baviera. Federico se opuso a esta tentativa de desplazar el equilibrio. En la guerra de sucesión bávara (1778-1779) el anciano soberano desenvainó una vez más la espada. La "guerra de las patatas" se caracterizó con razón por su falta de resultados. Su débil y desordenada dirección de parte de Prusia, no puede discutirse, pero en cualquier caso debía ser infructuosa, porque Rusia hubiera impedido cualquier éxito considerable. Fué en realidad obra de Catalina, la paz de Teschen en 1779, que puso fin a la lucha y dejó a Austria con una mínima adquisición territorial de la herencia bávara y a Prusia sin la menor ventaja en la deslucida campaña. Ella misma la "negoció", es decir la impuso; por eso respondía también plenamente a los intereses de Rusia: mantener tal cual era el equilibrio entre las dos grandes potencias alemanas; impedir la cesación del dualismo en Alemania, que convertía a Rusia en árbitro de los asuntos alemanes y obligaba a ambos estados, Prusia y Austria, a buscar y comprar constantemente la alianza rusa.

La gran potencia prusiana fué creación enteramente personal de Federico el Grande. Eso implicaba, sin lugar a dudas, un factor de debilidad. La creación de un genio resulta siempre una carga para sus propios herederos. Lo que han producido fuerzas medianas puede ser mantenido también más fácilmente por hombres medianos. La obra del genio, precisamente porque no ha surgido por necesidad de la naturaleza de las cosas, requiere siempre,

para su conservación, sobre todo al principio, mayores capacidades y esfuerzos, hasta que la misma se haya convertido en naturaleza propia. Esto lo hemos experimentado nosotros mismos. También la obra de Bismarck corrió el peligro de perderse, porque los sucesores no poseían las fuerzas necesarias para conservar y elaborar la nueva creación.

Los sucesores de Federico el Grande, carecían totalmente de capacidad para afrontar esa tarea. Soberanos incapaces, difícilmente encuentran ministros hábiles y más si ellos mismos tienen el convencimiento de que entienden todo de la mejor manera y en todo caso deben obrar por sí mismos. Federico Guillermo II, un déspota ingenioso, pero caprichoso, amante del goce y libertino, sin conciencia del deber y de la responsabilidad, buscó también en la política, con preferencia, la satisfacción de su vanidad de príncipe. Su hijo Federico Guillermo III fué todo lo contrario, muy consciente de sus deberes, pero también, y mucho más, de su propia incapacidad. Por ese sentido de la enorme responsabilidad y de su propia debilidad, eludió lo decisivo cuando hubiera debido buscarlo; perdió todas las oportunidades y se dejó llevar a ese estado de violencia que precisamente había querido evitar y así fué cómo, veinte años después de la muerte de Federico el Grande, el estado prusiano se derrumbó, no bajo el peso de un destino inevitable, ni por sus deficiencias y sus errores internos —éstos existían en realidad, pero no como para producir una caída inmediata—, sino, en todo el sentido de la palabra, por culpa de sus jefes, tanto del soberano como de los hombres públicos, por su incapacidad, su debilidad, su negligencia.

En la obra "Pensamientos y Memorias", de Bismarck, que no pretende ser en general un libro sobre la historia



prusiano-germana, se halla un inciso (en el duodécimo capítulo de la primera parte) sobre la política prusiana del año 1790 y la Convención de Reichenbach. Más de un lector se habrá asombrado al ver que el gran estadista, ha creído que vale la pena detenerse con tanta atención ante un suceso aislado de una época ya muy antigua. Tal vez alguien habrá considerado esta digresión, casi como un signo de cierta falta de método en la concepción del libro. Ambas cosas serían seguramente erróneas. Los acontecimientos de 1790 poseen una gran trascendencia y un efecto permanente: determinaron por muy largos años el curso de los sucesos y su influencia fué anulada sólo más de dos generaciones después por el mismo Bismarck. Por cierto, su importancia no está en lo que entonces ocurrió y se hizo, sino por cuanto se omitió y se descuidó. Se perdió una ocasión como nunca más debía presentarse tan favorable, para continuar y cumplir la obra de Federico el Grande; se la dejó malograrse. El año 1790, por lo tanto, hace época en la historia alemana, ya que se abandonó en aquel entonces la política de Federico, la más natural y la única saludable para el estado prusiano.

Sólo con gran dificultad logró el anciano rey sostener en sus últimos años la posición alcanzada por él y por su país. La alianza rusa había perdido cada vez más su valor; José II sobrepujó a Prusia (1781) y, apoyado en esta importante circunstancia, comenzó la empresa de aumentar su propia influencia, su propio poder en Alemania. Austria debía ser engrandecida con la anexión de Baviera; el elector de Baviera debía ser desplazado a Bélgica. El emperador llevó a sus hermanos a las sedes principescas eclesiásticas; acrecentó con ello su influencia en el Reich y no tuvo a menos actuar nuevamente, frente a los estados territoriales menores, como legítimo emperador. Federico

el Grande trató de desbaratar esas aspiraciones reuniendo a los príncipes medianos y pequeños (en 1785) en la Liga de los Príncipes para la defensa de la Constitución del Reich. Por el momento logró su finalidad: José abandonó el proyecto acerca de Baviera. Pero Federico cerró los ojos al año siguiente.

Libre de la presión que la personalidad de Federico había ejercido, José se lanzó a las más grandes empresas. Aliado de Rusia, inicia la guerra contra Turquía, que debía ser destruída y los vencedores repartirse el botín (1788). Pero faltaron los triunfos militares; la guerra resultó cada vez más difícil; el poder austríaco quedó empeñado en luchas interminables y sus energías comenzaron a agotarse. Al mismo tiempo, a causa de las inhábiles reformas del emperador, estalló la rebelión en Bélgica en 1789 y Hungría amenazó con seguir el ejemplo. Cuando el emperador falleció el 20 de febrero de 1790, hondamente impresionado al reconocer "que todos sus proyectos habían fallado", Austria se encontró en grave apuro. También Rusia, su aliada, estaba retenida en el sur por la guerra y al mismo tiempo seriamente amenazada en el norte por un afortunado ataque de Suecia. En Polonia, se despertaba por última vez el espíritu de la independencia nacional; las reformas en la administración y en la enseñanza habían dejado aflorar los comienzos de una nueva conciencia, que tendía a la transformación del estado decaído. Se quería libertarse del protectorado ruso, eliminar la elección del rey y convertir en hereditaria la corona.

No podía presentarse oportunidad más brillante para Prusia. En ese entonces hubiera sido posible expulsar de Polonia a Rusia y de Alemania a Austria, y asumir la dirección. En los círculos de los príncipes norteños de Alemania, había disposición para coligarse permanente-



mente con el rey de Prusia y reconocer su jefatura. Con juvenil entusiasmo, Carlos Augusto de Weimar se dió prisa para convertir a la Liga de los príncipes en una Liga del Norte Alemán, con Prusia a la cabeza, constituyendo así la única fuerza que por sí sola hubiera podido dar jaque-mate para siempre al emperador en Alemania. En Polonia se acarició con fervor entusiasta la idea de hallar la protección prusiana contra la presión rusa. ¿No hubiera sido posible entonces regenerar políticamente este pueblo, para que formara un eficaz paragolpes contra la masa rusa en lugar de servirle como ariete? ¿Una unión de Prusia con Polonia y Suecia no hubiera sido tan fuerte como para echar a Rusia del Báltico y aliviar la presión en el frente oriental alemán? De todas maneras, aunque los árboles no llegaran creciendo hasta el cielo, aunque se dejaran libradas al porvenir las finalidades últimas y se pensara solamente en lo más cercano y más seguro, el momento reclamaba grandes resoluciones y rápida acción. Debía concluirse la obra de Federico el Grande, alejar del campo una vez por todas al rival habsburgués, destruir la gran potencialidad de Austria. La rebelión en Bélgica y el movimiento húngaro, ofrecían una óptima oportunidad; un golpe militar dirigido hábilmente y con fuerzas conjuntas hubiera derribado el edificio; el resto se hubiera hecho por sí solo. No cabe duda cómo hubiera procedido Federico el Grande; y cómo hubiera procedido Bismarck; él mismo lo ha expuesto.

Tampoco Federico Guillermo II fué insensible a la grandeza del momento, pero no poseía la capacidad de utilizarlo cabalmente, y en su derredor no se encontraba quien lo hiciera en lugar suyo. Así fué llevado a representar una tragicomedia diplomática, tan triste y ridícula al mismo tiempo que apenas hay otro ejemplo de ella.

A pesar de encontrarse a la cabeza de su ejército ya movilizado, en vísperas de invadir a Bohemia, se vió obligado a concertar al fin, el 27 de julio de 1790, la Convención de Reichenbach, que no le daba más que el seudotriunfo de haber "dictado" la paz entre Austria y Turquía y de haber salvado la existencia de la última.

Con esto se abandonó el pensamiento político al que Prusia debía su progreso; cesó el franco antagonismo contra Austria. Y así quedaron por mucho tiempo las cosas. Ambas potencias obran, en la época inmediata, hombro a hombro. Pero la relación no es natural. El dualismo no ha desaparecido, aunque se quiera cerrar los ojos ante él. Envenena hasta la alianza. En el problema polaco, Austria y Prusia se enfrentan con la mayor desconfianza. Cuando en 1793 y 1795 se procede al reparto definitivo de Polonia, cada una trata de obtener ventajas para sí; ambas se envidian sus ganancias y esto permite que Rusia se adueñe del asunto. Las tres comen del pastel polaco, pero la porción rusa fué, con mucho, la más grande y la mejor. También en esto la política prusiana fué lo más desgraciada posible. En lugar de conservar y fortalecer a Polonia, trató de pescar cuanto más pudiera del territorio polaco. Hay que aplaudir la conquista de Danzig y Thorn en 1793; resultó una efectiva ganancia. Pero la circunstancia de que en 1795 se tomara también toda la región hasta el Vístula y el Piliza y que Varsovia y Bialystock se volvieron ciudades prusianas, representaba más bien una debilidad que un fortalecimiento. No se vió más que el aumento exterior en millas cuadradas, pero no las dificultades que traía para la administración pública ese engrandecimiento —con ello Prusia se convertía en un estado casi por mitad polaco y por mitad católico—, ni el hecho de que Rusia había ganado mucho más y, por la



misma razón, se tornaba tanto más peligrosa. En Berlín se había perdido el hábito de pensar políticamente.

Y para obtener esta ganancia más que dudosa, se habían realizado, y dejado ocurrir, las cosas más funestas en el oeste.

Cuando Prusia y Austria se encontraron juntas en Reichenbach y juntas salieron muy pronto, aunque no en plena concordia, a arrebatarse tierras de Polonia, se desarrolló nuevamente y al mismo tiempo el problema planteado desde Luis XIV, el problema de la frontera alemana en occidente. Francia planteó su antigua pretensión: exigió el Rin.

La Revolución Francesa influyó, un poco tarde y paulatinamente, sobre las condiciones internas de Alemania. Al principio en Alemania apenas se hizo más que asistir con entusiasmo o con aversión a los acontecimientos que se desarrollaban a orillas del Sena. Se poetizaba y declamaba acerca de la libertad y de la muerte de los tiranos; se plantaban aquí y allá árboles de la Libertad; se coqueteaba con la Igualdad y la Fraternidad y se esperaba un nuevo paraíso con la victoria de las ideas francesas. Pero en el campo de los hechos, se hizo muy poca cosa, nada en realidad. Debían transcurrir dos generaciones más, antes de que también en tierra alemana se iniciara con los hechos la marcha hacia la imitación del ejemplo francés; por lo tanto, no se puede decir tampoco que con el año 1789 comience algo nuevo para Alemania. Al contrario; si se considera la situación de este país frente a Francia, se reconoce que la Revolución Francesa, muy lejos de imprimir un nuevo giro a las relaciones de los países entre sí, despierta más bien de nuevo una evolución secular, que había cesado por mucho tiempo; la pone otra vez en movimiento y la lleva a su término.

Luis XIV había aspirado a la caída del imperio habsburgués, a la eliminación de Austria en Alemania, a la soberanía francesa sobre los estados alemanes y a la posesión de la orilla izquierda del Rin, pero no lo había logrado. Apenas si pudo pensar en su ambición más elevada: la corona imperial de Carlomagno. Propósitos enteramente iguales fueron los que se fijaron los políticos y los generales de la Revolución. Las finalidades de su política exterior son las mismas que las de la antigua monarquía; pero las persiguen con más consecuencia y decisión y transitoriamente las alcanzan. En ello reside la grandeza de la Revolución Francesa, por la que se afirmó y pudo finalmente conquistar el futuro: se enlazaba a cuanto se refería a la nación y a su posición en el mundo, a las tradiciones de los tiempos más gloriosos del pasado, que se reprochaba a la monarquía, en los últimos años, haber olvidado y traicionado. Napoleón, el heredero y albacea de la revolución, como se le llamó con justo acierto, dijo una vez a un interlocutor alemán: "Yo representaré el papel que Richelieu asignó a Francia". En forma tan amplia y tan plenamente consciente, la Francia revolucionaria guardó fidelidad a las viejas tradiciones.

No hace falta indicar que esto estaba dirigido en primer término contra Alemania.

Se considera hoy como cosa segura, que la guerra comenzada en 1792, no fué impuesta de ningún modo a los franceses, sino exigida y provocada por los jefes de la revolución. Necesitaban el enemigo exterior para mantener firme, alrededor de su bandera, a la nación y consolidarse en el gobierno. Desde un comienzo, también, indicaron en seguida las finalidades a que pensaban arrastrar al país: Bélgica y la orilla izquierda del Rin. Cuan-



do terminó la primera campaña, en octubre de 1792, con la momentánea retirada de los austríacos y prusianos, se proclamó en la Asamblea Nacional de París, muy abiertamente, la conquista de todo el territorio hasta el Rin. En medio de estruendosos aplausos, el 31 de enero de 1793, Dantón, el hombre más poderoso entonces de Francia, declaró: "Inútilmente, os digo, se trata de despertar preocupaciones basadas en que la República pueda llegar a ser demasiado grande. Sus límites fueron fijados por la naturaleza. Hemos de alcanzarlos enteramente... en el Rin. Allí deben terminar las demarcaciones de nuestra República, y no habrá poder que nos impida alcanzarlas". Algunos días después Carnot se expresaba en el mismo sentido: "Los viejos límites naturales de Francia son el Rin, los Alpes y los Pirineos. Las partes que se han arrancado del conjunto lo fueron solamente por fuerzas superiores. De acuerdo con los principios generalmente valerosos, no sería ambición irrazonable, si tratáramos de reconocer de nuevo como hermanos nuestros a los que ya lo fueron una vez, ni si nos esforzáramos en reanudar de nuevo los vínculos que fueron destrozados precisamente por la ambición".

Por este precio, pues, desde un principio se combatió en las guerras de la revolución, entre Alemania y Francia; inútilmente por parte de la primera, porque el nuevo dualismo, corroía aún más profundamente la eficiencia alemana, que lo que lo había hecho en otros tiempos anteriores la Constitución del Reich. La oculta discordia que seguía subsistiendo entre las dos grandes potencias alemanas, aun donde ellas se unían para proceder en común, fué la causa mayor para que Francia no sólo alcanzara — y no momentáneamente—, sus antiguas metas, sino que

las sobrepasara ampliamente, y cuando, sin embargo, fuera al final vencida, saliera de la lucha sin pérdida alguna.

De la reconciliación, iniciada por la Convención de Reichenbach, entre Austria y Prusia, surgió su alianza contra la Francia revolucionaria. Creyeron poder salvar en ese país a la pareja real y a la misma monarquía bajo formas constitucionales. Como interés realista Austria defendía con ello sus posesiones en Bélgica; en cambio no resultaba claro qué finalidad práctica se proponía Prusia. Según decía, luchaba... por Alemania. Pero combatía con la mitad del alma, llena de desconfianza por el aliado, que le devolvía ese sentimiento con intereses, y mirando de soslayo siempre hacia el este, preocupada por el hecho de que Austria pudiera entenderse secretamente con Rusia y defraudar a Prusia en sus ventajas en Polonia. Las campañas se desarrollaban como podía esperarse en semejantes condiciones: se alternaban retiradas y avances, derrotas y triunfos; no hubo un éxito decisivo porque faltó la colaboración de los dos aliados y de sus ejércitos. Ya en el otoño de 1793 el rey Federico Guillermo II dió personalmente la espalda al teatro de la guerra. Había salido a la lucha un año antes como campeón "para el Reich alemán". Ahora, declaraba en un manifiesto que en lo futuro, deseaba dedicarse únicamente a los intereses de Prusia (21 de septiembre de 1793). Hubiera servido mejor a la nación alemana si hubiera comprendido esos intereses con mayor prudencia y resolución, cuando aún era tiempo. Entonces se volvió hacia Polonia, para poner su botín a buen recaudo. Al año, partieron también las últimas tropas prusianas del oeste hacia Polonia, y dejaron sola a Austria en la defensa del Rin, que en esa forma se perdió también.

Siempre por miedo de ser perjudicada en Polonia si no



podía actuar en ella con todas sus fuerzas disponibles, y además económicamente agotada, Prusia firmó con Francia la paz de Basilea el 5 de abril de 1795. Se retiró por entero de los asuntos del Reich, renunció a cualquier oposición a que París se anexara la orilla izquierda del Rin, e impuso solamente, que en cambio de las pérdidas territoriales que sufriría con ello en el bajo Rin, Francia le agenciara una indemnización adecuada en la Alemania de la derecha del mismo río.

Mucho se ha vituperado antes y ahora, esta "traición a la causa alemana" y hay que admitir sin reserva que, desde el punto de vista alemán, el modo de proceder del rey de Prusia fué sumamente reprobable. Si se toma como patrón de medida el interés del Reich, Federico Guillermo II obró, sin duda, como un Judas, de acuerdo con lo afirmado en un libelo. Surge solamente esta cuestión: ¿se podía exigirle que identificara su propio interés con el del Reich? Con ello hubiera procedido de modo distinto al de los príncipes contemporáneos suyos, con el emperador a la cabeza, quien, secretamente, negociaba también una paz separada con Francia, sobre la base de que Austria renunciaría a Bélgica y se indemnizaría en Baviera. En el fondo era exactamente lo mismo que había hecho Prusia, con la única diferencia de que las negociaciones austríacas no llegaron a puerto. Solamente el resultado era distinto, las intenciones eran iguales por uno y otro lado.

Realmente, en ese momento hubiera sido una exigencia injusta para la política prusiana, la subordinación de su punto de vista al interés nacional. Cuando todos los demás, comprendiendo al emperador, hacían solamente política particularista, ¿debía ser nacionalista únicamente Prusia? Políticamente esta idea no era más que una equivocación. Prusia no tenía obligación de asumir el papel

de campeón de la nación alemana; tampoco podía hacerlo, porque sus fuerzas no daban para eso, como se había demostrado poco antes en la guerra, que fracasó porque había dos potencias capitales, dos jefes en lugar de uno. ¡Ah, si solamente Prusia hubiera mandado en Alemania, si Austria se hubiera retirado o hubiera sido eliminada! Pero no había ni que hablar de ello; la oportunidad se había desperdiciado en 1790. Y aquí aparece con claridad la funesta y permanente influencia de las faltas de entonces. De estos errores, de la Convención de Reichenbach y de sus anexos, sobrevino todo lo demás como consecuencia; por lo tanto no se puede reprobar, realmente, la paz de Basilea. Fundamentalmente, era inevitable y por eso mismo, en las circunstancias dadas, lo más justo. ¡Con qué prudencia es necesario proceder, sobre todo en la alta política, para condenar un paso aislado, una resolución determinada, aunque pueda parecer que lo merece! En la mayoría de los casos, ocurre exactamente como en el juego de ajedrez: cuando se pierde una pieza se trata generalmente de la consecuencia de errores precedentes, y no puede pedirse que el jugador evite su pérdida cuando ya no puede deshacer los movimientos equivocados que ha ejecutado anteriormente. Por lo menos tal era la situación en Prusia en el año 1795: su política del momento era, por cierto, mala y desgraciada, pero no había surgido como tal solamente entonces, sino que databa ya de cinco o seis años antes. Pero los antiguos errores se vengaban cada año más.

Sin lugar a dudas, las consecuencias del alejamiento de Prusia de la guerra contra Francia fueron de las peores. Austria siguió combatiendo sola, al lado de Inglaterra, dos años, pero únicamente para sufrir un perjuicio mayor. Cuando se le enfrentó el genio militar superior de Napo-



león, la derrota fué completa. Ya en 1797, con la paz de Campoformio, debió consentir como Prusia en la cesión de la orilla izquierda del Rin. Cuando se atrevió otra vez a entrar en la lucha, las victorias de Napoleón y de Moreau en Marengo y en Hohenlinden (1800) trajeron la decisión. La paz de Lunéville, en 1801, la selló. Todo lo que siguió no fué más que su ejecución y llevó a la disolución del Reich.

De acuerdo con lo pactado en Basilea y Lunéville, los príncipes debían ser indemnizados por lo perdido con la separación de la orilla izquierda del Rin. Después de largas negociaciones este asunto terminó por la "resolución principal de la diputación del Reich", el 25 de febrero de 1803, con una completa modificación del mapa de Alemania. Todos los principados eclesiásticos desaparecieron, con excepción de uno, el estado del Gran Canciller de la curia electoral; fueron empleados para compensar a Prusia, Baviera, Wurtemberg, Baden, Hesia y Nassau. Más tarde hasta los pequeños dominios seculares —condes, barones, caballeros y ciudades— sufrieron la misma suerte. Esta nueva repartición de territorios implicaba la destrucción de la vieja Constitución del Reich y, al mismo tiempo, la deposición efectiva del emperador. Con los príncipes eclesiásticos desaparecía el grupo que aun tenía sus buenas razones para estar al lado del emperador: el partido imperial. El Reich se convirtió en una federación de estados de mediana magnitud; el imperio había perdido su base.

Según su forma se trataba de resoluciones del Reich; de hecho no eran otra cosa que disposiciones de Francia. Dependía del favor o de la oposición de Napoleón, que en líneas generales se había entendido con el emperador de Rusia, si un determinado estado alemán seguiría o no subsistiendo, y, en este último caso, qué y cuánto debiera

recibir algún otro estado. La política francesa de antigua tradición —paralizar al emperador por intermedio de los príncipes— halló su victorioso cumplimiento.

Cuando Austria intentó una vez más rebelarse contra esta situación, fué nuevamente derrotada, en Austerlitz, en 1805. El año 1806 trajo la liquidación final. Los estados alemanes del sur, engrandecidos, proclamaron su soberanía, es decir, su retiro del Reich, y formaron la Confederación Renana (20 de julio de 1806) bajo la protección francesa. Austria renunció al título imperial romano: el Reich alemán había dejado de existir.

Quedaba Prusia, que, aparentemente, surgía más grande. Por las secularizaciones de 1803, había ganado más de lo que ganó la mayoría de los otros estados; solamente las ventajas de Baden habían sido mayores. La incorporación de las diócesis de Westfalia, había ensanchado poderosamente su territorio. Hasta entonces había conseguido mantener alejada la guerra del norte de Alemania. De hecho el país alemán quedaba dividido en una mitad prusiana y otra mitad francesa. Era doloroso, pero desde el punto de vista prusiano no representaba necesariamente una desgracia. Mucho más todavía se podía ganar procediendo sagaz y firmemente: unificar todo el norte de Alemania y desde allí, con el tiempo, en una oportunidad favorable, emprender la liberación del sur. Una idea de esto flotaba en el aire, y tanto, que finalmente tampoco el gobierno de Prusia pudo hacer otra cosa que poner manos a la obra, aun vacilando.

Por cierto, la situación no estaba exenta de peligros. Francia amenazaba en el oeste, Rusia en el este; cada una exigía la colaboración, la adhesión a su propio partido. Se requería prudencia y, sobre todo, valor y acción hábil y certera. En Berlín reinaba lo contrario de todo esto. Fede-



rico Guillermo III, rodeado de hombres débiles, por miedo a cualquier resolución valiente que lo enemistara con uno u otro bando y le obligara a una colaboración desembozada, perdió todas las ocasiones; se malquistó con Napoleón; fué abandonado en la encrucijada por Alejandro I, y finalmente tuvo que sostener por sí solo la campaña, que temió realizar en compañía de los otros. Le ocurrió lo que ha ocurrido y ocurrirá siempre a quien se impone a sí mismo un designio absoluto del mantenimiento de la paz, pues se verá obligado a hacer y a perder la guerra.

Quien olvide que toda política es una lucha, perderá también la capacidad de luchar y, cuando se vea obligado a hacerlo, será vencido indefectiblemente. Tal fué también el final de la política pacifista de Prusia. Una desgracia: la herida mortal del comandante en jefe y la incapacidad militar del rey y de sus generales, llevaron en Jena, el 14 de octubre de 1806, al aniquilamiento del ejército y, con ello, también del estado prusiano. Tampoco la ayuda rusa, que intervino con retardo, pudo salvarlo. En la paz de Tilsit (1807), Prusia quedó limitada a sus territorios al este del Elba, por la devolución de todas sus conquistas polacas; oprimida por ocupaciones y reparaciones de guerra, despojada de su armamento militar. La Alemania occidental a la derecha del Rin se tornó francesa, en parte por una simple incorporación, en parte en forma de estados vasallos: el reino de Westfalia y el gran ducado de Berg.

Napoleón se había propuesto algo peor todavía: hubiera querido hacer desaparecer también a Prusia. Sólo la oposición del zar lo impidió, porque éste deseaba mantener entre Rusia y Francia algo así como una pared divisoria, aunque se tratara de un débil paragolpes. De otra manera, el negocio del reparto entre oriente y occidente hubiera sido realizado en forma total. Pero también así, como for-

mación política de peso, Alemania desaparecía del mapa europeo.

Quedaba un estado austríaco, pero enteramente excluído de Alemania. Su población era en su mayoría eslava, magiar e italiana; sus intereses se hallaban en cualquier parte, menos en Alemania. Había pequeños estados alemanes; pero eran vasallos de Francia, obligados a proporcionar tropas y a pagar contribuciones. Francia se extendía realmente hasta el Elba. Los ensueños de los contemporáneos de Luis XIV se habían cumplido; el imperio de Carlomagno estaba reconstituído, y, con razón, Napoleón, que lo había realizado, llevaba la corona imperial que él mismo se había colocado ya en 1804. Era la corona alemana, que había pasado a Francia. Para eliminar cualquier duda, la lengua francesa fué introducida como idioma oficial en el reino de Westfalia y en el Hamburgo francés.

Quien conozca los siglos precedentes, no verá en ello el capricho aventurero de un acaso militar. Fué la conclusión de una larga y desgraciada evolución; culminaba en ella una consecuencia lógica. Francia, madurada desde largo tiempo en un estado nacional unido; Alemania desde hacía siglos en marcha hacia su disolución: cuando una vez ambas llegaran a las manos, sin que acudiera una ayuda oportuna de afuera, el destino alemán estaría definido.

Es cierto, la debilidad y la incomprensión habían colaborado para eso del lado alemán. Pero ¿cuándo faltan en la vida humana estos factores? ¿Y tan luego en la historia alemana? ¿Qué raras son, sin embargo, las excepciones, cuando el personaje oportuno está en su justo lugar, cuando el talento político logra asumir la dirección! Un calculador hubiera podido decir de antemano: si alguna vez chocan Francia, compacta y dura como el acero, y Alemania, divi-



dida y desmenuzada, puede apostarse diez contra uno a que se perderán las fuerzas alemanas existentes, porque la incapacidad tradicional de quienes disponen de ellas, ha de procurar que sean empleadas a destiempo y en lugar equivocado. Hasta la insuficiencia de Federico Guillermo II y III nada tenían de sorprendentes. El que conoce la historia alemana debía esperar algo así. Esto también estaba dentro de las líneas de la tradición y de la evolución.

El destino histórico se había cumplido. Con mucha mayor razón que en 1648, se podía preguntar ahora: ¿existía aún una esperanza, un porvenir?

## CAPÍTULO UNDÉCIMO

**El despertar de la personalidad alemana — El florecimiento del espíritu alemán — La poesía — La música — Federico el Grande — El cosmopolitismo — La desilusión — La dominación extranjera — Prusia y Alemania — La liberación — La reconstitución de Alemania — La confederación alemana.**

El 7 de julio de 1807, se concertó en Tilsit la paz entre Francia y Rusia, a la que Prusia tenía que someterse, y que sellaba la aniquilación de Alemania.

Esto era lo que había hecho del país la política de los príncipes, de los gobiernos y los hombres de estado, no en una hora desdichada, no sorprendidos y violentados repentinamente por el destino, sino en siglos de larga labor, anudando una generación a otra, perpetuando los unos a los otros, en una evolución estrictamente lógica, que, a pesar de reacciones ocasionales, proseguía infaliblemente hacia su meta final. Se puede decir sin exageración: en julio de 1807 halló su conclusión provisional lo que había comenzado seis siglos antes. La liquidación estaba completa. Todavía quedaba un saldo; pero lo que, en una aparente independencia, aun mantenía vivo el recuerdo de una Alemania anteriormente libre, se asemejaba más o menos a Polonia, tal cual era entre el segundo y el tercer reparto.

En el invierno siguiente (1807-08), un filósofo dió en Berlín una serie de conferencias, que aparecieron en seguida también impresas: "Discursos a la Nación Alemana", de Johann Gottlieb Fichte. El autor se dirigía —como lo



dida y desmenuzada, puede apostarse diez contra uno a que se perderán las fuerzas alemanas existentes, porque la incapacidad tradicional de quienes disponen de ellas, ha de procurar que sean empleadas a destiempo y en lugar equivocado. Hasta la insuficiencia de Federico Guillermo II y III nada tenían de sorprendentes. El que conoce la historia alemana debía esperar algo así. Esto también estaba dentro de las líneas de la tradición y de la evolución.

El destino histórico se había cumplido. Con mucha mayor razón que en 1648, se podía preguntar ahora: ¿existía aún una esperanza, un porvenir?

## CAPÍTULO UNDÉCIMO

**El despertar de la personalidad alemana — El florecimiento del espíritu alemán — La poesía — La música — Federico el Grande — El cosmopolitismo — La desilusión — La dominación extranjera — Prusia y Alemania — La liberación — La reconstitución de Alemania — La confederación alemana.**

El 7 de julio de 1807, se concertó en Tilsit la paz entre Francia y Rusia, a la que Prusia tenía que someterse, y que sellaba la aniquilación de Alemania.

Esto era lo que había hecho del país la política de los príncipes, de los gobiernos y los hombres de estado, no en una hora desdichada, no sorprendidos y violentados repentinamente por el destino, sino en siglos de larga labor, anudando una generación a otra, perpetuando los unos a los otros, en una evolución estrictamente lógica, que, a pesar de reacciones ocasionales, proseguía infaliblemente hacia su meta final. Se puede decir sin exageración: en julio de 1807 halló su conclusión provisional lo que había comenzado seis siglos antes. La liquidación estaba completa. Todavía quedaba un saldo; pero lo que, en una aparente independencia, aun mantenía vivo el recuerdo de una Alemania anteriormente libre, se asemejaba más o menos a Polonia, tal cual era entre el segundo y el tercer reparto.

En el invierno siguiente (1807-08), un filósofo dió en Berlín una serie de conferencias, que aparecieron en seguida también impresas: "Discursos a la Nación Alemana", de Johann Gottlieb Fichte. El autor se dirigía —como lo



declaraba en forma expresa— “a los alemanes, simplemente, dejando de lado y desechando por entero todas las diferencias escisionistas, que han provocado en mi nación, desde siglos, acontecimientos desgraciados”. Quería que sus palabras, “pudieran encender, en todas las regiones, los corazones alemanes, decidiéndolos para la resolución y la obra”. Frente a la desdicha atraída sobre Alemania por sus gobernantes, llamaba a la nación a la defensa de sí misma.

¡La nación!... ¿Existía, pues, una nación alemana? Poco antes, Federico Nicolai, amigo de Lessing, había contestado negativamente a la pregunta, definiendo el sentimiento nacional alemán, como “una quimera política”. Desde el punto de vista del derecho público tradicional y de la realidad política, tenía razón. Pero ya no dominaban solamente estos factores. Nicolai, no había oído las campanadas en el reloj de los tiempos; se hallaba en el bando de la tradición y no veía lo nuevo. Los acontecimientos demostraron bastante pronto que no tenía razón. Existía una nación alemana y un sentimiento nacional alemán, y fueron obra suya la anulación del pasado, la reconstitución de la libertad del país —mejor de lo que antes lo fuera— y la iniciación del camino hacia la unidad.

Antes de 1806, hay pocos motivos para hablar de la nación alemana. Una sola vez hasta entonces había surgido activa, en los años 1520-25, cuando por un hondo movimiento popular, que alcanzó a todos los círculos, fué abatido y deshecho el dominio de la Iglesia. Entonces, la nación misma había intervenido y arrastrado al ataque a los gobernantes. Luego había vuelto a retirarse al papel de coro que comenta los sucesos con palabras más o menos apropiadas, sin ejercer influencia en la acción. La miseria que dejó tras de sí la guerra de los treinta años había paralizado completamente sus miembros. Si se reflexiona que enton-

ces la población de Alemania había decaído hasta una fracción de su anterior volumen, y el área cultivada del suelo había disminuído enormemente, no se extraña la pasividad o la nulidad que caracterizan la vida pública en los cien años siguientes; se extraña mucho más, que este espantoso agotamiento haya sido superado y hasta con tanta rapidez.

En los tiempos que siguen, hay menos lugar aún en la historia alemana para el punto de vista nacional. El que deseara fundarse en él, pisaría el vacío. La conciencia de la nacionalidad parece dormir, faltando enteramente en la política. Frases típicas ocasionales, como la gratuitamente atribuída al Gran Elector: “Recuerda que eres un alemán”, no tienen significado práctico alguno; no son más que modos de hablar de hermoso sonido, que ni el Gran Elector ni —menos aún— los demás, toman como guía al obrar. La ola de indignación alemana por el despojo territorial de Luis XIV, se evapora sin consecuencias y sólo demuestra que la necesidad nacional no significa lo bastante y es únicamente un sentimiento para períodos de excepción y no una energía viva, sostenedora, de acción constante. Y en la literatura, en el arte, en la vida cívica... ¿de dónde llegaría la conciencia nacional, si todo estaba por el suelo y, en comparación con otros pueblos, se recibía siempre más clara la impresión de cuán poco se valía?

Desde la mitad del siglo XVIII, las cosas cambian; el pueblo alemán ha comenzado a reponerse. Sigue siendo pobre, mucho más pobre que los vecinos, pero tiene de qué vivir y de nuevo puede pensar en obrar. El espíritu alemán ha vuelto a erguirse y a sacudir sus alas. Es como cuando la naturaleza se despierta después de su sueño invernal y pasa por la tierra la primavera. Tal vez la causa es también la misma. Acaso es el hecho de que empiecen a caer las



cadena de la miseria y haya mayor libertad de movimiento y se abran otras posibilidades, lo que trae el rápido y rico desarrollo de las fuerzas creadoras, que comienza hacia mediados del siglo XVIII, y frente al cual nos hallamos siempre como ante un milagro.

No podemos abismarnos en este magnífico drama. Por desgracia, ni ha sido descrito como se merece. Tampoco la grandiosa "Historia de la Literatura del Siglo XVIII", de Hermann Hettner, es justa con él, porque, por una prevención unilateral por las ideas cosmopolitas, fundamentalmente humanas, no presta la misma atenta observación al despertar del sentimiento y de la conciencia nacionales. Y, sin embargo, no cabe duda alguna; la literatura clásica nacional de los alemanes, que comienza a surgir alrededor de 1750, está influida principalmente, en verdad, por la gran corriente del "iluminismo" (1), que entonces arrastraba consigo a toda Europa; pero, al lado de esta melodía principal, resuena en ella, no tan a menudo y, sin embargo, no menos perceptible, otro motivo: el nacional. Se aspira a ser, no sólo "hombre" y "espíritu libre", sino también "alemán", y con el curso del tiempo, al ver de cuánto se es capaz, y también de qué modo se es considerado en el exterior, se halla de nuevo el orgullo de ser "un alemán".

Ya el primer gran poeta a quien admiró toda Alemania, y con el que solemos abrir la serie de nuestros "clásicos" en la clasificación escolar —Klopstock—, ¡cómo está, sin embargo, lleno, hinchado, envanecido de su sentimiento de ser un alemán! Antes de elegir como tema de su gran poema, la historia de la encarnación humana de Dios, pensó, siendo todavía un estudiante de veinte años, en cantar,

(1) Empleamos esta palabra —de "Aufklärung" (esclarecimiento)— para expresar mejor el concepto alemán del movimiento enciclopedista o de libre examen. (N. del T.).

como en una epopeya, a Arminio el Querusco. Y quince años después, en 1759, creía "que un joven poeta que se sintiera tal, debía elegir sus argumentos en la historia moderna o en la de su patria". Tenía una satisfacción que hoy nos induce a sonreír, al enorgullecerse de poder considerarse a sí mismo como a un descendiente de pura cepa querusca, "porque se debía exclusivamente a estos antepasados, que los alemanes no hablen ahora semirromano, como los franceses". En sus odas suena por vez primera en muchos siglos, quizá absolutamente por vez primera en la poesía alemana, el himno al amor generoso pronto al sacrificio por la patria.

Hoy, pues, más que nunca, cabe recordar las palabras con las que saludaba a su patria, en el año 1768, el primer gran poeta de Alemania:

"¡De gloria milenaria su frente coronada!  
¡Y más que muchos pueblos, erguida va marchando,  
Con andar de inmortal, mi Patria amada!  
¡Sé indulgente conmigo, que callo... meditando,  
En la terrible y noble idea, de ser digno de ti, Patria adorada!"

Hasta en la debilidad más sensible de su nación supo dar justamente este poeta patriótico, en su oda sobre la "Exagerada estimación de los extranjeros" (1781):

"¡Menospreciáis, pues, a vuestra Patria,  
Alemanes nada alemanes,  
Cuando boquiabiertos y clavada la vista,  
Embobados, admiráis al extranjero!  
¡Él os desdeña, al odiar tal sentimiento servil!  
¡Jamás ese extranjero que preferís,  
Pensó él preferir a otro extranjero!"

El sentimiento nacional de Klopstock era una aspiración aún, sin base real. En efecto, ¿con qué habían con-



tribuído hasta entonces los alemanes al tesoro común de valores espirituales que poseía el occidente? Una sola vez habían tomado, para impulsarlos, los rayos de la rueda del progreso, cuando Martín Lutero dió el empuje al gran movimiento que trajo una nueva era para todos los pueblos del oeste. Desde entonces sólo Leibniz, como un milagro universal del espíritu, asombró a la Europa culta, pero escribió en latín o en francés y no en alemán. En lo demás el mundo no había tenido mayores motivos para ocuparse de los alemanes.

Ahora, sin embargo, ¿con qué rapidez cambió todo eso! Entre 1744 y 1745, Klopstock concibió la idea de la "Mesíada"; en 1748 aparecieron los primeros tres cantos. En 1755 vieron la luz las "Reflexiones acerca de la imitación de las obras griegas", de Winckelmann: se anunciaba el gran conocedor y crítico del arte antiguo que inaugura un nuevo período de la cultura europea. En el mismo año comenzó Kant su actividad docente. En 1771 Goethe dió principio al "Fausto", en 1772 a "Goetz de Berlichingen"; en 1779 apareció "Natán el Sabio", de Lessing, la expresión más acabada, pura y noble de todas las grandes ideas que la época del iluminismo haya originado en cualquier país; en 1781 se publicó la "Crítica de la Razón Pura", de Kant. Y ya en 1774 se había impreso el primer libro alemán, que se abrió camino inmediatamente en todo el mundo, en todas partes causó entusiasmo, fué traducido a todos los idiomas e incorporado de golpe a la literatura mundial: el "Werther", de Goethe, que hasta Napoleón llevó consigo en su campaña de Egipto.

Aunque los franceses alardearon cuanto quisieron, de que su lengua dominaba el mundo y su literatura se hablaba en todas partes como en su casa, fué necesario en-

tonces admitir que estaban ya superados: había comenzado para Europa la era del predominio del espíritu alemán.

Todos saben que este vuelo del espíritu alemán se logró con una rebelión consciente, casi sentimental, contra la tiranía del gusto francés, que había mantenido a Alemania encadenada hasta entonces. Todos conocen también el nombre del audaz y victorioso luchador de esta guerra de liberación espiritual: Gotthold Ephraim Lessing. El héroe del iluminismo es para nosotros también el héroe de la libertad nacional. Toda su obra tiene esta trama: ¡guerra a las reglas artísticas francesas, guerra a los modelos franceses, guerra al gusto francés! Tanto en la teoría como en la práctica combatió esa tendencia y la venció, en sus "Cartas Literarias", en las que arrancó su aureola artificial a Gottsched, al profeta de las creencias artísticas extranjeras en Alemania; en la "Dramaturgia Hamburguesa", en la que golpeó, con el mazo de la crítica, los ídolos extranjeros, y, finalmente, en su inmortal "Minna de Barnhelm" en la que, libre, orgulloso y superior, mostró la puerta de calle al espíritu francés que se expandía por el país. ¡Qué insuperable conciencia de sí mismo vibra ya en su frase: "indíquenme que producción del viejo Corneille yo no me atreva a hacer mejor". Sabe que el alemán es superior a su vecino occidental.

Los comienzos de la poesía clásica alemana son nacionales; son alemanes en su raíz, en su germen y expresión, en su contenido y forma, y conscientes de su intención. El joven Goethe es así para nosotros el verdadero intérprete de su época. Más tarde buscó el ideal del arte y de la vida en los griegos, pero comenzó con la admiración por un maestro alemán: Erwin de Steinbach. Halló su primer material dramático en la historia de los tiempos de la Reforma, y tomó de un viejo libro popular el tema de su obra



verdaderamente vital, en la que debía representar, en forma acabada, el eterno e insaciado afán del alma humana, motivo netamente alemán. Y no fué más que el cumplimiento de una evolución que abarcaba ya a casi dos generaciones, cuando Schiller en su "Tell", cantó el himno del amor a la patria libre, hallando la expresión perfecta de lo que hervía en el alma de la poesía alemana desde Klopstock:

*¡Acércate a la Patria querida;  
Llévala siempre fija en tu razón!  
En ella están las raíces de tu vida.  
¡Únela con fuerza a tu corazón!*

Lo que sucedía en los dominios del pensamiento, de la poesía y de la filosofía, se repetía exactamente en aquel arte que más que cualquier otro refleja la vida sentimental de un pueblo: la música. Casi más que en otros países, también en Alemania dominaba la música italiana. En la segunda mitad del siglo XVIII, empieza un afortunado esfuerzo para libertarse de esa influencia extranjera, para hablar la lengua propia también con las notas, y encontrar para el sentimiento alemán una expresión alemana propia.

Cultivada primeramente en Mannheim, en la corte del elector palatino —el elector Carlos Teodoro y su hermano Dalberg se preocuparon tanto del teatro nacional alemán como de la ópera alemana—, creció esta "música alemana" muy rápidamente hasta una elevada perfección y una fama europea. Un inglés que viajaba por ese entonces por Alemania, Lord Fordice, opinaba ya que la táctica prusiana y la música de Mannheim elevaban a los alemanes por sobre todos los pueblos. También el emperador José II cultivó idénticas preocupaciones; pertenecían al vasto programa con que esperaba asegurar al imperio austríaco renovado y

modernizado la jefatura de la nación. En el año 1776 fundó en Viena el "Teatro Nacional" alemán y eliminó el ballet y la ópera italiana; en su lugar en 1778 inauguró la Ópera alemana, el "Nationalsingspiel". Berlín poseía ya desde el año 1771 una Ópera alemana, por cierto en oposición al rey, que en música prefería el gusto italiano, de la misma manera que en la literatura se sometía al francés. Pero Viena tuvo la gran suerte de tener al artista genial, que satisfizo con sus creaciones las necesidades de la nación: Wolfgang Amadeus Mozart. Alumno de los italianos, se sintió, sin embargo, vivamente alemán desde temprano. En sus cartas halla esto, casualmente, una vigorosa expresión. "Tierra de los tudescos, mi querida patria, de la que estoy orgulloso", dice alguna vez. Lo ponía fuera de sí el hecho de que se cantara en idioma italiano en los escenarios alemanes. "El idioma tudesco ¿no es tan hermoso para el canto como el francés y el inglés?..."; "Si hubiera un solo patriota en las tablas, todo tendría otro aspecto! Pero —continúa con amarga ironía— ¡entonces prosperaría tal vez hasta florecer el teatro nacional que ya brota tan bellamente, y sería una eterna infamia para la patria tudescas si nosotros los tudescos comenzáramos de una vez, seriamente, a pensar en tudesco, a obrar en tudesco, a hablar y aun a... cantar en tudesco!". Sin embargo, él mismo comenzó a hacerlo y la nación coincidió con su canto. "El rapto en el serrallo", que se estrenó en 1783 en Viena, es la primera ópera alemana que representa al mismo tiempo una obra de arte de perdurable valor, y en "La flauta mágica" el maestro moribundo dice la palabra con que, según la expresión de su biógrafo Otto Jahn, "abrió a su pueblo el santuario del arte nacional". Y el pueblo lo comprendió, porque, inmediatamente y por doquiera, "La flauta mágica" penetró en el alma de la nación como nunca lo hiciera antes una obra de arte musical.



Con la música ocurre lo mismo que con la poesía, y aún en mayor extensión: cuanto crean los alemanes para sí, por sus mejores producciones y hasta por algunas mediocres, se convierte en tesoro común de los pueblos. Gluck, Haydn, Mozart, Beethoven y la pléyade que les sigue, pertenecen al universo. Muy pronto ya nadie se atreve a discutir el hecho de que los alemanes lleven la dirección del arte musical. La música aparece directamente como un arte alemán; la primacía de los italianos es superada y olvidada. Había despuntado el día del florecimiento alemán.

Hay algo más en esta época floreciente del espíritu alemán, que aun hoy, y justamente con mayor razón, nos debe llegar al alma. En su pensamiento, en su poesía, en su música, la nación está unida como en ningún momento anterior. No existen norte ni sur, ni Sajonia ni Suabia; no hay más que alemanes. A buen seguro, ocurre lo que nos parece de todo punto inconcebible: el *iluminismo* ha borrado hasta la misma oposición confesional, que retrocede tanto que se impone la búsqueda para hallar sus débiles rastros. Más que muchos volúmenes, lo demuestra el hecho de que la primera historia de los alemanes merecedora de tal nombre, fué escrita por un sacerdote católico: Miguel Ignacio Schmidt.

A este pueblo vigorosamente creador, unido y orgulloso de sí mismo, faltaba la forma externa de la existencia. Existía la unidad nacional del espíritu; el estado nacional se perdió en ese mismo lapso. Y, sin embargo, no tenían que sentirse totalmente privados de personalidad nacional. Para el estado que faltaba, que debía abarcar toda la nación y obligar al mundo a otorgarle respeto, Federico el Grande había ofrecido un sustituto. Aunque íntimamente alejado de la vida espiritual alemana, contribuyó más que cualquier otro con sus hazañas y con todo su aspecto, a des-

pertar y alimentar el sentimiento nacional, fomentando así poderosamente también la literatura —nos lo atestigua nada menos que Goethe—, porque Alemania tenía en él cuanto necesita toda nación para crear con deleite: el héroe. Schopenhauer ha afirmado, que la única dicha verdadera es saberse compenetrado de su propia fuerza. Por eso se complace el pueblo en sus héroes, en los que reconoce la encarnación de sus propias energías. Por primera vez desde hacía siglos, la nación alemana gozaba de la dicha de que un príncipe de su sangre, a quien, a pesar de todo, podía considerar suyo, se impusiera a la admiración del globo entero y hasta de sus enemigos. Por eso festejaba el pueblo en todas partes sus victorias, mientras que los demás países le hacían la guerra, y en la paz admiraba en él al rey sabio, que representaba las nobles ideas de su tiempo en materia de gobierno y bienestar del pueblo, anticipándose, y en forma más neta, a cualquier otro estado. Con su libre espíritu moderno —el espíritu del derecho público prusiano, de la tolerancia y de la humanidad— la Prusia de Federico el Grande marchaba a la cabeza de su tiempo, y con él Alemania había tomado también la iniciativa en política.

Quien no quedaba satisfecho con este sustituto se las arreglaba de una manera especial. De la necesidad se hacía una virtud. Precisamente por eso se sentía más elevado y mejor que los demás, por no estar confinado dentro de los estrechos límites de un estado puramente nacional, estrechado en su espacio. La patria del alemán era el mundo, su pueblo el verdadero pueblo del mundo, el alemán el hombre verdadero, el campeón legítimo de todos los ideales de la humanidad. Así pensaba Lessing cuando definía el patriotismo como una debilidad heroica; así el joven Schiller, cuando se reputaba feliz por haber perdido su patria, para cambiarla por el mundo. Francia, afirmaba



entonces ser la patria mundial, la de todos los hombres cultos; su idioma el idioma del universo y su cultura la del mundo entero. Los alemanes contestaban: "Somos más que ella misma, nosotros, los sacerdotes de la verdadera libertad, la del espíritu; nosotros conservamos vivo el fuego sagrado de la humanidad". Achim de Arnim (en 1805, en sus "Cantos Populares") hablaba de los alemanes, "el más grande de los pueblos modernos", como de algo más que lógico, natural. Hasta en los discursos de Fichte resuena este pensamiento cuando el filósofo asigna a la nación alemana la misión de salvar la libertad para el mundo: si Alemania perece, la humanidad está perdida.

Luego sobrevinieron la ruina del Reich, la caída de Prusia, la dominación extranjera. De improviso desapareció la magnificencia del pueblo universal, que creía poder prescindir de su propio estado, con su dominio inevitable y sus limitaciones bienhechoras. El desengaño fué espantoso, pero obró sobre los mejores como un baño tonificante. En forma asombrosamente rápida, comprendieron la nueva lección de los hechos también aquéllos de quienes no era dable esperarlo.

El bendito entusiasmo cosmopolita por la humanidad y el humanismo puro se evaporó como un sueño; le reemplazó un sano y natural sentimiento por el propio país y el propio pueblo, el amor por el propio pasado y el anhelo de un estado también propio. "El esponjado corazón de un cosmopolita representa un hogar inhabitado", decía el hombre que más que otros había buscado hospitalidad en todos los pueblos del mundo: Juan Godofredo Herder. Lo mismo pensaba Federico Schlegel, al deplorar que la estimación del aspecto estético de las cosas, la ensoñación artística, el *fórmulismo* que desde hacía medio siglo se había adueñado de las almas, hiciera que toda idea seria de Dios y

Patria, todo recuerdo de la antigua gloria y con ello el espíritu de fuerza y lealtad, se hubieran extinguido hasta el último rastro.

Nadie lo ha sentido más hondamente ni expresado con mayor vigor que Enrique Luden, de Brema, que, llamado en 1810 por Goethe, inauguró la cátedra de historia en Jena. En su libro "Aspectos de la Confederación Renana" (1808), se quejaba así: "La mayor parte de mi alma y de mi corazón yacen sepultados bajo los escombros de Alemania". Quería llamar la atención de los alemanes, en oposición al cosmopolitismo y al extranjerismo, sobre su propio pasado. "Fuimos los primeros en el mundo cristiano; hoy hemos llegado a ser los últimos; hemos cesado de ser alemanes". Por lo tanto: "concentremos todo en lo único indispensable: el pueblo y la patria". El mismo lema proclamó Achim de Arnim: "Si conociéramos de qué modo nos hemos formado, lograríamos una más honda conciencia de nosotros mismos y una más firme confianza en la naturaleza de nuestra patria. Si durante mucho tiempo fué suficiente que Alemania se desarrollara en una tranquila inconsciencia, las embestidas del exterior que hoy ocurren, obligan a que se concentre en sí misma para resolver su destino entre los pueblos".

De esta situación de ánimo, de este sentimiento, nacieron los poemas de Enrique de Kleist, Federico Rückert y Teodoro Körner, genuinas expresiones de lo que sintieron los mejores de la nación, cuando desde el primer lugar entre los pueblos, que creían merecer, se vieron relegados al último.

Pero los que pensaban así, estaban lejos de ser todos, y tenían un tirano que despreciaba esas ideologías. "¿Qué tienen que ver con la política los sentimientos de los campesinos de Westfalia?", preguntaba Napoleón cuando se le



informaba acerca del amenazador estado de ánimo del pueblo.

No estaba tan errado. Los sentimientos solos, son impotentes y, por eso, no tienen importancia para el político. Las guerrillas de Schill, los "Sonetos acorazados", de Rückert, y "Lira y espada", de Körner, no hubieran cambiado la situación. Los sentimientos, aún los más fuertes, los más legítimos, se asemejan al vapor que vuela y desaparece sin dejar rastro, cuando se exhala libremente. Pero puede levantar cargas y mover ruedas si se le comprime y se le guía. Iguales son también los sentimientos y los estados de ánimo que se truecan en energías vivas en la existencia de los pueblos, en una fuerza que rompe las cadenas más sólidas, cuando llena las reservas de poder de un estado y se comprime en las cañerías y en la caldera de una organización sabiamente regulada. Un estado debía hacer suyo todo movimiento nacional, identificarse con sus finalidades; todo entonces sería posible. Abandonarse a sí mismo equivale a dejar que ese movimiento se pierda sin resultado alguno.

Supongamos que la sumisión de Alemania a Francia hubiera ocurrido un siglo antes, bajo Luis XIV, y no en el gobierno de Napoleón. ¿Hubiera habido luego un levantamiento nacional, una liberación? Es muy problemático. Hay indicios que hacen creer que entonces el idioma de la clase culta hubiera llegado a ser también en Alemania el francés, mientras que el alemán hubiera decaído hasta convertirse en un dialecto de campesinos, como en Alsacia. Por eso Fichte creyó, y no sin fundamento, que debía luchar con palabras elocuentes por la conservación del idioma materno, como encarnación del carácter nacional. Al hablar, más de un personaje del gobierno —pensemos

en Federico Guillermo III de Prusia— sabía expresarse poco hábilmente en alemán, y hasta el barón de Stein, en sus relaciones familiares, empleaba el francés. Hacía demasiado poco tiempo que se encontraba meritorio comprender el alemán y hablar y escribir correctamente este idioma. ¿Se hubiera deplorado mucho que la lengua alemana hubiera desaparecido como idioma literario antes de que Lessing, Goethe, Schiller, y Kant dijeran todo lo que se puede decir en este idioma y lo que el pueblo que lo hablaba tenía que decir? Sólo desde unas dos generaciones atrás se había aprendido a sentir lo que se valía y lo que se podía llegar a ser, y ¡cuánto faltaba todavía para que este sentimiento se generalizara!

No sólo no se vió cabalmente en la dominación francesa lo que representaba: servidumbre brutal y arrogante —el mismo Görres, más tarde heraldo en la lucha por la liberación y la reconstitución, saludó cuando joven a los franceses que se presentaron en la región renana como "hermanos neofrancos" y recomendó la anexión de esa zona a Francia—, sino que esa esclavitud no fué sentida ni hasta más tarde por muchísimos personajes. ¡El mismo Goethe ha sido capaz de definir los años entre 1806 y 1813 como su mejor período!

No hubo un levantamiento general del pueblo alemán contra los franceses, una guerra en masa de la exasperada pasión popular en todo el país. Las muchedumbres nada supieron del odio francés ni de la pasión nacional que, por esos mismos años, ardían en llamas en España <sup>(1)</sup>. Alemania en su vasto conjunto soportaba la servidumbre. ®

(1) El autor alude, al ejemplo singular que dió al mundo la enérgica vitalidad del espíritu nacional y patriótico de España, que, abandonada por su rey y su gobierno sometidos al invasor, supo, como expresión de una voluntad colectiva entregada a sí



Esto lo sabían los franceses, y no lo ignoraba Napoleón: del pueblo alemán nada tenían que temer. Y la experiencia les daba la razón. El emperador vencido, sin protección militar, volvió a su país a través de Alemania, y a los soldados de su orgulloso ejército que se refugiaron en tierra alemana, hambrientos, helados y andrajosos, no se les tocó un cabello, aunque en pleno derecho, podía haber ocurrido que ni uno solo hubiera abandonado vivo y libre el suelo de este país.

No, Alemania no era España; hubiera sido imposible desencadenar aquí una guerra popular, una sublevación de las masas. La rebelión, cuando finalmente llegó, fué obra de la clase culta, de la juventud académica en primer término. Ella —no ella sola, pero sí ella ante todo— constituyó los batallones de voluntarios con los que luego se libraron y se ganaron las batallas de la liberación.

Pero tampoco ella lo hubiera obtenido, ni hubiera hallado probablemente posibilidad alguna de mostrar de cuanto sería capaz, sin un estado organizado al que pudiera aliarse, ponerse a su disposición y permitir que se sirviera de ella para el mejor resultado del gran problema. También este estado, que le era necesario para hacer posible la liberación, era de nuevo cuño, surgido recientemente en las últimas dos generaciones, y llegado a ser lo que ahora se necesitaba. Prusia, la gran potencia netamente alemana, el estado heroico del gran rey, tenía breve historia, pero contaba con una que ya no podía borrarse; recuerdos que no dejaban adormecerse. Había quedado mutilada como un triste tronco, pero vivía aún, y en él

misma, oponerse al prestigio y a la fuerza de Napoleón y al fin vencerlo, en los episodios heroicos de la llamada Guerra de la Independencia, que se inició con el alzamiento en masa del pueblo de Madrid, el 2 de mayo de 1808. (N. del T.).

alentaba el alma antigua, más ardiente, más tenaz que en los mejores días.

Si en 1807 Prusia hubiera desaparecido del mapa, si su organización estatal hubiera sido destruída ¡quien sabe si hubiera ocurrido un levantamiento alemán! La mejor sangre alemana hubiera sido derramada inútilmente en rebeliones rápidamente sofocadas, como lo demuestra el ejemplo de Schill y los suyos, de Dörnberg y de la guerrilla negra del duque de Brunswick. Pero Prusia seguía existiendo y no había olvidado su pasado. No podía pensar en otra cosa que no fuera la destrucción de la violenta dominación francesa y su propia reconstitución. Ningún otro estado alemán de importancia tenía el mismo interés. Austria aun mutilada y rebajada, podía vivir y desarrollarse dentro de sus fronteras más estrechas. Babiera, Württemberg, Sajonia, Baden, Hesia, habían ganado, se habían engrandecido gracias a Napoleón; vivían de su favor y se aferraban a los faldones de su levita. Sólo Prusia padecía. Prusia no podía existir, si quedaba como era. Debía tratar de ser nuevamente lo que había sido o dejar de existir. Por la naturaleza de la situación le quedaba encomendada la parte directiva en la lucha por la liberación alemana. Hacia Prusia, pues, se dirigían las miradas de todos los alemanes que creían todavía en un porvenir.

No es una casualidad que hallemos en las filas de los hombres de estado y de los generales prusianos de esta época tantas personalidades dirigentes venidas de fuera. Stein y Hardenberg, Niebuhr y Eichhorn, Blücher, Scharnhorst y Gneisenau fueron extranjeros en Prusia. Habían entrado en el servicio prusiano porque a este país correspondía ya entonces, antes de 1806, el porvenir de Alemania. Y ahora con más razón quedaban allí, porque



únicamente Prusia podía crear todavía un porvenir para Alemania.

No fueron defraudados. Prusia reconoció finalmente su misión alemana y se identificó con la causa nacional. Pero ¡cuántas luchas costó! Aquí no podemos narrarlas ni en resumen. Pero sí llamaremos expresamente la atención —por ser característico de la situación y por constituir algo nuevo— sobre la circunstancia de que en todos estos años, desde 1807 hasta 1813, las capas sociales cultas y reflexivas de la nación constituyen por entero el elemento impulsivo y apremiante, mientras que el rey y el gobierno son una fuerza vacilante y dilatoria. El movimiento se ha desarrollado desde abajo; sólo con gran esfuerzo pudo arrastrar consigo a los gobernantes. En él se sentía muy bien la novedad y la trascendencia de este proceso. Era como el gusto anticipado de la revolución, si los súbditos podían imponer su voluntad al rey. Por eso él titubeaba y se demoraba más aún.

Hasta el fin, procedió así. El hecho decisivo, la acción salvadora —el sacudimiento del vasallaje francés después del derrumbamiento del ejército napoleónico— fueron obra de un general que interpretó por cuenta propia las instrucciones que recibió. Con la capitulación de Tauroggen (la que el general Yorck, el 20 de diciembre de 1812, asumiendo toda la responsabilidad, pactó con el enemigo), se ganó en el último instante la posibilidad del levantamiento, que hasta entonces el rey había desperdiciado tercamente y que hubiera seguido desperdiciando en adelante, en cuanto de él dependía. Hasta la proclama "A mi pueblo", y la alianza con Rusia, fueron impuestas al rey Federico Guillermo III.

Sin embargo, al final, se pudo inducirlo a ello, y así Prusia se colocó a la cabeza del movimiento nacional. No logró



*H. von Stein*

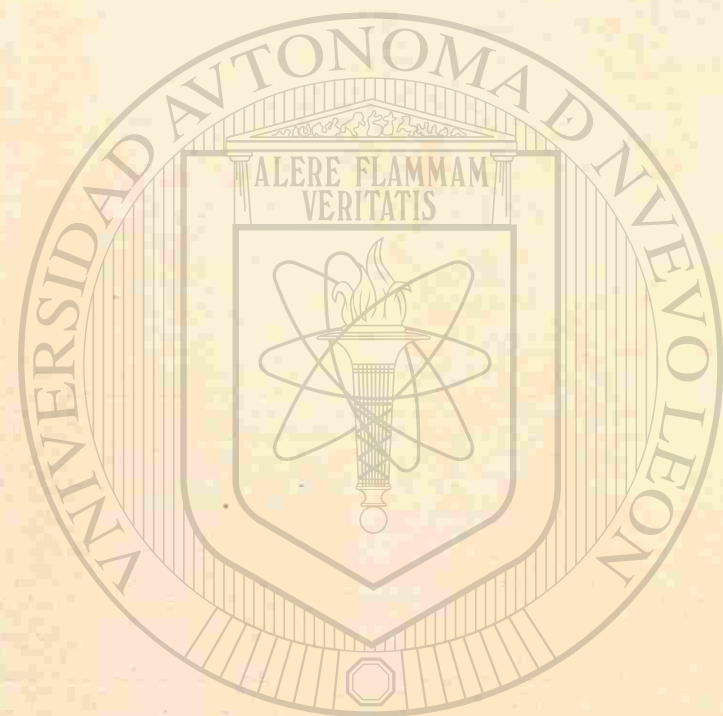
STEIN

Inspiró la liberación alemana del dominio napoleónico, despertando así de nuevo la idea del Reich.

*Óleo de Federico Bury.*

*(Kappenberg, colección Conde de Kanitz)*





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lucirse: la debilidad del rey no pudo dominar las circunstancias adversas que lo cercaban. Y una vez más, a los hombres que estaban cerca de él, a los intérpretes de la nación que él de mal talante dejaba obrar, se debió que no se perdiera todo. Sucedió de esta manera, que en una obra de héroes el primer papel estaba representado por un señor que era todo menos un héroe. Un héroe contra su voluntad: así se podría juzgar a Federico Guillermo III de Prusia. Con toda razón pudo cantar Körner.

“No es una guerra, de la que saben las coronas;  
Es una cruzada, una guerra santa”.

Queda sin embargo el hecho de que Prusia, por una sublevación popular, de raros antecedentes en la historia moderna y en Alemania el único del pequeño Tirol, dió el poderoso golpe que hizo saltar de las muñecas de Alemania las cadenas francesas. Prusia proporcionó los jefes militares que ganaron la victoria con su resuelto proceder. La batalla de Leipzig, que deshizo para siempre el poderío de Napoleón en Alemania y en Europa, es la obra de Blücher y Gneisenau, como también la batalla de Waterloo, que preparó el final del epílogo. Prusia había hecho mayores sacrificios que cualquier otro país para llegar a ese resultado. El país, agotado y esquilado, pertrechó, para la lucha común, el ejército más fuerte en comparación de porcentajes: 280.000 hombres. Esta fuerza prusiana, como lo dijo Clausewitz, fué la punta acerada de la cuña de hierro que se hendió al coloso. Por eso la guerra de liberación sigue siendo la hazaña más grande cumplida por la vieja Prusia en Alemania y por Alemania, y 1813 es el número áureo de la historia prusiana.

He tratado de aclarar las causas de este gran cambio cumplido en 1813. No considero de mi cometido el narrar los



acontecimientos. He de suponerlos conocidos, y, aunque no fuera así, no sería éste el lugar para detenernos en ellos. Y también desearía mucho poder admitir que, para los alemanes, nunca más será necesaria una advertencia especial para que se dediquen con seriedad y fervor a un profundo estudio de ese período, del que todas las generaciones siguientes han de aprender muchísimo. Dios no quiera que algún día la historia pueda emitir, en lo que respecta a Alemania, el juicio de que las experiencias y el ejemplo de 1807-13 fueron perdidos para la posteridad. ¡Vergüenza que tuvimos que revivir por segunda vez, y pasar, como entonces, la misma miseria y aprender de nuevo idéntica lección!

La guerra de liberación no trajo para Alemania lo que los patriotas esperaron de ella. Si se hubieran cumplido todos los votos, hubiera debido surgir una nueva Alemania, que tuviera la grandeza, el esplendor y la potencia de la antigua, pero no sus defectos; asegurada frente al exterior con límites firmes y fuertes; unificada interiormente bajo el gobierno de un jefe monárquico.

Nada de eso llegó a ser realidad entonces, y, debemos confesarlo, no podía ser de otra manera. Aun cuando los hombres que hilaban el destino de la nación en esos días, hubieran sido distintos de lo que eran, no hubieran podido darle lo que los mejores pedían. Para que eso hubiese sido posible, la liberación misma tenía que haberse desarrollado bajo circunstancias completamente diferentes. Debía ocurrir un duelo entre el opresor y su víctima, en el que las otras potencias permanecieran simplemente como espectadoras; y la nación que se libertaba hubiera debido estar unida en su misma estructura, animada por una sola idea, impulsada por una sola voluntad, buscando sólo una finalidad común.

Pero la situación era completamente diferente. Aban-

donada a sí misma, librada únicamente a sus propias fuerzas, Alemania nunca hubiera podido comenzar la lucha por la libertad y menos aún confiar en ganarla. Si bien sus energías dieron la decisión, fué sólo interviniendo en la guerra que Inglaterra hacía desde mucho tiempo y Rusia desde poco antes contra el poder de Francia. La voluntad de Inglaterra y de Rusia, pues, no pudo ser dejada a un lado en los tratados de paz, que decidieron al mismo tiempo el porvenir de Alemania.

La misma desunión interna alemana hizo que la voluntad extranjera fuera decisiva y terminante. ¿Qué representaba, en resumidas cuentas, Alemania? Un concepto geográfico cuyos límites no estaban firmemente demarcados; considerada políticamente, un simple recuerdo. ¿Quién pertenecía a ella, quién era extraño? Ya por lo que se refiere a Prusia la contestación era dudosa: el reino había sido siempre un estado soberano, fuera del Reich alemán. ¿Estaba todavía Austria situada en Alemania? Se había retirado en 1806 y se disponía en ese momento a abandonar los últimos territorios que recordaban aún su estrecha vinculación anterior con la verdadera Alemania, los últimos restos de la llamada región pre-austríaca en el alto Rin. Su centro de gravedad se hallaba ahora en Bohemia y Hungría, en el Adriático, en la Italia superior; por el recuerdo de sus complicaciones con Francia temía cualquier contacto más estrecho con Alemania y con los problemas alemanes, que le hubieran impuesto deberes y cargas. Y mientras Austria se hallaba ya netamente fuera de Alemania, penetraba Inglaterra en ésta, por cuanto su rey era al mismo tiempo soberano en Hannover.

Con esto se explica plenamente que el extranjero tu-



viera poder decisivo en la configuración de las condiciones internas alemanas y que los intereses de estados extranjeros fueran los decisivos, mientras que las demandas nacionales quedaban sin cumplirse.

Sobre todo la primera, la más vital: la frontera segura. En el año 1814, en muchos puntos, se tuvo la clara conciencia de que había llegado la ocasión de saldar la vieja cuenta con el enemigo hereditario, que desde hacía un siglo y medio tenía en sus manos la llave de la puerta sur-occidental del Reich. ¡Estrasburgo y Alsacia debían volver a ser alemanas! Patriotas sin cargos ni responsabilidad lo exigieron tempestuosamente; militares como Gneisenau y príncipes como el heredero de Württemberg reconocieron y acentuaron la necesidad de este paso, si Alemania quería tener paz y tranquilidad. Nada se logró de esto, porque Austria no se comprometió en ello, y Rusia e Inglaterra, por cálculos mal entendidos acerca del llamado equilibrio europeo, prefirieron que no se quitara esta espina de la carne de Alemania.

Igualmente malo era lo que ocurría en oriente. La línea fronteriza, que provenía para Prusia de la incorporación de casi toda Polonia a Rusia, era tan detestable y antinatural que Guillermo von Humboldt, embajador de Prusia en el Congreso de Viena, pudo considerar que implicaba una incitación a Rusia para que se apoderara de las desembocaduras del Memel y del Vístula, y que la misma Prusia casi estaría mejor si se convertía en una provincia rusa.

Era el resultado de las circunstancias en que se hizo la guerra y se celebró la paz: nada había cambiado en la peligrosidad de la situación en que se encontraba Alema-

nia desde hacía mucho; más bien esos peligros habían aumentado.

Y, finalmente, ¡la organización interna de las cosas alemanas! Formalmente había surgido de un convenio que habían pactado entre sí los estados alemanes. Un tratado que sus representantes firmaron el 10 de junio de 1815 daba vida a la Confederación Alemana, que hubiera debido ocupar en lo futuro el lugar del antiguo Reich alemán. Pero en realidad, esta organización había sido impuesta ya con la paz de París el 30 de abril de 1814, por la que las potencias participantes en la guerra decidieron que debía constituirse en Alemania una unión de estados soberanos. Lo que quedaba a los alemanes no era más que redactar las disposiciones reglamentarias, tales como las redactaría una oficina pública, referentes a una ley dictada por el gobierno. Por consiguiente, el pacto federal fué lógicamente comprendido luego en el acta final del Congreso. Con ello recibía, por decirlo así, fuerza legal europea, pero a Alemania se le certificaba por escrito hallarse bajo la tutela de Europa, vale decir de Inglaterra, Rusia, Austria y Francia.

Si se consideran así las circunstancias, se descubre que las heroicas luchas de los años de liberación —y qué enormes sacrificios se hicieron entonces, qué sobrehumanos esfuerzos se soportaron!— terminan en forma neta con un resultado negativo.

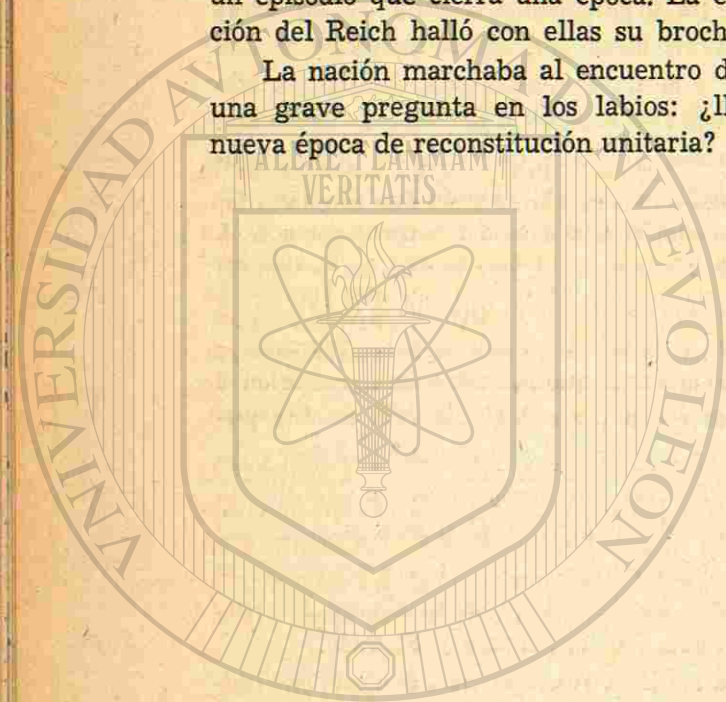
Naturalmente, lo principal, la libertad misma, se había alcanzado; se borraba un "intermezzo" que no perteneció a la pieza, pero nada más. Para el desarrollo de esa pieza, para la evolución ulterior de la nación alemana, nada se había ganado.

Y llegamos a la extraña conclusión de que las guerras por la libertad, uno de los recuerdos más grandiosos



e imponentes de la nación, no forman ninguna época; no han creado nada nuevo ni duradero para el conjunto. Son un episodio que cierra una época. La época de la disolución del Reich halló con ellas su broche.

La nación marchaba al encuentro de su porvenir con una grave pregunta en los labios: ¿llegaría ahora una nueva época de reconstitución unitaria?



## CAPÍTULO DUODÉCIMO

**La gran desilusión — Austria y Prusia — La necesidad de la unidad económica — La misión de Prusia en pro de la unidad alemana — Robustecimiento del particularismo — La unión aduanera prusiana — Modificaciones en la vida económica — La elaboración de los Estados alemanes — La nueva Prusia — El militarismo prusiano — Partidos y constituciones — El descuido de Prusia — El movimiento por la unidad — Federico Guillermo IV — La revolución de 1848 — La constitución del Reich de 1849 — Bismarck.**

Lo resuelto en el año 1815 acerca de la constitución de Alemania, no podía considerarse en ningún aspecto como novedad; se trataba simplemente del reconocimiento consecuente y sin reservas de las condiciones que se abrieron paso desde muchas generaciones antes, lograron efectivamente afirmarse hacia fines del siglo anterior, y se ordenaron provisionalmente en 1806. El Reich quedó disuelto; en su lugar apareció una simple Confederación, una liga de estados soberanos. En el fondo, esto no era más que la expresión clara de lo que en la realidad de los hechos existía desde largo tiempo atrás. Lo que se había convertido en realidad, fué elevado a la categoría de ley.

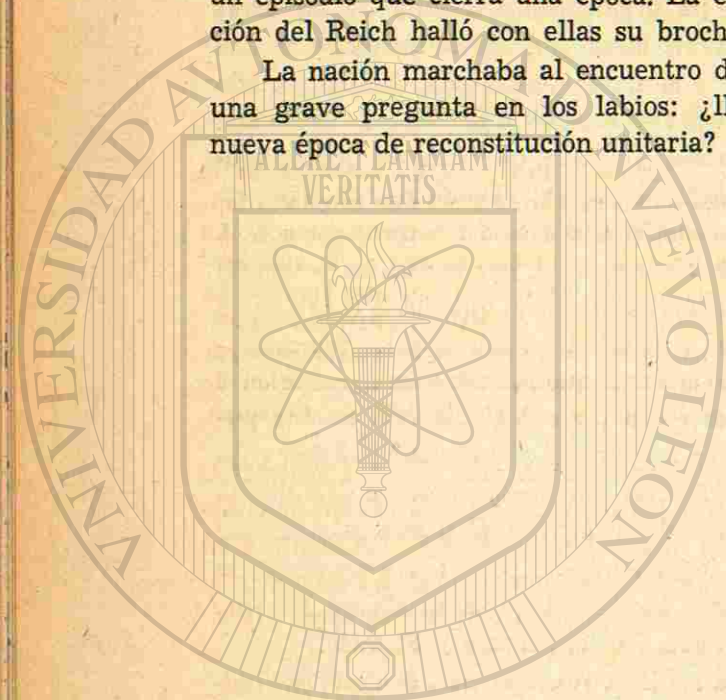
La amarga desilusión que hizo presa de los mejores, se puede comprender perfectamente, pero habrá que juzgar que fué por su exclusiva culpa si se vieron desengañados: habían exigido más de lo que podían esperar, de acuerdo con la situación de las cosas.

El que reclama de la ciencia política el cumplimiento



e imponentes de la nación, no forman ninguna época; no han creado nada nuevo ni duradero para el conjunto. Son un episodio que cierra una época. La época de la disolución del Reich halló con ellas su broche.

La nación marchaba al encuentro de su porvenir con una grave pregunta en los labios: ¿llegaría ahora una nueva época de reconstitución unitaria?



## CAPÍTULO DUODÉCIMO

**La gran desilusión — Austria y Prusia — La necesidad de la unidad económica — La misión de Prusia en pro de la unidad alemana — Robustecimiento del particularismo — La unión aduanera prusiana — Modificaciones en la vida económica — La elaboración de los Estados alemanes — La nueva Prusia — El militarismo prusiano — Partidos y constituciones — El descuido de Prusia — El movimiento por la unidad — Federico Guillermo IV — La revolución de 1848 — La constitución del Reich de 1849 — Bismarck.**

Lo resuelto en el año 1815 acerca de la constitución de Alemania, no podía considerarse en ningún aspecto como novedad; se trataba simplemente del reconocimiento consecuente y sin reservas de las condiciones que se abrieron paso desde muchas generaciones antes, lograron efectivamente afirmarse hacia fines del siglo anterior, y se ordenaron provisionalmente en 1806. El Reich quedó disuelto; en su lugar apareció una simple Confederación, una liga de estados soberanos. En el fondo, esto no era más que la expresión clara de lo que en la realidad de los hechos existía desde largo tiempo atrás. Lo que se había convertido en realidad, fué elevado a la categoría de ley.

La amarga desilusión que hizo presa de los mejores, se puede comprender perfectamente, pero habrá que juzgar que fué por su exclusiva culpa si se vieron desengañados: habían exigido más de lo que podían esperar, de acuerdo con la situación de las cosas.

El que reclama de la ciencia política el cumplimiento



de los últimos postulados en cualquier momento, desconoce su esencia. El estadista no es un mago; puede crear únicamente con el material disponible y según las leyes naturales de la sustancia política. Pero ¿qué otra cosa mejor se hubiera podido crear en 1815? Nadie pensaba ni podía pensar en la total e íntegra unidad estatal de toda Alemania. No solamente para más de un alemán del sur, no pasaba de ser una alucinación —el rey de Wütemberg hasta se indignaba por esa locura de querer constituir “una pretendida nación” con los distintos pueblos alemanes— sino que fué rechazada también, como antinatural y superflua, en el noroeste, hasta por un patriota tan distinguido como el presidente provincial de Koenigsberg, señor von Schön, uno de los jefes en la lucha por la liberación de Prusia y de Alemania.

En verdad, ¿cómo Alemania podía pensar unitariamente cuando —para no citar muchos otros ejemplos— al lado de Prusia y Austria tenía su lugar también la gran potencia Inglaterra, por ser dueña de Hannover? ¿Cómo, si también los engrandecidos estados medios del sur, Baviera, Wütemberg y Baden, defendían celosamente su flamante soberanía y se sentían orgullosas en su calidad de potencias europeas?

Si la unidad resultaba imposible, no menos imposible sería decir cómo tenía que ser “aquel mejor” que los patriotas hubieran deseado ver en lugar de la Confederación. En sus ambiciones dominaba un sentimiento elevado y un pensamiento confuso y poco práctico. En parte, ni ellos mismos sabían lo que querían, y respecto a lo que sabían, puede ponerse en duda, con mucha razón, si lo que querían era algo mejor. Cuando hasta un hombre como el barón de Stein, presionaba con tesón por la reconstitución del título imperial y de la Dieta de Ratisbona, lo que hu-

biera servido solamente para fortalecer la influencia austríaca, de cuyo escaso beneficio y grande daño atestiguan bien claramente tres siglos de historia, se debe perdonar a un Ernesto Mauricio Arndt, si en su canción conocida por todos, “La patria del alemán”, no alcanza a decir cabalmente dónde se halla esa patria. Si se tomaban literalmente sus palabras, “hasta donde suena la lengua alemana”, significaban que o bien la patria de los alemanes era todo el mundo y por consiguiente carecía de fronteras, o bien que por lo menos debían pertenecerle Transilvania, Livonia, las colonias agrícolas de la Rusia meridional y, sobre todo, la Suiza alemana. Y no era Arndt el único que en ese momento sostenía con toda seriedad la reincorporación de Suiza a Alemania.

Cabe considerar como una verdadera dicha, el hecho de que todos estos oscuros deseos de gente bien intencionada, no ejercieran influencia alguna, al final, en la resolución tomada por políticos prácticos, sin genialidad, es cierto, pero de clara inteligencia y sobrio criterio. En sus pormenores hubiera podido resultar mucho mejor. La negligencia de Hardenberg, la torpe incomprensión de Federico Guillermo III, han echado a perder seguramente muchos resultados. En resumen, la Confederación, como llegó finalmente a constituirse, fué sin embargo lo mejor en esas circunstancias, o, por lo menos —lo que en política generalmente equivale a lo mismo—, el mal menor.

Tenía por lo menos la gran ventaja de que ya no permitía despertar la menor ilusión acerca del verdadero porvenir de Alemania. Había caído el dignísimo bastidor del emperador y del Reich, detrás del cual la piadosa ausencia de ideas, pudo imaginar aún diversas magnificencias ocultas. Para todas las miradas era inexorablemente claro que allí no había nada, absolutamente nada que ver. No exis-



tía un estado alemán, tal cual había uno francés, inglés, ruso y español. Los alemanes eran una nación de segundo orden como los italianos. El curso posterior de los acontecimientos demostraba además con igual claridad, que de esa situación, aún con la mejor voluntad, no podían surgir nada útil ni evolución progresiva alguna hacia algo mejor. La nación alemana se hallaba frente a este dilema: soportar esa condición de pueblo sin estado o crearse el estado nacional que poseían otros pueblos.

La nación había admitido anteriormente la misma situación y se había consolado con las piezas de museo de una grandeza pasada, porque se sentía internamente pequeña. Correspondía a la insignificancia en que había caído el pueblo mismo desde la guerra de los treinta años. Solamente las memorias de una lejana época anterior, no querían concordar con este cuadro. Pero desde hacía dos generaciones se sabía que no existía causa alguna para encontrarse a la zaga de los demás pueblos, cuando casi se tenía derecho a pedir la preeminencia sobre ellos. La contradicción era violenta: en el campo espiritual, libres, iguales, superiores; en la lucha por la vida en la tierra, desestimados, puestos a un lado, postergados: allá todo y aquí nada...

Tampoco el consuelo que hacía de la necesidad una virtud servía ya. Se sabía por amarga experiencia que el "pueblo universal" sin patria, el mero "pueblo de la humanidad", podía ser esclavizado por el vecino inferior a cada instante, y hasta eliminado de la existencia, sólo porque ese vecino era más fuerte. Lo acontecido entre los años 1792 y 1813 podía repetirse todos los días, si se quedaba en la situación creada en 1815. Se sentía la condición de inermes que quita derechos.

La Confederación Alemana se dió por fin y ya en el

sexto año de su existencia (1821), una especie de constitución militar. Diez cuerpos de ejército, con un total de 300.000 hombres, debían constituir el ejército federal. Pero le faltó unidad real, tanto en la instrucción como en el espíritu y sobre todo en la dirección. ¡Qué suerte que la Confederación jamás se halló en situación de hacer una guerra! Con semejante ejército, tan abigarrado como el mapa alemán, no se podían conquistar victorias.

De todo esto resultaba —ya que, en realidad, el poder militar determina el grado de valor en las relaciones de los estados entre sí— que la nación alemana como conjunto no podía tener voz alguna en Europa. Era verdad lo que una vez hubo de decir con brutal sinceridad un estadista inglés en la cara de un embajador prusiano: "Sois una nación castrada".

Se pudo creer que la carencia de poder de la Confederación encontraría compensación en las dos grandes potencias que pertenecían a ella: Austria y Prusia. Pero también esto era una ilusión.

La enfermedad mortal del antiguo Reich, desde la aparición de Federico el Grande, era el antagonismo de sus dos grandes potencias. La Confederación había heredado del Reich este dualismo fatal. Durante una generación, sin embargo, no se exhibió en ninguna oposición hostil. Prusia mantuvo, aún con mayor rigor y lógica después de 1815, la política instaurada por primera vez un cuarto de siglo antes en la Convención de Reichenbach. Su programa era el entendimiento y la colaboración con Austria. Todos los recuerdos de Federico el Grande parecían olvidados. Era como si se quisiera volver a la tradición de tiempos muy antiguos, cuando la fidelidad a la casa imperial constituyó uno de los fundamentos directivos de la política brandeburgo-prusiana. En Federico Guillermo III



la necesidad de concordia llegó a tanto, que una vez él mismo, en la extraña dicción elíptica que él llamaba alemán, pudo encargar a uno de sus embajadores: "decir al príncipe de Metternich yo considerar a él también ministro mío". Dada la superioridad intelectual de este político, era natural que de tanto marchar de consuno las dos potencias, surgiría cada vez más una jefatura austríaca a la que Prusia se sometería, con leve resistencia acá y allá, pero en resumen con buena voluntad.

En Viena se encontró esto muy natural. Francisco I, había renunciado a la corona imperial seguramente también con el fin de que la oposición a Prusia perdiera su acritud. Solía decir, que no quería reinar sobre los demás como emperador. Pero al agregar que tampoco quería que otro reinara sobre él, esto, traducido a la práctica, significaba que Austria debía estar a la cabeza de la Confederación de hecho y de derecho. En Viena no se olvidaba en modo alguno, que se había llevado la corona imperial romana, e íntimamente se pensaba, que ésta le seguía perteneciendo por derecho propio. Si se renunciaba a ostentarla de nuevo, se esperaba, como compensación, una subordinación voluntaria de todos los estados alemanes, hasta de los mayores.

Quedaba la incógnita de si eso sería posible a la larga para Prusia, aún con la mejor buena voluntad y la más sincera intención de sus gobernantes. Por cuanto, al final, en la vida de los estados, las necesidades naturales, los intereses políticos, son siempre más fuertes que la inclinación y la disposición de los hombres. Pero los intereses de Austria y Prusia, con respecto a Alemania y a la Confederación Alemana, no eran iguales. Se contradecían unos a otros.

El emperador Francisco y Metternich habían sabido

dar a la Confederación la forma que concordaba con los intereses austríacos. Ofrecía la necesaria protección contra un ataque francés, como un paraguas que, por lo menos, podía contener el primer choque. Si se llegaba a una guerra con Francia —en la que Viena seguía viendo siempre el enemigo hereditario—, demoraría un tiempo, antes de que Austria misma fuera tocada, aún si la Confederación fracasaba militarmente. Además se podía confiar en que Prusia, ya atenta a sí misma, se colocaría en las avanzadas contra Francia y llevaría la lucha con toda seriedad. No se necesitaba más. Austria no precisaba una cohesión más firme ni mayor fuerza ofensiva por parte de la Confederación; ni la deseaba, por cuanto era difícil crearla sin que renaciera la antigua rivalidad con Prusia. Aun débil e insignificante tal cual existía, la Confederación era exactamente lo más cómodo para la política austríaca. Ésta debía resistir, por lo tanto, cualquier intento de fortalecerla y afirmarla, y así lo hizo en todas las oportunidades.

Sin embargo, si algún día Francia intentara otra vez seriamente realizar sus antiguas aspiraciones en el Rin, el interés de Austria no se hallaría implicado de inmediato tampoco en eso. No tenía gran interés en el Rin y podía, en determinadas circunstancias, hacer allí algunas concesiones a los franceses.

Asimismo, cuando Rusia creyera alguna vez llegada la hora de hacer suyas las reivindicaciones de Polonia, anexada por ella, y aspirar a la reunión de todos los territorios polacos y buscar el camino hacia la costa del Báltico y las desembocaduras del Vístula y del Niemen, cursos de agua que ya le pertenecían, a Austria no afectaba esto. Podía tolerar una invasión a tierra alemana por su vecino oriental, siempre que se le ofreciera un resarcimiento en



otra parte. Los intereses de Austria se encontraban fuera de Alemania, en Italia, en Galitzia, en los Balcanes y en el Adriático. Si hubiera querido considerar como propios los problemas vitales alemanes, hubiera debido descuidar los suyos.

Completamente distinto era el caso de Prusia. No tenía intereses fuera de Alemania y todos los grandes intereses alemanes eran al mismo tiempo los suyos.

A lo nuevo que el Congreso de Viena había traído pertenecía la configuración territorial impresa al estado prusiano. De las regiones polacas perdidas, fué devuelta a Prusia sólo una parte, la provincia de Posnania, lo bastante siempre para que la custodia de la frontera en el este, de la que había surgido el estado de los Hohenzollern, apareciera en forma más seria que nunca como su tarea vital. La indemnización por lo cedido la obtuvo allende el Rin. Con eso se convertía en vecino inmediato de Francia, y, por lo mismo en guardián de límites en el oeste. El viejo problema del doble frente, que se arrastra a través de los siglos de la historia alemana, llegó a ser así un problema de existencia para la política prusiana. Mientras Austria se había apartado cautelosamente de los problemas fatales de Alemania, toda la vida de Prusia en el porvenir se entrelazaba lo más íntimamente con ellos. Debía defender al mismo tiempo en el este y en el oeste, junto con su propia existencia, el patrimonio de la nación alemana; allí y aquí estaba de centinela en los lugares más amenazados, campeón de la nación alemana por su propia necesidad vital.

Para tal papel, sin embargo, sus fuerzas no alcanzan en cualquier caso, y ya por esta razón no podía bastarle la Confederación Alemana, tal cual estaba constituida. Si estallaba la guerra con uno de los vecinos o con los

dos, Prusia, siempre en la incertidumbre de si Austria estaría a su lado, debería llevar por Alemania todo el peso de la lucha; de la Confederación no había nada que esperar. Prusia debía desear por eso, desde el primer día una transformación de la Confederación, que la habilitara o la obligara a asumir su parte en la defensa de Alemania. Sólo por una reforma militar de la Confederación, se hallaría eficazmente protegida Alemania y simultáneamente Prusia.

Idéntica se presentaba la situación en el terreno del comercio y del tráfico.

Alemania, por su propia naturaleza, tiene que aspirar a tener unidad económica. El tráfico no encuentra en parte alguna obstáculos insalvables, como lo son los Alpes y los Pirineos, mientras que grandes cursos de agua y muchos ríos menores constituyen la comunicación natural en todas direcciones. Si se quisiera proceder a una división entre norte y sur, habría que cerrar el Rin en su curso medio. Se incurriría en el mismo error con respecto al Meno y al Danubio, trazando una línea de separación entre este y oeste. Solamente el territorio colonial al este del Elba, el "hinterland" del Báltico y la región costera del Oder y del Vístula, podrían separarse sin destruir su unidad natural. Pero precisamente aquí falta todo motivo geográfico para una separación del resto de Alemania. La vasta y chata llanura que comienza a extenderse al este del Weser, induce a reconocer la unión de oriente y occidente como justa y natural.

A pesar de ello, esta tierra creada por la naturaleza como una unidad, ha debido carecer, durante siglos, de la unidad de tráfico. Este defecto ya se sintió hondamente desde los primeros tiempos. Entre las exigencias de la reforma del Reich en el siglo XV, figuró en primer lugar



el anhelo de la moneda unitaria y de la eliminación de los obstáculos artificiales que al tráfico, habían establecido los estados territoriales para su provecho particular y en contra del interés común. El anhelo quedó sin satisfacerse; incluso económicamente, vivió hasta el final el antiguo Reich, bajo el signo del particularismo. Cuando se trató de crear un nuevo orden, los patriotas elevaron otra vez el viejo anhelo: ¡una misma moneda, una misma política comercial para toda Alemania! El estatuto de la Confederación no se preocupó de ello. Los estados eran soberanos; una limitación de sus facultades en este terreno, contradecía los fundamentos sobre los que descansaba la Confederación misma. Hasta el particularismo económico recibió su último reconocimiento.

Mas las cosas no podían seguir así: era un sentir inmediato y general del pueblo. La inseguridad exterior, que nacía de la debilidad militar de la Confederación, era un peligro para el porvenir, del que había que formarse primero un concepto claro; lo contradictorio, que residía en la destrucción de la unidad natural del tráfico del país, se hacía presente todos los días y a toda hora, y se sentía en donde también el alemán es más sensible: en el bolsillo. El movimiento se inició en el cuarto año de la Confederación, cuando Federico List (en 1819) fundó su "Unión comercial alemana", que realmente no dió en seguida resultado, pero reveló la apremiante necesidad. A la larga, ni los estados podían permanecer indiferentes: el particularismo económico de la política comercial, se dirigía contra su propio provecho porque los empobrecía. Si se persistía en que todos los estados alemanes erigieran barreras aduaneras entre sí y se combatieran unos a otros, ellos mismos serían entregados sin defensa a la supremacía económica de los grandes países

comerciales extranjeros, sobre todo de Inglaterra. El particularismo convertía a Alemania en campo de explotación del capital inglés. La unidad económica era por esto un postulado de la conservación nacional, no inferior al de la unidad militar.

Tampoco en este interés vital de la nación tuvo Austria participación alguna. Constituía un territorio económico amplio, coherente, rico y, en general, capaz de bastarse a sí mismo, con buenas vías de salida y puertos propios. No tenía necesidad de una estrecha conexión con Alemania; y debía ver en la transformación de la Confederación en un estado comercial unitario, solamente una perturbación para sus propios intereses. Para Prusia, en cambio, la situación reinante era tan insoportable como apenas podía serlo para cualquier otro estado alemán. Carecía aún de unidad geográfica territorial; sus tierras estaban cortadas por Hannover, Brunswick y el Electorado de Hesia en una mitad oriental y otra occidental, y en la oriental estaban enclavados, como las astillas en una mano, los principados soberanos de Anhalt y Schwarzburg con su propia política aduanera y comercial europea. Aun no se había inventado la "política mundial"; pues de otro modo estas señorías territoriales hubieran reclamado participar en ella. Por lo tanto, para Prusia, la unidad económica nacional era, exactamente como la unidad militar, un asunto de conveniencia propia, casi una condición de su propio progreso.

Coincidían así, por donde se miraran, los intereses prusianos y los alemanes, mientras que por las mismas razones divergían los prusianos y los austriacos. El antiguo dualismo actuaba en la naturaleza de las cosas. Por un tiempo podía desaparecer, pero alguna vez debía hacerse valer. La solución podía ser postergada, pero debía llegar.



Algunas veces se había manifestado ya en los días del Congreso de Viena; los más inteligentes reconocieron en ese momento que sólo la violencia podía ser capaz de resolver este problema. Un desconocido se atrevió a confesar públicamente en el año 1815, que ya no quedaba más que la esperanza de la guerra civil, "porque desde ahora puede, y debe, comenzar la lucha por el predominio en Alemania". Más dura y agudamente se expresaba el general Clausewitz: "Alemania puede alcanzar la unidad política por un solo medio, y éste es la espada: uno de sus estados debe subyugar a todos los demás".

Que ese estado únicamente podía ser Prusia, lo vieron también exactamente muchos otros entonces, largo tiempo antes de que Paul Pfizer, en su "Epistolario entre dos alemanes" (1831), tuviese la osadía de presentar el problema a la discusión pública. Con asombrosa claridad el ministro de Weimar, von Gersdorff, colega de Goethe, mostró en 1817 el camino por el cual debía llegarse a eso: Prusia, en determinado momento, debía —respetando sus derechos y mediante una constitución militar eficiente— reunir en una liga a los estados más importantes y bien dispuestos; y obligar después a los restantes a la adhesión. Únicamente así, opinaba, quedaría satisfecha la necesidad de Prusia y simultáneamente la de sus compañeros coligados y la de la nación alemana.

Lo que en esas palabras nos parece lucidez de vidente, no era en realidad más que el penetrante reconocimiento de la realidad, guiado por el recuerdo de la Liga de príncipes de Federico el Grande. Prusia, gran potencia, debía de hecho convertirse en conductor y soberano, primeramente de una parte de Alemania, y luego de todo el resto; de otra manera debía desaparecer. La obra de Federico el Grande, destruída por Napoleón, reconstruída por la

guerra de liberación, debía ser concluída o perecer por segunda vez y para siempre, y con ella, Alemania.

La tarea se agravaba no poco por las modificaciones que había llevado a cabo la época napoleónica en la Alemania meridional. El policromo montón de pequeños y pequeñísimos estados "representativos" del Reich, había sido sustituido por un grupo de cuatro estados medianos, lo bastante grandes para permitirse la ilusión de una vida pública propia. Este nuevo orden de cosas se había cumplido por dictado francés y el Congreso de Viena lo dejó subsistir, porque a este precio se había comprado la adhesión de los estados del sur en la guerra contra Napoleón.

Es indispensable compenetrarse una vez más de esto: la agrupación de los estados meridionales de Alemania, que subsistía aún en 1833, fué obra de Francia. Servía, pues, al interés de ésta. Francia había querido procurarse una fuerza de protección contra Austria, un sistema de paragolpes, cada uno de los cuales pudiera servir, según la necesidad, como contrapeso de otro. De allí la fuerza decreciente de este a oeste: Baviera, la más grande, un dique contra Austria, Württemberg contra Baviera, y en la frontera con Francia, Baden y Hesía, los más débiles de todos. Así quedaba abierta en forma permanente la Alemania meridional para una invasión francesa desde Estrasburgo y Weissenburg; sus gobiernos debían reflexionar tres veces si, en un choque entre Austria y Francia, querían ponerse al lado de la primera.

En los problemas internos de Alemania esta situación influía en otro sentido. En Munich, Stuttgart, Karlsruhe y Darmstadt, los monarcas pensaron en primer término mantener sus estados y su soberanía; temían la "mediatización". Por esta razón eran los adversarios natos de



cualquier fusión más firme de Alemania en una verdadera unidad, y cuanto más claro pareció que algo semejante sería el cometido natural de Prusia, mientras ningún peligro los amenazaba de parte de Austria, tanto más acumularon una instintiva aversión a Prusia, la "conquistadora", de quien se temía que un día cualquiera lo devorara a uno mismo. La pericia de Metternich, supo llevar a todos, y muy pronto, la convicción de que sus derechos serían defendidos en cualquier momento y de la mejor manera por Austria. Así se convirtió la Alemania del sur en el obstáculo más fuerte para la unidad nacional.

También en el norte había estados medianos que se sentían en la misma situación, pero no eran más que dos: Sajonia y Hannover. Todos los demás eran tan pequeños y débiles que no podían ofrecer ninguna resistencia sería a una unión con el gran vecino. Hubiera sido ridículo luchar por el mantenimiento de la plena soberanía de Reuss o Gotha.

El norte instigó pues a la unidad; allí el particularismo no podía prosperar más que por excepción; la Alemania meridional, en cambio, era obstinadamente particularista y quería y podía seguir siéndolo. En ella, donde las tradiciones del cantonalismo alemán subsistían con unidades de mediana grandeza, unidades que en cualquier caso podían también existir como organismos independientes, encontró el mejor humus y una aparente justificación, la vieja inclinación alemana de aislarse y marchar cada uno por su lado. Con seguro instinto, los gobiernos alemanes del sur, se volvieron contra el estado que estaba llamado por la naturaleza a poner fin a este hermoso ideal de todos los filisteos y feacios: contra Prusia. De vez en cuando, es cierto, cuando el peligro amenazaba —como en 1830 y en 1839-40, cuando se temió un ataque francés—

se dirigieron miradas, en demanda de auxilio, desde Stuttgart y Munich, a Berlín, que era el único poder que podía conceder ayuda y protección efectivas. Pero no bien había pasado el peligro, se volvía de nuevo a la vieja y querida costumbre y se juraba la bandera de Austria, "estado imperial" contra Prusia, "la conquistadora" y "la advenediza".

Y casi debe considerarse como un milagro, que en tales circunstancias se llevara a cabo, sin embargo, la obra más urgente: la unión económica. Por cierto, tardó mucho, hasta que el 1º de enero de 1834 cayeron la mayoría de las barreras y toda Alemania —primeramente con la sugestiva excepción de Hannover, inglés, y de tres ciudades hanseáticas dependientes de Inglaterra— se asoció en la Unión aduanera alemana, como territorio comercial coherente con una política económica común.

Las conferencias penosas, los rodeos y los desengaños temporarios, que precedieron a este resultado, no son para ser contados en este libro. Todo lo que los celos, la envidia, el temor miserable y el egoísmo estrecho, pudo imaginar creando obstáculos, fué empleado contra el proyecto prusiano. También desde el exterior se trató de impedirlo: Francia, y más que Francia, Inglaterra, tomaron a pecho, con benevolencia conmovedora, la independencia de los estados aislados, y Metternich no dejó de llamar la atención de Londres, sobre el hecho de que Prusia quería erigir "un bloqueo continental en pequeño" y trataba de "jacobinizar a toda Alemania". La firme voluntad y la paciencia tenaz de los funcionarios prusianos vencieron todas estas dificultades, y la apremiante necesidad de la vida diaria vino en su ayuda.

Asimismo sería equivocado creer que la Unión aduanera fué exactamente un producto natural, nacido de la



necesidad interior, sin el aporte creador de algunos individuos. En su proyecto y en su ejecución es esencialmente la obra de un hombre genial, el ministro prusiano de Hacienda, von Motz, quien con amplia y audaz mirada entrevió desde un comienzo toda la trascendencia de este paso. Quiso y esperó que, sobre la base de la unidad económica "debía surgir una Alemania libre, verdaderamente unida, firme interior y exteriormente, bajo la protección y la guarda de Prusia". No alcanzó a vivir para ver la conclusión, pero cuando falleció, en 1830, pudo pensar con satisfacción, que la obra estaba asegurada y que el éxito final sería cuestión de pocos años más.

Se puede preguntar uno mismo, qué hubiera sido de Alemania, si no se hubiera dado a tiempo este paso decisivo, por cuanto, precisamente en ese momento, el mundo —con la aparición de las máquinas de vapor y de los ferrocarriles— se hallaba ante una revolución tan fundamental de su vida económica como nunca había sucedido. En 1835, un año después de la creación de la Unión aduanera, se inauguró también en Alemania la primera vía férrea, y desde 1837-39 se construyeron de continuo nuevos y más largos tramos. Con rápidos pasos se apoderaba del suelo alemán el nuevo medio de transporte. Comenzaba la era del carbón y del hierro; Alemania obtuvo la oportunidad de sacar provecho de uno de sus mayores tesoros, las ricas minas de carbón de piedra: había nacido la gran industria alemana. Se abría una nueva fuente de bienestar. Nadie podía sospechar entonces con cuánta riqueza fluiría luego, y qué cambios originaría en la vida y en las costumbres del pueblo. Pero para Alemania, que acababa de soportar las guerras napoleónicas, que trataba de salir penosamente de un estado de empobrecimiento, tenía enorme importancia que no

debiera limitarse, preponderantemente, a los frutos de su agricultura y a su exportación, como hasta ahora, y que pudiera comprar y pagar también con su trabajo.

Sólo desde 1830 se nota una rápida mejora de las consecuencias de la gran época bélica. Quedó vencida la antigua pobreza mendicante; se despertó el espíritu de empresa; las fuerzas se movían gracias a las amplias posibilidades que se abrieron por el nuevo elemento: la energía del vapor. ¿Cómo hubiera podido acontecer eso en un país que económica y comercialmente se combatía a sí mismo? La Unión aduanera creó las condiciones en que podían explotarse los nuevos medios de la técnica para el tránsito y el comercio, y se hizo sentir también su influencia más inmediata: el dominio exclusivo del capital inglés cedió cada vez más ante la economía por cuenta propia; se quitó del cuello de la economía pública alemana el yugo del exterior, porque, al fin, podía presentarse en el mercado mundial, como nación unitaria bajo la guía de la gran potencia de Prusia.

De lo dicho hasta aquí resulta lo incorrecto de la idea corriente, según la cual desde 1815 los años pasaron vacíos y carentes de acontecimientos. Se trata de una desviación parecida a la que ya una vez hemos encontrado en mayor medida. Entonces tuvimos que establecer que los siglos posteriores al año 1250, aparentemente sin interés, habían sido en realidad más importantes para la historia total de la nación y más eficientes hasta nuestros días, que los tiempos brillantes del antiguo imperio. Exactamente así, y más aún, hay que ver en los decenios posteriores a 1815 una de las épocas más ricas en consecuencias. Lo acontecido e iniciado entonces, actúa hasta lo presente y seguirá actuando aún por mucho tiempo.



Se formó entonces la base de esa Alemania en que vivimos y en la que vivirán nuestros hijos y nuestros nietos.

A este período, en primer término, pertenece la cristalización de los estados alemanes.

No todos comprenden claramente, de buenas a primeras, cuál es el sostén de la vida pública. Una opinión, aún hoy muy difundida, lo sitúa en la llamada vida constitucional, en la política esencial, que se desarrolla en los parlamentos, representaciones populares o como se quiera calificarlos. De ahí el exceso de importancia tan a menudo atribuido a los problemas de la constitución escrita, del derecho electoral y otros afines.

Cualquiera puede comprender que no es esto lo acertado, con sólo reflexionar que hubo muchos estados que ni siquiera conocieron una vida constitucional en el sentido moderno, y que a pesar de ello nadie puede declararlos extinguidos. En realidad, la que se llama hoy vida política o constitucional, no es más que una modalidad especial de la lucha por el poder del estado, la que existió y existirá en todos los tiempos y en todos los países, pero que aparece en muy distintas formas. La vida real del estado puede ser independiente de aquélla; reside en la administración. Por eso su verdadera sostenedora es la burocracia. Donde ésta se conserva inalterada, un estado —la historia ofrece más de un ejemplo de ello— puede sobrevivir a las más profundas revoluciones de su constitución; mientras que debe derrumbarse, apenas su organización administrativa es destruída por una conmoción interna o por ataques externos.

Este sostén esencial de la vida pública, administración y burocracia, fué creado para la nueva Alemania desde comienzos del siglo XIX. Se ha conservado hasta hoy; ha sobrevivido en su mayor parte, aún a la gran revolución

de 1918 y no es casual que los elementos destructores, para los que el estado en sí es motivo de odio, dirijan siempre su asalto precisamente contra ese bastión.

Después de 1815 no hubo necesidad de comenzar *ab ovo*; en la mayoría de los lugares, se habían puesto los cimientos en los siglos precedentes. En Baden, el largo y excelente gobierno de Carlos Federico había hecho ya lo mejor desde hacía medio siglo; en Württemberg, el rey Federico I desde 1806; en Hesia, Luis I en forma apenas un poco menos excelente; en Baviera, Montgelas en modo parecido por esa misma época. Pero quedaba todavía bastante que hacer para que toda la casa fuera definitivamente habitable. El conjunto del organismo administrativo debía amoldarse a los desplazamientos territoriales, —la política napoleónica y el Congreso de Viena, que habían traído otras necesidades y problemas,— y a las exigencias de los tiempos nuevos; tarea enorme de la que ni el juez más severo puede decir que haya sido mal cumplida. Si en todo el exterior la administración alemana, hasta hace poco tiempo, fué considerada indiscutiblemente como la mejor y en muchos aspectos como un modelo, buena parte de esta alabanza corresponde a los príncipes y a los políticos, que en la época de 1815 organizaron y reconstituyeron sus estados sobre nuevas bases: hecho este, que muy bien podría obligar a limitar por lo menos en algo, la tradicional opinión de la incapacidad política de los alemanes.

Esto es válido sobre todo para Prusia, que ya antes de 1815, en efecto, había atravesado una época de reforma. Impulsos que databan de la época del iluminismo y estaban dictados por un ideal humanitario, habían experimentado un aumento poderoso por el derrumbe exterior. En muchos aspectos, era ya un estado reorganizado que pasó por la prueba de fuego de los campos de batalla de Gross-



beeren, Leipzig y Waterloo. Pero todo era tan nuevo, sin embargo, y en parte tan extraño, y a ello se agregó un violento desplazamiento territorial: la sacudida de este a oeste que Prusia recibió en el Congreso de Viena con la adjudicación de nuevas provincias, por lo que muy bien podría decirse que se necesitaba un trabajo ímprobo, una verdadera fundación del estado, para dar vida y duración a este nuevo organismo. Ante todo debía crearse lo primero y lo más importante: la unidad del estado. Con las viejas y nuevas provincias debía construirse un conjunto homogéneo: debían hacerse prusianos de posnanos, sajones, westfalianos y renanos. Y eso se consiguió. La burocracia prusiana resolvió brillantemente este problema. A la generación siguiente la unidad era tan firme que ni una revolución pudo conmoverla.

Pero, lo que más obliga al respeto ante esta obra del arte prusiano de gobernar el estado, es la fusión de lo viejo y lo nuevo que se efectuó con toda felicidad.

La Prusia del siglo XVIII, que sucumbió en Jena, había sido un estado militar absolutista. En los amargos días de la dominación extranjera napoleónica, esa entidad de estado había demostrado, sin embargo, que poseía un alma, que no pereció junto con el ejército. Como para todos los seres vivientes, también para un estado lo más importante es conservar la capacidad de adaptarse en sus formas y funciones externas a distintas circunstancias. Prusia había demostrado esta capacidad, en cuanto supo regenerarse bajo la presión de un dominio tiránico, en las condiciones más desfavorables que se puedan imaginar. Las reformas de gran alcance, que desde 1817 se elaboraron y se llevaron a cabo bajo la dirección del barón de Stein, la liberación de los campesinos y los estatutos de las ciudades —que con todo derecho podrían denomi-

narse una liberación cívica— elevaron de pronto al estado otra vez a la altura en que se había hallado en los mejores tiempos de Federico el Grande: cuando en 1813 tomó parte en la lucha por la libertad, era el más moderno de los estados alemanes.

También después de 1815, se mantuvo como tal en el terreno de la administración; ésta era la mejor que había en Alemania, también en el sentido de que dejaba a la clase a que pertenecía el porvenir, o sea la burguesía, el más libre campo de acción en su propia esfera. Sin esta premisa, tampoco hubiera sido posible el progreso económico del período de 1830 a 1850.

Pero, con este nuevo espíritu, Prusia supo conservar para sí lo mejor de los viejos tiempos: se había mantenido como estado militar y había llegado a serlo aun más, con ese antiguo concepto de que antes hablamos, según el cual cada ciudadano se debe por entero al país, en cada instante, con los bienes, la sangre y hasta la vida. Con la idea del servicio militar obligatorio general, que Prusia tomó de la Francia revolucionaria, dedujo en el fondo únicamente una consecuencia práctica de lo existente en su propia índole desde Federico el Grande y aun antes. Y, sin embargo, era asimismo lo más moderno que se podía concebir. Cuando se llevaron a cabo los planes de Scharnhorst, y la patria para su protección podía disponer, como soldados ya formados, de todos y cada uno, en cuanto y hasta donde lo permitían sus fuerzas, quedaban eliminadas todas las diferencias de clase; la igualdad de todos se había convertido en un hecho y —para usar una locución muy difundida hoy— quedaba fundado, simultáneamente con el ejército nacional, también el verdadero estado nacional.

Con la inauguración de ese ejército popular, Prusia



había realizado su liberación y la de Europa. Después de la victoria no se encasquetó más firmemente el yelmo, ni aumentó su armamento; no lo permitía todavía la miseria de la época. Pero tampoco se quitó su yelmo, como lo hicieron los demás, que prestamente cansados depusieron las armas. La base del reclutamiento general fué mantenida, el ejército esmeradamente atendido y su capacidad ofensiva fué cuidada en la medida de las posibilidades. Prusia siguió siendo un estado militar, pero sólo en un sentido distinto al precedente: no ya custodiada por mercenarios, sino protegida por su propio pueblo, capacitado para llevar las armas, ya que el ejército resultó desde entonces una escuela única del espíritu y del carácter.

Hoy se suele condenar este nuevo militarismo que, hasta entonces, Prusia cultivaba como única entre todos los estados, porque su educación llevó al pueblo a una falta de libertad de espíritu y de iniciativa propia. Se indica que en la vida civil muchos de nuestros conciudadanos carecen de firmeza en el mantenimiento de sus principios; en una palabra, de carácter —Bismarck llamó a eso falta de valor cívico—, y se atribuye a que, en el ejército, donde no hay otra alternativa que mandar y obedecer, se rompe a los más la columna vertebral del alma. Estoy convencido de que el que juzga así, comete a sabiendas una sustitución de causa por efecto. ¿Es posible cerrar los ojos ante el hecho de que las personalidades más fuertes, los caracteres más firmes que Alemania pudo mostrar en los años recientes, procedían del ejército? Si a éstos se oponen tantos otros que han perdido la independencia y la firmeza interior, se debe precisamente a un defecto original de su naturaleza, que tampoco la educación militar puede eliminar y que, en todo caso, sólo lo ha hecho más evidente. Los golpes del martillo deshacen el plomo, pero endurecen el

acero. Si se encuentra que de manos de los forjadores de las fuerzas prusianas salieron demasiados proyectiles de blando plomo, ¿la culpa puede ser del ejército? Habrá que decir a la inversa: si había una institución en la que el plomo de la blanda naturaleza popular tenía oportunidad de fundirse con el acero de los mejores individuos, ¿no debían influir éstos sólo en sentido favorable sobre el carácter total de la nación?

En los pocos años transcurridos desde 1918 no ha habido tiempo de determinar si han aumentado entre nosotros los caracteres más fuertes, puesto que no existen ya los peligros de la deformación militar. Pero, aun sin esperar la prueba, es posible afirmar que precisamente los alemanes, por su idiosincrasia innata, por su inclinación a abandonarse, física y espiritualmente, por su flojo temperamento, porque tanto soporta y tan fácilmente degenera en rutina, necesitaban y necesitan muy especialmente de una institución disciplinaria, en la que sobre todo se enseña una cosa: la contracción de todas las energías al más severo cumplimiento del deber. Sin embargo, esto es lo que constituyó el núcleo vital del tan ultrajado militarismo prusiano, lo que se convirtió en benéfica levadura para todo el pueblo alemán y que —¡Dios lo quiera!— seguirá influyendo también en el porvenir desde que por la audaz decisión del Fuehrer surgió a nueva vida en las fuerzas armadas de Alemania.

La época de 1815, con el desarrollo de la administración pública, dejó surgir a la vez su antítesis: los partidos políticos. ®

Como toda la Europa continental, tampoco Alemania había conocido hasta entonces partidos, excepto los del campo confesional. El antiguo estado monárquico representativo de clases no podía producirlos; en él no cabía más



que la oposición entre gobierno y cortes territoriales o entre éstas mutuamente. Cuando en Francia este estado fué destruído por la revolución, sin que llegara a reconstruirlo la restauración, se formaron allí también los partidos políticos: grupos de individuos y círculos sociales que se unían bajo la bandera de los llamados principios o programas, se guiaban frente al estado por ideas, aspiraciones y exigencias iguales y trataban de arrancar a aquél el poder para sí, por acuerdos y procedimientos comunes. Hallaban su campo natural de batalla en la representación popular, concedida por la constitución del reino restaurado en 1815, sobre el modelo inglés.

Lo sucedido en Francia ejerció también en Alemania su influencia, que fué enormemente desgraciada. Nunca había habido aquí una revolución. Sin sacudimientos, en parte por las medidas prudentes de los gobiernos, en parte por el progreso natural de la economía y de la educación pública, se efectuó el paso de la antigua articulación representativa en la sociedad y el estado, a la situación moderna de la libertad personal y de la igualdad de derechos de todos los individuos. Donde se introducían las nuevas formas de la vida pública, podían enlazarse inmediatamente con instituciones antiguas; como, por ejemplo, las nuevas representaciones populares en Alemania, que generalmente hasta 1918 siguieron llevando el nombre de Dietas o el completamente inadecuado de cortes territoriales.

En estas circunstancias, puesto que las condiciones reales en suelo alemán eran muy distintas a las de los países occidentales y meridionales, hubiera sido deseable que se hubieran encontrado para la reorganización formas también particulares, que correspondieran a la situa-

ción existente. No ocurrió así. El modelo francés pareció demasiado atrayente y fué imitado.

Nunca se insistirá bastante sobre esto: lo que desde hace un siglo se suele llamar en Alemania vida política interna, no surgió por sí misma de las propias condiciones del país; está enormemente influída desde sus comienzos por modelos extranjeros, sobre todo franceses, y —no se puede decir de otra manera— está desorientada y falsificada.

En este orden de cosas estuvo en primera línea el sistema de partidos que se instauraba como una novedad. Los grupos de los interesados, que también en suelo alemán se reunían ahora en partidos para construir y dirigir el estado en tal o cual forma según sus deseos, necesidades y opiniones, se presentaron desde un principio como una copia del modelo francés. Hasta los términos son prestados del extranjero: conservadores, reaccionarios, liberales, demócratas y, finalmente, socialistas; se trata de verdaderos galicismos (1).

Esta circunstancia no debe ser juzgada de menor cuantía: el modelo extranjero trajo desdicha y desorientación y sigue trayéndolas aun hoy, porque es extranjero y no se adapta en absoluto a las condiciones alemanas. En primer lugar despierta la idea completamente equivocada de que el sistema de partidos estuviera estructurado en Alemania con la misma unidad y el mismo carácter que en Francia. De hecho, un conservador en el sur de Alemania no fué nunca idéntico a uno del norte, y la democracia meridional alemana no tuvo de común con la septentrional mucho más que el nombre. De acuerdo con el concepto corriente, en boga desde hace un siglo,

(1) No tiene importancia considerar si Francia misma tomó prestada una parte de éstos a España. (N. del A.)



según el modelo francés, demócratas y conservadores deben ser contrarios. Y, sin embargo, se puede observar en muchas pequeñas ciudades de Suabia, que pertenecer al partido demócrata puede muy bien acordarse con un modo de pensar casi tozudamente conservador. Finalmente, el mayor contraste interno, el confesional, no hallaba sitio alguno en el modelo francés de los partidos.

En las luchas políticas internas que comenzaron en Alemania después de 1815, se trataba sobre todo de un problema totalmente distinto al del país vecino, que se intentaba imitar constantemente, sin alcanzar a entender la diferencia.

En Francia luchaban por el poder del estado, las distintas tendencias dentro de la clase de los 10.000 llamados "superiores", especialmente la alta burguesía, elevada por la revolución, junto con los restos de la nobleza y de la Iglesia.

En Alemania, sólo por excepción hubo en un principio grandes burgueses de nuevo cuño. El elemento burgués, comprendiendo en él la intelectualidad académica que tenía su dirección, no había traspasado aún, en general, la escala de "pequeña burguesía". Aun cuando, denominándose liberal, se sublevaba contra la tutela del gobierno burocrático y policial de su príncipe, no tenía, francamente, ningún derecho a compararse con los liberales franceses, con los que le identificaba solamente el hecho de actuar en la oposición.

En las contiendas partidistas francesas de entonces, se trataba de diferentes matices del mismo color o de un pleito de herencia entre hermanos. En Alemania los partidos se enfrentaban como extraños, hostiles, porque se discutía la continuación o el derrumbe del estado burocrático-monárquico. En Francia se luchaba por el gobierno,

en Alemania contra el mismo. La oposición francesa tenía capacidad para ser ella misma el gobierno; en la alemana esto era aún muy dudoso. Sin embargo, también para ella el ejemplo francés fué siempre decisivo. Políticamente no sabía pensar más que con ideas francesas y se imaginaba la vida estatal que exigía, sólo bajo las formas que veía y admiraba en Francia. La famosa carta constitucional de Luis XVIII en 1814 fué —para una buena mitad de toda una generación de alemanes— el ideal del estado que ella también reclamaba. Poseer una "constitución" francesa, pareció imprescindible para el estado alemán.

En muchos puntos, desde un principio, los gobiernos fueron con medidas a medias al encuentro de esta aspiración. En Weimar, Baviera, Baden, Hesia y Württemberg, se otorgaron, desde 1818, "constituciones" que concedían al pueblo, por medio de representantes electivos, determinada participación en el gobierno del estado. La revolución de julio de 1830 en Francia, dió motivo para que se crearan instituciones análogas también en la Hesia electoral, en Brunswick, Hannover, Oldenburgo y Sajonia. Así, también Alemania halló una "vida constitucional y parlamentaria" y las corrientes políticas existentes tuvieron la oportunidad de medirse mutuamente en las tribunas de los parlamentos elegidos.

No debe extrañar si dominó al principio una desorientación general. Solamente con el tiempo podían aclararse las ideas y diferenciarse las tendencias. De los demócratas, que posiblemente querían realizar la república de la libertad, igualdad y fraternidad, se distinguieron los liberales. Su idea era una monarquía constitucional limitada parlamentariamente, cuyo prototipo se creía encontrar en Inglaterra, y que poco antes habían introducido Francia y Bélgica.



Todos miraban hacia el exterior, cuando querían instruirse o "edificarse" políticamente. Si para unos Inglaterra era sin disputa un país modelo, otros veían en París "la Meca de la libertad". Cuando los políticos demócratas declamaban en Alemania acerca de la libertad y de los derechos populares, a buen seguro repetían esencialmente lo leído en diarios franceses. En cambio otros se entusiasmaban con Polonia, que luchaba por su "libertad", sin reflexionar que allí se trataba de algo totalmente distinto, es decir, de la autodeterminación de un pueblo frente a otro, problema que no había aún en la Alemania de aquellos días. Pero la libertad era la libertad; esta palabra, de la que más se ha abusado en el idioma alemán, bastaba al pequeño burgués de Baden o del Palatinado, irritado por los reglamentos policiales de su soberano territorial, para ver en un aristócrata polaco que no soportará el dominio del zar ruso, un compañero de infortunio, un hermano y un camarada de lucha, junto al cual se combatía por los mismos ideales.

Son los tiempos clásicos del extranjerismo y de la xenofilia, y como clara expresión de esta virtud, en la fiesta de la libertad de Hambach en el Palatinado, en el año 1832, al lado de los colores alemanes ondeó la bandera polaca y un orador hizo vivir a las naciones hermanadas: Alemania, Francia y Polonia. ¡Alemania en ingenua compañía con sus dos enemigas hereditarias!

No tenemos hoy mayor derecho para condenar con demasiada severidad esos desvíos. Nuestro pasado más reciente incurrió en pecado más grave y no tiene para ello ni la disculpa, válida hace un siglo, de no poder saber de qué se trata. Los hombres que en aquel entonces se entusiasmaban por países y pueblos extranjeros, no tenían aún experiencia política alguna. Proce-

dían en política de la manera que Enrique Heine atribuye a los alemanes: se ponen a pintar un camello, sin haberlo visto nunca; se abismaban en su alma y pintaban desde lo hondo de su espíritu alemán el estado ideal del mundo. La mayoría de ellos no habían visto nada de ese exterior, a cuyas faldas se hallaban prendidos. Repetían la loa de las leyes inglesas, francesas, belgas, sin tener una idea de cuál era allí la realidad. Los menos sospechaban que esa realidad era completamente distinta de la imaginada en Alemania.

En esto se muestra la maldición que desde un principio pesa sobre la vida constitucional alemana; se movía por entero dentro de los límites del pequeño estado y de la pequeña burguesía, y sin embargo pretendía imitar la vida de estados nacionales grandes, firmemente unidos. De ahí la afligente infructuosidad de la vida parlamentaria alemana en estas décadas, que, a pesar de todo, hubieran podido ser tan útiles a la nación como escuela de preparación política. En los parlamentos de Munich, Stuttgart, Karlsruhe y tantos otros, ni el más diligente podía aprender algo para su formación como político verdadero, porque en todos estos estados no se hacía una política verdadera.

Hubiera podido ser diferente, sólo si, por lo menos, una de las dos grandes potencias que pertenecían a Alemania se hubiera decidido a aceptar a tiempo las nuevas formas de gobierno. Era evidente que no podía hacerlo Austria. El paso a las normas parlamentarias debía, tarde o temprano, disolver y destruir este conglomerado de distintas nacionalidades. Para Prusia la situación era a la inversa. Su unidad estatal podía consolidarse si la población del este y la del oeste se encontraran en un parla-



mento común y aprendieran a conocerse y a vivir y trabajar juntas.

Que así no fuera, es culpa personal de Federico Guillermo III. Él mismo había admitido públicamente, en 1815, que Prusia debía recibir representaciones territoriales que abarcaran todo el estado. Hasta promulgó en 1820 una ley que hacía depender del consentimiento de todas las delegaciones territoriales la concertación de nuevas deudas públicas. Pero no se decidió a convocar esta Asamblea. Como muchos de sus contemporáneos, vivió durante toda su vida bajo el temor de una revolución y este miedo se contagió muy pronto a su gobierno. Simultáneamente se produjeron sucesos que se recuerdan con desagrado. Por orden del rey, se persiguió, durante años, a demagogos, que, o bien no eran tales, o, si lo eran, no hubieran encontrado un pueblo que conducir o seducir.

Sin contar que en las fronteras del propio país podía rumorear sin restricciones "la maldad simiesca de viles chapuceros", Prusia, en combinación con Austria, impuso también a los demás estados alemanes, un régimen de mordaza policial que puede calificarse solamente como indigno y vergonzoso. Fué entonces, cuando al estado de Federico el Grande, el librepensador, se le creó la fama de opresor violento de la opinión libre y del pensamiento independiente y en su escudo de honor apareció una mácula que nunca más se pudo borrar y que siguió corroyéndolo como la herrumbre.

En ese estado de ánimo, que dominó la primera década después de 1815, no era lógico pensar en la convocatoria de la asamblea pública prusiana, y una vez postergada, la resolución no llegó a realizarse jamás. Hubo que contentarse con una nueva declaración del rey: "Yo determinaré cuándo se cumplirá el precepto constitucional sobre la

asamblea de representaciones territoriales. Es deber de los súbditos, esperar el momento que yo pueda reputar conveniente".

Se perdía con ello una oportunidad que no volvería a presentarse. ¡Qué fácil hubiera sido para un gobierno que supiera lo que quería y tuviera conciencia de su poder, realizar sin peligro alguno para el estado, todos los deseos sensatos, que entonces eran bastante modestos! Estaba todavía en su mano la posibilidad de definir la medida y el carácter de lo que quería conceder; existía todavía la facultad, para Prusia, de crear una forma de constitución, independientemente de los modelos extranjeros, que correspondiera a su naturaleza y a sus necesidades, y que hubiera influido como ejemplo para el resto de Alemania.

Pero ante todo, tal resolución era necesaria e impostergable si Prusia deseaba ser y seguir siendo el estado dirigente en el Reich. Todas las personas sensatas lo comprendieron y hasta un hombre como el anciano Blücher, que verdaderamente no era ni demagogo ni demócrata, escribió: "¿Por qué se nos deben adelantar Baviera y otros estados? Se siente ya íntimamente que debe haber una constitución".

Nada ocurrió. La palabra del rey no fué cumplida, y entre Prusia y el sur se abrió un nuevo abismo, más difícil de salvar que todas las diferencias de idiosincrasia popular y de costumbres, y casi tan amplio como el cisma confesional. Arraigó cada vez más hondo el prejuicio de que en el sur reinaba la libertad y el progreso, mientras que en Prusia no se quería abandonar el despotismo de una época superada y se trababa el desarrollo natural de la nación.

La persecución de los llamados demagogos, que se rea-



lizaba desde Viena y Berlín en 1819, también perjudicó en adelante y desde su comienzo, el movimiento por la unidad alemana. Éste también fué considerado por los gobernantes como revolucionario y subversivo. Estudiado de cerca lo era también, aunque ni lo sabía ni lo quería. Desde hacía seis siglos, la política de los gobiernos trabajaba invariablemente para destruir la unidad; un documento tras otro, cada uno de indudable valor legal público, señalaba los progresos disolutivos y, muy poco antes, en 1815, hasta un Congreso europeo había extendido el certificado de defunción a la unidad nacional del Reich. Quien la anhelaba a pesar de eso, pretendía anular el derecho vigente, fundado en la historia y documentado en tratados. Desde el punto de vista de los gobiernos, que basaban su propio derecho y su soberanía, precisamente sobre esos documentos, esto no era más que subversión, revolución, y debía ser reprimido.

La represión nada logró, ¡al contrario!: contribuyó a que el nuevo ideal de la unidad nacional —la ansiada exigencia por ser lo que se pudiera ser— se robusteciera y se difundiera, especialmente entre la juventud. No dañó a su difusión y tal vez la benefició el hecho de que la Unión Estudiantil Alemana, que no quería otra cosa que la elevación de Alemania a un puesto digno de ella, fuese perseguida, disuelta, proscripta por la policía y la justicia. El martirio fué también aquí la mejor propaganda.

Los que venían a la vida después de 1815, traían ya en el corazón, bajo alguna forma, el ideal de la unidad alemana; crecían a la sombra de los recuerdos de 1813, y, como acontece siempre, la grandeza de esos sucesos se mostró cada vez más evidente y su influencia fué tanto más fuerte cuanto más se alejaban en el pasado.

Llegó el año 1840, que, junto con las complicaciones

generales europeas, hizo inminente el peligro de un ataque francés. Poco faltó para que, como pasó en 1792, estallara de nuevo la lucha por la orilla izquierda del Rin. La borrasca del peligro atizó poderosamente el fuego que dormía bajo las cenizas. De golpe se manifestó lo que pensaba Alemania. Fué entonces cuando la nación tuvo de nuevo la plena conciencia de su verdadera situación. Repentinamente, se supo otra vez que Francia era el enemigo hereditario; se supo eso mejor que nunca y el reconocimiento tomó vuelo en la palabra y en la canción. Se cantó el himno de Becker al libre Rin alemán: "La guardia del Rin", y "Alemania por sobre todo", penetraron en las masas y se convirtieron en himnos nacionales de los alemanes.

En toda la línea la fuerza de la realidad hacía presión en el mismo sentido. La unidad estatal para la nación no era el sueño romántico de una pensativa juventud: era la necesidad de la vida práctica. Debía venir; parecía venir, por decirlo así, por sí sola, especialmente desde que la Unión aduanera prusiana había creado de hecho en gran parte la unidad de la vida comercial. Ya en el año 1840, un francés que viajaba por Alemania tuvo claramente la impresión de que la unidad alemana estaba reconstituyéndose. "¡Qué magnífico espectáculo: un gran pueblo cuyos miembros desparramados vuelven a unirse y que retorna a la nacionalidad y con ella a la vida!".

Y, sin embargo, la unidad no podía venir por sí misma. Podía madurar la idea, crecer el deseo; pero la acción debía ser apetecida y cumplida desde un determinado núcleo. Cada vez más se abría camino también el reconocimiento de que ese núcleo no podía ser otro que Prusia. A pesar de todo lo que se podía reprochar a Prusia en el sur y en el norte, en círculos siempre más vastos se veía en ella al libertador que vendría a eliminar la impotencia y la



mezquindad, porque simplemente no había otro que pudiese cumplir la obra. Esto también estaba en la naturaleza de las cosas; la realidad empujaba hacia ella. De otra manera, ¿cómo hubiera podido el francés Edgar Quinet —que conocía a Alemania, que entendía la tranquila y poderosa aspiración de los alemanes y veía llegar el peligro para su propia patria— atreverse a emitir en 1832 el grito profético con que quería advertir a sus compatriotas: “¡De Prusia vendrá un hombre!”.

Cuando en el año 1840 el rey Federico Guillermo IV subió al trono de Prusia, muchos creyeron ver en él el deseado en todo ese tiempo. Muy pronto se vieron desengañados. Muy rara vez un soberano fué tan poco apto para la tarea que lo esperaba. No la vió ni la quiso ver. Mientras todo impulsaba hacia el porvenir, su espíritu estaba lleno de imágenes del pasado. Él también soñaba con la magnificencia “tudesca” (1), pero lo que le atraía era el esplendor de antaño. Sus ojos buscaban la luz en el ocaso del sol de un gran pasado, mientras todos esperaban la aurora de una nueva era. Para él eran sagrados los derechos heredados por los demás; ignoraba que él mismo tenía un inalienable derecho al porvenir. Y estaba dispuesto a sostener la jofaina durante la ceremonia de la coronación, como gran chambelán, de un nuevo emperador romano de la nación alemana, salido de la antiquísima casa de Austria. No concebía que él mismo tenía, por el derecho no escrito que está en las cosas mismas y nace con lo que vive, una pretensión más legítima a la corona imperial alemana. No poseía una chispa del espíritu de Federico el Grande. ¿Cómo podía cumplir la obra de ese

(1) El autor usa la antigua dicción “teutsch” para expresar una intención peyorativa del rey prusiano, que tenía casi la amplitud del “deutsch” alemán. (N. del T.)

gigante? Asimismo cuando se le quiso obligar a ello, lo echó a perder todo. Con su modo de ser, este rey de Prusia llegó a constituir la desgracia de Alemania, prueba elocuente de cuanto significa en la historia un solo hombre, no por lo que es, sino por lo que no es.

Permítaseme aquí una digresión, que no puedo reprimir, porque sirve para desvirtuar un juicio que, aunque suele repetírsele en general, no deja de ser una maligna falsificación de la verdad histórica. Casi ningún otro concepto está tan difundido como el de una Prusia rapaz, que quiso la unidad alemana únicamente por egoísmo, en el ciego afán para agrandar su crudo instinto de poderío y supo crearla sólo con la violencia. Esto es exactamente lo contrario de la verdad. Si en general se puede hacer un reproche a los soberanos y políticos prusianos, es que no hayan querido hacer más resueltamente, con menos contemplaciones y con mayor lógica, lo que tanto para Prusia como para Alemania era una necesidad apremiante, un imperativo categórico. Si realmente ese impulso de conquista hubiera estado en el espíritu del estado prusiano, como se lo achacan sus enemigos, en contradicción con la verdad, la historia de Prusia y de Alemania hubiera tenido otro aspecto desde Federico el Grande; las negligencias entre los años 1788 y 1806 no se hubieran producido y, menos aún, éstas de que hablamos ahora.

Ya al asumir el gobierno Federico Guillermo IV, se sabía que también para Prusia había sonado la hora de modificar su forma de gobierno, en concordancia con las exigencias de la época. El mismo Federico Guillermo pareció comprenderlo así; sin embargo, vaciló largos años en su decisión. Cuando finalmente en el año 1847 se atrevió al gran paso, lo hizo con una medida a medias. La convocatoria de la Asamblea que reunía a las Dietas de las



distintas provincias, no satisfizo a nadie. Desde el punto de vista de los partidarios de lo antiguo, constituía una demasía, una concesión arriesgada; para los otros era demasiado poco, ni siquiera un pago a cuenta de los postulados que creían justificados. La asamblea no dió fruto alguno. El rey le negó lo que ella reclamó ante todo: el reconocimiento del carácter de representación popular constitucional, con los derechos de reunirse periódicamente y de decretar impuestos, no porque el monarca lo creyera inadmisibles en sí, sino porque se lo exigían. Debía constituir una donación espontánea por la merced del padre del país. Por ello dispuso la convocatoria reglamentaria, sólo cuando la Dieta se había disuelto, el 6 de marzo de 1848. Fué un capricho absolutista patriarcal, pero tuvo las más graves consecuencias.

Cuando esto ocurrió, en la mayoría de los estados alemanes la revolución incruenta ya estaba en marcha. Bajo la impresión del derrumbe de la monarquía francesa (24 de febrero de 1848), en todas partes las oposiciones habían cobrado ánimo y los gobiernos lo habían perdido. Cayeron como castillos de naipes; ministerios liberales, formados con dirigentes de la oposición parlamentaria, tomaron las riendas. La "libertad" hacía su entrada en Alemania.

Junto con ella debía venir la unidad. Todo el movimiento de 1848 tiende desde el primer día a esa finalidad. Se anhela el estado de estructura análoga a la que se conoce en Francia e Inglaterra, pero se desea también el estado nacional, que desde hace mucho poseen estos países modelos. Precisamente a través de lo que se llamaba "liberación" se creía ganar la unidad por la vía más segura. Los antiguos gobiernos no habían podido o no habían querido crear lo que la nación exigía; la nación misma, pues,

debía poner manos a la obra: así el resultado no podía ser dudoso. ¡Por la libertad a la unidad, por la revolución al Reich!

Ante la tormenta que había estallado, la Dieta federal de Francfort, cedió inmediatamente. Inició la reforma y adoptó (el 2 de marzo) el escudo y los colores del movimiento nacional, la antigua águila alemana y el negro-rojo-oro de la Unión estudiantil. Metternich no pudo sostenerse ya en Viena y se retiró el 13 de marzo.

Se presentaba la gran oportunidad para Prusia; su mies estaba madura, bastaba segarla solamente. El rey no necesitaba hacer otra cosa que permanecer firme, proteger su estado contra las conmociones, marchar con calma y sin miedo hacia el objetivo, y sería el conductor de la nación. Austria entre tanto se había retirado del juego, corroída de pronto por sublevaciones, sus provincias y nacionalidades en rebelión contra la Corona y el estado en peligro de disolverse en sus partes componentes. En las otras capitales alemanas se vivía en la permanente angustia de que el movimiento desencadenado progresara y barriera también los tronos. Contra este peligro, Prusia brindaba la mejor, la única protección, y por esta causa todos estaban dispuestos a subordinarse a ella. ¡Sólo Prusia no debía ser atacada por la revolución! Cómo lo lograría, si por represión o por concesiones, era una cuestión secundaria.

Para ello era imprescindible una sola cosa: voluntad de realizar. Pero Federico Guillermo IV carecía de ella. Tenía horror a asumir derechos que no le correspondían, a tener que usar tal vez la violencia contra sus cosoberanos. Lo más ignominioso era a sus ojos la revolución, y ser elevado a la cabeza de Alemania por una revolución le parecía una indignidad. Como todos los caracteres media-



nos y débiles, sabía exactamente lo que no quería, pero ignoraba del todo lo que quería, y como sucede fácilmente con estos temperamentos, así le ocurrió también a él: se vió obligado a hacer lo que no había querido.

No necesito narrar de qué modo erró el objetivo más inmediato: ahorrarle a Prusia la revolución. Hubiera sido cosa fácil. Sólo con un poco de firme voluntad y de calma en los puestos directivos no hubiera habido en Prusia un "cuarenta y ocho". La debilidad del rey, el atolondramiento de los que le rodeaban, llevaron las cosas tan lejos, que el 18 de marzo la rebelión estalló con viva llama en Berlín y al día siguiente la revolución dominaba a la ciudad y al rey. Un desgraciado cuarto de hora en el gabinete real decidió la situación; las tropas se retiraron; la Corona misma depuso las armas.

Ahora también Prusia se deslizaba cada vez más por la pendiente. Frente a los hechos patentes, sonó como una burla que el rey, que acababa de humillarse profundamente ante el populacho de la capital, afirmara en un presuntuoso manifiesto que en la hora del peligro asumía la jefatura de la nación y que de ahí en adelante Prusia se fusionaba en Alemania. ¿Qué podía beneficiar a la nación un jefe que no veía su ruta y se dejaba empujar por vías en las que no quería marchar? Además, lo importante no era el rey, sino Prusia y la potencia prusiana. Un estado que se halla en peligro de perderse a sí mismo, que hasta declaraba querer disolverse —pues no otra cosa significaba fusionarse en Alemania—, un estado semejante, tampoco podía beneficiar a Alemania, que necesitaba más que todo una voluntad de hierro y un brazo de acero.

Prusia soportó durante medio año el estado revolucionario. La revolución era un contrasentido, ya que sólo participaron en ella la capital y una pequeña parte

de la provincia, mientras que la enorme mayoría del pueblo no quería saber nada de ella, y los pilares del estado, la burocracia y el ejército, se mantenían inmovibles. Cuando volvió la cordura, el orden moral fué restablecido sin mayor esfuerzo. En noviembre, con la entrada sin obstáculos de las tropas en Berlín, estaba decidida la victoria de la Corona; en diciembre, la revolución terminó solemnemente con la concesión de una constitución. Prusia se había encontrado de nuevo a sí misma. Externamente no era la antigua Prusia: se había puesto finalmente el traje constitucional rechazado por tanto tiempo. Pero su cuerpo estaba intacto y su organismo era tan firme y fuerte como antes: era un estado militar y burócrata, rígido, consciente de su fuerza. Nada había perdido con la revolución, excepto algo que no podía reemplazarse: una oportunidad incomparable.

En los meses que van de marzo a diciembre, también en los demás estados alemanes había vuelto la calma y desaparecido el miedo. La inclinación a subordinarse a Prusia ya no era tan viva. Pero sobre todo, Austria había resurgido. Después de graves luchas, en que por momentos pareció disolverse la monarquía, la Corona resultó vencedora en lo principal. Bohemia, Lombardía y Austria alemana, habían sido sometidas otra vez por las armas; un nuevo soberano, Francisco José, y un político resuelto y de claro instinto, el príncipe Schwarzenberg, se habían puesto a la cabeza y con ellos habían vuelto también la antigua confianza propia y las viejas aspiraciones. Ya no existía allí razón de peso para ceder el paso a Prusia. El momento en que el dualismo pudiera haberse extinguido solo y fundarse sin lucha la unidad alemana, se había perdido.

En esta situación, lo que podía llamarse la represen-



tación legal del pueblo alemán llegó a exigir que se constituyera el Reich alemán y se le diera una constitución, sin tener en cuenta los distintos estados y sus gobiernos.

Desde el 18 de mayo de 1848 sesionaba en la iglesia de San Pablo de Francfort del Meno, la Asamblea Nacional, surgida de una elección popular general, ordenada por la Dieta Federal misma. Tenía el cometido de elaborar una constitución para el Reich alemán unido que debía crearse, pero excedió de inmediato tal cometido; se adelantó, por decirlo así, a la ejecución de esa constitución y formó un gobierno del Reich con ministros del Reich y un administrador del Reich a la cabeza.

Los asambleístas de Francfort eran sin discusión las mejores inteligencias de la nación, lo más distinguido en espiritualidad, cultura, carácter y criterio que poseía Alemania. Pero, en el mejor de los casos, lo que hicieron incita a compasión. Este parlamento que emprendía la obra de imponer a los estados alemanes existentes la voluntad soberana de la nación, no poseía ni la sombra de una fuerza propia. Este gobierno del Reich no podía disponer ni tan sólo de un agente de policía; sus miembros, junto con el parlamento, vivían en Francfort, como se demostró durante la rebelión demócrata del mes de setiembre de 1848, gracias al amparo que les acordaban las tropas de Prusia y Austria en la vecina Maguncia. Con énfasis sonoro había lanzado al mundo el 22 de julio la declaración de "que su política exterior pondría el honor y el derecho de Alemania por sobre cualquier otra consideración". Cuando se trató de defender el derecho y el honor de Alemania en Holstein contra la conquista danesa, como la Asamblea Nacional dependía sólo de la protección del ejército prusiano, cuando Prusia se vió obligada a abandonar la guerra

iniciada contra Dinamarca, por la intervención inglesa y rusa, también la Asamblea debió de conformarse con ello y dejar a un lado el honor y el derecho de Alemania.

A pesar de ello, la misma Asamblea tuvo la pretensión de imponer a los gobiernos alemanes, comprendidos entre ellos Austria y Prusia, una constitución, en cuya redacción éstos no habían sido consultados.

En tiempos más recientes se ha tratado a veces de defender a los hombres de la iglesia de San Pablo contra el reproche de carencia de espíritu práctico, pues en su labor parlamentaria y su obra constitucional, se mostraron más bien como unos verdaderos realistas, que supieron calcular muy exactamente los límites de las posibilidades. En esto solamente resulta justa la apreciación de que la labor llevada a cabo en la iglesia de San Pablo estaba compuesta, en todo lo esencial, por compromisos ganados fatigosamente a las tendencias en lucha entre sí.

En efecto, apenas se logró la reunión para constituir la unidad nacional, reaparecieron con pleno vigor también todas las antiguas y nuevas escisiones. Norte y sur, monarquismo y republicanismo, prusianismo y austrianismo, protestantismo y catolicismo, se enfrentaron mutuamente con acritud desembozada. Sólo con infinito esfuerzo fué posible componer con todas esas oposiciones, una obra que tuviera el aspecto de un conjunto, por lo menos en el papel. En realidad consistió en verdaderas contradicciones reunidas con material adhesivo. Se quiso conservar la dirección prusiana, pero sin excluir a los alemanes de Austria. Fundamentalmente el Reich debía ser una monarquía liberal; pero para lograr la corona imperial para Prusia contra católicos y austriacos, no se podían perder los votos republicanos, y había que pagarlos con tan graves



concesiones a la democracia, que la monarquía descendió hasta constituir finalmente un mero adorno.

De acuerdo con estas circunstancias se debe juzgar la constitución terminada el 28 de marzo de 1849. Convertía al rey de Prusia en emperador hereditario, pero se le exigía que sometiese a su país y a sí mismo a la voluntad de un parlamento elegido por un sistema electoral netamente democrático; que abandonara su propio estado y tomara como sede la ciudad de Francfort; en pocas palabras, que abdicara como rey de Prusia. Pretendía aún más de Austria, por cuanto solamente sus provincias alemanas se incorporaban al Reich alemán; las otras regiones quedaban excluidas. El emperador de Austria debía, pues, conformarse con ser jefe soberano sólo en Hungría e Italia; en la verdadera Austria debía someterse al rey de Prusia y al Reichstag electivo alemán.

¿Semejante acoplamiento de contradicciones representa la labor de políticos realistas? La política de las sociedades de distrito y de los secretarios de partido, puede ver en ello su triunfo, al lograr artificialmente un momentáneo compromiso entre oposiciones incompatibles; la verdadera política realista jamás olvida que las oposiciones, que se excluyen mutuamente, no exigen una conciliación, sino una dilucidación decisiva; que las componendas conducen al estancamiento y que un progreso vital puede conseguirse sólo por el triunfo de una tendencia sobre las otras.

Para ofrecer la prueba definitiva de su infantilismo, la Asamblea de la iglesia de San Pablo con su constitución aprobada, se presentó a Prusia y Austria en un momento en que ambas grandes potencias ya habían vencido la crisis revolucionaria. Además, ya Austria había anunciado en to-

da forma su oposición. ¿Qué sentido tenía, pues, el ofrecimiento de la corona imperial, que la Asamblea hizo al rey prusiano el 28 de marzo de 1849? Le imponía aceptar la guerra contra Austria por un título que no implicaba ninguna fuerza soberana y tenía como premisa la renuncia al poder verdadero de la corona real de Prusia. Federico Guillermo no aceptó. ¿Otro en su lugar hubiera procedido distintamente? Es difícil. De él, no cabía esperar, por cierto, otra cosa. Esto se podía y se debía saber. Y así, la obra de la constitución de la iglesia de San Pablo, terminó como una pieza tragicómica. Se había tratado de construir un Reich en el papel; se habían erigido castillos en el aire y fabricado una constitución de cuarta dimensión. No había razón alguna para quejarse cuando estalló la pompa de jabón.

Hasta la tentativa de Prusia de realizar el núcleo vital de esta constitución, después de haberle arrancado los venenosos colmillos democráticos, mediante la unión voluntaria de los estados alemanes a Prusia, sin título imperial y en alianza con Austria, esta tentativa prusiana de unidad —decimos— fracasó. Llegó demasiado tarde. Los estados medios alemanes ya no la querían, desde que la revolución había pasado y Austria oponía resuelta resistencia. La intervención de Rusia, que amenazaba con colocarse detrás de Austria, trajo la decisión. Mediocridad e inhabilidad de parte de Prusia, llevaron las cosas tan lejos, que la retirada fué, aun formalmente, una humillante sumisión a las exigencias amenazadoras de Austria. La jornada de Olmütz, el 29 de noviembre de 1850, ponía fin por el momento al ensueño de unidad alemana bajo la jefatura de Prusia. La Dieta federal se había reunido nuevamente y Austria reasumió en ella la pre-



sidencia. Todo volvió a ser como antes de 1848. El "tiroteo de Hornberg" <sup>(1)</sup> había terminado.

¿Se podía esperar que algún día la situación cambiaría y mejoraría? Por las apariencias externas se había comprobado que Alemania no podía llegar a la unidad. A pesar de lo necesaria, de lo urgentemente reclamada, parecía imposible e irrealizable. Los príncipes no querían y la nación no podía llevarla a cabo. En su sombrío desaliento, los mejores no conocieron entonces ninguna otra esperanza que la de la aparición de un enviado de Dios, que cumpliera el milagro de esa unidad alemana.

Desde muchos puntos del país, en el norte y en el sur, resonó en esos años el llamado de un gran hombre, un hombre que curara todos los defectos mediante la fuerza milagrosa del genio y obligara, con puño de hierro, a los príncipes y al pueblo de Alemania a la unidad. Anhelante clamaba por este salvador esperado el suabo Juan Jorge Fischer:

"¡Ven, único, si ya naciste!  
¡Surge!, tus huellas seguiremos.  
¡Tú, postrer de todos los dictadores,  
Ven con la postrera dictadura!"

Y llegó; se adelantó y cumplió la obra, como se lo pedían los poetas, el dictador fuerte y prudente que supo imponer al mundo su voluntad. Esta vez el destino favoreció al pueblo alemán, a quien tan a menudo golpeó con su adversidad, destruyendo tantos gérmenes nacientes, cortando tantas flores antes de que llegaran a fructificar y negándole tantas veces un jefe. Apareció el hombre oportuno en el momento oportuno. Lo que el genio de Fe-

(1) Expresión alegórica por "la desgraciada empresa". La lucha poco afortunada de esos pobladores, en 1519, se convirtió en un lugar común. (N. del T.)

derico había iniciado y sus sucesores habían abandonado, lo que la nación había anhelado siempre más fervorosamente durante tres generaciones y, sin embargo, no había sabido crear, lo llevó a cabo el genio de Bismarck en ocho breves años. El problema, que aun se consideraba como la cuadratura del círculo, fué resuelto tan simple, tan segura y tan bellamente, que parecía el huevo de Colón.

Bismarck, no era ni un prestidigitador, ni un brujo; pero poseía el espejo milagroso que le permitía ver las cosas como eran. Sabía que la unidad alemana podía crearse solamente con la resuelta terminación del duelo iniciado en 1740. Tres generaciones lo habían olvidado o no habían querido creerlo; Bismarck procuró la victoria de la verdad. Sabía que únicamente la vieja Prusia podía resolver este problema, la Prusia de Federico el Grande. Los contemporáneos soñaban que ya no eran necesarias las armas, por cuanto sólo el reconocimiento de la idea liberal llevaría seguramente a toda Alemania a la unión bajo la bandera prusiana. Bismarck disipó por la palabra y por la acción la neblina de las ilusiones bien intencionadas, ¡no por discursos y acuerdos de la mayoría, sino por el hierro y la sangre! Sabía por último lo que se había olvidado tan completamente en la iglesia de San Pablo, que la constitución alemana era un asunto europeo y que sólo un favor extraordinario de las circunstancias podía permitir a los alemanes tomar en sus propias manos su destino sin la intromisión extranjera. En 1848 la hora había sido favorable y había pasado sin que se la aprovechara. Bismarck percibió su retorno; vió a las potencias europeas enemistadas entre sí, incapaces de unirse, y puso manos a la obra.

Era él, el hombre oportuno en el momento oportuno,



dotado de todas las cualidades que exigía la tarea: parlamentario experimentado, diplomático de oficio, conservador y libre de prejuicios, alemán y prusiano al mismo tiempo, fuerte y fino, audaz y prudente; sólo era preciso dejarle actuar.

Se trató de obstaculizarlo por todos los medios; se lo combatió y odió, se lo aborreció y maldijo, y sólo la generosidad del destino impidió que cayera víctima del proyectil de un asesino en la hora decisiva. La nación no reconoció a su libertador; si hubiera sido por ella, hubieran podido crucificarlo y quemarlo vivo. Debíó obligarla por la fuerza, como una vez, apretándole la garganta a su caballero, lo salvó de perecer ahogado (1).

¡Ojalá pudiéramos detenernos en la historia de la fundación del Reich, esta obra de arte insuperada de alta política, a la que debemos lo que somos en la vida pública! Pero no es este lugar para ello; la imagen no debe exceder al cuadro. Difícilmente tuvo jamás un político —con excepción tal vez de Richelieu, el creador del poder real absoluto en Francia— tantas dificultades que vencer, como Bismarck en los comienzos de su actuación. Estaba solo. De los indicados para ello, nadie le ayudó; la mayoría se opuso. Hasta los instrumentos con que debía obrar le obedecían generalmente sólo de mala gana. Ni siquiera podía anticipar lo que se proponía, indicar la finalidad. Si lo hubiera hecho, el viejo rey, su señor y su único sostén, se hubiera atemorizado por tanta audacia y lo habría abandonado. La nación no lo comprendía cuando le hablaba con alusiones de sus proyectos. Solamente cuando

(1) Haller ha cambiado, como es lógico, en la edición de 1934, la primitiva redacción, desde las palabras: "...lo salvó de perecer ahogado" hasta el final del capítulo doce, y le agregó otro capítulo más. Reproducimos al final de la obra el texto de la primera edición. (N. del T.)

la partida estaba ganada, y la noche del 3 de julio de 1866 en Sadowa, las cartas estaban sobre la mesa, se comprendió lo que había pasado durante cuatro años: que estaba resuelta la gran tarea impuesta por la historia al estado prusiano y a la nación alemana. Austria se separó de Alemania y con la fundación de la Confederación Alemana del norte, completada por las alianzas defensivas y ofensivas con los estados alemanes del sur, Prusia engrandecida asumió la dirección nacional. Era sólo cuestión de tiempo para que de allí surgiera el Reich alemán, que comprendiese a toda Alemania.

Se hubiera podido lograr por vía pacífica, sin la oposición de Francia. Pero ésta veía en el advenimiento de una gran potencia alemana un fraude a la herencia de su propia historia, a su jefatura europea, que no estaba dispuesta a compartir con ningún otro país.

También con Francia hubo que liquidar la cuenta del pasado con hierro y sangre. Una guerra breve, una cadena de brillantes acciones militares, en las que se manifestó la superioridad alemana, borró la deuda de los siglos, y de esa victoria, simultánea y automáticamente, por decisión voluntaria de todos los estados alemanes, nació un Reich alemán y, el 18 de enero de 1871, un nuevo imperio.

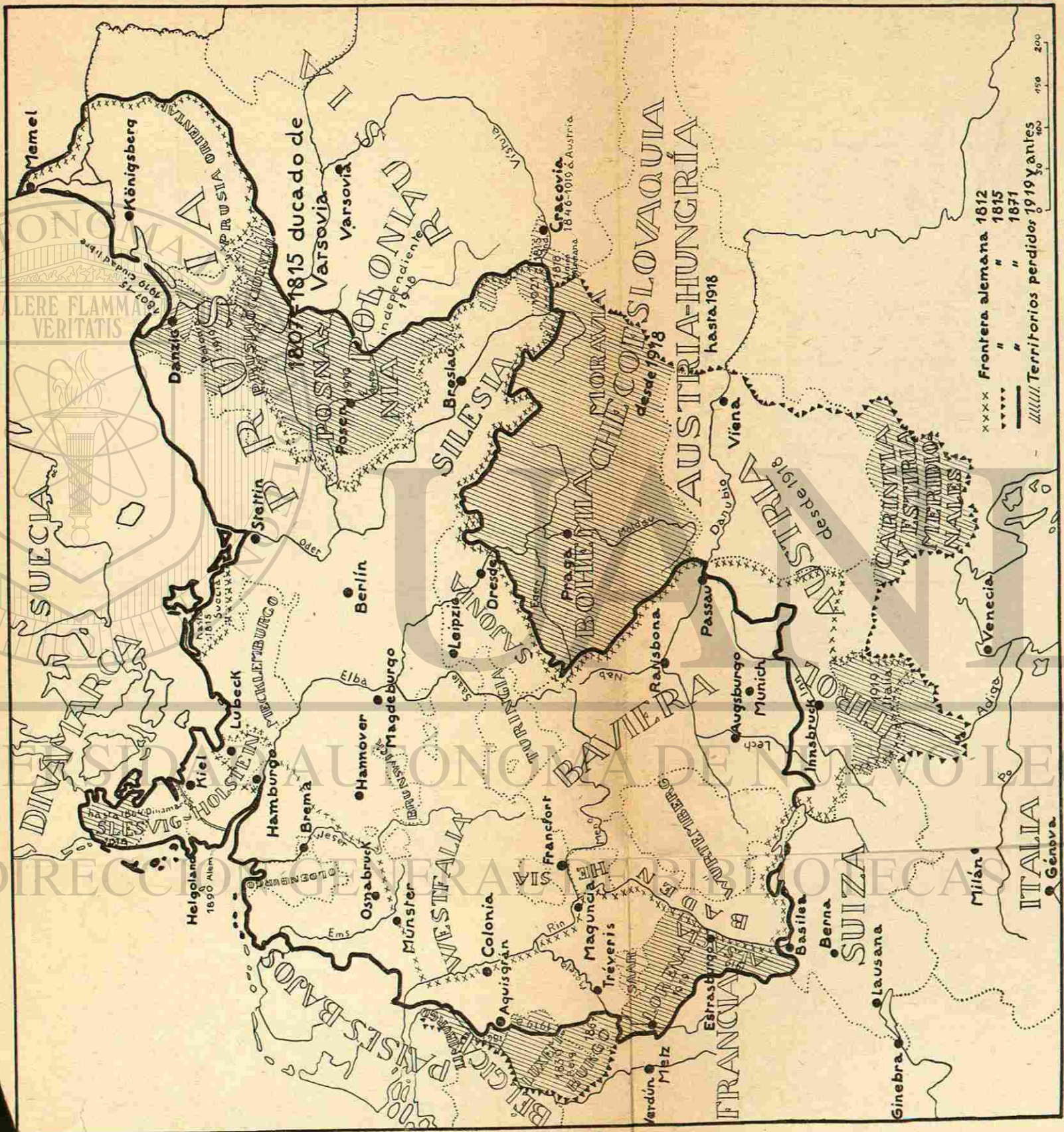
Los enterados supieron con cuánta paciencia y delicado arte hubo de lograrse también esto último.

Lo que sentía el pueblo lo expresó Emanuel Geibel después de la jornada de Sedán, con tonalidades entusiásticas:

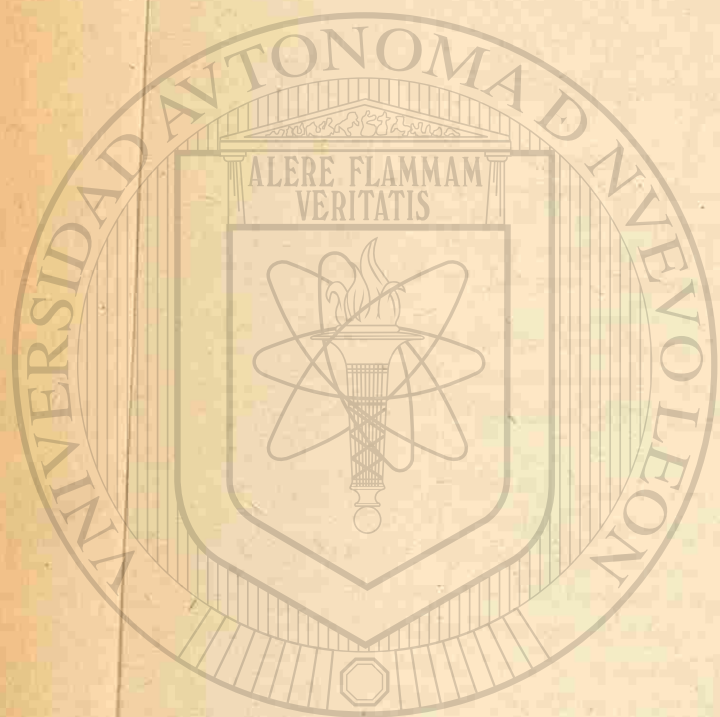
¡Dejad sonar jubilosas, a las campanadas,  
De una torre en otra su alegre clamor!  
¡Atizad el resplandor de las llamaradas!  
Y al Dios de la altura ¡loor!  
¡Que hizo grandes cosas por nos el Señor!



# Alemania entre 1815 y 1937







UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## CAPÍTULO DÉCIMOTERCERO

**Situación exterior del Reich — Peligros en el interior — El período de Guillermo II — Política mundial y aislamiento — Guerra mundial — Los culpables — El derrumbe — La paz de Versalles — Años de impotencia, miseria y vergüenza — Victoria del pensamiento nacional — Liberación.**

Realizada la obra de Bismarck, se creyó en Alemania y en el exterior, que había despuntado una nueva gran época, la hora de la plenitud y de la felicidad después de tanto anhelar y sufrir.

El pueblo alemán pareció haber hallado a su Raquel después de haber servido durante siglos a Lía. Hoy lo sabemos: fué un error. Antes de que transcurriera medio siglo, nos encontramos ante la fosa del imperio alemán.

La gran potencia alemana, la creación de Bismarck, cayó a pedazos; hasta el estado prusiano, la obra de Federico el Grande, fué abatido y deshecho. En 1866 y 1870 se creó la posibilidad de una nueva época, pero quedó sin aprovecharse, y el Reich alemán, cual lo fundó Bismarck, pareció solamente un episodio, una interrupción de la serie evolutiva de siete siglos, de la que los años 1648 y 1815 son los grandes mojones, y que halló su digna continuación ahora en 1918.

¿Cómo pudo acontecer esto? ¿Tendrían razón las lenguas envenenadas, que desde el comienzo cuchichearon y murmuraron que había fallado la creación, reaccionaria y revolucionaria al mismo tiempo, elaborada con materiales



trada de Italia en la alianza alemana-austríaca (1883), que la agrandaba a una Triple Alianza, debía proporcionar a Austria la seguridad de sus espaldas en caso de guerra.

Se trataba de un ingenioso, casi diríamos artificial, sistema de tratados, y ya por eso mismo no destinado a la eternidad. Pero cualquier ganancia de tiempo favorecía a Alemania, mientras que la natural evolución de las cosas en Rusia hacía surgir dificultades internas que, tarde o temprano, debían llevarla a la ruina de su estado.

Tampoco se debía abandonar las esperanzas de una adhesión de Inglaterra a la Triple Alianza; las perspectivas llegaron a ser cada vez más favorables. Alemania, sin participación directa en ninguno de los problemas que amenazaran con la guerra, ni en el Mediterráneo, ni en los Balcanes, ni allende el océano, podía esperar. Puesto que ella sola, entre todas las grandes potencias, no tenía meta alguna que debiera alcanzarse solamente con las armas, podía confiar, como Bismarck mismo lo había expresado, en "convencer al mundo con el uso honesto y pacífico de su gravitación, de que una hegemonía alemana en Europa sería más útil e imparcial, y aun menos perjudicial para la libertad de los demás, que la francesa, la rusa o la inglesa".

Para poder oponerse con plena calma a los peligros exteriores, el Reich hubiera debido estar firme y unido en el interior. Pero para esto faltaba mucho. Aquí también tenía el lastre de una mala herencia. Los antiguos enemigos, que Bismarck había debido dominar, estaban vencidos, pero no muertos. Falló el intento de apoyar el gobierno del Reich sobre las fuerzas de la burguesía liberal. Como antes en Prusia, también en Alemania el liberalismo, a la larga, se mostró incapaz de gobernar. La de-

mocracia no se había reconciliado con el modo con que se había creado ese Reich y levantó muy pronto otra vez la cabeza. Con una mezquina oposición, el particularismo alemán del sur volvía a dar coces contra el aguijón de la jefatura prusiana.

Al lado de los antiguos habían surgido nuevos y peligrosos adversarios. Contra el imperio protestante, se presentó desde el primer momento la Alemania católica como partido unido y hábilmente guiado. Un intento de romper su resistencia con los recursos de la fuerza pública, al que se dejó llevar Bismarck en un lamentable menosprecio de las fuerzas contrarias, falló completamente e hizo más profunda la división: la "Kultur-Kampf" — lucha cultural— (1872 y años siguientes), aun después de cesar, concluida con importantes concesiones por parte del estado (1887), dejó tras sí una secuela de recuerdos que envenenaban la vida de la nación.

A ello se agregó el último y más grave de los peligros: el despertar de la cuarta clase social. Con el florecer de la industria creció también en Alemania, como antes en Inglaterra y Francia, el proletariado de los obreros de las fábricas, en masas siempre crecientes, organizado como un partido social-democrático y, de acuerdo con las enseñanzas de Carlos Marx, dirigido en un sentido conscientemente antinacional, internacional. El cuadro pavoroso de la revolución social, que con la sociedad debía arrasar también al estado y al Reich, apareció sobre el horizonte del porvenir alemán.

Todas estas fuerzas opuestas, sin embargo, liberalismo doctrinario y democracia, particularismo, enemistad oculta católico-clerical y manifiesta socialdemocrática contra el Reich, en realidad, hallaron lugar más que suficiente para imponerse en la representación popular de la Dieta



del Reich, que Bismarck había edificado sobre el voto general, igualitario y secreto, y que ahora le dificultaba en toda forma el gobierno. Su maestría dominó siempre las situaciones externas, aun con lo difíciles que fueron a veces, mas no llegó a vencer los obstáculos internos, que crecieron con los años.

Pero no eran ellos lo único que le llenaba de preocupación por el porvenir y le hacían dudar de la continuidad de la existencia de su creación. Echó de menos en el pueblo alemán las cualidades que eran menester para consolidar lo alcanzado: amplitud de vistas y grandeza de concepción, abnegación de sí mismo por el bien de la colectividad. Se le oía suspirar: "Son tan estrechos, tan estrechos...". En los días de la fundación había pronunciado la confiada palabra; bastaría poner a Alemania sobre la silla de montar: ya sabría cabalgar. Ahora creía poder constatar que se había equivocado.

Mientras que su mano firme y hábil llevara las riendas del caballo, nada había que temer. El respeto y la confianza, que con el correr del tiempo se había conquistado en todo el mundo, le bastaban para dominar los peligros de afuera; el miedo a su soberana naturaleza tenía en jaque a los enemigos internos.

Pero llegó un día en que un joven emperador sin experiencia, impaciente en la conciencia de sus buenas intenciones y sobreestimando su propia capacidad, se dejó llevar por las insinuaciones de quienes lo circundaban, a separarse del viejo Canciller, acerca del cual le faltaba comprensión. El 17 de marzo de 1890 Bismarck fué despedido y ya de año en año se vió, cada vez más claro, qué tremenda razón había tenido en sus presentimientos llenos de preocupación: Alemania, efectivamente, no sabía cabalgar.

No cayó al suelo en seguida, como muchos temieron; se mantuvo en el arzón por un trecho todavía, aparentemente bastante bien. Las buenas cualidades del pueblo y una burocracia experimentada y fiel a su deber, trataban de que todo quedara, en su faz exterior, en el orden mejor.

La gran constelación económica que dominaba el mundo en las décadas siguientes, trajo para Alemania un progreso que superó todas las esperanzas. Naves alemanas surcaban todos los mares; el comerciante alemán, la mercadería alemana se hallaban en todos los países, tolerados cada vez de peor talante por Inglaterra, dominadora mundial, como molestos competidores. Florecieron las industrias y el comercio, la población aumentó, la riqueza creció y la audaz promesa del joven emperador pareció cumplirse: "Os llevo al encuentro de espléndidos tiempos".

No todos lo creyeron. En seguida fueron objeto de mofa. Los que "veían negro" no debían ser "tolerados". Pero su número crecía. Muy pronto no se pudo negar que el gobierno carecía de firmeza y de seguridad en las aspiraciones, y se difundió una sensación de creciente intranquilidad. Primeramente se sintió en lo interior, luego se comprobó que en lo exterior tampoco se estaba mejor. No había concluído todavía el siglo y ya apareció un crítico de aguda mirada con la triste profecía de que el Reich alemán, tal como estaba constituido y dirigido, no habría podido soportar una conmoción seria. Lo mismo pensó ya entonces, en secreto, mucha gente. No sospechaban cuánta razón tenían.

No hemos de narrar la historia de Guillermo II, esta tragedia, no ya de un hombre y de un soberano, sino de una nación. No lo repetiremos nunca lo suficiente: la nación, en conjunto, se ha cargado con la trágica culpa de haber aspirado a lo que superaba a sus fuerzas. Pero en



el emperador, que quería solamente lo mejor y a menudo veía más justo que otros, los defectos de la nación hallaron una expresión personal, como rara vez una era y una generación han tenido en la figura de un monarca. De ello surgió la tragedia de la declinación del imperio alemán, del poderío y la libertad alemanas.

Aun cuando la serie de escenas de esta pieza es tan policroma y complicada, aunque mucho se representa entre bastidores, la fábula es en el fondo muy simple.

Es un sabio y antiguo precepto que "ningún estado reniega sin consecuencias de las fuerzas y los fundamentos a que debe su existencia". Del gobierno de Guillermo II, los iniciados sabían, y hoy lo sabe todo el mundo, que las líneas trazadas por Bismarck a la política interior y exterior del Reich fueron abandonadas ya el primer día.

Los sucesores del fundador del Reich, espíritus subalternos e inteligencias mediocres, en el mejor de los casos hábiles obreros sin una chispa de capacidad creadora, creyeron que sabían más y mejor que el maestro, e hicieron, en todo, lo contrario de lo que aquél hubiera reputado justo y necesario. Las consecuencias no se hicieron esperar: en breve lapso los hilos de la política del Reich estuvieron completamente enredados.

Con presunción se hablaba de una nueva ruta; en realidad se habían perdido todas las rutas y el timón se dirigía ora a la izquierda ora a la derecha, en un constante zigzaguar, hacia un futuro incierto.

En el interior se dejaron robustecer las fuerzas que Bismarck había mantenido débiles; se toleró que el centro de gravedad de las resoluciones se deslizara desde el gobierno a la representación popular, que el sistema de fracciones hiciera espléndidos progresos, y que el partido creado en expresa oposición a la fundación del

Reich llegara, por su número de votos y por la hábil dirección, a ser primero influyente y luego decisivo. En lugar de conducir, el gobierno se dejaba llevar y dirigía angustiosamente el velamen según los vientos de la opinión pública.

En lo exterior el cambio era más radical. Los nuevos hombres estaban impacientes por destruir el sistema de tratados que Bismarck había dejado como herencia. Contrariaron a Rusia y la empujaron finalmente en los brazos de Francia.

Con la alianza ruso-francesa en 1891 la situación general de Europa asumió un aspecto totalmente nuevo. En lugar de extraer de ello las consecuencias apremiantes y esforzarse para obtener la alianza ahora impostergable con Inglaterra, comprándola, si era necesario, con sacrificios, el gobierno alemán creyó poder mantener aún una posición media independiente. En cambio siguió haciendo en primer lugar la política de alfilerazos, luego la del desafío abierto a Inglaterra, y finalmente hizo imposible cualquier entendimiento con esta potencia, con la construcción de una flota que los ingleses debieron considerar como una creciente amenaza.

El resultado fué la alianza de Inglaterra primero con Francia (en 1904) y luego también con Rusia (en 1907) y el aislamiento del Reich al lado de Austria-Hungría, en marcha hacia su disolución, mientras que Italia preparaba secretamente el paso al bando opuesto. En lugar de admitir los hechos reales y tomar de acuerdo con ellos resoluciones, se aparentaba que no se veían; se hablaba de éxitos donde se habían sufrido derrotas, y se llegó a magnificar públicamente como "fidelidad de Nibelungos", la dependencia en que cada vez más se caía con respecto al aliado más débil.



Mientras se ayudaba así con las propias manos a anudar la red del encierro, se practicaba simultáneamente una política de presuntuosa expansión, que estaba en violento contraste con los principios de Bismarck. Él había denominado a Alemania un estado satisfecho; su tercer sucesor, Bernardo de Bülow, dió ya en su primera presentación como secretario de estado (1897) el lema del "lugar bajo el sol", que Alemania debía exigir. "Política Mundial" era ahora el axioma. Significaba que el Reich tenía sus intereses por todas partes del mundo; por todas partes debía intervenir con la voz y con la acción, aunque se tratara de unas islas en el océano Pacífico, de una base naval en China, de las posesiones portuguesas en el África del sur, del porvenir de Marruecos, de la Mesopotamia o de Constantinopla.

Lo que Alemania ganó con eso fué poco, comparado con los imperios de que se habían apoderado ya o que estaban por conquistar las otras potencias. Pero la inquieta codicia, acompañada de sonoros y presuntuosos discursos, detrás de los cuales se veía la población creciente, la riqueza en aumento y formidables armamentos de mar y tierra, despertó en todas partes el malestar y la desconfianza y dió margen a la insensata sospecha de que Alemania aspirara a la dominación mundial.

Bismarck, quiso, por la honestidad y el desprendimiento, reconciliar al mundo con el poder alemán; sus sucesores procedieron como si desearan desafiar la enemistad de todo el universo. Con Bismarck, el Reich no había tomado nunca intervención inmediata en los asuntos que dividían a los demás, permaneciendo entre las potencias en lucha como árbitro natural.

Veinte años después se había llegado tan lejos, que todas las grandes potencias, con excepción de Austria-

Hungría, veían en Alemania el adversario propio y todos los demás puntos de conflicto desaparecían, frente a la pugna entre Inglaterra y Alemania. Y, sin embargo, permanecía siempre exacto lo siguiente: el Reich alemán no tenía finalidad alguna que pudiera ser alcanzada sólo por las armas. No ambicionaba ninguna conquista en Europa, ninguna expansión de sus confines y podía, si quería agrandar sus modestas posesiones de ultramar, hacerlo por las vías pacíficas, como las había conquistado.

Pero había un punto en el cual la casa alemana podía verse envuelta en el fuego de la guerra: la alianza con Austria-Hungría, cuyo viejo conflicto con Rusia se enardecía cada vez más. Bismarck había sostenido severamente, que en una lucha en los Balcanes el Reich nada tenía que hacer. También este principio fué abandonado por el gobierno de Guillermo II. Cuando en 1909 amenazó el choque entre Austria y Rusia, por Servia, Alemania se puso abiertamente al lado de su aliada y obligó a los rusos, aun no preparados para la guerra, a ceder. La consecuencia fué un mayor y más rápido rearme ruso. La idea era continuarlo hasta 1917, de tal manera, que la resistencia que opusiera Alemania contra la destrucción de la monarquía austrohúngara pudiera ser quebrada.

Pero no duró tanto tiempo. El asesinato del heredero del trono austríaco a mano de conjurados servios, echó a rodar la piedra en el verano de 1914. En Viena se consideraba una deuda de honor no contemporizar más para sofocar las maquinaciones servias, que conmovían desde hacía años a la monarquía, y se trató de asegurar la asistencia alemana en el caso de que Rusia interviniera. El emperador alemán y sus consejeros, creyeron que podía ser aprovechado ese último instante que haría posible todavía una liquidación con Servia, sin que intervinie-



anticuados y sin embargo no asentada en las bases del derecho histórico, casa construída sobre la arena, obra de albañilería sin sólida argamasa?

No; no era así. La historia de los cuarenta y ocho años desde la fundación hasta la extinción del Reich de Bismarck, yace clara y totalmente ante nosotros. Nos permite reconocer por qué este Reich, que al nacer despertó el asombro del mundo por su pujanza y que inmediatamente antes de su caída había ofrecido un aspecto de prosperidad, de florecimiento y de fuerza rápidamente creciente, pudo desplomarse tan pronto y tan de improviso.

Desde un principio su situación no fué tan brillante como se la veía en apariencia. Naturaleza e historia dificultaban su existencia; pesaban sobre él la situación geográfica inalterable y la herencia de los siglos. Sin protección natural en sus fronteras, circundado todo en derredor por grandes potencias, sus relaciones exteriores eran más difíciles, exigían más precaución y previsión, que las de cualquier otro estado.

Entre sus vecinos había uno que se debía considerar de antemano como un enemigo irreconciliable: Francia. El amor propio irritable de la nación francesa, herido en lo más hondo por las derrotas sufridas, acostumbrada desde siglos a contar en el este sólo con un vecino impotente, veía en la existencia de una gran potencia alemana una constante amenaza. La reconquista de Alsacia y Lorena, impuesta desde el punto de vista alemán para seguridad del límite occidental, pero que allende ese límite se consideraba insoportable, alimentó el odio y la aspiración al desquite.

Si Francia había representado para Alemania, hasta ese momento, el enemigo hereditario, ahora se llegaba a la situación inversa: Francia veía en el Reich alemán, en

todas las circunstancias, al adversario, al enemigo que había que tornar inocuo en oportunidad favorable, reduciéndolo de nuevo a su anterior estado de impotencia.

Esto no representaba todavía ningún peligro mientras Francia no hallara aliados, por cuanto, por sí sola, no estaba a la altura del Reich, aun después de la introducción del servicio militar obligatorio. Se trataba, pues, de impedir que ninguno de los dos vecinos orientales de Alemania se uniera a Francia. Esto no pareció de inmediato muy difícil, por cuanto Rusia había apoyado eficazmente la fundación del Reich alemán, permaneciendo neutral en 1866 y obligando también a Austria en 1870 a mantener su neutralidad.

Apoyarse en Rusia, era lógico, por esa razón, mas llevaba en sí también un peligro. Si aquélla, para abrirse una vía libre a sus ambiciones sobre Constantinopla y los Balcanes, superara a Austria-Hungría, Alemania se vería despojada de cualquier otra posibilidad, en una indigna y peligrosa dependencia de su vecino oriental, donde ya había despertado y crecía diariamente el odio natural del eslavo contra todo lo que fuera alemán. A esto debía agregarse que Inglaterra, que hubiera debido ser la reserva fija y el aliado natural de Alemania, tanto contra Rusia como contra Francia, no quiso dejarse arrastrar a obligaciones comprometedoras en los asuntos continentales por razones de su propia seguridad.

Bismarck logró hallar la ruta que conducía por entre los escollos. Mediante la alianza con Austria-Hungría (1879) dió a ésta un apoyo contra Rusia, pero evitó con todo cuidado que se arrastrara a Alemania al conflicto ruso - austriaco en oriente, y supo detener el incipiente acercamiento entre Rusia y Francia, dejando mano libre a los rusos en Constantinopla y en los Balcanes. La en-



ra Rusia y sin que la guerra austroservia se convirtiera en guerra mundial. Se equivocaron. Rusia, aunque no tenía listos todavía sus armamentos, se colocó detrás de Servia; Francia se puso inmediatamente al lado, e Inglaterra, después de algunos débiles intentos para mediar en el conflicto y allanarlo, respaldó el proceder de sus amigos, que temía de otro modo poderlos perder. Sin embargo, los políticos alemanes —el emperador estaba ausente— no poseían ni la decisión ni la habilidad para iniciar un viraje frente a la amenaza inglesa. La fatalidad siguió su curso; el 1º de agosto de 1914 estalló la guerra que Austria desencadenó y Alemania debió conducir.

Hace tiempo se ha fallado sobre la política que llevó a esa situación; nunca pudo haberse realizado una política peor. La responsabilidad de la misma cae, por el derecho y la constitución, sobre los cancilleres del Reich, y es demasiado poco decir, si se establece que ninguno de los sucesores de Bismarck estuvo a la altura de las responsabilidades que le imponían el cargo y la situación. Entre ellos hay uno cuya acción merece juicio más severo. Bernardo de Bülow, más tarde príncipe de Bülow, hizo él mismo todo lo necesario para que la posteridad le viese tal como era, después de haber sabido engañar a sus contemporáneos acerca de su actividad y su carácter. Se mostró al desnudo en las "Memorias" que dejó: hombre de estado sin ideas propias, falso y desleal en cada fibra, sin conciencia ni sentido del deber, preocupado solamente de su provecho propio, criminal de lesa patria, que finalmente no vaciló en renegar, adquiriendo ciudadanía extranjera. La fatalidad quiso, que su período oficial (1897 a 1909) coincidiera con los años preñados del sino en que se perdió la alianza con Inglaterra y se cerró alrededor de una Alemania aislada el cerco de los enemigos. Que se llegara

a tanto es la culpa tremenda que está asentada al lado de su nombre en el libro mayor de la Historia.

Pero no la lleva él solo, tiene un fiador, que no es el emperador. Guillermo II —esto está demostrado irrefutablemente—, ceñido estrictamente a la Constitución, nunca obró contra el consejo de sus ministros responsables, le sacrificó no raramente su propio y mejor criterio y ni siquiera fué siempre enterado suficientemente de los trámites de mayor trascendencia. La caución, en la equivocada política de Bülow y sus consecuencias, la prestó la nación alemana. Tenía todas las libertades, todas las posibilidades para expresar eficazmente su juicio y su voluntad, en la prensa y en el parlamento. No hizo uso alguno de esta libertad. En lugar de ejercer una crítica inteligente, la representación popular y la opinión pública tocaron más bien teclas falsas, y, en lo principal, no sólo dejaron ocurrir lo que ocurrió sino que lo han confirmado, otorgando precisamente al corruptor los mayores aplausos; lo han admirado y tomado su partido de muchas maneras, cuando el emperador se separó de él, que lo había engañado ignominiosamente y traicionado ante todo el mundo. Alemania debe culparse a sí misma de su destino; no puede desviar la última responsabilidad sobre individuo alguno.

En la vida de los pueblos se alternan las cimas y los abismos; a una orgullosa elevación sigue a menudo la caída en lo vulgar y lo insuficiente. A la gran era de la fundación del Reich, siguió también para Alemania un período de abandono en muchos terrenos; una generación más débil asumió el papel de los grandes estadistas y militares.

La sensación de poder descansar tranquilamente sobre los laureles conquistados, la riqueza y el cómodo goce rá-



pidamente adquiridos, no dejaron de ejercer una influencia adormecedora y corroyeron el carácter nacional.

También el desplazamiento de las profesiones, el veloz deslizamiento del centro de gravedad de la agricultura a la industria y al comercio, la creciente urbanización del pueblo, hicieron su parte. Los brillantes progresos en la técnica, el florecimiento de la economía, pueden generalmente engañar aún, pero a quien observa más profundamente, no puede ocultarse que la antigua solidez ha cedido y la mediocridad ha conquistado el campo.

Lo más lamentable, sin embargo, era la falta de una clase de dirigentes políticos experimentados, como poseían desde mucho antes otros países: Inglaterra en su aristocracia, Francia en su alta burguesía. El gran estado, con sus grandes problemas, era en Alemania una cosa demasiado nueva aún; la educación y el proceso cultural estaban cortados todavía a la medida de una sustancia de pequeño estado; por esta razón la ciencia política estaba demasiado poco difundida en el pueblo; tampoco la burocracia, por su naturaleza, se encontraba muy inclinada a un concepto político y, además, estaba demasiado imbuída de ideas y costumbres añejas para erigirse por sí sola como dirigente oportuna.

Se explica así, que la Alemania de 1890, que acababa de ver actuando a todo un Bismarck, no produjera ningún estadista y pudiera equivocarse tan grandemente en los asuntos del estado. Sabía realmente demasiado poco de política.

¿Qué significaban, pues, los monumentos y los discursos solemnes, con que se acostumbraba a festejar a Bismarck? ¿No tienen más bien el aspecto de un sarcasmo? ¿Qué derecho tenía esta generación a festejarlo, si había sido infiel a sus enseñanzas y dejaba caer y destruía su

obra? Era como si valieran para él las palabras con que una vez conjuró al espíritu de Arminio el Querusco, un poeta suabo:

Se dice, pues, que los muertos vuelven,  
Hasta que encuentran la paz de su espíritu...  
¿Puedes tú descansar y no defenderte,  
Allí donde tu sombra se escarnece?

Sin embargo, aunque todo lo demás pudiera fallar, se creía poder confiar con toda seguridad sobre una institución: el ejército. No era sólo grande y fuerte; era considerado en todo el mundo como el más perfecto en su género; en él se corporizaba todo lo que había en el pueblo de fuerza, capacidad y espíritu de sacrificio. Si alguna vez se nos ofrecía la ocasión de jugar esta carta, la más fuerte de las nuestras, creíamos que podríamos ganar siempre la partida. Por eso, a pesar de toda la grave seriedad de la hora, corrió casi como un suspiro de alivio en el pueblo la llegada de la guerra, ya que se creía inevitable desde hacía años. Finalmente nos colocaban los adversarios allí donde éramos los más fuertes; ¡finalmente podíamos reparar las ofensas que la política había inferido a la dignidad alemana! Con legítima confianza, con la sensación de la propia fuerza y con la conciencia de una cosa justa, Alemania entró en la guerra.

En lugar de la victoria, halló la derrota. No por la superioridad numérica de los enemigos, que no era invencible, si las fuerzas alemanas se hubieran empleado adecuadamente. Pero esto falló.

En realidad, el soldado alemán superó todas las esperanzas y se impuso hasta a la admiración de los enemigos. Lo fuerte, lo alegremente dispuesto al sacrificio y lo inalterablemente fiel al deber que fué el pueblo, lo sano



que sigue siendo todavía su núcleo vital, solamente ahora se ha visto claro y ha sido grabado con letras de oro en el libro de la Historia. Hasta un político inglés que nunca nos estimó, Winston Churchill, "extendió a los alemanes un certificado", según el cual lo que ellos realizaron en la Guerra Mundial es bastante para la historia.

Y, sin embargo, la guerra se perdió. Debía perderse, porque en seguida, desde el comienzo, la dirección militar demostró que era incapaz, y después no supo ya compensar las derrotas sufridas; y porque la política no venía en su ayuda; más aún, duplicaba solamente los viejos errores. Mientras el ejército cumplía hazañas heroicas, el gobierno y la representación popular ofrecían el espectáculo desconsolador de una carencia de ideales llena de contradicciones y una vacilación temerosa. Como en tiempos de paz se había descuidado el prepararse con todas las energías para la guerra que se veía venir, no se sabía ahora por qué se hacía ésta. Frente a la consecuencia inexorable de los adversarios, que finalmente supieron obligar a todo el mundo a colaborar para ahogar a Alemania, cedió sucesivamente la resistencia del pueblo, agotado por el hambre y las necesidades de toda clase, y, el final, a pesar de todos los éxitos aislados en el campo de batalla, fué el que debía ser: un desastre completo.

Mas nunca hubiera ocurrido lo peor si un enemigo interno no hubiese dado la mano a los enemigos del exterior. Desde el comienzo de la guerra amenazó al Reich la sublevación de las masas populares extraviadas y traicionadas. Mientras el ejército pareció vencer, el peligro pasó a segundo plano; cuando comenzó a desaparecer la esperanza de la victoria en el campo de batalla, la traición se atrevió a levantar la cabeza: la derrota exterior debía abrir el camino a la revolución interior.

El gobierno del emperador, sin embargo, no tuvo la energía necesaria para apagar la chispa de lenta combustión cuando todavía era tiempo. Retirándose paso a paso, entregaba el timón de la política del Reich al parlamento, que, en su mezquina lucha partidista, tampoco sabía manejarlo. Cuando, después de las llamaradas pasajeras de un fuego de victoria, desde el verano de 1918 no podía ocultarse más el fracaso en el campo bélico, cuando finalmente el mismo alto mando militar debió admitir que daba por perdida la guerra, entonces estalló en todo el Reich la revolución tan largamente preparada. El 9 de noviembre de 1918 se la vió triunfar en la capital.

Ante la rebelión de las masas obreras, el canciller del Reich y los ministros dejaron el campo libre; se proclamó la República; representantes del pueblo, que habían asumido por sí mismos su mandato, se apoderaron del gobierno; el emperador, empujado a la fuga por ministros y generales, abandonó el país y consintió en la abdicación pedida, para ahorrar al pueblo la guerra civil. Así, los enemigos vencedores pudieron poner su planta en la nuca de Alemania: el 12 de noviembre entró en vigor el armisticio, al que hubo de someterse el ejército batido, por cuanto una continuación de la lucha con la revolución a las espaldas parecía imposible. Equivalió a la entrega de las armas. De allí salió siete meses después la paz que las potencias vencedoras impusieron al Reich alemán.

El 28 de junio de 1919, en el Salón de los Espejos del palacio de Versalles, en el mismo sitio donde una vez se proclamó el imperio alemán, fué colocada por los representantes de Alemania la firma extorsionada en un documento que debía preparar el fin de Alemania como gran potencia e impedir para siempre jamás su renacimiento. Mutilada por la separación de Alsacia y Lorena,



Eupen y Malmedy en occidente, la Prusia occidental, Danzig, Posnania, la alta Silesia y Memel en oriente; desarmada, por la limitación de su ejército a un número ridículamente pequeño, por el arrasamiento de sus fortalezas y por la prohibición de defender el territorio limítrofe al Rin; recargada además con exorbitantes tributos por tiempo indefinido, Alemania se vió precipitada de nuevo a la más profunda impotencia e incapacidad defensiva, como nunca se había conocido, y al mismo tiempo rodeada en el este y en el oeste por vecinos enemigos, que no disimulaban que su propósito era la apropiación de otras tierras alemanas. De nuevo, como en los tiempos que se creían superados para siempre, el porvenir de Alemania se hallaba debajo de la espada de Damocles de la repartija.

Este reparto estaba proyectado. Sólo tras máxima resistencia cedió Francia, en las negociaciones de las condiciones de paz, a la oposición de Inglaterra y de los Estados Unidos. La finalidad francesa había sido la frontera del Rin, y para poderla asegurar, la permanente impotencia alemana. Lo primero no se había conseguido, pero no se había abandonado la esperanza de alcanzarlo más tarde. De ahí las exorbitantes cargas que se impusieron a Alemania; por ello su desarme. Se confiaba en que el Reich no podría hacer frente a los pagos venideros y brindaría con ello un pretexto a Francia para transformar la ocupación por quince años de la Renania en una toma de posesión permanente, lo que una Alemania desarmada no hubiera podido impedir.

Los años siguientes, constituyen un horrible recuerdo para cada alemán que los ha vivido. La tierra alemana, en manos enemigas, saqueada; la población molestada y torturada por todos los medios, entregada al capricho de las autoridades de ocupación y a todos los excesos de las

tropas, entre las que había negros, marroquíes y otros semisalvajes, que podían permitirse todo impunemente: la frase hecha de "ignominia negra", tenía un sentido demasiado bueno aún. Circunstancias hubo, en que hombres de honor entre los oficiales norteamericanos e ingleses, se avergonzaron. "Parecía verdaderamente —reconoció uno de ellos más tarde— que no había límites para los actos diabólicos que caracterizan al militarismo cobarde", y las víctimas inmoladas se cuentan por centenares. La Renania y el territorio del Ruhr, donde Francia extendió en 1923 la ocupación durante casi tres años con pretextos insignificantes, para apoderarse de las minas de carbón, tuvieron que soportar entonces cosas que en Europa no se habían oído ya desde hacía siglos.

Alemania, sin embargo, debía contemplar cómo sus ciudadanos eran torturados en la zona ocupada sin poder correr en su ayuda. Ella también había sido entregada al capricho enemigo; debió durante años, resignarse a que oficiales extranjeros investigaran por doquiera en procura de armas escondidas y de uniones secretas de lucha, y en cada ocasión debía temer la invasión de tropas adversarias. Si en este lugar nos acordamos de esto, no lo hacemos para alimentar un sentimiento de venganza —no hay nada tan estéril como la venganza— sino para que no caiga en olvido lo que puede implicar una guerra perdida.

Entonces se necesitaba una fe muy fuerte para no dudar del futuro de Alemania. No había lugar para la menor esperanza, de acuerdo con la apreciación humana. Parecía imposible imaginar que el pueblo se levantara por su propia fuerza y rompiera las cadenas; igualmente imposible que otros le ayudaran. La alianza de las grandes potencias enemigas pareció sobrevivir a la guerra; también en la paz, que no era más que una continuación de la guerra



por otros medios, Alemania estaba sola contra todo el mundo.

Precisamente en eso estaba, sin embargo, un germen de esperanza. Si hubiera tenido que enfrentarse solamente con un adversario que hubiera sido lo bastante fuerte para abatir al Reich alemán sin ayuda extraña, o si los adversarios hubieran tenido unidad absoluta de intenciones, hubiéramos debido enterrar todas las esperanzas. Pero la coalición a la que estábamos sometidos no constituía una firme unidad; sus miembros no tenían ni de lejos las mismas aspiraciones. El pensamiento oculto francés no era ni compartido ni aprobado en Inglaterra y en América; los Estados Unidos, que habían decidido la guerra, se separaron de los aliados ya antes de la firma de la paz; su presidente, cocreador de la paz de Versalles, fué renegado por su pueblo, que se negó a ratificar el tratado. Con el correr del tiempo despertó allí y en Inglaterra el sentido del derecho y de la humanidad; aumentaban las voces que tomaban partido por Alemania y exigían una modificación de la paz de Versalles.

Agréguese que las consecuencias de la larga guerra, con el tiempo, se hicieron sentir cada vez más en los países victoriosos; se estableció claramente que las condiciones de paz no podían aportar ningún remedio; más aún, que en ellas había que ver la causa última de la miserable situación general, que se comprobaba en la conmoción de la hacienda pública, la paralización económica y la desocupación, y que llevó a Francia, en breve tiempo, a la completa desvalorización monetaria.

Finalmente aparecieron también los naturales conflictos de intereses entre las potencias vencedoras; su frente se aflojó, revelando grietas y hendiduras por las que penetró un destello de esperanza.

Tal vez hubiera sido posible extraer de esto ya antes y en mayor medida, una utilidad. Alemania no lo comprendió; la situación en la que la había precipitado la revolución, lo hacía imposible. El Reich, el 11 de agosto de 1919, en una Asamblea Nacional electiva, se había dado una constitución como estado unitario republicano, que, ideada estrictamente según las reglas de la doctrina política liberal - democrática, era completamente impropia para Alemania, especialmente en esa situación del momento. Esa constitución, eternizaba la lucha de los partidos por el poder y debilitaba el poder ejecutivo en una época en que todo lo que importaba era la unidad y la decisión rápida.

No menos funesto era también el hecho de que, en la revolución, había logrado el poder una capa del pueblo que estaba aún mucho menos preparada para sus tareas que la que había gobernado hasta ese momento. Alemania quería ser una República democrático - social; los social-demócratas y demócratas constituían en su representación popular los partidos más fuertes por entonces; se apoderaron de los cargos públicos; el primer presidente de la República fué un social-demócrata: Ebert. Pero ni los unos ni los otros disponían de los hombres que se necesitaban. La democracia burguesa había sido siempre en Alemania tan poco apta para gobernar como la burguesía liberal, cuya bancarrota política sellaron la guerra mundial y su funesto final. Ahora la social-democracia no demostraba ser mejor; tampoco sabía gobernar; tampoco produjo hombres de estado. Un intento de abatir su gobierno con la violencia, fracasó en marzo de 1920 por preparación insuficiente.

El deslizamiento del centro de gravedad más hacia la derecha, con el andar del tiempo, no trajo modificación



esencial alguna, y el mariscal Hindenburg, el jefe del ejército en los últimos dos años de la guerra, que asumió la presidencia en mayo de 1925, a la muerte de Ebert, frustró las esperanzas. Ya anciano de 77 años, ajeno a la vida política por naturaleza y educación, se sintió ligado a la Constitución por su juramento, renunció a utilizar los poderes extraordinarios que ella le otorgaba para casos determinados y contribuyó a dar a la República con su nombre y su personalidad, que imponían respeto, una dignidad que no merecía.

Citar sus nombres sería demasiado honor para los hombres —se los solía cambiar cada cuantos meses— que tuvieron el valor de sentarse, en semejantes circunstancias, como cancilleres del Reich, en el sitial de Bismarck. Hay que ser indulgentes con ellos y con sus colaboradores porque no lograron mejorar la suerte de Alemania. Obrar y tratar con buen éxito en nombre de un Reich impotente, agitado por los sufrimientos posteriores a la revolución, destrozado por los partidos, era un cometido apenas factible. ¡Si lo hubiesen hecho por lo menos con habilidad y dignidad! Carecieron de ambas virtudes, y los resultados, que no se cansaron de calificarse por sí mismos, o fueron nulos o contrarios. Eso aconteció especialmente con el tratado de octubre de 1925, normalmente llamado Pacto de Locarno por el lugar de su concertación, que fué ensalzado por sus autores y por una opinión pública irreflexiva como un punto de rehabilitación. En él, Alemania se encontró junto a sus enemigos de poco antes, para garantizar de común acuerdo la invulnerabilidad de la frontera oriental de Francia y Bélgica. Esto no significaba otra cosa que la renuncia voluntaria y definitiva de sus territorios en el oeste (Alsacia-Lorena, Eupen-Malmedy), cuya cesión ha-

bía sido arrancada en Versalles; Alemania, en cambio... no obtenía nada.

Ni una sola de las condiciones, opresoras y deshonorosas, de la llamada paz, fué aliviada o eliminada; el Reich siguió desarmado; en el oeste no podía emplazarse ni un soldado ni un cañón hasta 50 kilómetros a la derecha del Rin y además quedaba ahora marcado a fuego, por una declaración propia otorgada voluntariamente, como la amenaza permanente a la paz europea.

En la misma forma demostró ser infructuoso el ingreso en la Liga de las Naciones, efectuado en forma humillante un año más tarde (en septiembre de 1926). Alemania se entregaba así de nuevo, sin alguna ventaja imaginable, bajo el control y las cadenas de una institución que aparentemente debía proteger la paz del mundo y que, en realidad, sin embargo, no era más que un instrumento de Francia para el dominio de Europa.

Pero Francia, sin tener en cuenta más de un hermoso discurso de eterna reconciliación y con el lema "Nunca más guerra", que ocasionalmente dejaban oír sus hombres de estado, marchaba sobre las huellas de Richelieu y de sus continuadores. Su política no conocía ningún principio más sagrado, que el que establecía que Alemania debe mantenerse en la impotencia si Francia ha de gozar de seguridad, *securité*, o mejor dicho: despreocupación. Para este fin, fiel en eso también a sus tradiciones, había procurado que existiera una constante amenaza a espaldas de Alemania: de sus pactos con la resurgida Polonia y los herederos del imperio habsburgués destruido, Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumania, esperaba el servicio que antes había prestado Rusia, y con anterioridad Turquía. Hasta tanto la influencia francesa siguiera siendo poderosa en Europa, Alemania nada podía esperar.



Esto se demostró en la forma más evidente en el problema, que llegó a ser en seguida el más candente, de las indemnizaciones de guerra o, como se decía entonces, para disimular la cosa, de las reparaciones. La codicia de los vencedores había esperado de ellas, al principio, ventajas verdaderamente fantásticas: Alemania debía entregar 269 billones de marcos oro, luego por lo menos 180 billones. Finalmente, en 1921 fué obligada, con amenazas militares, a reconocer una deuda total de 132 billones. Pero no se hallaba la forma por la cual hubiera podido pagarse una suma tan terrible. Un primer proyecto, por el cual Alemania debía pagar desde 1928 en adelante, algo así como durante medio siglo 2 billones y medio anuales, demostró desde un principio ser irrealizable; un segundo, al que se sometió el gobierno alemán, después de largas negociaciones, en una reunión en La Haya por enero de 1930, contra la opinión de sus peritos, y que también el Reichstag sancionó —un intento de impedirlo por medio de un plebiscito fracasó—, recargaba al Reich con una deuda total de 116 billones y obligaciones de pago hasta el año 1988. Esta vez se creyó, por lo menos, haber conseguido un tangible servicio recíproco: Francia se avino a retirar de la Renania sus tropas, ya para el 30 de junio de 1930, cuatro años y medio antes de la fecha a que estaba obligada. La ganancia había sido pagada demasiado cara. Precisamente este pacto de La Haya, del que los partidos gobernantes estaban tan orgullosos —para su autor, el ministro de Relaciones Exteriores, Streseman, fallecido entretanto, se proyectó un gran monumento en Maguncia— demostró constituir la roca contra la cual debía estrellarse el predominio de la democracia.

En primer lugar, las obligaciones de pago asumidas, resultaron clara e inmediatamente imposibles de cumplir.

Una crisis económica de gravedad nunca vista, había invadido desde 1929 todo el mundo y había tocado también a Alemania. Finanzas y economía, que apenas habían comenzado a restaurarse de las consecuencias de la guerra, amenazaban con un completo derrumbe, cuando los acreedores extranjeros denunciaron los empréstitos con que los países alemanes, comunas y particulares habían regulado y mantenido en curso, hasta ese momento, sus negocios. El gobierno del Reich se vió obligado a obtener una moratoria y la prohibición de reembolso para todas las obligaciones externas, a poner bajo control el tráfico de divisas con el extranjero, a disminuir sueldos y pensiones y a ordenar la rebaja de precios y de salarios. El estado había abandonado el terreno legal; la democracia había renegado de su propio principio vital, la libertad; pero sus medidas apresuraron la catástrofe, en lugar de prevenirla: la economía cayó en la paralización, la desocupación aumentó, en 1932 se contaron ya 5 millones de personas sin trabajo y el final de este estado de cosas no aparecía por ninguna parte.

Hasta entonces la conducta del pueblo en conjunto —prescindiendo de algunos fenómenos deplorables, que nunca faltan en tiempos de conmoción— había despertado respeto y hasta admiración. A él se debió que el Reich se conservase y que el orden fuese salvado. La derrota de la rebelión comunista en enero de 1919, la nueva regulación de la moneda en el otoño de 1923, habían partido del pueblo, no de los gobernantes. El sentimiento patriótico de los renanos continuó siendo magnífico; contra él se estrellaron las artes de corrupción de Francia tanto como las torturas, que debían empujar a la región a separarse del Reich. Las intentonas, emprendidas en este sentido por algunos



traidores con la ayuda francesa, fueron sofocadas rápidamente y sin contemplaciones por la población.

La sentencia según la cual cada pueblo tiene el gobierno que merece, no fué confirmada por el pueblo alemán en esos años; era mucho mejor que sus gobiernos siempre renovados. No había perdido la fe en sí mismo y en su porvenir; trabajaba en plena miseria inalterablemente y mantenía su valor.

Pero la desesperación comenzó a hacer mella. A la dura pobreza de la vida cotidiana se agregaba la exasperada sensación de pertenecer a una nación despojada de sus derechos, envilecida. Se habían atribuído grandes esperanzas a la evacuación de la Renania; fueron frustradas. Todos los esfuerzos para levantar las cláusulas deshonorosas de la paz de Versalles, fracasaron por la terquedad francesa, que a cada intento de esta naturaleza respondía con la alusión a la santidad de los pactos. Hacía mucho que los comprensivos de todos los países habían reconocido como contraria a la verdad de los hechos, la confesión de ser la única culpable de la guerra que Alemania había sido obligada a firmar. Pero cuando se inició de parte alemana la protesta por la calumnia, contestó del otro lado un aullido de furor. Pues sobre la culpa de la guerra, impuesta a Alemania, descansaba en realidad el deber de la "reparación"; esta cláusula del tratado de paz tenía un alto valor monetario: no podía ser violada.

Acerca de lo establecido respecto al desarme perpetuo de Alemania, todas las palabras eran inútiles. Aunque otros estados podían inclinarse a un entendimiento, Francia permaneció inabordable. Es verdad que se habló mucho de reconciliación, se cambiaron visitas ministeriales, pero no dieron resultado alguno. Y si tal vez uno u otro político francés deseó un compromiso real, nin-

guno de ellos hubiera sido tan fuerte para contra la opinión pública de su país dar a Alemania aquello a que ella no podía renunciar. Toda la política del entendimiento se fundaba en un autoengaño. ¡Y por eso dos generaciones de alemanes se habían convertido en esclavos contribuyentes del extranjero!

La lucha por el Pacto de La Haya, había producido una acre exasperación de los conflictos de partido. Una severa advertencia del presidente del Reich, en la que invitaba a la unión, resonó en el vacío; creció la discordia popular. Ya no era posible una legislación normal; había que ayudarse con decretos de emergencia. Tan encarnizadas llegaron a ser las luchas, que el gobierno del Reich se vió impulsado a limitar la libertad de prensa. Mientras que los partidos burgueses se destrozaban, crecía el comunismo hasta constituir una fuerza amenazadora, atizada celosamente por la Internacional de Moscú, y en auge por la desocupación creciente. En 1930 el partido ganó 77 puestos en el parlamento; en 1932, 89; la derecha declinó entretanto de 103 diputados a 37.

Un diplomático italiano reseña en sus memorias las impresiones que recibió en Berlín en el verano de 1932. Se había estremecido por "el tono de sorda desesperación que alentaba en las voces de los hombres jóvenes. Su espíritu parecía roto. A pesar de estar hambrientos sin duda, anhelaban nostálgicamente una esperanza y una dirección, más tal vez que el pan". "Esto debe cambiar", se les oía decir. El cambio ¿no era tal vez otra cosa que la guerra civil, la destrucción por la rebelión de las masas comunistas? ¿Sería el destino de Alemania caer en el mismo precipicio en que se había visto hundirse a Rusia en 1917?

Pocos días después del derrumbe de noviembre de 1918, el embajador francés en Londres, Paul Cambon, ma-



nifestó: "Temo mucho que en el porvenir se constituya en Alemania una gran unión socialista, que, empujada por una pasión nacional, crearía un estado más unitario y más peligroso todavía que el imperio". Cambon era uno de los más sagaces y por eso uno de los peores enemigos de Alemania. Cuán exactamente previó las cosas, hoy todo el mundo puede juzgarlo. Su temor se convirtió en realidad con el partido nacional-socialista, que gobierna en Alemania desde 1933.

Su ascensión fabulosamente rápida desde los más humildes comienzos, casi desde la nada, se debió a su Fuehrer y a la idea nacional que encarnaba.

Adolfo Hitler, el hombre del pueblo, austríaco por nacimiento, soldado en el ejército alemán, representaba simbólicamente la nacionalidad y la unidad nacional. Lo que lo elevó a la cabeza de la nación, a él, un desconocido, que parecía no poseer otra cosa que su elocuencia, fue la fuerza de su fe en Alemania; su ascensión representaba el triunfo de la idea nacional.

Solamente con el tiempo demostró las cualidades que poseía; proceder imperativo, resolución más audaz, seguridad de instinto y penetrante percepción sin precedentes del momento favorable. Con estas dotes, después del fracaso de una tentativa (1923) para apoderarse del poder por la violencia, logró conquistarlo con una labor fatigosa y por las vías legales.

En el curso de pocos años su partido se convirtió en el más fuerte del país. El verano de 1932 le vió entrar en el parlamento con 230 diputados, mientras que los partidos burgueses se reducían en total a 152.

Pareció que no le quedaba otra cosa a Alemania que la elección entre nacional-socialismo y comunismo, entre los cuales había comenzado ya una oculta guerra civil.

El gobierno, presintiendo el peligro que amenazaba, tomó sus medidas para enfrentarlo, pero no se resolvió por la dictadura, para la que todo estaba maduro ya. Se limitó a paliativos. En la más alta tensión comenzó el año 1933.

El 30 de enero, casi a última hora, el presidente del Reich, se decidió a nombrar canciller del Reich a Adolfo Hitler. Nuevas elecciones parlamentarias le dieron el 48 por ciento de todos los votos, y a las derechas, aliadas con él, el 3 por ciento. Con ello el nuevo gobierno tenía una base constitucional; enmudeció la oposición de los partidos restantes y, por fuerte mayoría, el 23 de marzo, recibió del parlamento plenos e ilimitados poderes por cuatro años. Luego le fueron prorrogados hasta el 10 de mayo de 1943, cuando Hitler, después de la muerte de Hindenburg (agosto de 1934) asumió todo el poder como Fuehrer y canciller del Reich.

Lo que ocurrió desde entonces, no puede describirlo el historiador porque no se ha convertido aún en historia, no ha cerrado su ciclo y no puede ser abarcado en toda su trascendencia, que debe calcularse solamente por sus efectos. Estamos aún dentro de los acontecimientos, que constituyen todavía un presente, cuyos sucesos puede narrar únicamente el cronista. Mas si enunciamos los más importantes, se ilumina con clara luminosidad, la enorme revolución que se ha cumplido y se cumple aún ante nuestros ojos en los destinos de Alemania.

Tres problemas principales se había asignado el Fuehrer: represión del comunismo, lucha contra la desocupación y restauración de la dignidad y la libertad de Alemania. En un brevísimo plazo se logró lo primero; en los cuatro años citados lo segundo; el camino por el que se consiguió trabajosamente el tercero está marcado por los



hechos desnudos, como por piedras miliare de una carrera victoriosa inverosímilmente rápida: en marzo de 1935, creación de una fuerza aérea alemana; en mayo del mismo año, introducción del servicio militar obligatorio general; en marzo de 1936, ocupación de Renania.

Con esto la paz de Versalles yacía despedazada en el suelo, sin que sus autores hubieran osado intervenir en favor suyo con los hechos. Audacia, rapidez de resolución y clara conciencia de la debilidad interna de los adversarios, habían conquistado este triunfo.

La renaciente potencialidad militar de Alemania, permitió muy pronto eliminar también las cláusulas de límites de 1919. Para ello era necesario un apoyo del exterior. Se halló en Italia, que ya desde 1922, bajo la dictadura nacional de Mussolini, había despertado a una nueva y fuerte evolución. La circunstancia de haber surgido entre este país y Francia el natural conflicto de intereses en el Mediterráneo, llevó casi automáticamente al acercamiento con Alemania, y cuando la Liga de las Naciones, dirigida por Inglaterra y Francia, trató de impedir la conquista de Abisinia con las sanciones económicas, mientras Alemania —que había abandonado la Sociedad ginebrina en 1933— no se adhirió a esa medida, se produjo la lógica relación de alianza entre los dos países, para la cual Mussolini, en octubre de 1936, acuñó el lema: el destino de Europa no depende de Londres o de París; la decisión gira alrededor del eje Roma-Berlín.

Apoyado en la amistad italiana, protegidas además las espaldas, desde enero de 1934 por un tratado de no-agresión por diez años con Polonia, pudo Hitler poner mano simultáneamente en la total liquidación de los saldos del desarrollo histórico.

En el mes de marzo de 1938 llevó a cabo la reunión

del Austria alemana al Reich; satisfizo así la nostalgia del pueblo acá y allá y curó la herida que Bismarck había debido inferir a corazones alemanes.

En octubre del mismo año fueron libertados del dominio checo los alemanes de Bohemia y Moravia, y en los instantes en que estoy escribiendo, el mundo se halla bajo la impresión del hecho de que la república checa, derrumbándose por disolución interna, se ha sometido voluntariamente a la protección soberana de Alemania, para volver a ser en adelante un miembro del Reich alemán, como en los días pasados, cuyo retorno apenas se había osado soñar, y seguir su propia vida nacional como territorio federado bajo la soberanía del Reich.

Si hay algo que pone de manifiesto la reconquistada situación del poderío de Alemania, es el hecho de que esta cadena de éxitos se logró contra la voluntad de las potencias que hasta entonces habían creído dominar a Europa y, a pesar de ello, sin que hubiera sido necesario disparar un solo tiro. Inglaterra y Francia lo hubieran impedido de buena gana, pero no se atrevieron a ello.

Si recordamos que han pasado apenas veinte años y pocos meses, desde el día en que estuvimos ante la tumba de Alemania y no eran pocos los que dudaban de su resurgimiento, la grandeza de lo logrado raya en lo inverosímil.

Nosotros, que un momento antes nos abandonamos sin defensa a los caprichos de los demás, que en nuestro derecho y en nuestro honor hemos dependido de la voluntad de estados como Lituania, hemos podido exigir ahora a las más orgullosas de las grandes potencias que se plegaran a nuestra voluntad y lo hicieron.

Con los acontecimientos más recientes la situación de soberanía del Reich alemán ha reconquistado aproximadamente el alcance y la configuración que poseyó antaño.



Su unidad interior está cumplida; formas venerables, que la estorbaban, fueron eliminadas.

La historia alemana, después de un amplio rodeo, parece retornar a sus comienzos y cerrar el círculo de su curso. Las disonancias que la llenaban están disueltas y su sentido ya no puede discutirse más.

Pero en el juego de ajedrez de la alta política, ni un "jaque mate" significa el final de la partida; en la guerra una batalla ganada, no implica todavía la concertación de la paz. Sabemos que los éxitos deben ser defendidos; las posiciones tomadas por asalto, consolidadas, y que nuestro nuevo poderío estará expuesto a graves enemistades.

Lo fulminante de los triunfos alemanes, la manera como se han alcanzado, ha intensificado viejos antagonismos y originado otros nuevos. Probablemente, por largo tiempo todavía la situación de Alemania seguirá siendo difícil y será la valentía la primera necesidad.

¡Valor y prudencia, uno tan importante como la otra! Cualquier historia, sobre todo la nuestra, nos enseña lo cerca que está el Capitolio de la roca Tarpeya; hacia dónde lleva la prudencia que carece de valentía, y cómo se venga de la ambición inconsiderada, que, sin más ni más, reputa posible el logro de lo que anhela.

No olvidemos que un aumento de poder se convierte solamente en segura posesión, cuando los nietos de los que lo han conquistado pueden transmitirlo intacto a sus herederos. Recordemos también que un pueblo, como el individuo, puede vivir solamente en comunidad con los demás, y que menos que nadie puede la nación alemana, en el lugar que le fué asignado sobre la tierra, aislarse de esta comunidad.

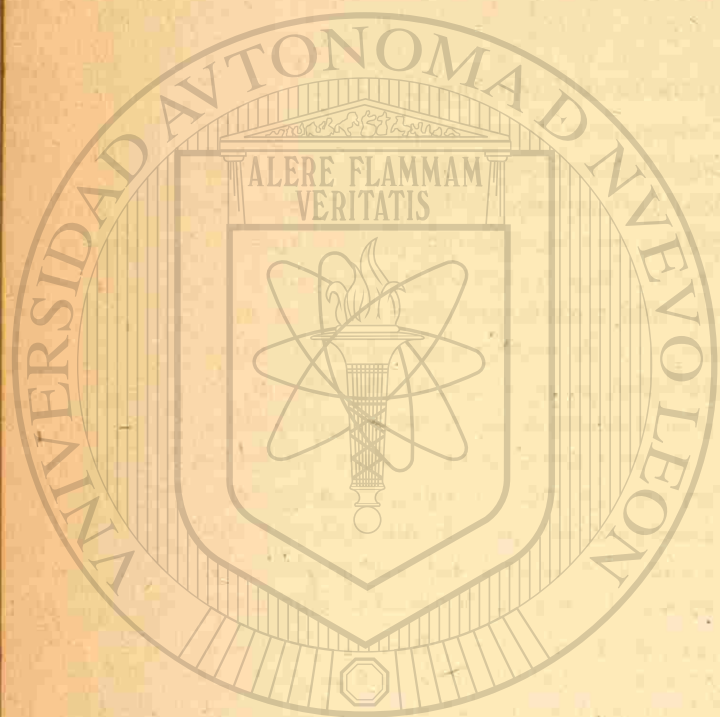
¡No dejemos que las lecciones de la historia, que verdaderamente hemos debido pagar tan caras, se pierdan para nosotros!

Así, Alemania podrá también, en lo sucesivo, enfrentarse con el destino, con fe en sí misma y en su porvenir; con la fe que la ha ayudado de nuevo en estos días, como en la antigüedad, para esperar en la noche oscura la salida del sol. Entonces, para la nueva época de su existencia en la que acaba de entrar, podrá servir como guía la palabra del poeta:

*"Hacia otras playas llama un nuevo día".*

FIN.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

#### Final originario del capítulo 12 <sup>(1)</sup>

Cuando hubo vencido y la obra principal estuvo realizada, entonces fué aclamado y glorificado. Pero ¡qué valía esta conversión! La mayoría de la nación jamás ha comprendido al estadista que le regaló lo que ella añoraba y cuyo logro ella misma era incapaz de conseguir y es ella la que se ha resistido tenazmente a aprender de él.

No es éste el momento de explayarme sobre sus proezas; cuantas corresponden a la presente disertación, lo saben todos y me siento aliviado de no tener que hablar de ellas; pues confieso que siempre me invade un sentimiento de vergüenza cuando me veo obligado a pronunciar el nombre de Bismarck. Me parece que a él se refieren las palabras con que noventa años antes un poeta suabo y patriota alemán evocó el alma de Arminio el Querusco:

Se dice, pues, que los muertos vuelven,  
Hasta que encuentran la paz de su espíritu...  
¿Puedes tú descansar y no defenderte,  
Allí donde tu sombra se escarnece?

Los homenajes en honor de Bismarck con que nos encontramos hoy en día por todas partes, me parecen casi afrentas. ¿Qué derecho a celebrar a Bismarck posee nuestra generación, si es ¡ella! la que dejó decaer su obra y la destruyó?

Cuando la obra hubo quedado realizada, el mundo entero creyó que lo ocurrido antes había terminado definitivamente para Alemania y que con ella se habría iniciado

(1) Véase nota de la pág. 346.



una magna época completamente nueva: la del tiempo de haberse cumplido un anhelo y la felicidad después de tan largo añorar y padecer.

Hoy casi diríamos que esto fué un error. En la creación de Bismarck, sólo existía posibilidad para una época nueva, pero la generación subsiguiente no fué capaz de dar una forma efectiva a esta posibilidad. Ha olvidado demasiado pronto que la herencia de Bismarck la recibió cual un legado fiado a buenas manos, un fideicomiso con la obligación de salvaguardar sin mengua el capital, de no tocarlo ni de gravarlo indebidamente y que la heredad tenía que ser conquistada nuevamente cada día si se quería guardar la seguridad de su posesión.

En lugar de hacerse posteriormente digna de él y elevarse a la altura que había creado para ella, la nación ha quedado atascada en sus antiguos defectos y ha olvidado la lealtad y la gratitud. El Reich alemán, fundado por Bismarck, ha pasado a ser un episodio, una interrupción en la serie evolutiva que se inició hace 700 años, donde las cifras 1648 y 1815 constituyen los grandes mojones a los que se agrega dignamente 1918. Bajo la impresión de estos momentos, así tendría uno que expresarse. Y terminar nuestra presente descripción con una horrisona disonancia: no encuentra un final, sólo le queda mirar muda hacia el porvenir.

Todos sabemos que Alemania jamás se ha encontrado tan hondamente postrada como hoy en día. Podríamos entregarnos a la desesperación y someternos a la sentencia de muerte de la historia: "¡pesada en la balanza del destino no significáis nada!"

Pero no es sólo el sentimiento más concentrado y la voluntad de vivir que se resisten contra esta idea; también el conocimiento de nuestra historia nos da el derecho

a interponer una protesta contra el juicio prematuro del presente. En más de una ocasión, según el criterio humano, ha parecido que toda esperanza sería vana. Recordemos 1648 y 1807. Y siempre el pueblo alemán, dotado de fuerza vital y férrea aptitud, se ha enderezado y mediante su trabajo se ha elevado a una suerte mejor.

¿Tal fuerza habría desaparecido hoy?

A nosotros corresponde demostrar que vive aún intacta en lo íntimo de nuestros corazones y es capaz de desenvolverse nueva y reciamente. Y si en esta ocasión la caída había sido más honda que en cualquiera de las anteriores, es que nosotros en cambio no nos habíamos encontrado antes tampoco a una altura tan grande.

¿Por qué entonces no hemos de creer también esta vez en una resurrección?

Al igual de cien años atrás, ha de ocurrir de nuevo que los magnos hechos y sucesos, que en su primera faz parecieron haber acontecido en vano, han de exhibir sólo en el andar de los tiempos su eficiencia. Que lo mismo que en aquel entonces, el recuerdo de la guerra de la liberación, así, en el porvenir, la memoria del episodio de Bismarck y del breve y brillante período sublime que hizo surgir, puedan constituir la sementera para su futuro, que rendirá ricos frutos cuando llegue su estación.

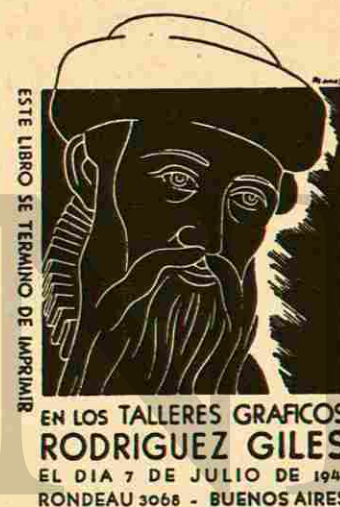
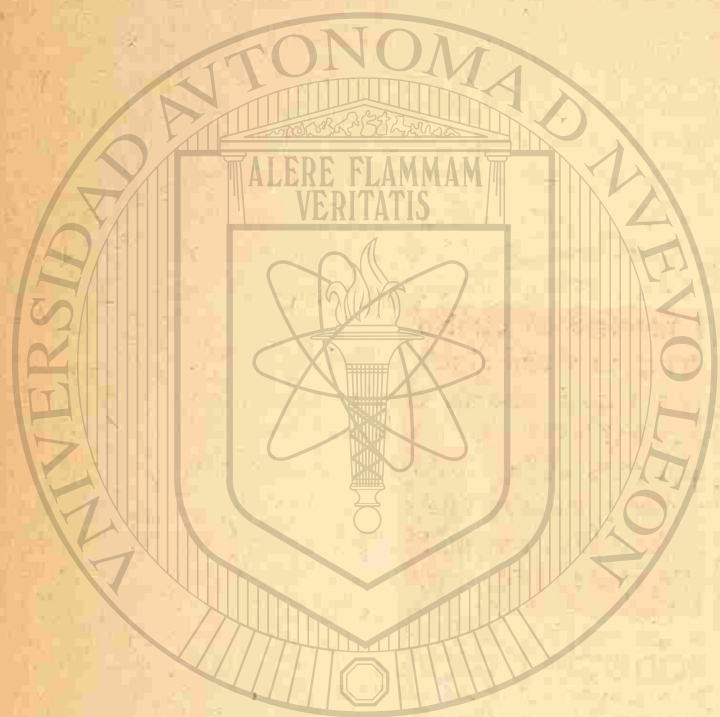
De nosotros mismos ha de depender que tal cosa suceda. Cumplamos con nuestro deber; entonces tendremos también el derecho a tener fe en nuestro porvenir.

Son los siglos de nuestra misma historia, quienes comunican con altas voces, a quienes saben escucharla, la consigna:

*¡Nosotros os ordenamos conservar la esperanza!*

FIN.

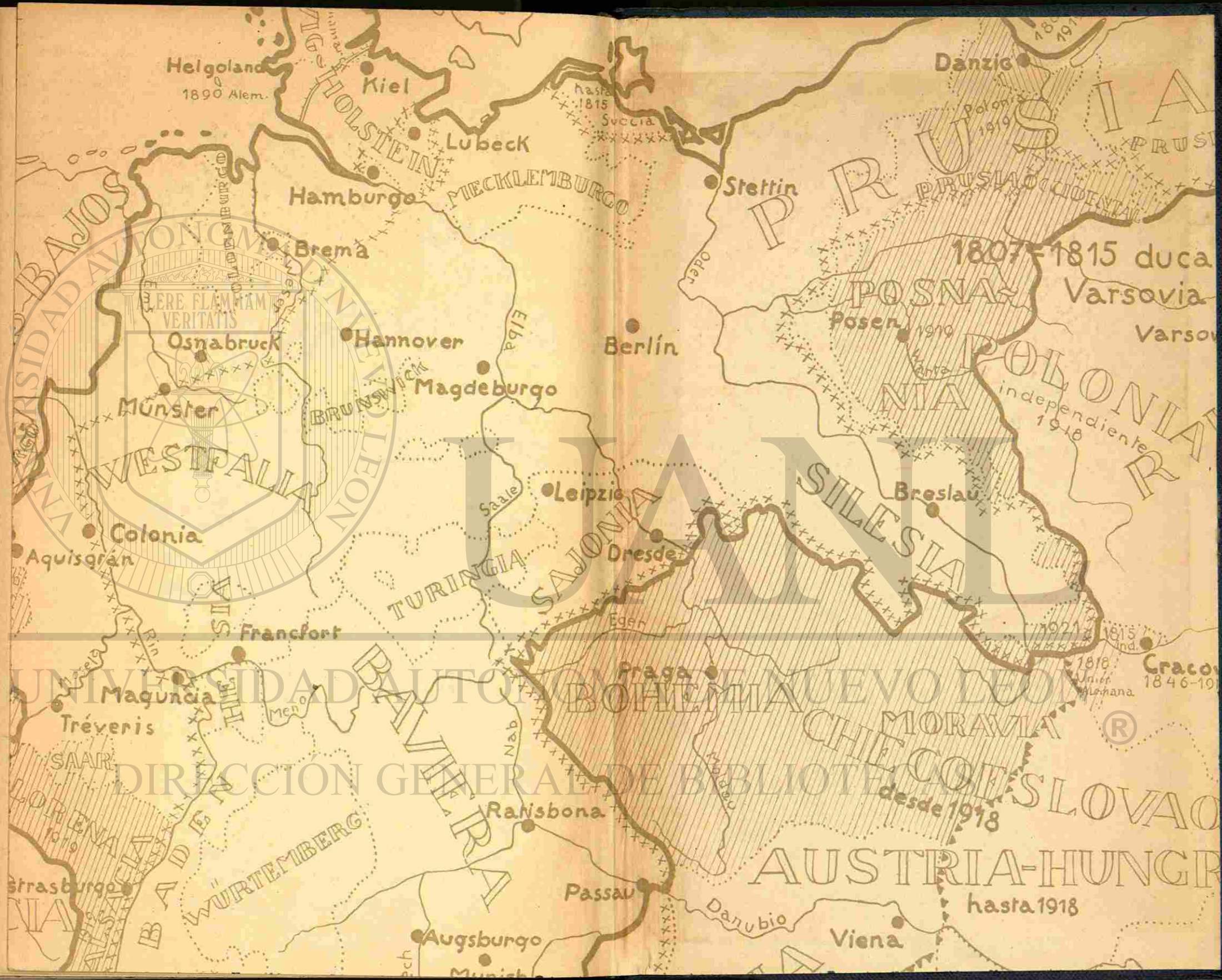




UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Helgoland  
1890 Alem.

Danzig

HOLSTEIN  
Kiel  
Lubeck

Hamburgo

MECKLEMBURGO

Stettin

PRUSIA  
PRUSIA OCCIDENTAL

1807-1815 duca  
Varsovia

PO SNA  
Posen

Varsovia

Osnabruck

Hannover

Berlin

Münster

Magdeburgo

Posen

POLONIA  
independiente  
1918

WESTFALIA

Leipzig

Breslau

Colonia

Saale

Dresde

Aquisgrán

TURINGIA

SILESIA

Francfort

Praga

Cracovia  
1846-1918

Maguncia

BOHEMIA

MORAVIA

Tréveris

BAVARIA

CHECOESLOVACIA  
desde 1918

SAAR

Ratisbona

AUSTRIA-HUNGRIA

Strasburgo

Passau

hasta 1918

LORENA

WURTEMBERG

Danubio

Viena

Augsburgo

ALSAZIA

Munich



U A

ANTHONOMIA  
EXTRA

EC